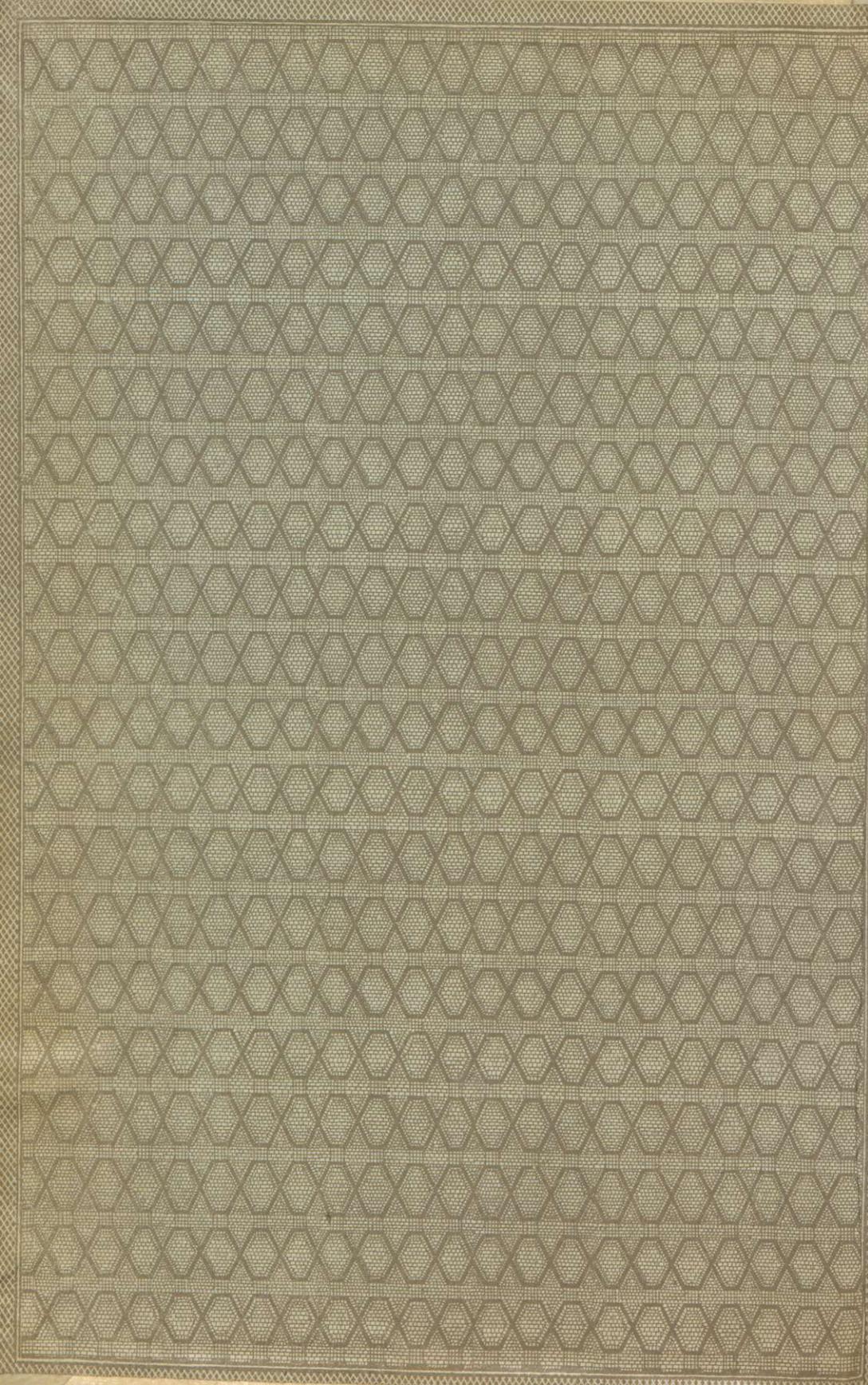




NERON





18.000-193

3 Vols.

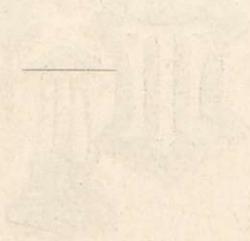
Cr. 2

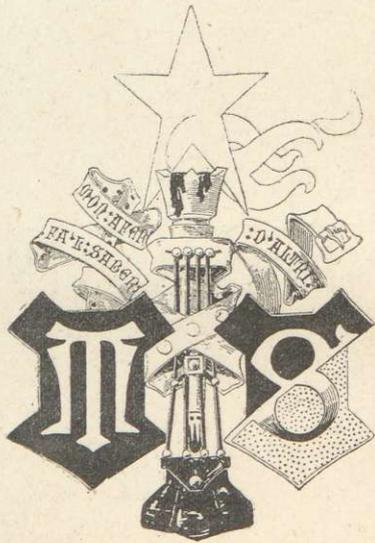
ANT

XIX

713

NERÓN







URNA CINERARIA DE CRISTAL AZUL CON BAJOS RELIEVES DE ESMALTE BLANCO
Encontrada en Pompeya en 1837

R.63001

NERÓN

ESTUDIO HISTÓRICO

POR DON EMILIO CASTELAR

EDICIÓN ILUSTRADA

TOMO PRIMERO



BARCELONA

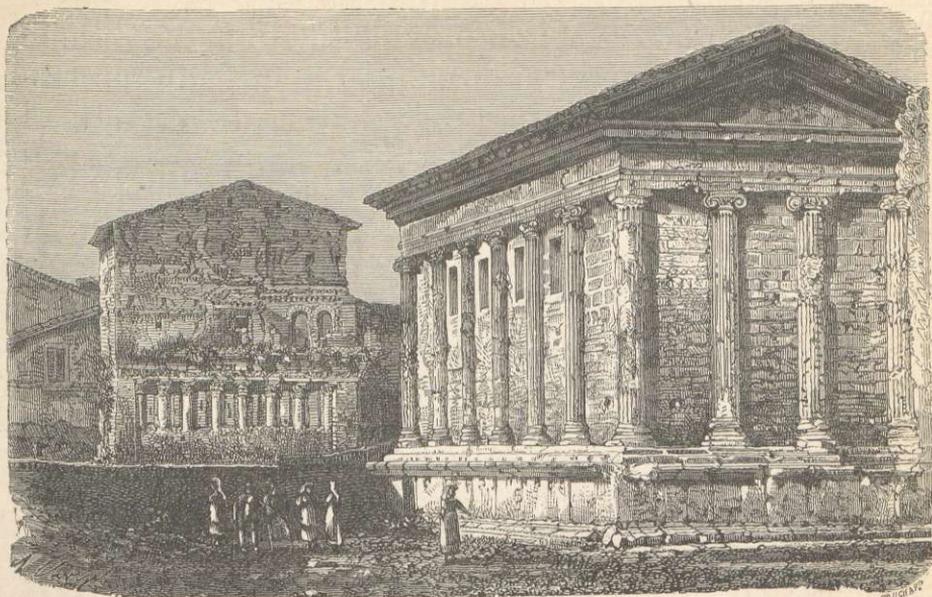
MONTANER Y SIMON, EDITORES

CALLE DE ARAGON, NUMS. 309 Y 311

1891



ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES



Templo de la fortuna viril

CAPÍTULO PRIMERO

AMBICIÓN Y AMORES

Dormía sobre un lecho de orgía cierto niño casi mozo, de unos trece años; la pretexto ó ropa infantil espléndida dentro de su consagrada liturgia; la frente ceñida de rosas; en la mano una copa de oro vacía; en los pies un cachorro domesticado; en los labios cierta sonrisa de voluptuosidad incipiente y de interior embriaguez; cansado como de haber corrido mucho, y respirando con el resuello fatigosísimo consiguiente al cansancio que no logra vencer y dominar ni siquiera el reposo propio de un profundísimo sueño. Junto al niño destacábase una mujer, por todo extremo varonil, cuyo aire, impropio del sexo suyo, parecía marcial, aire congruente con quien ha nacido y se ha criado en tiendas de campaña, sobre campamentos, entre soldados. Junto á la mujer, veíase apoyado en el respaldo amplio de la sede majestuosa en que se asentaba ésta un patricio, ya de algunos años, cuya persona fácilmente acusaba sumisión gustosa, campeando en el rostro la vigilia incansable. Para no parar-

nos más de lo cuerdo en el relato que iniciamos, diremos cómo se llamaba el niño, Nerón; la mujer, Agripina, madre de Nerón; el patricio, Vitelio, privado y confidente de Agripina. Esta seguía con cuidado anheloso la respiración de su hijo, que se iba serenando poco á poco al influjo del sueño, y Vitelio el discurso de los pensamientos, que iban apareciendo en guisa de nubes muy espesas, así sobre la frente como sobre el entrecejo de Agripina. Cualquier observador, el menos agudo y de menor penetrante sentido, viera en el garzoncillo de tan bellas formas mucho del arte sensual antiguo; en la mujer y su continente imperioso, mucho del viejo Imperio romano; en el patricio y su obsequiosidad refinada, mucho de la obediencia servil á que bien ó mal de su grado solían sujetarse por fuerza en las cortes de aquel entonces los confidentes imperiales. Pero nosotros, que podemos, por obra y virtud maravillosa del encantamiento de nuestro arte, oírlos á todos, así al dormido en sus ensueños, como á los despiertos en sus diálogos, no hemos necesidad alguna de observarlos. Bástanos escuchar lo que dicen á puerta cerrada, en lo más hondo y recatado y misterioso de su cubículo, sin testigos y sin recelo á ningún testimonio, sobre la cima del orbe imperial, cuando costaba cualquiera imprudencia la vida, devorada por cien fuerzas destructoras, y surgían de las piedras los esbirros, verdugos ambulantes, mensajeros y ministros de la muerte.

— ¡Cuánto amas á tu Nerón, Agripina!

— Cuánto lo necesito, dijeras mejor.

— ¡Ya lo creo!

— Criada en la familia de Augusto, hija de un César, hermana de otro, necesito ser en lo porvenir madre y esposa de César.

— En tus años y en tus circunstancias, como el esposo no fuera nuestro César hoy reinante, Claudio, y el hijo tu propio Nerón, apenas comprendo quién de los seres podría realizar ese proyecto que guarda insondables abismos, en cuyo fondo late y se oculta la muerte.

— Pues nunca he pensado en ser alguno para cumplir mis proyectos, sino en los dos que acabas de nombrar.

— Me asombra tu audacia.

— De menores comienzos hanse derivado mayores obras.

— Nerón pertenece por su padre á familia patricia ilustre; pero de sangre imperial sólo tiene la que haya recibido de tus venas.

— ¿Tenía más Tiberio?

— Tenía menos, es verdad.

— El método romano de adopción es muy socorrido; y como Livia hizo emperador á su hijo Tiberio adoptándolo Augusto, Agripina puede hacer emperador á su hijo Nerón adoptándolo Claudio. Tiberio era un entonado; otro será Nerón.

— Pero entre Augusto y Livia no mediaba el parentesco mediante por vuestra sangre común entre Agripina y Claudio.

— No me olvido, no, del parentesco, y á su virtud libro mis esperanzas.

— Eres, y no debes olvidarlo, sobrina carnal del César.

— Lo sé.

— Y las leyes romanas prohíben con prohibición absoluta el enlace matrimonial entre parientes tan cercanos.

— ¡Las leyes!

— Lo más respetado que hubo en Roma siempre.

— En la Roma de otros siglos.

— ¡Agripina! Guárdate de acusar así á los tuyos, á tu familia.

— ¿Qué quieres? No digo nada nuevo al decir cómo los míos, cómo la familia imperial, se han levantado sobre la destrucción de todas las leyes al pináculo de todos los privilegios y de todos los honores.

— Pero tales temerarias especies no pueden decirse ahora en parte alguna, y menos entre la familia de los emperadores. Acuérdate de aquel infeliz, muerto á manos de Tiberio, tan sólo por haber querido decorar el nombre de Bruto llamándole con razón el último romano...

— Los patricios, Vitelio, ya no sois reyes, como en otros tiempos; sois criados. La curia parece un establo. Los senadores se dejan uncir al Imperio como bueyes y se dejan degollar como las reses en el matadero. Así, nada más fácil que hacerles derogar disposiciones antiguas más ó menos fundadas en justicia, reemplazándolas con otras nuevas más ó menos fundadas en imperiales caprichos.

— Mas observa que Claudio las echa de abogado, jurisconsulto, juez.

— ¡Ya lo creo! Como que se pasa la vida oyendo juicios y dictando sentencias.

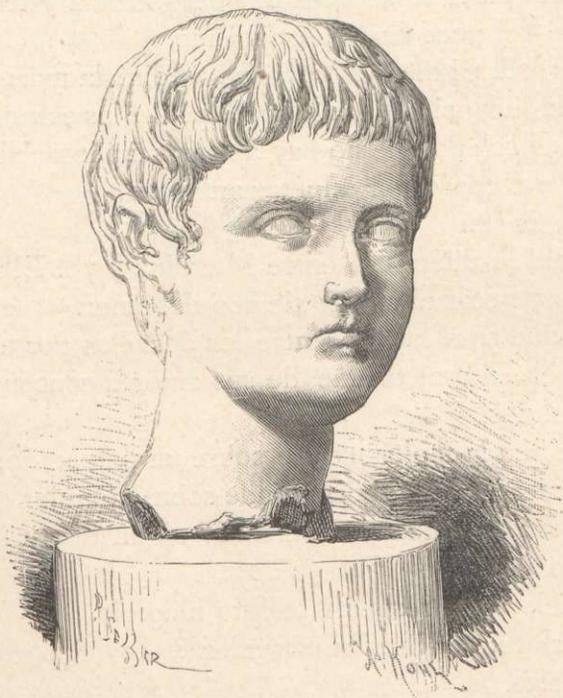
- Pues no consentirá en ese cambio de legislación tan profundo.
- ¡Vaya si lo consentirá! En cuanto llegue yo á proponérselo.
- Lo dudo muchísimo.
- Yo estoy cierta del deseado logro, por saber cuánto á los leguleyos les placen los problemas jurídicos y la copia de leyes.
- Pero, aun suponiéndote feliz hasta el extremo de convencer al jurisconsulto, ¿cómo te compondrías para separar á la mujer del marido? Ya sabes que Claudio ama á sus mujeres sucesivas al igual que sus leyes codificadas y sus sentencias puestas en orden sabiamente por hábiles jurisconsultos.
- Nada más fácil que separar á Mesalina de Claudio; nada más fácil.
- ¿Tú lo crees así?
- ¡Vaya si lo creo!
- Yo le encuentro muy ligado con su esposa.
- Es verdad.
- Pues reconociendo la verdad tú, ¿qué me dices?
- Dígame que se halla el mayor peligro de Mesalina en el amor de su esposo.
- No comprendo.
- Cortas entendederas te han dado los dioses en achaques de amor.
- Veamos.
- Un emperador de corrompidas costumbres, voluptuoso, fácil á toda seducción, perdonará deslices análogos á los suyos.
- So pretexto de que las mujeres deben responder del hogar y de su legitimidad, los maridos acostumbran frecuentemente á imponerles privaciones, para las cuales no se juzgan ellos con recíprocas aptitudes, ni se creen obligados con recíprocos deberes.
- De todas suertes, Mesalina se pierde por los amores ilegítimos, y este desenfreno causará su ruina en cuanto convenga por cualquier causa ó razón que lo sepa Claudio.
- En verdad que Mesalina obedece á un voluptuosismo natural, mientras Claudio brilla por su fidelidad á la esposa y por la pureza de sus costumbres conyugales.
- He ahí dónde radica la seguridad completa de mi esperanza.
- Una esperanza que trae aparejados muchos peligros.

— No importa; yo, hija de Germánico, engendrada en carro de guerra, debo vivir combatiendo y debo morir de golpe violento. Lucharé.

— Los dioses prosperen tu obra.

— La prosperarán.

— Tal deseo.



Nerón niño (busto del gabinete de Francia)

— La prosperarán, aunque sean los dioses infernales.

— Una felicidad tal como la que yo pido para tu cabeza, te sea por el Destino designada.

— Mesalina, en su delirio, no comprende cómo la satisfacción de reinar pueda sobreponerse á todas las pasiones humanas.

— Y se sobrepone con seguridad en aquellos que nacieron dotados y revestidos de grandes ambiciones.

— Yo, nacida tan alto, he sentido en mi alma, desde los albores de su existencia, el deseo incontrastable de subir. El Imperio hame dominado más que todos los amores juntos. Deseé tener un hijo y

lo tuve. Mas deseé tener un hijo para imperar yo sobre su altísima persona y que su persona imperara sobre la Eterna Ciudad, como la Eterna Ciudad impera sobre todo el mundo conocido.

— Y cuando ya estés en lo alto, Agripina, ¿crees que arriba no te asaltarán deseos nuevos?

— Asaltaránme á millares.

— Pues entonces te sentirás tan desgraciada y te conformarás con tu suerte tan poco cual ahora mismo.

— Es verdad. Si me das la tierra, pediré la mar; si me das la mar, pediré la luna; si me das la luna, pediré las estrellas; si me das las estrellas, el sol; porque no hay abismos tan insaciables como los abismos de un corazón por imperar anheloso.

— Cierto, cierto.

— Pero ahí la diferencia entre Mesalina y yo. Ella desea dirigir el mundo y gozar al mismo tiempo del amor.

— Como que pasa la vida entre los desvelos por el imperio de su marido y el culto al tálamo de sus amores conspuído por cien infames adulterios.

— Y para que la mujer mande sobre un emperador y sobre un Imperio, se necesita que nadie mande sobre la mujer.

— ¿Y no recelas que puede mandar algún día tu Nerón sobre ti, sobre su madre?

— No recelo á ese respecto peligro ninguno.

— ¿Tan fuerte imaginas tu naturaleza?

— Tan fuerte.

— Pues las mujeres que no han amado mucho á sus esposos, obedeciendo á la necesidad incontrastable de amar, sentida siempre por su sexo, concluyen amando mucho á sus hijos.

— Yo no.

— ¿Tú no?

— No.

— Pues yo te veo desalada y desvivida siempre que se trata de Nerón.

— Verdad.

— Reconociendo esta verdad, no pondrás en duda mi tesis.

— Yo no veo en mi Nerón al hijo de amores que nunca sintiera mi pecho; veo al peldaño de la escalera por donde subiré al Capitolio.

— Agripina, ¿y una vez arriba, no preferirá él reinar á que tú reines?

— He observado mucho su naturaleza y no encuentro en ella síntoma de ambición alguna.

— Es todavía niño, y todas las pasiones varoniles han menester de la pubertad para nacer y revelarse.

— Pero créete que cada temperamento lleva consigo sus propias congénitas pasiones, y entre las consubstanciales al ser de mi amado cachorro no encuentro el afán de imperar con que yo nací á la vida y que á los albores de mi ser experimenté voraz en mis entrañas.

— ¿Pues qué aptitud predominante hallas en tu Nerón?

— Hallo aptitudes muy fáciles de sojuzgar: hallo aptitudes artísticas.

— Las aptitudes artísticas deben suponer, si no estoy equivocado, una índole voluntariosa y caprichosísima.

— Pero en asuntos ajenos á la gobernación y al imperio públicos. Un César verdadero será siempre lo contrario de un verdadero poeta.

— Cuando no se identifiquen las ambiciones con los fantaseos, y no entre allá, en el hervidero de ideas muy confusas, la idea predominante de reinar, y de reinar fantaseando, el modo peor de imperio.

— Mas desengáñate, un actor, un flautista, un poeta, un retórico, preferirá el placer á todo. Necesitadísimo de vivas emociones, buscarálas en el aplauso general, tan sonante á los oídos vanidosos y no en el gobierno, tan expuesto al odio de las gentes y tan sujeto á la universal censura. A ningún filósofo se le ocurre subir hasta el Estado, y á todos los filósofos nacidos en el Estado se les ocurre bajar á la escuela. Mi Nerón ha nacido menos aquejado de ambición que los filósofos. Por una corona de los juegos olímpicos ¡oh! cambiará cien veces la diadema de los pueblos romanos.

— No veo todo eso tan claro como tú, Agripina.

— Y no me asombra, Vitelio, tu desconfianza.

— ¿Por qué?

— Porque tú tienes naturaleza de suyo desconfiada é inteligencia de suyo escéptica.

— Las tendré; mas los tristes pronósticos míos hanse cumplido mil veces. Niños que parecen muy dóciles desde sus cunas, á sus pubertades acaban por encabritarse hasta no sufrir ni yugo ni acicate ni disciplina, en cuanto la sangre comienza en sus venas á hervir y la pasión á estallar en sus corazones.

— Yo tengo un medio de dominar siempre á Nerón.

— ¿Cuál?

— La educación.

— ¡Qué rara vez vence á la nativa índole!

— Por lo contrario, yo creo que siempre la vence.

— Te pongo á ti por ejemplo, Agripina.

— ¿Por qué á mí?

— Porque tú muestras cómo la educación jamás ha logrado sobreponerse á la complexión tuya.

— ¿Cómo?

— Recógete y piensa con detenimiento reflexivo acerca de ti misma.

— Di.

— ¿No tuviste por padre á Germánico, el más dulce de los hombres?

— Cierto.

— Y él ¿no te dió el ejemplo de la más rendida humildad?

— Cierto también.

— Pues ¿en cuál educación has aprendido la soberbia?

— En la sangre de los césares.

— Y la sangre tuya ¿no corre por las venas de tu Nerón, sangre cesárea?

— No en el grado que por mis venas.

— Eneobarbo, tu esposo, y padre de tu hijo, perteneció á familia patricia.

— Pero no á esta familia divina que baja de los troyanos reyes y de los olímpicos dioses, pasando por César y por Augusto.

— Eneobarbo dijo que solamente podía él engendrar monstruos.

— Cree que se calumnió á sí mismo en ese afán por aparecer malos y fuertes en el mal, que sienten á una todos los patricios de Roma, muy largos de lengua y de ambición muy cortos.

— Comprendo lo que pasa por ti. No me maravilla tu arrojo y tu confianza en el arrojo. No serías quien eres de otra suerte. Pero yo persisto en asegurarte la opinión que respecto de ti antes mantuviera: la educación recibida en tu infancia y los ejemplos dados en tu familia y en tu casa no han divertido la voluntad y pensamiento tuyos de aquellos objetos y fines á los cuales te has propuesto consagrarlos.

— Por las familias á que pertenezco he visto salir de las bocas y correr por los suelos en tropel confuso las mil ambiciones imperiales.

— Pero no es esa la parte de familia que te ha educado á ti. Engendráronte tu padre Germánico y tu madre Agripina. Éste no pudo transmitirte con su sangre la conformidad sublime que constituía la base de su temperamento, y de aquélla no ha podido provenir, de aquella mujer consagrada por completo al amor de su esposo en el matrimonio, y á la memoria, en su viudez, del hombre querido, no ha podido provenir tu impaciencia por el Imperio, y por el Imperio directo, por el Imperio constante, por el Imperio tuyo con que ahora sueñas y por que ahora pugnas.

— Créete que mis abuelos resucitan en mí á despecho de mis padres. Y de mis abuelos llevo un conjunto tal de tradiciones, ejemplos, enseñanzas, ideas y deseos, que forman y componen como una segunda naturaleza en mi seno.

— Sea en buen hora; pero á eso podrá llamársele una herencia de caracteres, no se le llamará un efecto de la educación.

— Sea lo que quiera, yo tengo fe viva: primero, en que por mis esfuerzos Nerón llegará pronto al sumo Imperio, y que después de haber llegado, por su modestia, por su indolencia, por su vanidad, dejará el gobierno de nuestro Imperio á su madre.

Á tal afirmación, Vitelio meneó tristemente la cabeza; pero Agripina continuó exponiendo sus alucinaciones.

— Yo acabo de hacer con él aquello mismo que hiciera con el fuerte Aquiles de Grecia su diosa madre. Lo inclino á las labores del sexo mío, ya que pienso acaparar las labores del sexo suyo. Lo visto con los trajes más voluptuosos como á una bailarina. Le cuelgo collares de la garganta y zarcillos de las orejas. Lo tiendo en lechos de púrpura como á las favoritas de los palacios orientales.

Un pebetero de oro le trastorna el seso con sus aromas alquímicos. Un espejo de plata le sirve para enamorarse de sí cual Narciso. Música regalada suena en sus oídos á la continua. Coros y cantos báquicos le acompañan por los jardines y por los campos. La sempiterna embriaguez lo rinde y lo entrega por completo á mi albedrío. Idle, después que se haya empapado en esta sensualidad, idle con cuidados del gobierno, con luchas guerreras, con grandes competencias senatoriales, con partidos en el circo y en el comicio; no comprenderá de todo esto ni una sola palabra, porque la constante afeminación le atrofiará las facultades y los órganos indispensables al mando. Por consecuencia, yo reinaré, con eterno reinado, sobre Nerón, y Nerón reinará, con eterno reinado, sobre Roma. Créelo.

— Pero si lo afeminas así, ¿cómo le consientes que lleve un cachorrillo, cual ese leoncejo, que le presta, no aspecto de Onfala, sino aspecto de Hércules?

— Empeñóse con tenaz insistencia en ello, y no tuve otro remedio que acceder á su capricho.

— Pues deduce por eso mismo lo que hará en su juventud.

— ¡Oh! Para corromper y esclavizar la juventud hay otros medios: el vicio, el goce vivísimo, el placer desenfrenado.

— Pero esa propensión á las fieras, antes indica una complexión fuerte, nativa en él, que la dulce por ti concebida en tus adentros, y no bien sobrepuesta en él, según lo que veo y observo.

— Créete que la inclinación á los animales, pareciéndome mal, me parece una tendencia irremisible al descenso; no hay que combatirla, no; hay que fomentarla. Déjame á mí en paz acabar mi obra, y verás cómo no puede haberla más concluída y más perfecta. Déjame, pues, maniobrar.

— Pero mis afectos de amistad y gratitud hacia ti me preguntan cómo no te marrarán tus planes, pudiendo encaramarte, llevando á tu Nerón en brazos, hasta la cumbre del Imperio.

— Ya lo veremos.

— Claudio tiene un hijo y le ama por todo extremo. Británico es el heredero nato en sus preferencias paternas.

— Pero ese hijo correrá la misma suerte que su madre.

— ¿Lo crees tú así?

— ¡Vaya si lo creo! En cuanto Claudio conozca las infidelidades,

ignoradas hoy por él, de Mesalina, dudará de la legitimidad de hijo; y en cuanto dude alguna vez de la legitimidad del hijo, se volverá con afán en busca de este mozo mío, su resobrino, el cual pertenece á la familia imperial por su madre y su abuela.

— ¡Qué sé yo!

— Pues sábelo.

— Aunque resuelto á cooperar en todo cuanto hagas, y en todo cuanto mandes á obedecerte, yo dudo del buen resultado de tus planes.

— Pues esa duda, en mi sentir, acrecienta el mérito de tus servicios y aquilata la devoción á mi persona y familia.

— Difícil en el temperamento de Claudio sustituir una mujer con otra mujer; pero mucho más difícil todavía reemplazar un hijo de sus entrañas con un sobrino de aluvión.

— Ya sabes que por las adopciones romanas se convierten hasta los extraños y ajenos á nuestra sangre y á nuestro apellido en familia propia.

— Sea en buen hora; pero de las adopciones como hijo propio á la designación como heredero natural en el Imperio, todavía media una larguísima distancia.

— No tanta como tú crees. Ahora mismo, antes de darle á Mesalina el golpe de gracia, hésele dado á su hijo.

— ¿Qué has hecho?

— He convencido á Claudio de que celebre los juegos seculares.

— ¿Cómo los juegos seculares?

— Los juegos seculares, te repito.

— Pues ya en tiempo de Augusto se tuvieron y no ha pasado un siglo desde su celebración.

— Para eso es Claudio emperador: para variar si le place hasta el curso y la dirección de los tiempos.

— ¡Pobre Roma!

— Además, que cumplen ahora nueve siglos de la fundación de nuestra ciudad, y no hay que celebrar los juegos por el aniversario de su primera celebración, sino por el aniversario de esta divinidad, de esta Roma, en cuyo culto y obsequio los estatuyeron un día nuestros padres.

— Vaya en gracia; pero todo ello me parece arbitrario y caprichoso.

— Roma está hoy pobre.

— Tienes razón. En su puerto de Ostia, otras veces tan rico, ahora crece la hierba.

— Como que todo nuestro dinero ha pasado en poco tiempo á Egipto y Mauritania, regiones productoras de trigo, cuyos graneros conjuran las hambres caídas como terrible plaga sobre los reyes del mundo, sobre los orgullosos romanos.

— Y ahora con las fiestas pensáis reganarlo.

— ¡Vaya si pensamos!

— Como que se reducen los juegos á una feria universal...

— Y en esta feria universal ideo yo granjearme y granjear á Nerón las primeras piedras de nuestra preciosísima corona.

— De modo que mientras el sirio mercadeará en su tienda los búcaros olientes á canela, el viejo lidio los linos albos y ligeros, el samita sus ánforas, el germano las cabelludas pieles de sus rengíferos, el fenicio las púrpuras de Tiro teñidas para el hombro de los reyes, el egino las estatuillas de acero que parecen argénteas, el cirenaico las sillas de maderas olorosas, y el egipcio sus sacros papiros, tú, Agripina, mercadearás el Imperio, granjeándolo en apariencia para tu hijo, y en realidad para ti.

— ¡Ah! Tal pienso.

— ¡Peligrosísimo juego! ¿Y cómo has persuadido á Claudio?

— Mostrándole cuál bordado de altísima elocuencia podría ponerse con facilidad sobre un tema de tanto empeño.

— ¡Ya lo creo! Y como le gustan los discursos tanto, habrás puesto á escribir su persuasiva correspondiente arenga para persuadir al Senado.

— No se cansa de hablar y escribir.

— ¡Dichoso él!

— Verdaderamente dichoso, pues impera.

— Mas como den los herederos y sucesores en la flor de ir así recortando los siglos, en verdad no podrá decirse aquello de venid á ver lo que no habéis visto nunca y tampoco nunca volveréis á ver.

— Como que sólo han transcurrido sesenta y cuatro años de la última celebración.

— Pues, Agripina, en cuanto con Claudio tope, voy á dirigirle un voto.

—¿Cuál?

—Que celebre muchas veces los juegos seculares.

—¡Pues no van á reirse poco del voto las gentes!

—Déjalas; ya tendrán que llorar.

—Y se cuentan maravillas de lo que hay en proyecto.

—¿Qué hay en proyecto?

—Un espectáculo nunca visto.

—¿Cuál puede aparecer como nuevo en esta Roma, que, desde el Imperio, seméjase á un teatro inmenso?

—Esta Roma no ha visto nunca el combate de los tesalios con los toros.

—¿Todavía no hay bastantes fiestas de las que degradan y envilecen á un pueblo, tras las que idearon para corrompernos y esclavizarnos los que tantas veces quisieron ser nuestros amos?

—Verás el combate de los caballeros tesalios con los toros bravíos.

—No han menester los hombres de combates con las fieras; harto luchan como fieras entre sí.

—Además de toros veremos tigres y leones, pues nada menos que un prefecto del pretorio ha demandado su correspondiente permiso para combatir al frente de un escuadrón de caballería con los brutos feroces.

—Pero, divertido del punto capital mi pensamiento, perdóname, Agripina, si, para industriarme ahora en todo, te interrogo sobre cuál partido piensas alcanzar para tus proyectos del espectáculo prometido por Claudio á Roma.

—Pues pienso que se congreguen todos los jóvenes de las familias patricias en cualquiera de los espectáculos.

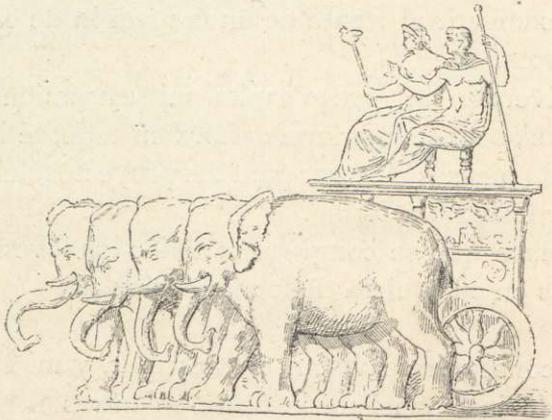
—¿Y qué?

—Pienso conseguir se vistan de troyanos, y mi Nerón represente allí el principal papel de la fiesta, mientras el hijo de Claudio, su rival, y presunto heredero del Imperio á que yo aspiro tan sólo llegue á representar el segundo papel. ¿Comprendes?

—Comprendo.

—Un pueblo tan supersticioso cual este pueblo romano verá en ello un presagio, y en el presagio se dibujará la corona de Nerón. Al llegar á este punto los interlocutores, Nerón se despertó, y

su primer impulso fué arañar al cachorro, que dió un rugido, mostró los dientes y las uñas, pero se quedó inmóvil á una mirada del amo. Luego saltó, en guisa de titiritero, desde su lecho al pavimento, y creyéndose completamente solo, se dió á bailar con verdadero desorden, y á ponerse muy gallardo en varias actitudes atléticas. Pero en esto la respiración de los dos interlocutores llegó á su oído, y viendo á la cariñosa madre sentada como una estatua de la majestad imperial, se tendió en tierra y se acercó á ella como pudiera un tigrecillo acercarse á la teta de una tigre. Agripina mostró hijo tan danzarín y juguetón á Vitelio como para confirmar los juicios comunicados antes, y se acordó con fruición de los desórdenes de Mesalina, para que le granjearan el Imperio, donde tenía la mira puesta con ese ojo certero dispensado por las leyes providenciales y por las leyes naturales á cuantos tienen que cumplir una extraordinaria finalidad bajo nuestro cielo y sobre nuestro planeta.





Claudio, Agripina, Livia y Tiberio (de un camaseo romano)

CAPÍTULO II

MURMURACIONES DOMÉSTICAS

Un tropel de siervos imperiales llenaba por los últimos días del imperio de Claudio el vestibulo de su maravilloso palacio en el sagrado monte Palatino, remate y corona del Universo. Aislada completamente la casa de César, como un templo, su área correspondía con las tradiciones guardadas en Roma para conjurar los maleficios y atraer desde las alturas sobre familias y hogares los mayores bienes posibles. Augusto, conociendo toda la trascendencia del cambio en las instituciones traído por el Imperio, y la dificultad suma de que tamañas novedades penetraran en las costumbres, pues antes entra una idea en la cabeza que en la vida, quiso le perdonaran su poder supremo aparentando no tenerlo, y vivió en habitación modesta, guarecido tras un templo que le sirviera de verdadero escudo, y encerrado en sitio recatadísimo y de apariencia humilde con su poder y su fortuna, como pudiera un avaro encerrarse con sus tesoros. Pero poco á poco arrojó la tiranía sus

recatos; y conforme los recatos bajaban, subían las ostentaciones. Tiberio, Calígula, Claudio, no disimularon ya ni la propia omnipotencia ni la servidumbre ajena, y añadieron á la suma de factores varios, componentes de su poder supremo, la suma no menor de timbres externos indispensables á sus esplendores y á sus magnificencias. El palacio crecía en proporción que iba creciendo el poder. Los árboles copudos asombraban aquel espacio y las fuentes claras refrigeraban aquellos aires. Cuadrigas de bronce dorado resplandecían sobre arcos de cinceladísimos mármoles. Las estatuas griegas, admirablemente colocadas, parecían coros de una tragedia hecha en Atenas misma. Unas largas galerías abrían paso cómodo desde la entrada del vestíbulo á la entrada del palacio. Por esta galería se hallaban reunidos los varios esclavos, que las costumbres romanas adscribían al servicio de un César, quien hasta para el cultivo de las Artes y para el texto de los escritos valíase de siervos extranjeros y de trabajos serviles. Necesitada la servidumbre aquella de atender á las visitas y á las peticiones romanas, debía madrugar muchísimo, dado que allí en Roma, bien al revés de lo que pasa entre nosotros, para visitar se levantaba la gente con el alba, y acudía cuando se apagaban las últimas estrellas en los cielos á las primeras entrevistas en los palacios. Senadores de antigua prosapia, patricios y nobles de todas condiciones, extranjeros muy distinguidos, agentes y enviados de todas las provincias acudían allí, ofreciendo algún obsequio y granjeándose á cambio alguna ventaja, tanto para sí como para los suyos.

En este día, historiado por nosotros, dábanse al vagar los siervos y despedían por ende á los pretendientes. Y como en su vagar no se les ocurría otra ocupación mejor del espíritu fatigado y del ánimo sereno que la murmuración, murmuraban de lo lindo aquellos buenos domésticos, pero con una libertad y una franqueza vedadas por completo á los oprimidos ciudadanos de Roma. Y todas las murmuraciones suyas dirigíanse y asestábanse á sus amos, según antigua costumbre de criados, sin que los amos llegaran á enterarse de frases tan bajas, vómitos que corrían por las jaulas del esclavo, por las ergástulas, viles naturalmente, no trascendiendo afuera y menos arriba sus asquerosos hedores. Mas escuchémoslos, pues la conversación suya nos instruirá en lo que piensan y sienten y quieren los altos

personajes romanos mejor que ninguna otra. La diferencia del siervo al amo se había por tal modo ingerido en las costumbres antiguas, que aun los más ilustres parecían objetos viles y no personas animadas. El esclavo más bello podía correr desnudo ante la dama latina más voluptuosa y sensual, sin que sintiera ningún afecto ésta, como no lo siente al paso de las fieras, con las cuales ni por desvarío y locura pudiera soñar un imposible ayuntamiento. Lo que perdió á Julia, la hija de Augusto, en el ánimo de su excelso padre, fué saber éste que había yacido con gladiadores, aunque los gladiadores, por su fuerza y por sus combates mismos, no eran allí ni tan despreciados ni tan despreciables como los siervos y sobre todo como los siervos gréculos ó grieguecillos, encargados de misterios tan altos y sublimes como las Artes, las Ciencias las Letras. Y por ende, así como cualquier señora romana solía desnudarse ante un esclavo sin rubor alguno, solía por su parte cualquier señor romano hablar ante un esclavo sin reserva. No les hacían caso, ni se acordaban de ellos sino cuando los necesitaban y para todo lo que los necesitaban. Así, hablaban en su presencia como nosotros podemos hablar en presencia del gato y del perro. Mas no se violan impunemente las leyes naturales; el imperio de lo natural concluía por sobreponerse á todo, y los esclavos hallábanse dotados de una retentiva en su memoria y de una palabra en su lengua que no tienen gatos y perros. Por tanto, sabían todo lo que pasaba en el palacio imperial y lo difundían con la misma facilidad con que oyéranlo ó supiéranlo, merced á las familiaridades viciosas y despreciativas de sus torpes amos. Oigámosles, pues:

— Día de asueto — decían unos tirando discos y bolos áureos al aire y volviéndolos á coger con destreza y con habilidad.

— Holguémonos, holguémonos — decían otros jugando entre sí á lo que llamamos nosotros juegos de manos.

— Esto no parece un palacio imperial, parece un baño público — observaba un siervo tracio muy meditabundo.

— Como que se han ido los amos — le contestaba con ligereza y chacota un griego.

— ¿Y dónde se hallan esos malditos? — preguntaba el tracio al ateniense.

— Muy lejos, cuando hasta el siervo encargado de los lararios discurre ahora entre nosotros con riesgo de que los sacros lampadarios lleguen á extinguirse y los dioses y los césares á incomodarse.

— Déjame un poco de jolgorio — exclamó el joven esclavo larar, que desempeñaba en el palacio funciones verdaderamente sacristanas, de las cuales daban testimonio fehaciente su túnica corta morada y su cinturón verde.

— Os tomáis tanto jolgorio, que no parecen los amos idos, sino muertos — dijo el tracio.

— ¿Acabarás de decirnos dónde se hallan? — preguntó con insistencia nueva el griego al esclavo larar, centinela vigilante puesto á la puerta del sitio donde los dioses lares campeaban, sitio abandonado por la triste anarquía derramada entonces en los palacios imperiales y por la huelga de todos los criados, ó sea por el vagar que acababan de recetarse, al verse las bridas sobre las espaldas, retozones todos ellos y regocijados.

— Pues no están muy lejos — respondió el siervo sagrado: — Claudio, en el puerto de Ostia; Mesalina, en los jardines de Lúculo.

— ¿Y qué hace Claudio en Ostia? — preguntó un siervo nómida, que se mezclaba en la conversación entonces, al informadísimo sacristán, según se llama en castellano á quien guarda sitios y objetos sagrados ó desempeña ciertos oficios inferiores en las ceremonias religiosas.

— Pues hace su santísima voluntad, como siempre. Sueña con realizar ciertos pensamientos que asaltaron al gran Julio César cuando ya estaba loco: dirigir hacia el Tíber lago tan hondo como el Fucino; agrandar puerto tan estrecho para la grandeza romana como el puerto de Ostia.

— Los criticas, cuando debían complacerte mucho tales trabajos — observó el tracio al esclavo larar.

— ¿Por qué? — preguntó el esclavo á su camarada.

— Porque Claudio celebra todas sus fortunas manumitiendo siervos suyos, y lo que hay que alcanzar en esta tierra hoy es la calidad envidiable de liberto del César.

— Verdaderamente.

— Y si no, dígalo el más atendido, el más puesto en zancos, el

más consultado entre todos los familiares de Claudio: el poderoso liberto, el envidiado y envidiable Narciso.

— Nada conviene la esclavitud al hombre ni en Roma ni en parte alguna. ¡Oh! Antes de parir un esclavo, deberían sus desgraciadas madres ahogarlo y enterrarlo en sus entrañas. Pero el carácter de liberto conviene mucho: como que rigen el Imperio los libertos, y en su acta de manumisión llevan algo superior á sus derechos de hombre libre, llevan como un título á compartir el imperio — dijo el heleno.

— Que lo diga Narciso — exclamaron de nuevo casi á una los interlocutores muy embargados al recuerdo de la grande autoridad por Narciso ejercida en el ánimo de los césares.

— ¡Y si fuera solamente Narciso! Pero tenéis, aunque no lleguen á su poder y á su influencia, Palas, Myrrón, Felio, Harpocrás y tantos otros — dijo el tracio.

— Palas, antiguo esclavo de Antonia, madre de Claudio, dispone hoy de más dinero que romano alguno, pues ejerce la Intendencia imperial en palacio — añadió el nómida.

— Cuando Harpocrás llegó por su manumisión á la categoría de hombre, solamente pidió á Claudio que le dejase arruinarse por el pueblo en fiestas y espectáculos.

— ¿Y qué decir de aquel otro, en el recuento ahora olvidado, quien forjó una bandeja de plata, la cual pesaba quinientas libras?

— El día menos pensado, creedlo, distribuye los innumerables reinos de su Imperio á nosotros, por nuestros respectivos oficios de otros tiempos — dijo el tracio.

— Como que nada le place cual esta designación de jefes y monarcas para los Estados vacantes, por la cual se imagina creador como los dioses y se goza en mirar y contemplar sus criaturas.

— ¡A lo mejor suelta decretos tan raros! — observó el tracio.

— No lo extrañes — le replicó el griego; — sus libertos y su mujer se apoderan de la estampilla y hacen todo aquello que les da la gana y les pide con más ó menos insistencia el propio gusto.

— Cierto, y el emperador se olvida por completo de todo á lo mejor: de la carta que ha escrito, de la comida que ha tragado, de las disposiciones que ha puesto en fuerza legal, de los presentes

que ha recibido, de los magistrados y de los príncipes que ha nombrado,

— Sin duda tienes razón, y mucha, compadre tracio — dijole con celeridad el griego. — Como que á esos descuidos inexplicables de su memoria deben los adivinos ahora el residir, como residen todavía, en Roma.

— Pues qué, ¿pensaba echarlos?

— ¡Vaya si pensaba echarlos!

— ¿Por cuál motivo?

— ¿Te acuerdas, tracio, de la célebre insurrección en Dalmacia promovida por Scribunano?

— Sí; no la he olvidado, ateniense amigo.

— Su hijo, el hijo de tan rebelde general, consultó al cielo, describió las estrellas, hizo mágicas operaciones, compuso mixturas y quiso contrastar las leyes generales de las cosas y remontar el sereno curso de los tiempos. Desde aquel entonces Claudio aborreció las adivinaciones, y ahora expulsa muy airado á los adivinos.

Sacudió á estas noticias el tracio la cabeza con verdadera melancolía, y dijo:

— No comprendo como las gentes del mundo pueden enojarse así con los demás y complacerse á una en hacer lo mismo que condenan en ellos con tanto furor, sin revolverse contra sí mismos.

— ¿Por qué dices eso? — le preguntó el esclavo Iarar al esclavo tracio.

— Porque tú mismo podrás testificar cómo las gasta Claudio en materia de adivinanzas y sortilegios y hechicerías.

— Tienes razón.

— Para preservar su palacio de incendios no se le ocurre darte á ti el encargo de vigilar y de celar; se lo confía el cuitado á esas fórmulas rojas inscriptas en las paredes mismas del vestíbulo. Cuando quiere que algún asunto prospere, que alguna legión venza, que las leyes resulten óptimas, que los pueblos estén satisfechos, no se le ocurre granjearse ninguna de tales ventajas por medio de los ministros, por medio de los generales, por medio de los senadores; está mucho más en sus gustos clavar un murciélago cabeza abajo sobre la puerta de su alcoba, que recurrir á los buenos y legítimos medios aconsejados por los cánones de una sabia política.

— Y toma todos estos sortilegios de la nación más embustera que hay en el mundo ahora, de los egipcios — observó el númera, enemigo implacable, como toda la gente del desierto, de toda la gente del Nilo.

— En la medida que detesta á los adivinos, quiere á los libertos — dijo el griego.

— Y entre los libertos á Narciso — añadió el númera.

— Ahora vamos á ver hasta dónde llega la influencia del privado, ahora.

— ¿Cómo? — preguntaron todos á una.

— ¡Oh!

— Habla.

El esclavo larar bajó mucho la voz para obligar á sus cofrades y amigos á que acercasen las orejas, abiertas, como las orejas del gamo, hasta sus labios.

— Claudio podrá llamarse dueño del mundo; pero se llama Narciso dueño de Claudio.

— Bien, ¿y qué?

— Pues juega una partida muy arriesgada.

— ¿Cuál?

— Se ha indispuerto con la mujer de su señor.

— ¿Con Mesalina?

— Con Mesalina personalmente.

— Mal negocio — dijeron todos á una.

— Y tan malo.

— Ya lo creemos.

— Por lo mismo que Claudio es casto, la cama nupcial y la esposa única ejercen sobre su corazón un imperio máximo.

— Como que Mesalina le manda con autoridad absoluta — dijo el tracio

— Los efectos — añadió el númera completando todos estos pensamientos — que los ojos de Mesalina causan en el ánimo de Claudio, me recuerdan los efectos que las miradas de las hechiceras y de los hechiceros causan en las serpientes del desierto. Allí estos reptiles no tienen la inocencia que las culebras del Tíber lanzadas por los romanos contra los augurios nefastos y contra las ratas gordas. Allí chasquean sus colas como látigos de muerte; muestran sus

áspides ponzoñosos en guisa de puñales agudos; lanzan de sus fauces asesinos soplos; matan sin piedad, y antes de mataros, con asombrosa rapidez os petrifican y en vuestras venas reemplazan el calor de la vida con el frío de los sepulcros. Los pajarillos que pasan por los aires, las personas que carecen de las influencias ejercidas sobre ellas por los hechiceros y por los domesticadores, no pueden sufrir sus miradas ni preservarse de sus agujijones; caen á una dentro del círculo mágico de sus influencias, y allí perecen desdichadamente, sin que nadie pueda en tal trance ampararlas; pues tienen una fuerza mágica sobrenatural superior á todas las fuerzas naturales, así esparcidas en el mundo mecánico, cual en el mundo orgánico. De igual suerte Mesalina obra sobre Claudio. En cuanto aparece diríase que se trueca el emperador en estatua. Su labio se le cae, sus ojos se le apagan, sus nervios se le tornan rígidos, las venas del cuello se le hinchan, la respiración se le torna fatigosísima, vense los latidos del corazón tras los paños de su túnica, y por todo el ser suyo se asemeja y se parece á un poseído de los malos genios ó á un hechizado por funestos sortilegios.

La conversación se había animado al calor de tales discursos, y todos los esclavos departían ya en voz muy alta y con gestos muy expresivos acerca de tema tan peligroso como el tema de las sendas relaciones matrimoniales entre Mesalina y Claudio. Quién recordaba tal hecho, quién tal escena; éste cómo habían sido aplastados cuantos se atravesaran en sus caminos, aquél cómo fueron desoladas regiones enteras por un capricho suyo. El tracio era quien más vivas tenía las emociones en su corazón y más frescos los recuerdos en su memoria. Así evocaba espectáculos donde Mesalina tomaba el carácter y el aire de una verdadera diosa, como el triunfo celebrado en honor de Claudio. Pero escuchémoslo á él mismo, escuchémoslo.

- En poco más de medio mes había el emperador pacificado á los britanos insurrectos, después de peligrosa navegación, y por ende le tocaba el carácter de triunfador y merecía la honra del triunfo. Jamás vieron los nacidos fiesta semejante. Las victorias de sus antecesores aparecerían más gloriosas y más útiles, pero no más honradas y más encarecidas que esta victoria de Claudio. Todos los otros generales brillaron por su fuerza; Claudio brilló por

su clemencia. Más que las riquezas allegadas en los sacos; más que los despojos recogidos tras las victorias, sobre los trofeos y los ornamentos, sobre los cautivos cubiertos de pieles; más que los heraldos vestidos de oro; más que las músicas resonantes; más que las cornetas de plata; más que los carretones de guerra; más que las coronas de oro presentadas por los sacerdotes; más que aquel carro de marfiles donde iba Claudio vestido de púrpura, brillaban los desterrados, víctimas de las civiles guerras, devueltos por el perdón imperial á su patria y regocijados como avecillas que han roto los hierros de sus jaulas. Pues á festividad tan excelsa por tantas causas, asoció el emperador á su esposa Mesalina. Una cuadriga la conducía cual si fuese una diosa de las olimpiadas helénicas. Su frente brillaba como el cielo tras la tempestad. Las oscuras trenzas recogidas sobre la nuca parecían una corona de azabaches. Los ojos negros, fijos y redondos, engarzados por pestañas larguísimas, bajo fruncidas cejas, lanzaban unos relámpagos tales, que todos veíamos en ellos una tempestad tonante y fulminante de reconcentradas pasiones. Seguía una corte de generales como á cualquier emperador. Los tribunos militares más distinguidos y que mayores lauros consiguieran en las batallas la circuían. Un consular varón, vestido de púrpura bordada con realces áureos, montaba un brioso caballo cubierto de ricos arneses. Tras este carro veíanse los guardias pretorianos con sus armaduras preciosamente cinceladas; los bárbaros, en cuyas espaldas relucían las rubias sedosas cabelleras; los britanos, de alta estatura y de majestuoso aire. Nada brillaba, ni el alto Capitolio, ni las vías sacras cubiertas de flores, ni los altares humeantes de incienso, ni los templos llenos de sus sacerdotes y de sus sacerdotisas, ni las tiaras, ni las coronas, como la frente de aquella mujer, que parecía la verdadera cumbre del mundo.

En estas, cuando acababa el tracio de trazar semejante pintura, se oyó un rumor que mostraba la presencia de alguna persona extraordinaria. Era, en efecto, Narciso, que llegaba desaladísimo de Ostia, fatigado, jadeante, con la lengua fuera, con los ojos casi fuera también, como si le aquejara un ataque de apoplejía ó de locura. En efecto, cierto mensajero había llegado á Ostia, y le había dicho que Mesalina ideaba un acto increíble de puro bellaco; ideaba

casarse con el amante último á quien había encontrado en su vida, con el joven y hermoso patricio Silio. Mil veces había pensado en delatar á Claudio los desórdenes de Mesalina, como en cierta ocasión delató Livia los desórdenes de Julia, tan querida por Augusto, al corazón de su amante padre, que la expulsó y la desterró al esponjoso peñón de la Pandataria. Narciso amaba tanto á Claudio que no era ósado en su amistad á darle una mala noche, y se había callado. Pero la celebración de un matrimonio público no podía verificarse al aire libre y á la vista de todo el mundo sin que cayesen ó el emperador ó la emperatriz. Pues caería la emperatriz. Mas espesísima nube pasó por la frente de Narciso al recuerdo triste de Agripina y de Nerón.





Escena de vendimia (bajo relieve del Museo de Nápoles)

CAPÍTULO III

EL AMOR Y LA MUERTE

El otoño maduraba todos los frutos y enrojecía ó doraba todo el follaje. Por las laderas de las colinas romanas brillaban los monumentos con esplendor no usado, y olían á gloria los jardines y los huertos, cuyos frutales se doblaban al peso de la cosecha. Un cielo azul y una luz espléndida sobreponían preciosos esmaltes á las hojas matizadas de púrpura y transparentaban los racimos, semejantes á multicolores cristales. El otoño se metía por las venas con los efluvios de su éter y de su mosto. Un olor á vino reciente y nuevo trastornaba las cabezas, poseídas de vértigos, y encendía los corazones con esas vaguedades en los deseos que tomaríais por una especie de amor instintivo é inconsciente. Roma, voluptuosa de suyo, se bañaba por tales días y tal estación en una voluptuosidad centuplicada sobre su voluptuosidad ordinaria. Por eso indudable-

mente celebraba en este período esas fiestas báquicas en las cuales el vino nuevo encendía el viejo amor. Cuando las brisas mediterráneas, cargadas con acres moléculas de algas y fecundante polen de pámpanos, comenzaban en los templados días de octubre á contrastar el encendido sol, desparramábanse los vendimiadores por las viñas á cortar los racimos, que depositaban en amplios cenachos para trasladarlos desde allí á las cubas, puestas con diligencia en carretas ceñidas de flores y tiradas por bueyes, en cuyos cuellos, al par del yugo, y en cuyos testuces, entre los cuernos, tendíanse gayas y bien olientes coronas, compuestas por toda clase de hierbas empapadas en otoñales aromas y en matutinos rocíos.

Veíanse por todas partes, en procesiones ó teorías inacabables, los boyeros conduciendo las carretas una tras otra, tarda y perezosamente, aguardadas por los pisadores, quienes se descalzan las sandalias y se remangan las túnicas para ir aplastando los racimos separados en películas, orujos, y mostos, cuyas combinaciones varias, bajo la presión, van produciendo el vino nuevo, que chorrea de las tablas del cubo y de los valeos de la prensa en rojos arroyos á las cavidades hondas del cubo, desde donde por doquier se dilata y esparce un olor embriagante. Hacían bien los antiguos al acordarse, anegados en esta exuberancia vital, de los dioses borrachos y de los placeres báquicos. Las coronas de pámpanos en las frentes, los despojos de las pieles atigradas al hombro, el cinturón de hiedra sobre los riñones, el tirso rematado en piña, los címbalos resonantes, las danzas voluptuosas, los gritos despertadores del placer, las sensuales canciones, las copas rebosando, el evohé sacramental esparcido de viña en viña y de lagar en lagar, el sileno por aquí, el fauno por allá, los coros de bacantes dando al viento su cabellera y su voz, las encendidas miradas, los labios rojos vibrantes al creador beso, la sensualidad universal, cuadran y convienen al calor vital que la vendimia difunde con sus efluvios sensuales por las venas abrasadas. Pues tal estación había escogido Mesalina para cumplir el más descabellado propósito que cupo nunca en cabeza de mujer, y al fin de impedirlo había Narciso hecho su viaje desde Ostia y se había presentado en el Palatino según acabamos ahora mismo de ver. Mas las gestiones suyas no debieron tener un logro fácil, cuando se había pasado la noche toda precedente á la increíble ceremonia en el

envío de libertos, emisarios, embajadores á todas partes, y en el comienzo luminoso de aquella mañana trágica no había conseguido cosa ninguna. Y sentado en el atrio de la cesárea casa, preguntaba con dolor Narciso á su compañero el sabio liberto Rufo:

— Pero, ¿será posible?

— No cabe duda ya.

— Creíala capaz de todas las demencias; mas no de una tan extraña y singular que, puesta en fábulas y tragedias, no sería creída en este mundo tan avizor y novelero por nadie, absolutamente por nadie.

— No te quejes, Narciso; pues teniendo rendido á tu albedrío propio el albedrío de Claudio, no lo has puesto en autos y no le has dicho cuántas innumerables veces ha entrado el adulterio en su tálamo.

— Tenía mis razones para ello. Claudio necesita de una mujer constantemente á su lado; y como estoy seguro de que al separarse de Mesalina uniríase con otra peor, mucho peor, más encharcada en política, más dispuesta de suyo á gobernar y capaz de armarnos una guerra civil dentro de palacio, en las cumbres más altas del Imperio, dudo, vacilo, recelo.

— ¿De quién recelas?

— Es muy difícil, Rufo, prever achaques de un ánimo en quien las distracciones son cosa tan corriente y habitual que parece consumadísimo disimulo. No puedes imaginarte cómo se distrae Claudio á la continua en los asuntos de hoy, cómo se olvida de los asuntos de ayer, cómo no se precave de los asuntos de mañana, ni se apercibe á cosa ninguna fuera de sus sentencias, de sus discursos, de sus cuestiones jurídicas, de sus negocios y asuntos políticos.

— ¿Y no has podido entrever quién podría, en el caso de sacrificar á Mesalina ó divorciarse de ella, reemplazarla?

— Claudio no da indicio alguno de preferencia. Muy casado con su mujer, no sabe todavía nada en absoluto de lo que hace, y vive con ella cual si fuese la más casta y perfecta de todas las esposas.

— Pues la lista de los competidores no tiene término.

— Como que muchos han sido amantes de una sola noche.

— Ya lo creo.

— Pero ¿qué quieres? Mesalina hoy, no sólo impera en el cora-

zón de su marido, engañándole como le parece mejor; impera en la Ciudad Eterna y dispone por completo del sello imperial. Aquella hermosísima cabeza de augusto joven esculpida en piedra preciosa y engranada en cesáreo anillo, puesta por sus dedos sobre la cera candente, puede proscribirnos y matarnos.

— ¡Parece imposible!

— Así, Catonius, escandalizado de la vida que traía entre sus innumerables amantes y del deshonor que proyectaba sobre la frente de su esposo, quiso revelárselo todo á éste y desapareció de modo misteriosísimo, sin que se haya vuelto á tener de él noticia ninguna.

— Pues mira que no puede leerse ni en un año el calendario de sus amantes. Yo ahora mismo recuerdo el sobrino de Plautio, que venció en Bretaña; el caballero Montano, el joven médico Vectio, Trogo senador, hasta un mísero histrión.

— Pues nada sabe Claudio.

— No lo creyera.

— Y todavía no conoces lo mejor.

— ¿Qué?

— Es para reventar de risa ó de cólera. No sabe uno cómo tomarlo, no lo sabe.

— ¿Qué ha pasado, pues?

— Pues ha pasado que ha hecho firmar Mesalina su propio contrato de boda con Silio al emperador su esposo.

— ¿De veras?

— De veras.

— Si no lo dijese tú, creería completa mentira tan donoso caso.

— Pues asegúralo como verdad.

— Entonces tu amigo el emperador es un imbécil.

— Perdóname, pero no hay tal.

— De otra suerte, no alcanzo cómo han podido suceder ciertas cosas.

— Pues han sucedido, bien porque Mesalina se aprovechó del sello de Claudio, bien porque le persuadió á creer comedia la triste pero verdadera realidad.

— De cualquier suerte, si hasta la Historia llegan estas minucias corrientes hoy, los venideros apenas podrán creerlas.

— Como no las creemos aquellos mismos que las presenciamos.

— ¿Y te prometes llegar hasta el alma de Claudio y vencer sus múltiples distracciones?

— ¡Oh! Si perpetra el atentado, cree que muere Mesalina, ó muero yo. Lo único, Rufo, que hoy embarga mi mente y paraliza mi acción, es el recelo á la mujer cuya compañía deba reemplazar en el tálamo y en el trono la compañía deshonrosa de una mujer como Mesalina.

— ¿Qué presientes?

— Pues presiento que se asirá, como á la tabla el náufrago, á la mujer más próxima de su persona.

— En tal caso no hay lugar á vacilaciones; ya sé quién será la nueva esposa de Claudio.

— Lo será indudablemente Agripina.

— ¡Mala sustitución!

— Muy mala.

— Verdaderamente pésima.

— Mesalina se cura tan sólo de sus placeres; pero la que aspira con tanto empeño á sustituirla, se guía de sus ambiciones.

— En verdad por todo la tomarías menos por una mujer. Al hablar parece un senador y al moverse parece un general; cualquier cosa, menos la tierna y delicada hembra en los designios de la Naturaleza destinada por completo á esposa de un emperador.

— Pues tiene algo peor que su persona misma: tiene su adjunto; tiene su cachorro, su hijo, su Nerón.

— Pero dicen que Nerón es tan bueno y dócil...

— ¿Bueno? Mucho me cuesta juzgar con severidad á un joven de catorce años ahora. Mas así como no había que hablar á Filipo después de comer, no hay que catar á estos jóvenes tan dóciles hasta después de haber imperado. El borracho que se cae de suyo en el suelo, no corre riesgo de lastimarse como el borracho que se cae de cualquier cabalgadura. Los vicios en la vida vulgar no trascienden á lo que un vicio elevado al trono. En tales alturas por todas partes brotan á una tentaciones, las cuales os asaltan en tropel tal y con frecuencia tanta, que os rinden y os vencen.

— ¿Has estudiado la naturaleza de Nerón?

— Y con sumo cuidado.

— ¿Qué hallas en ella?

— Esa misma docilidad suya, que tanto parece prendarte á ti, me alarma, y mucho, á mí.

— ¿Por qué?

— Porque me parece una doblez hipócrita.

— ¿Doblez hipócrita? No caben tales defectos en estas vidas incipientes, ni en juventud como la de Nerón, tan florida, pueden arraigarse vicios tamaños.

— Un joven era Calígula.

— Verdad.

— Y desde su nacimiento estaba loco.

— Verdad también.

— Pues no mostró su locura sino en el supremo imperio. Cuando estaba fuera del mando se confundía con los trastos del palacio. El último de los perros ó de los caballos metía más ruido que aquel príncipe. Un pretoriano le cogió tras la muerte de Tiberio bajo una banqueta, mal envuelto en los paños de una cortina, y lo alzó al trono cual si fuera un simple objeto y no una verdadera persona. Francamente, yo temo mucho que sea lo mismo Nerón. Cuando mira con tanto éxtasis á su madre, descubro yo en el fondo mismo de aquel mirar oceánico tempestades del alma dormida, que relampaguearán y tronarán y fulminarán en cuanto las despierte ó las promueva cualquier pretexto ligerísimo. Su madre busca en el hijo un instrumento de poder, y plegue á los dioses que no se corte las manos. Por eso, por eso no me quiere Agripina; porque yo con los ojos de mi afecto á Claudio descubro cuanto contra Claudio maquina ella con la esperanza de poder emplear á Nerón en oficios y para fines iguales á los oficios y á los fines ideados por Livia para su Tiberio. Y así llegarás, ¡oh Rufo!, á explicarte con facilidad suma la causa de que Mesalina se haya en sus desórdenes atrevido á tanto; mi recelo fundadísimo de aquella que, según todos mis pronósticos, debe reemplazarla; mi recelo de Agripina, no tan por extremo sensual en sus gustos, pero mucho más temible por sus desapoderadas ambiciones.

— ¡Buenas están las mujeres, buenas! Allá, por las edades áureas, cuando no punzaban las rosas cual hoy punzan por desgracia, ni habían menester en defensa de sus mieles dulcísimas del aguijón las abejas, ni precisaban al rebaño los pastores, bastando por

habitación la cabaña rústica de ramajes cubierta, por bebida el agua de los arroyos escanciada en el hueco de las manos, por sustento la bellota sacudida del alto encinar, acaso el pudor se juntaba con la mujer en guisa de su natural compañero, y no se podía presentar en tanta inocencia y candor que hubieran de levantarse un día las célebres Safos, Lesbias, Cinthyas, ornato de las ciudades que las vieran y gusto de los queridos que las amaran, pero también perdición y ruina universal, según prueban tantas tragedias vivas cual pasan hoy en los hogares y á nuestros mismos ojos. Y explícase tal cambio por habérsenos ido trotando Astrea, ó la Justicia, del mundo al Olimpo, y en cambio llegado del infierno al mundo para sustituirla en el trono suyo un tropel de pasiones coronadas por las víboras ponzoñosas que forman y componen los vicios. En vano casas á una joven virtuosa y bella en viejo matrimonio, consagrado por las tradiciones litúrgicas; como quiera que nuestra escena en sus desvaríos consiente al vivo la presencia de Pasifae y los ayuntamientos de Júpiter con Europa ó la pantomima de Leda engendrando á la más hermosa de las mujeres, altéranse nuestras lascivas damas cual si en brazos de un amante se hallaran sobre lecho de adulterio, y siguen desaladas, huyendo de lo lícito y honesto, á tal tañedor de arpa ó á cual flautista de comedia, ó á este histrión cubierto de ridiculeces, ó á aquel atleta untado todavía con aceite del circo y oliente á baba de las fieras. Mujer que no podía bogar en barca por las orillas del Tirreno mar, á la vista de Parténope ó de Bayas, en ese lago celeste que cierran el Cabo Minerva y el Cabo Miseno, purpurado al anochecer por las llamas del Vesubio jaspeando la superficie, sobre cuyas opaladas aguas titilan las estrellas nacientes y se reverberan los bellos crepúsculos, han desafiado luego los vientos terribles boreales y recorridó los océanos negros, tras cualquier gladiador, ebrio de vino y sangre, colorado y rubiote á guisa de germano, gordo y encendido, de carnicero craso y rechoncho. Pero ¿qué más? ¿No has leído cuanto dicen los poetas, y poetas satíricos; esos seres privilegiados, á cuyos hexámetros se han refugiado las antiguas libertades romanas de la palabra convertidas hoy en asquerosas licencias? Pues han dicho que á nadie le pasaría cuanto á Claudio le pasa, quien, al acostarse confiado en que la honra velará por el sueño de un emperador

como vela por el sueño de un simple ciudadano, se entrega, tras un día de cansancio continuo, al nocturno reposo; y, así que se duerme, la mujer deja su tálamo, corre de puntillas al cercano cubículo, esconde la negra cabellera en rubia peluca, encubre su cuerpo divino con trajes pardos, se acoge á los lupanares más sucios, y allí, tendida sobre los maculados jergones, enseña las entrañas que han llevado en sus hondos senos al heredero de nuestro Imperio y recibe como inmunda meretriz, no solamente las caricias brutales del primero que quiere disfrutarla, sino la vil moneda con que se paga la vulgar prostitución.

— ¿Crees que podemos vivir así por mucho tiempo? ¿Crees que, si los seres destinados á velar por la honra de todos, traen de tal suerte á manos llenas el deshonor sobre nosotros, volverán jamás las viejas virtudes? Todas estas sátiras corrientes de boca en boca y divulgadas hasta donde se dilatan los límites de nuestro Imperio, sirven para lamentar el mal, pero no sirven para corregirlo y remediarlo. La raíz del árbol de nuestra vida está como envenenada, porque nos falta la robustez de aquellos robles, bajo los cuales discurrieron Rómulo y Numa, mientras nos sobran adobes, perfumes, placeres, menjurjes. En vano tú quieres dominar á Claudio con tus ideas para que Claudio domine con la ciudad al mundo. Un déspota no puede ser humanamente bueno, porque ha de ser por fuerza el despotismo un mal absoluto, y el mal absoluto ha de revestir y formar fases en conformidad con su venenosa esencia. Solamente rompiendo las cadenas que abruman el mundo podríamos recobrar nuestro ser de hombres; y solamente recobrando nuestro ser de hombres, podríamos mejorar nuestra condición presente. Sin libertad, imposible la virtud; como sin virtud, imposible la libertad.

— ¡Qué arenga tan larga, Rufo!

— Confieso que me pongo pesado.

— Pues si te pareces á ti mismo pesado, tú, que hablas, imagínate lo que le parecerás á quien te ha oído sin pestañear y sin respirar.

— Pero hablo tanto para mostrarte la diferencia entre nosotros existente. Tú crees que sirves al bien y al procomún advirtiendo al emperador. Yo, por lo contrario, creo en la necesidad inevitable de destruir y desarraigar el Imperio.

— Calla. No digas tales cosas en el palacio mismo de los cé-sares.

— Yo las digo á ti solo, y nadie más puede oirlas.

— Pero, aún diciéndomelas á mí solo, yo peco y falto no respondiéndolas con tu muerte.

— ¡Narciso!

— Cree que los romanos llevan la esclavitud en el alma, y no hay otro medio sino dejar el Imperio de pie y mejorar los emperadores con todas cuantas influencias podamos ejercer sobre todos ellos.

— ¡Triste reflexión!

— Yo hubiera debido pasar mi vida en las ergástulas, arrastrando las cadenas de los esclavos. Me ha hecho verdaderamente hombre Claudio, y débole mayor gratitud que á mis padres; pues si con éstos tengo la obligación derivada de haberme dado la vida material, con Claudio tengo contraída otra obligación mayor; la derivada de haberme dado, no la vida material, la vida moral, mi libertad.

— Pero el agradecimiento que debes al César, no ha de obstarte para el deber que tienes con la libertad y con el derecho.

— Yo he jurado vivir y morir por Claudio. Héselo prometido á los dioses inmortales y cumpliré mi promesa.

— Sea en buen hora; mas yo en verdad te digo que también he jurado, que también he prometido, pero jurado y prometido consagrarme por completo á la libertad.

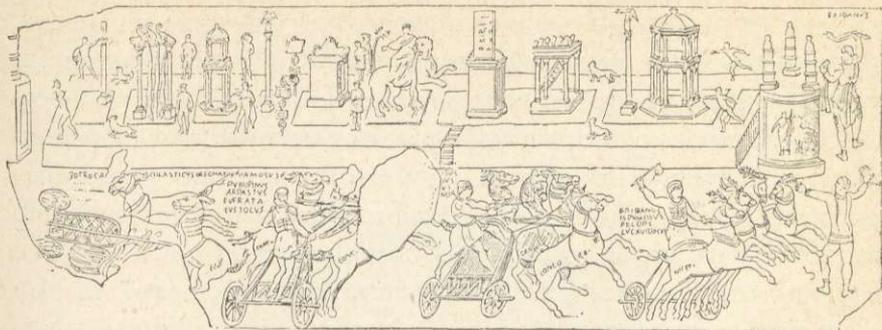
— Sea en buen hora; y así, te ruego no me lo notifiques mucho, pues no digo á ti, á un hijo mío sacrificara yo por defender y por salvar al César.

— Sea en buen hora, te digo yo á mi vez, no sin recordarte cuánto se apartan en esto nuestras dos almas, unidas y ligadas por tan estrechos apretadísimos lazos.

— Pues mira: en tales términos yo me intereso por Claudio, que si la triste aventura esta se redujese á un simple amor de la emperatriz, dejaríala divertirse á sus anchas, conforme y según se lo pidiera su gusto. Mas no se trata de eso, trátase de algo mucho más hondo y más terrible. Silio aspira, con aspiraciones incontrastables, al Imperio. Mesalina, enamorada furiosamente de él, se presta de grado, en cambio de su amor, á todo cuanto pide la impon-

derable ambición del desapoderado joven. Celebrarán el matrimonio, y tras el matrimonio adoptará Silio al heredero de Claudio, á Británico, y tras esta consiguiente adopción se declararán césares y subirán al trono del mundo. El escandaloso matrimonio debe costarle á la cuitada su vida.





Juegos del Circo, según un mosaico de Barcelona

CAPÍTULO IV

DESAPODERADAS NUPCIAS

Mientras Narciso ideaba el modo y manera de ir delatando á Claudio, sin herirle mucho, por natural cuidado de su salud, la escandalosísima boda tramada por su mujer, dábase con toda su alma y todo su cuerpo ésta, en el propio Palatino, á los desvaríos del amor sensual y grosero, exacerbados hasta demencias, no ya imposibles de contar por lenguas y plumas contenidas en ciertos respetos debidos al pudor general, imposibles de imaginar ni por la fantasía más aquejada de alucinaciones eróticas. Pero con esto de las nupcias ocurriósele increíble bellaquería. Deseando aumentar goces, disminuídos á la continua por el desgaste de las fuerzas y el embotamiento de los sentidos, connaturales á los desórdenes y á los excesos, había resuelto en sus desvaríos trocarse con Silio, de amantes hartos por una larga posesión mutua, en platónicos novios virginales, ajenos á tálamos diferentes del que les aparejaban sus mutuos amores legítimos y les ungían de consuno la religión y las leyes. Así, mirábanse con ojos pudorosísimos, decíanse dulzuras innumerables, arrullábanse uno á otro en sendos dichos de amor, cual esos castos enamorados tortolillos á quienes la tradición atribuye fidelidades cuya virtud podría servir de ejemplo á nuestra superior especie. Jamás el ojo avizor de una familia celó á dos novios jóvenes é inexpertos, destinados al establecimiento de un

hogar honradísimo y á las generaciones de una prole numerosa, como los deseos de gozar más y más en los aparatos de fingidas nupcias contuvieron á los locos amantes, imponiéndoles abstinencias y privaciones demostrativas de su exaltada locura. Sin embargo, no se movían á los mismos impulsos. Bastaba verlos para diferenciarlos y distinguirlos. Aunque los moldes casi litúrgicos donde troquelaba sus medallas el mundo antiguo presta ciertos tipos á los hombres y mujeres del todo esculturales y armoniosos, en Mesalina predominaba por estos días la gordura proveniente del hartazgo, que hubiera frizado en hastío de permitirlo su sensualidad, mientras en Silio predominaban la inquietud y la neurosis provenientes de aquel su natural ambicioso, que corría múltiples aventuras, en las cuales tras cada beso de amor se ocultaba un beso de muerte, por arribar al trono del mundo, cuyos lejos entreveía y columbraba en forma de Olimpo, destinado á entroncarle con los césares, únicos verdaderos dioses. Así, había ido Silio, el más bello mozo de la Ciudad Eterna, con todas sus prestancias juveniles y todas sus ardientes pasiones henchidas de amorosas promesas, á los brazos de la emperatriz, para que se hartaran, si podían hartarse alguna vez, los insaciabiles apetitos suyos, ofreciéndole con cruel indiferencia en holocausto la propia mujer inmolada por su mano á la poderosa rival; pero habiendo querido, no goces procurados por él á Mesalina y por él no con Mesalina compartidos, logro de ambiciones mil veces soñadas y sólo asequibles por obra de una casualidad, como la increíble de aquel amor, verdaderamente atroz, y por merced y capricho de aquella mujer en quien el mejor puesto de la tierra no había contrastado, ninfómana, y de consiguiente prostituta por naturaleza, los irremediables instintos de su nativa prostitución. Si Mesalina requería de Silio la satisfacción de sus sentidos, Silio requería de Mesalina la satisfacción de sus ambiciones. El había llevado al acervo común de aquellos amores su persona, y á cambio pedía que llevase la emperatriz su diadema. Por esta razón el sello imperial pasó de las manos del distraído Claudio á las manos de su esposa la emperatriz, y de las manos de su esposa la emperatriz á las manos del adúltero Silio. Mil veces, tras el agotamiento de sus fuerzas, habíase puesto á soñar con el ejercicio de mandos supremos y con la satisfacción, de ambiciones desapo-

deradas, en sus insomnios continuos y en sus delirios febriles, sin comprender cómo estos cargos altísimos de una superior actividad piden concentración de fuerzas vedadas por ley natural á cuantos las malgastan y disipan en voraces asesinos vicios. Cuando tal idea



Mesalina (busto del capitolio)

le asaltaba con persistencia, poníase vestiduras fastuosas que le había llevado Mesalina, separadas de los vestuarios imperiales, arrancadas á los hombros de Claudio mismo, para que la ilusión tomase mayores visos de verosimilitud en la misma verdad. Pero á Silio podía decirsele, con tal ocasión y motivo, aquello que de Paris dijera Ovidio: «A los fuertes, las guerras; á ti, hermoso mancebo, el amor.» La hermosura de Silio no tuvo igual en Roma.

Parecía el Apolo tallado por los cinceles griegos en mármol péntico, pero de carne y hueso, moviéndose al impulso de roja sangre y de animación exaltadísima. Su piel rosada y fina, su cabellera luciente, sus labios entreabiertos, algo tenían, por la delicadeza y por la gracia, del tipo femenino; pero su delgadez nerviosísima, su amplia cabeza, la cerviz de toro, la garganta con su nuez saliente, los vellos de su pecho, el brazo nervudo, el ojo relampagueante, la fuerza y el vigor, hacíanle un verdadero atleta de virilidad incomparable. Pero ¡ah! efecto de todas estas condiciones, hallábanse los pies de aquel hombre, semejante á efeso helénico en su gracia, y á gladiador tracio en su fuerza, enredados con las raíces del mundo animal, á cuyas últimas gradas lo empujó aquella degradación de alma y de cuerpo en que lo hundiera, no me atrevo á decir el amor, el vicio de su querida. Sí; hay en los empeños de la guerra y de la política penas congénitas con todo esfuerzo y trabajo; pero á cambio de tantas dificultades, hállanse, así en una como en otra, piedras de toque donde acerar el temperamento, prestándole, para dirigirlo contra los males del Universo, un filo y un corte verdaderos. En el manchado lecho, en la desordenada vigilia, en los placeres eróticos, en las noches orgiásticas, piérdese, con la conciencia, la voluntad. No solamente se desacostumbra la vista interior de aquello que más necesita, de la distinción entre lo bueno y lo malo; se atrofia la voluntad, imposibilitándose para el aborrecimiento de éste y para el amor de aquél. Dirigir, ordenar, imperar, esto es como combatir: una ocupación, un ministerio, si queréis un oficio, en el cual necesitanse fuerzas morales de primer orden inasequibles al cuitado embebido en los excesos y desórdenes del tálamo. Silio podía vestirse de César como cualquier histrión en el teatro; mas para granjearse tal puesto, necesitaba que le abriera el camino la fuerza moral recabada en saludables castidades del alma y del cuerpo, no el encanijamiento de alma y cuerpo que le aparejaron los excesos del vino y del amor. Esclavo de aquella mujer, solamente en el desvarío engendrado por sus propios vicios podía encontrar alucinaciones capaces de alzarlo desde tales abismos de inmundicias y podredumbres á los ensueños con el supremo poder y con la suprema fortuna.

Eran los momentos anteriores á la increíble boda. Mesalina y

Silio miraban desde una ventana del Palatino aquella Roma nunca bastante admirada y querida: el foro al pie, á la derecha el comienzo de la vía sacra ó triunfal, á la izquierda el sublime Capitolio concluído por las majestuosas líneas del templo donde adoraban los romanos al Júpiter Capitolino. Aquella vista sublime no divertía el ánimo de la emperatriz del amor y sus goces, mientras volvía nuevamente á despertar en el ánimo de Silio las propensiones al poder propias de su naturaleza y de su sexo. Pero estas aprensiones múltiples no iban exentas de múltiples cuidados. En Roma reinaba el terror desde las guerras civiles, agravado por los horrores inenarrables, dimanados de las feroces almas, ya de Tiberio, ya de Calígula. Y por todas partes esparcidos reinaba, desde que murieron allí la República y la libertad, el más envilecedor de todos los afectos, reinaba el miedo. Los césares habíanse desposado con la muerte. Llevábanla maniatada junto á sí para soltarla contra cualquiera que les hiciese sombra ó les infundiera un miedo análogo al que difundían ellos. Silio sabía perfectamente que, no logrando el Imperio, había de topar con la muerte. Amó á Mesalina por temor de que lo matara, como había hecho matar á un cuitado que se le resistiera. Pero ya en brazos de Mesalina, temía que, al saber Claudio aquel adulterio, no de una sola noche, de por vida, se irritase contra su émulo y lo matara. Por eso los amores en tal ocasión tienen tanto de trágicos. El tálamo nupcial parece un mortuorio túmulo. Huele á siempreviva la corona de azafrán. Los velos nupciales confúndense con los luctuosos sudarios. El coro epitalámico llora como cualquier plañidera elegía. Sobre todos los vicios y todos los placeres tiende sus dos alas de murciélago la descarnada muerte. Silio veía esto y no encontraba contra ello ningún otro refugio sino un Imperio seguro y omnipotente para él, cuyo poder lo preservara del desquite de su emperador, quien lo mandaría matar en cuanto llegase á saber cómo lo había sustituido en su matrimonio, y cómo, á consecuencia de haberlo sustituido en su matrimonio, podía también sustituirlo en su trono. Así, mientras Mesalina importunaba con sus ruegos á Silio para que acelerase la boda, Silio importunaba con sus ruegos á Mesalina para que acelerase algo más granado, el Imperio.

— Mesalina — decíale su amante, — no habrá paz para nosotros

mientras no hayamos puesto bajo el solio de los césares el trono de nuestros amores.

— Ten, Silio, un poco de paciencia, que todo se andará.

— Te veo poco resuelta.

— ¿Poco resuelta cuando me caso públicamente contigo?

— ¿Y qué?

— Que tal ceremonia no significa pura y simplemente un capricho mío; significa la solemne promesa de llevarte desde mi tálamo á mi trono, empujando hacia el infierno, para que deje tu lugar vacío, al imbécil perezoso Claudio.

— No desearía otra cosa yo; pero veo que mucho te desvelas para que sea tu marido, poco para que sea tu coemperador.

— Ya lo serás.

— Advierto señales de nupcias que me placen; pero no señales de mando que me placerían también.

— Espera.

— No te olvides, Mesalina, de que puede un mensajero cualquiera personarse pronto en Ostia y volverse con una sentencia de muerte contra los dos.

— No seas caviloso.

— Veo á Narciso ahora omnipotente.

— Ya le segaremos la hierba pronto bajo los pies.

— Ningún indicio descubro de tal resolución.

— ¿Cómo que no lo descubres?

— Podrás tenerlo, mas no lo pones por obra.

— Recuerda, querido Silio mío, todos aquellos que han pagado su enemistad hacia mí con la cabeza.

— Pienso en ellos y los recuerdo.

— Acuérdate de cómo hice matar al buen Asiático, tan sólo porque codiciaba los jardines de Lúculo en competencia conmigo, perdida por ellos.

— Mesalina, me acuerdo.

— Acuérdate de que obligué á una rival mía, sin compasión, á quitarse la vida en aquella cárcel misma donde yo la reclusa.

— También me acuerdo ahora de tal caso.

— Y mi rival gozaba suma influencia. Y Asiático era un hom-

bre de pro; como que la serenidad mostrada por él ante la muerte ha pasado á los refranes y proverbios.

— Con razón, pues no se me olvidará nunca jamás que, habiendo querido ver la leña destinada por sus verdugos á consumir su cuerpo, hizo retirarla del sitio prefijado á la cremación porque podía con facilidad ahumar unos vecinos árboles.

— No digo nada de los dos Petras inmolados también á una señal mía.

— Mas imputándoles haber visto en sueños á Claudio con una guirnalda de pámpanos marchitos, lo cual se interpretó como anuncio de que moriría el cuitado al ingreso del otoño.

— Justo.

— No veo que procedas con igual empeño respecto de Narciso, quien te detesta hoy como no detestó á ninguna otra persona nunca jamás.

— Pero teme Narciso mucho el ascendiente mío sobre su amo, y no se atreverá de ningún modo á lanzarlo contra mí, temeroso de perder en tal combate la cabeza.

— No te fíes, Mesalina.

— ¿Pues no ha visto cómo he ido en procesión á tu casa? ¿No sabe que sobre tu mesa brillan las insignias imperiales? ¿No conoce la historia del sello cesáreo arrancado á Claudio y puesto por mí en tus manos? ¿No me ha encontrado cien veces por las vías de Roma contigo á mi lado cual pueda estar Júpiter en el Olimpo junto á Juno? Tras tanto tiempo de callarse no le creo capaz de hablar ahora. El silencio que ha guardado hasta hoy, lo guardará de hoy en adelante.

— No te fíes.

— Quiere mucho á Claudio, y le hago la justicia de creer que no me acusa, por valer más en él su amistad al emperador que su aborrecimiento á mí.

— Anda en estos días muy embargado por múltiples pensamientos, y voy temiendo sea el capital nuestra entrega.

— Precisa convenir en que lo haría, de no amar tanto á Británico, en quien si descubren sus odios á mí, odios acerbos, un hijo de la emperatriz, también descubren sus amistades con Claudio un hijo del emperador.

— ¿Crees que odia tanto como á ti á la única en vuestra familia imperial capaz de sustituirte y reemplazarte?

— Creo que la odia más.

— Dúdolo mucho.

— Pues con pararte un poco á meditar desvaneceríanse tales dudas. Todo esto se halla en el orden más natural de las cosas. Narciso me aborrece á mí sola en sus guerras conmigo, mas quiere con devoción á mi Germánico; en tanto que, al tratarse de Agripina, detéstala completamente á ella, no sólo por ella misma, por su hijo Nerón.

— Pues he ahí una de las causas que debían determinarte á concluir pronto con Claudio: la imprescindible necesidad inmediata de que lo reemplace Británico, pudiendo tú, merced á este natural expediente, asentarle contigo mañana en el trono.

— Me duele mucho acelerar el fin de Claudio.

— ¿Quién aguardas entonces que lo mate?

— Sus muchos enemigos.

— ¿Dónde se hallan esos enemigos?

— En él mismo, dentro de su cuerpo, y son sus años.

— ¿Vas á esperar que le maten los años?

— ¿Qué hacer?

— Atrévete á todo.

— ¿Atreverme á matarlo?

— Sí.

— ¡Horror, Silio!

— Los consejos virtuosos y sabios pueden darse á los inocentes, á los puros, á los virtuosos; aquellos que han caído como nosotros en tantas culpas, no tienen otro remedio sino prescindir del escrúpulo y apelar al atrevimiento. Pasa por tales desfallecimientos el emperador, que adolece de muy desmemoriado hasta en los desquites; pues si precipitado en sus iras, tarda mucho en atender á las insidias y arriesgarse á las obras.

— Silio, yo quiero que ames en mí, no el satisfactorio logro de tus ambiciones políticas; el placer de tus sentidos embriagados y fuera de sí por mi amor, capaz de despertarte un deseo mayor tras otro deseo cumplido, y enardecerte con sus llamas en incendio amoroso inextinguible.

— ¡Mesalina! — exclamó Silio al ver chispear los ojos aquellos, cual si temiera ser devorado y consumido en el incendio que atizaba la especialísima novia.

— Por los dioses, háblame de amores.

— Te hablaré de amores — dijo Silio, escuchando maquinalmente á Mesalina y maquinalmente obedeciéndola.

— Habla.

— Mira, este matrimonio...

— Bien, habla del matrimonio nuestro.

— Este matrimonio nuestro...

— Sigue, sigue.

— Tan criticado por muchos...

— Envidiosos, debías añadir.

— Por muchos cómplices míos en odiar á Claudio...

— Calla, calla.

Y Mesalina le tapó la boca por fuerza poniendo en ella su diminuta mano.

— Muchos cómplices míos, iba diciendo, deseosos de sustituir á Claudio en su lecho nupcial y adoptar á Británico, asegurando así el trono en la familia de los césares contra toda maquinación de la detestable Agripina y de su hijo el nefasto Nerón.

— Me voy á ir sin celebrar nuestras nupcias — dijo Mesalina conminando con esto á Silio

— No te vayas, dulce bien mío, hablaremos de amores.

— ¡Gracias á los dioses!

— ¡Qué horror! — dijo Silio, retrocediendo espantado.

— ¿Qué te pasa?

— No me atrevo á decirte cuanto pasa por mí en este instante.

— Serénate, Silio, serénate.

— Mesalina, ¡qué horror!

El joven patricio parecía, según lo blanco, lo frío, lo sudoroso, lo inerte, parecía hecho un mármol sobre el que hubiese llovido una tormenta.

— Vuelvo á preguntarte: ¿qué pasa?

— Pues he visto á Narciso atravesar frente á nosotros, acompañado de los esbirros que tiene dispuestos habitualmente el César para la perpetración de los asesinatos sugeridos por razones de Estado.

— No creas tal.

— ¡Sí, lo he visto!

— Engaños de tu superstición.

— Así fuera.

— Fantasmas engendradas por un fútil error.

— No lo creas. Hay presagios bien tristes.

— Silio, si desde un principio hubiésemos hablado á una de aquello que nos ha traído aquí, de nuestro amor, no habríamos caído los dos en tantas tristezas, ni hubieras experimentado tú tamañas alucinaciones.

— Todos hablan de presagios muy siniestros y de augurios muy desfavorables al mundo.

— ¿Quién sabe si aquello que desfavorece á los demás no habrá en último término y á la postre de favorecernos á nosotros?

— Un fuego del cielo abrasó varias enseñas pretorianas en los alojamientos militares. Un enjambre de abejas se posó en la cumbre del Capitolio. Nacieron criaturas humanas con dos cabezas... y una lechona parió lechoncillos con uñas y garras.

— Déjate de tales tristezas que no cuadran á estado como el nuestro, estado feliz de completa pasión, pocos minutos antes de nuestros suspiros, cuando el cielo desaparece absorbido en los ojos de nuestro amado, y el aire se reduce á las espiraciones de su pecho, y el mundo á sus brazos, y la vida entera total á su amor, y el deseo á gozarlo hasta rendirse y acabarse para siempre devorados por el enloquecimiento adquirido en estos desvaríos de nuestra exaltadísima pasión.

— ¡Mesalina!

— ¡Silio!

— Sólo voz como la tuya y amor como el mío pueden disipar estas aprensiones

— ¿De veras te hallas contento á pesar de tus ambiciones y de tus terrores?

— Contentísimo.

— Pues siendo así, háblame, Silio, háblame de tu amor

— Parece dura mi cama cuando tú no estás conmigo.

— Y á mí el trono me parece vacío sin ti.

— No puedo soportar en tu ausencia el cobertor de mi sueño.

— Ni yo el manto imperial que viste y envuelve á toda la tierra, cuando pienso que no puede compartir su extensión inmensa contigo.

— Cuando te veo me sonrío todo; cuando te ausentas anochece todo en torno mío.

— Tu frente me place más que mi diadema; tus ojos me iluminan más que el mismo sol.

— Yo quise resistirte.

— ¿Por qué, bien mío?

— Porque amarte me parecía una sentencia de muerte asestada sobre los dos.

— Ya vuelves á tus aprensiones.

— ¡Aprensiones!

— Háblame de amor.

— Diréte cómo han penetrado hasta los adentros de mi corazón y herido sus recónditas telas todos los dardos despedidos por tu mirada, la cual me presta un calor como el que una luz duradera presta en los días de primavera ó estío á la vida universal.

— ¡Con cuál placer oigo esas palabras! Me has vuelto á la infancia. Ha rehecho tu amor encendido mi perdida virginidad. Siento hasta pudor. Te deseo, después de haberte poseído tantos tiempos, cual una doncella que ignorara el amor y se fingiera en su mente mil vivos fantaseos nunca satisfechos ni cumplidos en la fría y triste realidad.

— Pues Mesalina, yo soy tu presa, yo soy tu victoria, yo soy despojo de tu amor, juguete de tus caprichos, esclavo de tus antojos, objeto á tu arbitrio y no persona en mí. Así, tiendo las manos á ti, como el náufrago á la tabla y como el creyente al dios, pidiéndote me salves y conserves la vida para completamente tributarla sin tasa y sin medida en todo su transcurso y duración á tu voraz amor.

— Silio, me venciste, y venciéndome á mí, tomaste un Imperio todo entero, porque hasta hoy el emperador es mío y del emperador es la Tierra.

— No me recuerdes, Mesalina, que del emperador es la Tierra, no me lo recuerdes, no; pues entonces del emperador son á no dudarlo nuestras vidas también.

— ¿Vuelves, cuitado, á tus aprensiones y á tus manías?

— Calla. Me parece haber visto de nuevo los esbirros.

— No temas á nadie, tú que has vencido á todos y dominado sobre todos. Los venideros te declararán el gran vencedor. Las palomas de Venus concluirán por tirar de tu carro triunfal. El mirto coronará tus sienes. En vez de cautivos cargados con el peso de las cadenas, te acompañarán jóvenes enamorados de uno y otro sexo, cantándote alabanzas y á ti ceñidos con guirnaldas de flores. A tu lado iré yo maniatada, como fué Cleopatra junto á César en sus triunfos indecibles é inenarrables. Seguiránte poco menos que hundidas en el polvo aquellas entidades que venciste, la conciencia, de cuyos avisos jamás quisiste guiarte cual hacen los escrupulosos, y el pudor, á quien sacrificaste con pujanza muy superior á la pujanza de Aquiles. Todas las pasiones, al verte pasar ebrio de vinos y de amores, te llamarán en coros múltiples incontestado vencedor. Las caricias trenzarán coronas para tus ensortijados cabellos. Los vicios se inscribirán todos, cual reclutas los nuevos, cual veteranos los viejos, cual soldados tuyos los habituales y corrientes, en las listas de tu ejército y al amor de tus banderas. En vano querremos reposo: el deseo nos impelerá con fuerza, y será imposible resistirnos á nuevos combates ni precavernos de futuros triunfos.

— ¡Cómo recuerdo, Mesalina, en esta conservación de abandono y de olvido nuestras mutuas industrias para entendernos y hablarnos á hurtadillas, sin despertar sospechas y celos en tu esposo, distraído siempre, y más á la hora de nuestras increíbles temeridades; tu pie inquiriendo bajo la mesa y junto á su silla dónde se hallaba el mío; tus ojos promulgando lo que vedaba el miedo decir á tus enmudecidos labios! ¡Y cómo fruncía yo las cejas diciéndote, al fruncirlas, frases que ahora no se ocurren á la completa libertad de mi albedrío y á la franquísima palabra de mi boca! ¡Cuántas veces mis dedos, tocando en el mármol de la mesa, escribían cartas elocuentes, imposibles de trazar hoy en las tablillas con mi estilo! ¡Cuántas veces, al ofrecer libaciones en compañía de Claudio, que me alargaba su copa, unos sorbos de vino derramados á mis pies decían tanto para ti como la muda vibración de mis labios ó el encendido resplandor de mis miradas!

— ¡Qué gratos recuerdos!

— Pues Mesalina, que tus labios conjuren aunque sean las furias del averno, pidiéndoles su concurso contra tu marido. Yo no puedo tolerar que sus brazos groseros vuelvan á ceñir el cuerpo de la mujer que yo he declarado mi esposa; no puedo tolerar que ocupéis por la noche el mismo tálamo con detrimento de mis privilegios adquiridos por la confarreación sobre tu cuerpo é injuria terriblemente á mi persona y honor; no puedo sufrir que se junten vuestros labios y vuestras manos, siquier esté yo fuera y no lo vea con mis propios ojos.

— Silio, ten paciencia; tenla por Venus, protectora de nuestra cesárea familia, que todo se andará.

— Y aún puedo sufrir menos que seas emperatriz junto á tan alto emperador, y compartáis autoridad, trono, potestades, privilegios, tributos, las prerrogativas de una soberanía cuyos efectos no los toco ni los veo, sino por los rabiosos celos despertados en mi alma, de intensidad tan fuerte cual pueda ser la intensidad terrible de los celos despertados por el hogar, por el lecho, por la mesa, por la cama, comunes entre vosotros dos y en los cuales gozáis mucho mientras yo me abraso.

— ¿Qué deseas de mí, Silio? ¿Qué puedo hacer yo para satisfacer tus deseos y para invalidar tus quejas?

— Pues darme, no solamente la coparticipación, que supone nuestro matrimonio, en tu mesa y en tu lecho, sino la coparticipación indispensable, de puro justa en tu Imperio

— La tendrás.

— ¿La tendré?

— De todas veras.

— ¿Desaparecerá Claudio?

— Desaparecerá Claudio.

— ¿Adoptaré á Germánico?

— Adoptarás á Germánico.

— ¿Podré llamarme César?

— Podrás llamarte César.

— Hasta entonces, hasta ese día, no seré verdaderamente tu marido.

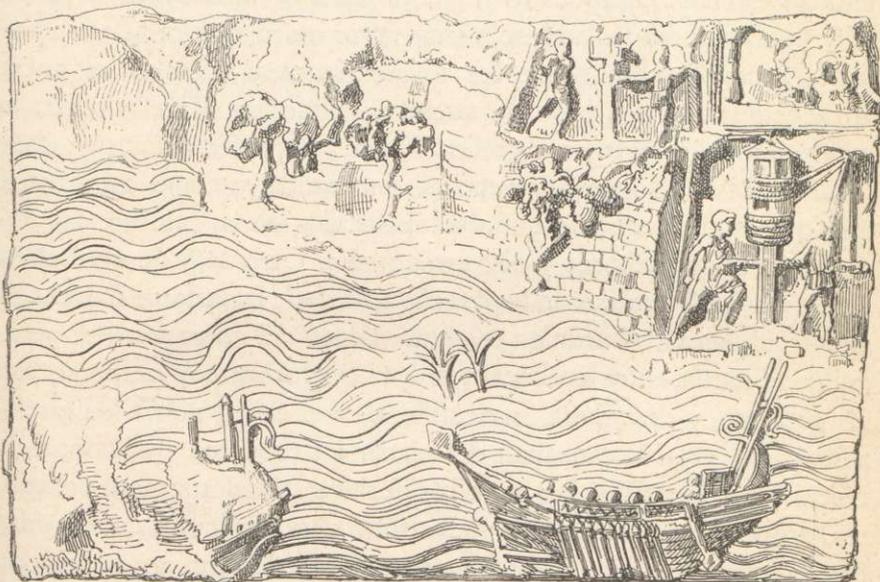
— Pero mañana mismo celebramos nuestra boda.

— Mañana mismo yo, Mesalina, te llevaré á mi lecho matrimonial.

— Y mañana mismo te llevaré yo también, Silio, al Imperio del mundo.

No sabemos cómo Narciso, el vigilante liberto de Claudio, se las compondría para saber toda la conversación entre Mesalina y Silio. Pero es lo cierto que, apenas habían dicho tales cosas, cuando ya pasaron á su conocimiento, cual si tuvieran todos los lugares del Palatino lengua y el mismo fuera oídos todo entero. La ceremonia nupcial, próxima en aquel momento á celebrarse, apareció á la consideración del taimado liberto, cuando no pasaba tal disparate de puro conato, como una voluptuosidad exaltada y atroz de Mesalina, muy semejante á todas las naturales y corrientes en aquella furia de sensualidad y vicio, dado el delirio de sus sentidos y el descarrío de su voluntad y el eclipse total de su conciencia. Por tal razón Narciso, amo en aquellos días del amo de la Tierra, no se curaba cosa de la nueva extravagancia inventada por las fiebres de Mesalina, consejeros y gestores de tanto entuerto y desaguado como había cometido en su procelosa encrespada vida la neurótica y dementada emperatriz. Temeroso de Agripina, madre de Nerón, mujer á quien juzgaba capaz de todos los vicios y de todas las virtudes que pudieran procurarle aquel Imperio, no por el placer vulgar de poseerlo, creía que su amo en el matrimonio ya largo con Mesalina encontraba la deshonra; pero en el matrimonio, muy posible, de no existir la emperatriz reinante por entonces, en su matrimonio con Agripina, podría encontrar, amén de su deshonra, la esclavitud y aun la muerte. Mesalina suponía la herencia del Imperio vinculada en Germánico, mientras la rival suya, la cruel Agripina, suponía la herencia del Imperio vinculada en su aborrecido Nerón. Detestaba mucho Narciso á las dos madres, en sus afectos de sincera devoción al emperador; pero quería mucho la persona de Germánico y odiaba muchísimo la persona de Nerón. Por tal estado interno de su ánimo tan sólo puede comprenderse y explicarse la paciencia mostrada en estos minutos supremos ante la ceremonia nupcial que traía escandalizado y fuera de sí al pueblo rey. Absorto Claudio en sus estudios jurídicos, en sus sentencias firmes, en la dirección minuciosa de su Imperio, en el arreglo de las gramáticas á cuyos abecedarios añadía letras y más letras sin escrúpulo, en la traída de aguas por acueductos gigantescos, en la desecación

de su lago Fucino por trabajos titánicos, no sabía cuanto á su alrededor pasaba, y siempre hubiera ignorado los desórdenes de la legítima mujer á no decirseles aquellos que privaban en su voluntad, los libertos, por él revestidos completamente de libertad, de algo con mayor precio que la vida, estrecho lazo, en sentir suyo, entre un redentor y sus redimidos, no contando, como no contaba él, con lo



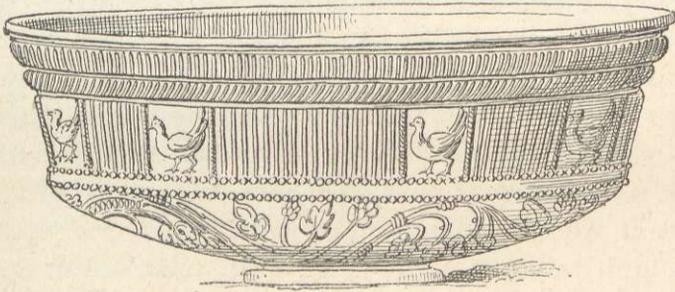
El lago Fucino después de la terminación de las obras emprendidas por Claudio
(bajo relieve encontrado en el mismo lago)

fácil y corriente de las ingratitudes humanas. Y entre los libertos el más valido suyo, el más privado, el más confidente y amigo, el más consejero y ministro, el más amado, su secretario predilecto, su director espiritual continuo, su pozo de secretos, su oráculo de ideas, era Narciso, en quien competían la inteligencia de los negocios públicos con la lealtad inquebrantable á su amo. Mientras el áulico por excelencia se callase, Claudio lo ignoraría todo. Pasando del tálamo de su cubículo, donde dormía como un leño, al purpúreo cojín de su triclinio, donde comía como un avestruz; y del triclinio á los tribunales, donde proponía y daba sentencias á porrillo; y de los Tribunales al Estado, quiero decir, al ejercicio de su Imperio complicadísimo y difícil por las minucias en que lo enredaba su in-

fatigable celo, Claudio no tenía ni tiempo ni humor ni medios de saber cosa ninguna, fuera de aquellas en que le metía y empeñaba su cargo espinosísimo de romano César y su decidida voluntad por el bien público. Pero al decirle algo Narciso, lo creía; y al aconsejarle algo, lo ejecutaba. Nada se aprecia en los puestos altos tanto como la probada lealtad, por lo mismo que se ven circundados de agudas espinas, compuestas por criminales olvidos del favor aceptado y odios causados por ese mismo favor quizá; que pesa con abrumadora pesadumbre sobre los ánimos bajos y vulgares el noble agradecimiento. La base de tamaña lealtad en Narciso prestaba sólido apoyo y legítima significación á las preferencias por él de Claudio. Narciso quería mucho al emperador; y como todo aquel que quiere de veras, le quitaba obstáculos en su camino, evitándole cuantos sinsabores y disgustos podía. Otro acto de verdadera demencia en Mesalina no le parecía novedad; cuando se marchaba de hurtadillas á los burdeles en seguimiento del amor pasajero y pagado; se metía entre las bacantes á emborracharse y perderse con los gayones, y descendía, insaciable, de vez en cuando á las ergástulas para ver si la cansaban del placer los robustos gladiadores de Dacia ó de Germania. La increíble deshonestidad aparejada entonces, no podía con su exceso viciosísimo añadir ningún exceso más á la excesiva infamia. Los mismos que presenciaban aquel acto no debían creer á sus ojos. Temeridad semejante contra todas las leyes humanas ¡ah! no es entre los humanos creíble. Así, los contemporáneos del hecho y los al hecho vecinos, cuando lo narran ó historian, excúsanse de la narración, al miedo de que los tenga el sentir común por embusteros y capaces de idear fábulas tan inverosímiles y absurdas. Allí en Roma, donde un pueblo divertido y alimentado por el Imperio se holgaba con la triste murmuración, apenas interrumpida, en su necesidad imprescindible de pasto y alimentos al vicio de su lengua, no se disimulaba cosa ninguna, sabiéndose siempre lo malo con exageración y aumentándolo con encarnizamiento. Para mayor gravedad y tristeza del caso aquel, Silio estaba designado cónsul, y merecía, como todos cuantos aceptan ó alcanzan tales puestos, el honor de acerbos y continuas críticas. ¡Cuál trastornada no andaría su cabeza cuando, sin pararse ante las consideraciones humanas y divinas á todos impuestas por có-

digos, tanto más obligatorios cuanto menos escritos, prescindió en absoluto de las leyes patrias y de la religión establecida para entrar en ajenos lares ocupados por un príncipe, llamar testigos legales de su propia demencia y su deshonra, congregar los auspices, ofrecer los sacrificios, queriendo que los mismos heridos y agraviados por su crimen lo celebraran y el cielo se asociase á su perpetración cual si hubieran huído á una de todas partes los dioses y los hombres! Mas no llenaran de horror todos estos hechos al árbitro de la cesárea casa, no, de haber quedado reducidos á una de tantas locuras eróticas cual afeaban el cuerpo y el alma de Mesalina, si á ellos no hubiera unido la temeridad increíble de Silio una maquinación arbitraria é inverosímil, conducente á presentar su matrimonio con Mesalina y su adopción de Británico como título y medio de ascender á la suprema gobernación y al sumo Imperio. El recelo á la mudanza inmediata predominó en el privado sobre su recelo á la mudanza mayor. Por miedo al poder de Agripina discurrió Narciso ensordecido á secretas murmuraciones y perdonar imperdonables adulterios; pero puestos al descubierto amores y ambiciones de consuno, la horrible atrocidad del delito daba de suyo al silencio y al olvido aires de complicidades reflexivas con su aparejamiento y con su perpetración. Así, no quedaba ningún otro medio de conjurar los daños sobre la cabeza del favorito en aquella sazón aglomerados, que notificar el hecho á Claudio y atenerse á las consecuencias de tal arriesgada notificación. La emperatriz no había perdido la cabeza en sus voluptuosidades múltiples de tal modo que abandonara el dominio de su monarca y marido Claudio, así á las competencias opuestas por Agripina como á las competencias opuestas por Narciso: luchaba, y luchaba con ahinco, logrando ver á sus pies los cadáveres de cien implacables enemigos. Precisaba en tal trance y apuro proceder de suerte que cayera el castigo como un rayo sobre Mesalina, en cuanto su marido la supiese culpada. Hubo quien quiso mover al poderoso liberto para que hablara en secreto con la ciega criminal y disuadiese un ánimo tan móvil como el suyo de un crimen tan horrible como su nuevo matrimonio, con atroces amenazas. Pero Narciso no escuchó el consejo ni puso por obra tal medio, en su motivado recelo de que la grande autoridad gran-

jeada por Mesalina en el esposo y en el palacio llegase hasta decretar su muerte y los esbirros de Claudio ejecutasen el decreto. Así, mientras los dementados amantes apercibían la boda y sus fiestas y ruidos, él tomaba la vía de Ostia con la resolución de contárselo todo al desdichadísimo Claudio.





Caza del león (bajo relieve del Museo de Louvre)

CAPÍTULO V

LOS ADÚLTEROS

El monte Palatino resuena con báquicas fiestas. La viña parece purpurada por un crepúsculo fantástico; el álamo donde se abrazan las parras llueve transparente hojarasca, que crearíais laminas de oro; sobre los amplios cenachos, tintos en mosto, se amontonan madurísimas uvas, reventando en sus películas; el sarmiento, del color de la canela, va secándose; la carreta se carga con cubos bien olientes y muy rebosantes; el vendimiador corta los racimos con su hocquilla de acerado filo; pisan unos jornaleros la cosecha, mueven otros los husillos, airean éstos las bodegas de modo que fluye por las canales el vino nuevo entre coros de alegría loca y címbalos y platillos de fragor sublime. Las jóvenes, medio desnudas y con las cabezas atrás echadas, entonan himnos eróticos al dios de la embriaguez. Los jóvenes dicen las fórmulas religiosas y las palabras sacramentales, á cuya difusión por el aire sucede un exceso enorme de vida en el campo. La tierra parece bambolearse al compás del cántico, ni más ni menos que se bambolean los borrachos al vapor del vino. El tirso acabado en áurea piña, el címbalo vibrante, la pandereta sonora, el evohé clásico, la canción báquica, el gesto de placer, el clamoreo de las exaltadas embriagueces,

el resuello de los vendimiadores, el mugido de los bueyes, el coro de las bacantes, excitan el devaneo general bien pronto convertido en exaltado atroz delirio. Por todas partes no se oye más que la invocación á Baco, al dios de las rosas y de los jolgorios. Las ánforas parecen inagotables fuentes, según fluyen. Los escanciadores se fatigan de llevar copas, tan pronto recibidas como apuradas, que luego ruedan vacías por el suelo en desorden. Las víctimas, caras al dios, se consumen todas en las piras ardientes. Los fatigados reposan á la sombra bienhadada de los copudos laureles. Improvisan lechos con pámpanos rojos y se tienden á dormir y roncar cual si estuvieran en sus alcobas. Mientras tanto los cantores de oficio saludan al dios de aquellos juegos, contando cómo en las rocas y riscos enseñaba cantares nunca oídos á las ninfas, acompañados por los sátiros de áureos cuernòs y agudísimas pesuñas, los cuales, á medida que aprendían las cadencias, emborrachábanse con efluvios misteriosos y sentían centuplicarse la vida y encenderse la sangre como á los besos de un fecundante amor. Todo rebosaba vino y placer. Las tetas de vacas y ternerillas henchíanse á porfía; la miel destilaba de hayas y encinas como si fueran las medulas de todos estos árboles un panal y el tronco una colmena. Así los astros cuentan entre sus constelaciones la corona de su bellísima esposa, que calma las tormentas y sopla brisas de paz y de amor sobre las ondas. En este delirio del sentido, quién se dirigía con amor al vaso, quién al ánfora. — ¡Salud! — exclamaban algunos horacianamente; — salud ánfora, que unas veces despiertas los locos amores y otras veces traes á los párpados cansados el fácil reparador sueño. En tu vientre se olvidan muchas penas y en tu cuello se beben muchas esperanzas. Así como el aceite alimenta las lámparas, el vino alimenta las venas. En el campo favorecido por Baco se aprende la risa eterna y se desaprenden las cóleras y las venganzas propias de todo pésimo natural. Las golondrinas cantan una elegía sin fin partiéndose del aire ya refrescado por las largas noches para volver en su oportuno momento al aire ya entibiado por los largos días. ¿Quién dejará de seguirlas en su postre-ro vuelo con los ojos tristes, y de aguardarlas como sibilas que prometen otra futura primavera? Mientras tanto corónense todos á una de pámpanos y de hiedra. Bajo su frescor suave, y su aroma

vago, y sus fibras lucientes, acállanse todos los cuidados graves y rebotan todos los presentimientos dulces. Quien desame el vino, que se conforme á verse desamado por el amor. Así como Baco domesticó y sujetó al yugo los tigres de Armenia y los leones de Libia, también sujeta y domestica los amantes sometiéndolos á otros yugos mejores.

Todos estos efluvios de vino, todas estas frases de conjuro, todas estas resonancias de címbalos, todas estas sombras de tirso, todos estos ecos de ósculos, todos estos rayos de amor se cruzaban en las fiestas nupciales de Silio y Mesalina. Ella, con los cabellos tendidos en la desnuda espalda, el tirso en una mano y en otra la copa, el cantar báquico en los labios y la mirada voluptuosísima en los ojos, iba junto á él, sobre cuyos hombros campeaban las pieles de pantera y sobre cuya cabeza la corona de hiedra, y ambos, acompañados por tropeles de mancebos y doncellas, todos desvanecidos al vapor del mosto y al impulso de la pasión, cuyos efluvios se difundían como el calor de los incendios y como los estampidos de la electricidad por los aires. Pero lo más particular de tamaña representación era que se cantaban al mismo tiempo entre coro báquico y coro báquico epitalamios dignos de una boda castísima y de unos novios vírgenes. Todo cuanto la vieja poesía romana produjera de más puro y más ideal en su larga historia para cantar los amores legítimos, todo se repetía y se realizaba en estas nupcias de la bacante Mesalina con el sátiro Silio. Cuando los címbalos y los atambores interrumpían por el cansancio sus himnos al vicio, coros dispuestos de otra suerte levantaban himnos muy bellos á la virtud y á la gracia de un amor legítimo. El habitante de la colina de Helicón, hijo de Urania, que lleva las tiernas vírgenes á los mozos castos, era conjurado en versos purísimos y en religiosa música por voces casi litúrgicas á bendecir las inmundas orgías aquellas. La corona de verbena, el velo de azafrán, el borceguí amarillo, el epitalamio purísimo, el baile sacro, el tálamo inocente, aparecían allí como en las bodas antiguas de aquella ciudad republicana, presidida en otros días por la virtud y por la libertad. Pedíasele voz de plata ú oro á las gargantas de Mesalina y su consorte por el hollín de los banquetes ennegrecidas y afeadas. Profetizábanse los más felices augurios á los más desatentados amantes. La misma religión mentía,

poniendo aquellos novios bajo el amparo de los mejores auspicios. Se los comparaba con los mirtos del Asia, cuyos ramos floridos causan las delicias de los dioses al abrir sus hojas para beber los matinales rocíos. A las diosas más virginales se las conjuraba con amor á que dejasen la roca de Thespías y las grutas aenomas refrescadas por la fuente Aganipa, y condujesen los desposados por sitios donde pudieran abrazarse castamente como se abrazan la hiedra y el árbol. Todas las vírgenes romanas estaban en el caso de pedir para sí respectivamente á los dioses una honra tan grande y unas nupcias tan puras como aquellas de la emperatriz, bendecidas y celebradas por el dios Himeneo. La Venus púdica se aparecía entre desnudeces bajo el velo sacratísimo, que aumenta las satisfacciones del amor, entre los pudores del misterio y las fuerzas aprestadas en una verdadera continencia. Invitábanla con empeño á que desciñese la cintura nupcial de Mesalina, como si ante ningún humano la hubiese desceñido, y le pedían al dios de los novios que cuidase de la rasura primera de Silio y consagrarse su barba cual si cantasen á un imberbe mozo. El raptó antiguo, la compra secular, la confarreación patricia renacían al modo y manera que allá cuando Roma engendraba y paría los Escipiones y los Gracos. Decíase que ningún otro móvil determinaba tan majestuosas ceremonias sino el deseo de asegurar hijos á la patria. Felicitaban al pueblo rey por aquel enlace de patricias virtudes, sin las cuales ningún hogar conocería posteridad y pueblo ninguno encontraría ciudadanos dispuestos á defenderlo y ampararlo. Delicias confesables por el honor les prometían, larga prole aseguraban á su mutua contenida castidad. Pedían ver á la hermosa desposada, como si nunca la hubieran visto, y colgaban en las puertas de sus aposentos coronas simbólicas de la virtud y de la virginidad. Las gotas de un arroyo que las albas nieves fluyen y los jacintos que por la primavera levantan sus còrolas parecíanles á los cortesanos de la emperatriz términos baladíes de comparación poética con su señora, muy superior á todos esos vulgares tropos epitalámicos. Así le hablaban á Silio como si por vez primera sus brazos se ciñesen al cuerpo de su hermosa pareja y los labios suyos besaran los labios de Mesalina. Nadie se reía cuando conjuraban las vírgenes para que cantasen alabanzas al joven matrimonio, y matronas vir-

tuosas para que condujesen al tálamo la recién casada doncella. Sin pestañear hacían votos por que los hijos, asemejándose mucho al padre, mostraran al peregrino y al extranjero la virtud y la pureza de su madre. Las vírgenes patricias cantaban á la estrella vésper como el día mismo en que sus padres se casaran. Los jóvenes doñáanse de que una virgen como la emperatriz dejase la ternura y delicadeza de su madre para entregarse á las violencias de un esposo enamorado y ardiente. ¿Qué más harían, preguntaban, con una ciudad asediada? Cual misteriosa flor en recatado jardín crece feliz, y preservada entre tapias al diente del rebaño, sin que pueda con su punta herirla el arado y tampoco deshojarla el viento, siendo envidia, por intacta y gentil, de mozas y sol, mozas que la codician para ornarse y divertirse con ella; pero luego, arrancada y marchita, sin tallo que la nutra y sin raíz que la sustente, se vuelve despreciable á todos, tal una joven como la emperatriz antes y después de su boda, con la virginidad ayer y ahora sin ella, vejámenes pedidos por las costumbres nupciales y cantados en coro á los que respondía otro coro en alabanza del matrimonio diciendo cómo la soltera es en el terrón y surco de los campos una humildísima cepa, que todos pisan mientras está sola, en tanto que, unida con su esposo, como la parra con su olmo, es una planta por todos cultivada y bendecida. En fin, hacemos mal insistiendo sobre todos estos extrañísimos particulares; porque bastaría decir que así como en la demencia sucede al llanto la risa, en esta festividad nupcial de los dos desvariados amantes sucedíanse á los cantos báquicos y á las carreras orgiásticas y á las danzas del vicio embriagador los antiguos ritos con que una tradición constante ha consagrado las



Matrona romana

familias virtuosas en el seno de los hogares sacros y ha procurado la santa legitimidad matrimonial indispensable al bien de las humanas sociedades. El terror social obra milagros increíbles. Cuantos asistían á la comedia estaban serios, no porque la risa dejase de retozarles en el cuerpo todo, por miedo á que cualquier indiscreción les costase la vida. En su omnipotencia, la emperatriz había decidido que la virginidad residía en ella, que la boda con Silio debiera llamarse su primera boda, que le atañían los honores dispensados á jóvenes consagradas por el primer amor, que cuanto por una doncella prescriben los ritos se repitiese al entrar en el recinto de las casadas, y no había más remedio que obedecerla, pues, lo repito, desobedeciéndola corrían el riesgo segurísimo de perder con tal desobediencia la vida.

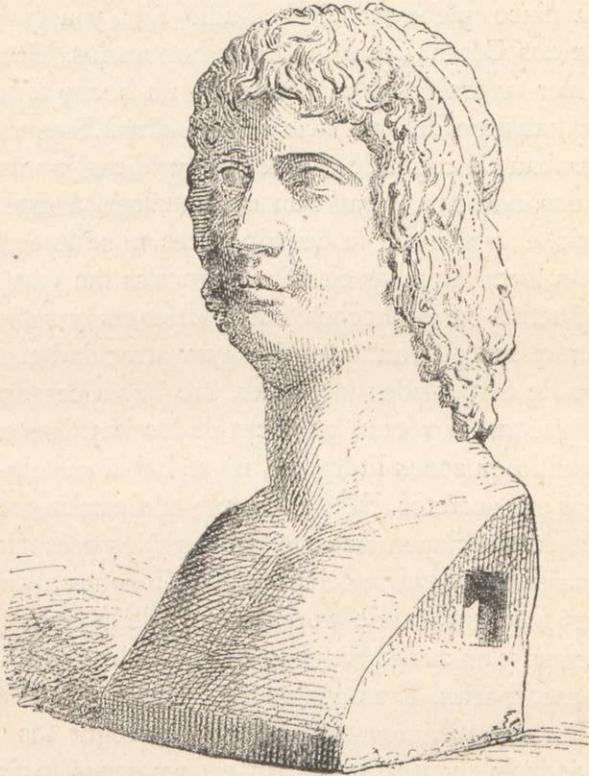
En efecto, ninguno de los ritos religiosos y legales acostumbrados para la consagración de los matrimonios verdaderos se omitió en este matrimonio falsificado. Las cortes de los clientes respectivos, engalanadas con trajes de fiesta, pulularon por los intercolumnios de atrios y vestíbulos, que, á pesar de su amplitud, no podían contener tanta muchedumbre y tanto tumulto. Al fin del atrio, separados larguísimo trecho de los inferiores, veíanse los deudos de cada novio en sedes magníficas, rodeando una especie de retablo, en el cual brillaban los respectivos simulacros, esculpidos y pintados á maravilla, de los ascendientes á quienes debía su generación cada familia. Todos los vivos congregados ante las imágenes de los muertos iban allí de madrugada, cuando aún lucían las últimas estrellas y volaban ya las primeras alondras, en su deseo de llevar á los prometidos el buen augurio, consiguiente á la presencia matinal de los amigos y de los deudos; pues en la riente aurora de un día tan crítico, el desvelo y vigilancia de todos los interesados convienen á la felicidad futura de los cónyuges y prométenles excelentes auspicios. En las vilezas del mundo romano sirvo, no ya las Artes, un poco femeniles de suyo por sus gracias, brillaron; también brillaron las varoniles y austeras Ciencias. A nadie podía extrañar mucho que músicos y poetas cantaran las bodas aquellas en su deseo y necesidad casi de cantar lo todo, cual esos pájaros amigos de gorjear al más leve ruido; pero muchos extrañaron la servil complacencia con que algunos filósofos loaran

aquel acto y la criminal complicidad que contrajeron eminentísimos jurisconsultos con aquel crimen por temor de la muerte. Senadores patricios, en cuyas venas quizás correría la sangre de un Cunctator y entre cuyos ascendientes quizás se contarían los fundadores del matrimonio romano, entregaron á Silio el anillo férreo dispuesto por los viejos ritos para enlazar los esposos, y le dijeron cómo debía colocarlo en el penúltimo dedo de la mano izquierda, por existir en él, según las anatomías litúrgicas tradicionales, un verdadero nervio conducente al corazón en derechura. Mintiéronse por los encargados en las leyes de atestiguar la fe pública esponsales que no habían existido; certificáronse promesas y palabras que nunca se habían dado. Hasta la religión se prostituyó en aquel rebajamiento universal, señalando como de buen agüero y como de favorable auspicio días más ó menos faustos con menosprecio y olvido del viejo calendario nupcial. Mejor que los filósofos, mejor que los jurisconsultos, mejor que los retóricos, estaban allí los comediantes; mas lo estaban en tal ocasión y caso, no como recuerdo vivo de la comedia representada, como partes integrantes de la boda, cuya particular naturaleza exigía risa y jolgorio, por lo que iban allí los farsantes y sus farsas cual pueden ir á los entierros las plañideras y sus plañidos. Más grima daban que los cómicos las vírgenes patricias yendo á conjurar las diosas en favor de Mesalina, ó los auspices antiguos yendo á decirle con toda seriedad cómo no se columbraba por los horizontes ningún adverso presagio. Después de todo esto, no hay para qué maravillarse si Mesalina vistió el traje consuetudinario de las novias romanas: aquella blanca túnica de lino tan transparente, cuyos pliegues parecían trazados adrede con arte sumo en busca de que realzaran el dibujo de las mal veladas formas; aquella flámea del matiz azafrán que sube hasta la cabeza y parece áurea llama contrastando con el arrebol purpúreo de las ruborizadas mejillas; aquel velo en que toman su nombre las nupcias antiguas como lo toman las velaciones cristianas; aquel borceguí amarillo, semejante al que todos los poetas clásicos atribuyen á las diosas antiguas cuando iban dejando huellas luminosas de su paso en el cielo inmenso. Vistióse como le plugo, pues nadie se resistía en aquellos momentos á su voluntad soberana, que movió las haces como el viento las cañas; abrió el

sagrario cual pudiera su propio cofrecillo; encontró los diez testigos indispensables á validar su matrimonio; tuvo flámines para bendecirla; recogió los vellones del cordero presentado en el holocausto nupcial, y se asentó sobre sus lanas con el novio como cualquier virgen; vió al flámine dial entrelazar la mano suya con la mano de Silio y oyó sacramentales palabras; ofreció á Juno los presentes sacrificios de rúbrica; libó la copa en cuyo fondo se mezcla el vino con la miel; registró su dote; clavó sus dientes en el pan de flor; cubrió con blancas telas de lino y larguísimas guirnaldas de verberna las puertas de sus habitaciones; adornó la cámara y el tálamo como pedían todas las viejas costumbres; encendió las antorchas del Himeneo llevadas por los designados en la tradición secular; colocó en sus aras las cuatro divinidades protectoras de los casamientos romanos; se ungió y se lavó como pudiera casta madre de los Gracos que sólo amó á un esposo en esta vida; presidió la grande cena de boda; se hizo conducir al cubículo entre dos coros entonando epitalamios, y aceptó á su esposo pudorosa y tierna cual si le llevase al tálamo, apercibido con todas las formalidades prescritas por las leyes civiles y religiosas, el intacto sacro presente de sus primeros virginales amores. Ninguna majestad quedaba de pie ya en aquella profanación universal. Los vapores despedidos por el vino subían de suyo tan altos que manchaban la frente de los dioses. Aquella religión doméstica, base de la religión verdaderamente nacional, vacilaba por necesidad á estos horribles sacudimientos, que le imprimían los destinados á velar en la Ciudad Eterna por su escrupulosa observación y por su nativa pureza. El mes de octubre pasó en estas orgías, cuando los calendarios romanos destinábanlo á conmemorar el templo capitolino consagrado á Jove por Numa en persona; la muerte de una hermana de aquellos Horacios tan devotos á su patria, cuyo aniversario de festividad gentilicia ó familiar se había trocado en fiesta ciudadana nacional; los combates épicos de procónsules como Cepio con enemigos tan feroces como los cimbrós; el paso de Germánico desde este mundo al otro, consagrado como una fecha sacrosanta en los anales romanos; la ceremonia medritinalia que conjuraba el mosto corriente por los lagares; el día en que volvió Augusto vencedor de Accio; la bendición de todos los manantiales y aguas potables; el rito arval que á los

dioses sacrificaba un caballo, cuya cabeza traía felicidad; el nacimiento de un tan excelso poeta como Virgilio, la mayor edad de Julio César, la victoria de Sila sobre los samnitas y la fiesta de Isis.

¿Y no había signo alguno de reprobación en la tierra ó en el cielo? ¿Podía perpetrarse un crimen de suyo tan enorme, sin que



Virgilio (busto del Museo del Capitolio)

ni los césares se conmovieran en sus tronos ni los dioses en sus olimpos? Un colegio de augures hallábase instituído allí desde los tiempos de la primitiva Monarquía. Hasta muchos dicen que ya se buscaban adivinanzas y se decían presagios, antes de que Roma existiera, no sólo en Toscana ó Etruria, como el vulgo de las gentes afirma, en el mismo Lacio. Rómulo y Remo fueron augures, pues; de otro modo, faltos del arte que presiente y profetiza y precave, sin poder inclinar los dioses á su favor, jamás obtuvieran la

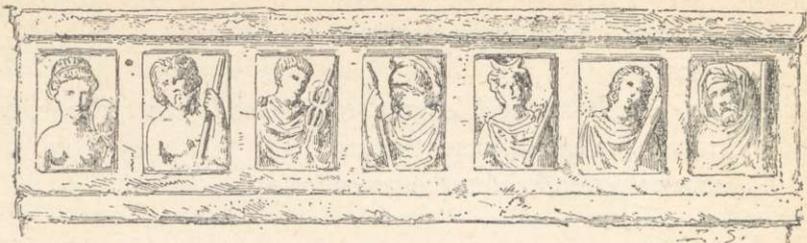
dignidad altísima de monarcas, naturalmente militar y sacerdotal en sus comienzos. Tres augures fueron tan sólo en los primitivos tiempos, y uno de los tres el rey. Mas como pertenecieran á la nobleza, y el pueblo en su desarrollo no dejó dignidad ninguna en las exclusivas manos del patriciado, sino que penetró victorioso en todas, el colegio augural se compuso de nueve augures, entre los cuales había cinco plebeyos. Seis añadió Sila, y á éstos añadió por su parte dos César. Los hubo hasta honorarios. Y teniendo el oficio de volver favorables ó contrarios de un hecho á los dioses, ¿cómo no les hablaron del maleficio de Mesalina? En sus archivos, donde atesoraban tal copia de sentencias jurídicas juntas con religiosos oráculos, no se registraría un caso análogo á este caso tan extraordinario, el cual ni se le ocurrió antes ni se le ocurrirá después á ningún loco. Aquellas ciencias augurales tan gárrulas, cuya intervención activa en los hechos más corrientes y simples pedía todo el mundo, se callaron ante la mayor atrocidad cometida en aquel tiempo de atrocidades increíbles. No había cesado el vuelo de las aves agoreras ni rótese las haces de los bastones augurales. El cielo, dividido en zonas litúrgicas, no se había callado en aquel instante todos sus secretos. El tabernáculo aún estaba orientado al Mediodía, de donde vienen las revelaciones y los presagios. El augur podía volverse á la parte oriental del cielo, pues allí no marra-ban jamás las señales misteriosas. El interior de la tierra guardaba en sus cavernas y en sus abismos voces proféticas; no había más que oírlas y escucharlas. Días de horizonte sereno y de aire callado tiene Roma sobradísimos para poder interrogar los augurios, forzándoles á decir cuanto guardaban en sus senos lo futuro con respecto al escándalo presenciado por la Ciudad Eterna en el hogar mismo de sus césares y cerca del templo más acepto á sus dioses. Los aleteos de unas aves, los gritos de otras, el modo en éstas de comer, el modo en aquéllas de recogerse, aseguraban profecías y presentimientos en los corrales mismos de cada hogar. Los gallineros sacros guardaban un presagio cierto y un aviso indispensable al conocimiento y preparación de los hechos futuros, aun sin recordar cómo hablaban de todos ellos el meteoro fugaz, el relámpago centelleante ó el retumbo de los huracanes y de los truenos. Los mismos Césares pertenecían al colegio augural, y Claudio en

persona, el esposo burlado y vendido, ejerció tal sacerdocio mucho antes de ascender al Imperio romano. Imposible, pues, concebir que los mensajes divinos y celestes faltaran en aquella singularísima ocasión.

Lo cierto es que Mesalina y Silio se paseaban por las fiestas nupciales con serenidad y satisfacción increíbles, como si nada tuvieran de atentatorias á la honra del monarca reinante y de amenazadoras á la pública seguridad y al orden público. Todo cuanto habían dispuesto el derecho escrito y el derecho consuetudinario para casos así, todo pasaba y sucedía sin dificultad alguna: ya lo hemos visto. Lucían los dioses la majestad olímpica en una serenidad incomprensible. Humeaban las aras y morían las víctimas como en los más vulgares sacrificios. Designados á custodiar las leyes, dejaban violarlas todas, las divinas y las humanas, sin curarse del terrible atentado. Los oradores hablaban cual de los más usuales temas; los jurisconsultos discurrían en términos reservados al derecho común y continuo; decían los poetas sus epitalamios al modo y manera consagrados por cien mil ejemplos; no pasaba, no, allí cosa ninguna de cuidado. Mesalina y Silio discurrían entre los grupos sin que las vírgenes bajaran la frente de vergüenza, sin que los jóvenes conociesen las indignaciones propias de su edad contra el delito, sin que los sacerdotes maldijeran todo aquello, sin que los jurisconsultos viesan los principios de justicia estricta y los cánones de derechos romanos heridos por aquella colosal infamia. Sólo un chusco de los varios asistentes á todas estas clases de fiestas tomado quizás mucho del vino, en uno de tantos juegos como allí se ideaban para demostrar el enorme regocijo, subióse á un árbol cargado con la cosecha anual y comenzó, balanceándose por las ramas y comiéndose las frutas, á decir presagios y hacer augurios en el silencio de los augures. El juego consistía en preguntarle qué columbraba desde allí, y en responder su boca, de una incesante garrrulidad, á medida de lo que le sugería el momento y le demandaba el gusto. Pretextando ser demasiado chico el árbol frutal, trepó en seguida por otro más alto, y se puso allá en lo empinadísimo de su copa con cuidado á ver, atisbar, oír y recoger todo lo que sucedía. Los abajo reunidos para oírle preguntáronle qué descubriría por la parte de Ostia, donde, como ya sabe mi lector, se hallaba en aque-

llos instantes Claudio. El gracioso calló temiendo su propia respuesta. Pero tanto insistieron los preguntones y tal afán debía sentir él por satisfacer aquella curiosidad más ó menos insana, que dijo: «Por la parte de Ostia vese condensarse con rapidez y venirse acá con prisa una terrible tempestad.» Y en efecto, aquella palabra hizo en los cortesanos lo que suele hacer una lluvia en las muchedumbres: dispersáronse todos, no sabemos si bien al eco de tamaño anuncio, si bien al desgarrador latigazo del propio remordimiento,





Altar de Maguncia (desarrollo del altar)

CAPÍTULO VI

LAS TEMPESTADES DE OSTIA

— ¿Te callarás más tiempo? — le preguntaba Rufo á Narciso en el momento de penetrar éste por los vestíbulos del palacio imperial en Ostia.

— He resuelto hablar, mas por ajena boca.

— Habla, sea como quiera.

— Como los médicos ensayan sus medicinas nuevas en los esclavos inútiles, yo ensayo el humor de Claudio en unas mujeres perdidas.

— ¡Buena industria!

— Temo que, al saber lo acontecido en su familia, descargue las consiguientes iras, no sobre la culpada, sobre la narración.

— Y como la narración sale de un cuerpo con huesos y todo, sobre la persona que narre, ¿no es eso?

— Eso.

— Buen taimado estás.

— Ya sabes lo que ha pasado.

— Sí.

— Ha pasado que, después de matar á muchos por sus órdenes, transcurridos varios días, en su olvido de todos y de todo, Claudio ha preguntado por los muertos.

— ¿De veras?

— Y ha mandado gentes en su busca.

— ¡Cuál bellaco!

- Y se ha irritado porque no volvían.
- ¡Imposible!
- Y ha querido matar á los que, obedeciendo sus órdenes, habían ejecutado sus capitales sentencias.
- Ahora comprendo cómo te precaves así.
- ¡No que no!
- Los olvidos de Claudio son simas en que no conviene caer.
- Pues ahí está embargado por tanto trabajo como trae á la continua entre manos.
- Voy á verle.
- Y Narciso dejó á Rufo para entrarse de rondón en el gabinete de Claudio.
- ¡Narciso! – dijo con amistad el emperador al verle.
- ¡Ave, César! – le contestó su liberto, saludándolo con la reverencia que pudiera usar para con un dios.
- ¿Vienes por Ostia?
- Sí, Claudio.
- Mucho lo celebro.
- Estas playas enamoran mi ánimo.
- Como que recuerdan el arribo de nuestro Pío Eneas – dijo Claudio, que gustaba de pedantear á la continua.
- Y con el arribo de vuestro abuelo Eneas – añadió Narciso por añadir algo, – *La Eneida* de Virgilio.
- ¡Virgilio! – dijo Claudio como si le costase trabajo recordar tan sabido nombre.
- *La Eneida* sublime de Virgilio – dijo Narciso insistiendo.
- ¡Ah! Es verdad.
- ¡Qué versos!
- El peregrino Eneas entrevió en otras playas Italia por vez primera. Mas no pisó el continente sino por Ostia.
- E hizo bien – observó maquinalmente Narciso, por observar algo, absorto como estaba en la preparación del plan conducente á revelar al cuitado Claudio su deshonra.
- Pues Virgilio no pudo hacer en letras lo que Claudio ha hecho – dijo el emperador.
- ¿Cómo? – preguntó Narciso, pero sin saber lo preguntado él mismo.

– Pues tú lo sabes mejor que nadie. ¡Hasme ayudado con tanta solitud en todo cuanto yo te he pedido!

– ¿Qué? – y preguntaba Narciso en alta voz como quien habla con un sordó.

– Yo he añadido tres consonantes a nuestro alfabeto.

– ¿Aquí en Ostia? – volvió á preguntar Narciso, pero sabiendo cada vez menos lo que preguntaba.

– No, en Roma.

– ¡Oh!

– Aquí en Ostia no me canso de ampliar el puerto como quería mi glorioso predecesor, el divino Julio César.

– Cumpliendo así un sueño suyo, el cual había visto, pocos días antes de morir, en Ostia y sus riberas todas las naves del mundo reunidas.

– Justo.

– Así al nombre de Ostia se unirá tu nombre desde hoy.

– ¡Cuál satisfacción!

– Inmensa.

– Ya lo creo, aquí desemboca el Tíber.

– Y desde la ciudad á su desembocadura las orillas tienen más número de palacios que las orillas de todos los demás ríos del mundo juntos.

– Verdad, verdad.

– Sagradas riberas en que la Historia y la Poesía de Roma comienzan.

– Mil veces sagradas – dijo por su parte Claudio entusiasmándose y enardeciéndose al contacto de su inteligencia con la palabra de Narciso.

– ¡Cuántos beneficios te deberán estos lugares!

– Tantos casi como al poeta que los ha immortalizado.

– Tienes razón, Claudio



Estatua del emperador Claudio
(Roma, Vaticano)

— Yo siempre la tengo.

— El poeta Virgilio describió el desembarque de su héroe tro-
yano en el séptimo canto de la inmortal *Eneida*.

— Bien lo recuerdo ahora — exclamó Claudio como sacando del
seno de su memoria muy olvidados estudios.

— ¿Lo recuerdas?

— ¡Vaya!

— ¿Recuerdas la descripción del mar sonrosado por los rosicle-
res de aurora gozosísima?

— Y recuerdo la descripción del mar en calma, tan hermosa.

— Efectivamente. Las brisas callan, las velas se arrugan, y hay
que apelar al remo para surcar la inmóvil superficie, que parece
como sólida en aquel momento.

— Y entonces advierte un sitio en aquella inmovilidad general,
donde se agitan las aguas en torbellino, sombreadas por copudos ár-
boles y amenos bosques crecidos en sus orillas.

— Es la desembocadura del Tíber — dice Narciso.

— La desembocadura del Tíber, que dará la inmortalidad á Os-
tia — añade Claudio.

— Ciertamente.

— No se ven ahora las aves multicolores, con que Virgilio exor-
nara este sitio en su poema.

— Pero se ven cosas más útiles, cual gallardas naves de Ale-
jandría, de Tiro, de Atenas, de Gades, traídas aquí al conjuro de
mi voz para procurar á los romanos el debido sustento.

— Como que Ostia es hoy puerto frumentario de Roma gracias
á ti, Claudio.

— ¿Qué sería, Narciso, del pueblo rey si Ostia no abriera paso
hacia sus graneros y hacia sus despensas al trigo de África y al
aceite de Hispalis?

— Por eso has hecho muy bien fomentando las fiestas que cele-
bra el prefecto de la Ciudad Eterna en la isla cercana, cuyas riber-
as se dilatan gallardamente entre Porto y Ostia.

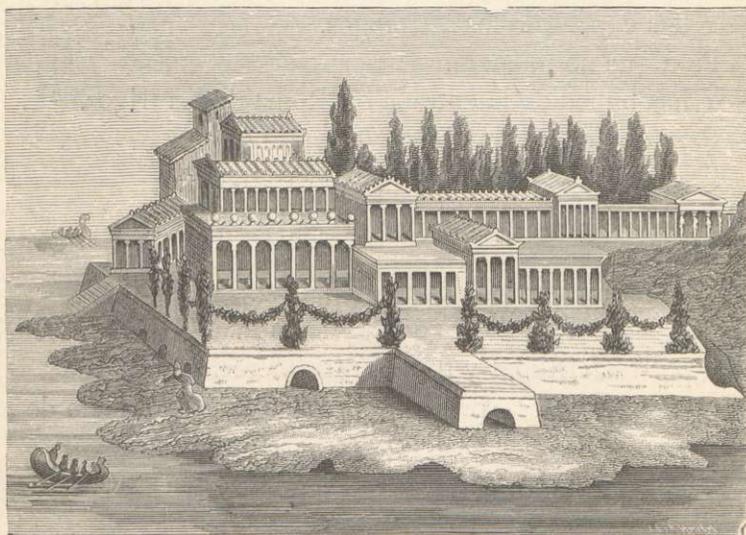
— Como que reproducen las navegaciones virgilianas; las naves,
que se deslizan, ya por el mar, ya por el río, pintadas de mil colo-
res, y reluciendo con sus adornos y con sus rostros de metal; los
remeros que sacuden los remos al compás de los coros armoniosí-

simos en agua transparente y clara, bajo bóvedas de verdor grato formadas por los entrelazados árboles de las sendas orillas.

– Y todo esto, al mismo tiempo que divierte de asuntos tristes el ánimo y lo esparce, recuerda la sacra religión de nuestros abuelos.

– Sí, esa religión – dijo Claudio – por la cual hice yo tanto.

– Como que has devuelto los proscriptos á Roma.



Una villa romana á orillas del mar (copia de una pintura de Pompeya)

– Para que no airasen á los dioses con sus maldiciones.

– Y has roto las cadenas de los esclavos aumentando el número de libertos.

– Para que hubiera los menos siervos y los más hombres posibles.

– Y has aumentado el número de ciudadanos, admitiendo al derecho de ciudadanía los hijos de las razas cabelludas.

– Para que los confines de Roma lleguen á ser los confines del mundo.

– Y has ocurrido á los siervos abandonados.

– Realizando así la filosofía estoica sin alardes retóricos ni metafisiqueos inútiles.

– Y has asegurado las naves contra los siniestros.

– Para gobernar en compañía de Neptuno el Océano.

- Y has reconstituido el colegio de los feciales.
- Para que los dioses no sean adversos ni á mí ni á Roma.
- Y has celebrado los juegos seculares.
- A fin de que todos recuerden el año verdadero en que se fundó la Ciudad Eterna.
- Y has desarraigado el culto druida.
- Para no ver en sus dominios los sacrificios humanos.
- Y has expulsado los astrólogos.
- Para que no mientan.
- Y has impedido la entrada en Roma de los trigos.
- Para que no escandalicen.
- Así te ama el pueblo romano.
- Y todos los demás pueblos del orbe.
- Amén.

- Mi ventura imperial no tiene límites.
 - ¡Pluguiese á los dioses que tuvieras también toda la felicidad privada por tus virtudes y tus talentos merecida!

- ¿Qué has dicho? - preguntó Claudio muy extrañado de aquel voto.

- Nada - murmuró Narciso entre dientes.
- Algo has dicho.
- No, nada.
- Y muy grave.
- Perdón...
- ¿Me deseas la felicidad privada y doméstica?
- Mucho.
- Pues qué... ¿no la tengo?

Narciso meneó la cabeza con profunda melancolía.

- ¿No la tengo?
- Pregúntatelo á ti mismo.

- ¡Narciso!

- ¡Claudio!

- No hieras mi corazón, pues ya conoces de antiguo su ternura exquisita.

Narciso no pudo contener, al oír esto en labios del hombre á quien tanto amaba, no pudo contener un sollozo.

- ¡Lloras! - le preguntó Claudio asombrado.

— ¿No lo ves? — respondió Narciso.

— ¿Qué ha sucedido?

— ¡Ah!

— Habla.

Narciso mostró en seguida con el gesto que no podía materialmente hablar.

— La voz se anuda en tu garganta.

Narciso asintió á este aserto con la cabeza.

— ¿Qué ha pasado?

— No quieras saberlo.

— ¡Oh! ¡oh! ¡oh!

Y Claudio comenzó á dar gritos como un demente.

— Perdón — exclamó Narciso, cayendo á los pies del César.

— ¿Qué sucede?

— ¡Ay!

— Habla.

— No puedo.

— Teme mi cólera.

— Dispón como quieras de tu siervo.

— ¡Narciso!

— Mátame si te place.

— Cuéntame qué sucede.

— Ya te lo contarán.

— ¿Ha muerto mi adorado Británico?

— No.

— ¿Le ha sucedido algo á Nerón?

— Tampoco.

— ¿Agripina está buena?

— Buena.

— ¿Se ha sublevado alguna legión en el Imperio?

— Ninguna.

— ¿Se ha caído algún templo de mis dioses?

— No.

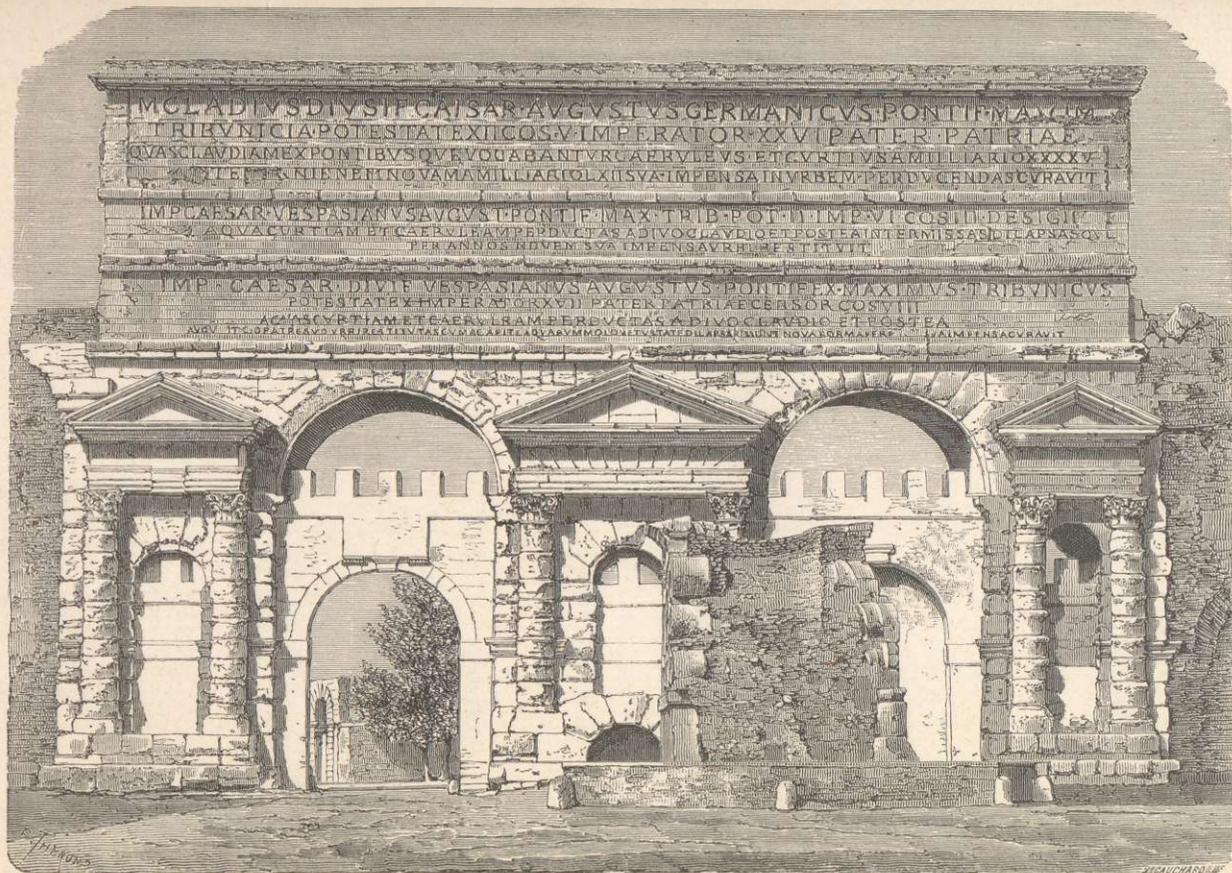
— ¿Se ha visto algún presagio adverso al pueblo romano?

— Tampoco.

— ¿Han hablado los augures?

— No han hablado.

- ¿Se ha oído algún siniestro augurio?
- No se ha oído.
- Pues ¿qué puede pasar?
- Claudio, recorre tu corazón y tu memoria.
- Creo haber dicho todo cuanto podía decir.
- ¿Todo?
- Todo.
- Recuerda bien.
- ¡Ah! ¿Por ventura los gramáticos griegos han reprobado mi alfabeto?
- No.
- ¿Se han reído los atenienses de mi arenga última?
- No se han reído.
- ¿Se ha muerto alguno de mis caballos predilectos?
- Tus cuadras están sanísimas.
- ¿Le ha pasado algún accidente á mi sobrina?
- ¿Por cuál sobrina preguntas?
- Por Agripina.
- ¡Pluguiera al cielo! Ya me has preguntado esto antes y hete dicho que no.
- ¿Se ha roto el acueducto erigido por mis manos?
- Está erguido, como al acabar de construirlo.
- Entonces...
- ¿Qué?
- No acierto.
- Recuerda.
- ¡Ah! Se me olvidaba.
- ¿A quién recuerdas?
- ¡Olvidadoso de mí!
- ¡Ah!
- ¿Dónde se halla Mesalina?
- El sumiso liberto no pudo contenerse, y dió un paso atrás, como si quisiese huir espantado.
- Una, dos, tres — murmuraba Claudio contando con los dedos.
- ¿Qué cuentas, César mío? — le preguntó Narciso.
- Una, dos, tres, cuatro..
- ¿Qué cuentas? — volvió á preguntarle.



Acueducto de Claudio ó *Porta Maggiore* (de una fotografia)

— Pues...

— Di.

— Cuántas noches hace que no he dormido con Mesalina.

— ¿Eso cuentas? Pues hace algunas.

— Llámala.

— Es la única orden tuya que no cumpliré; llámala.

— ¿Qué pasa, Narciso?

— Ya te lo dirán, Claudio.

— Dímelo tú.

— Yo no puedo.

— ¿Por qué?

— Porque no debo.

— Pero ¿qué ha pasado?

— Estas mujeres te lo dirán — respondió Narciso abriendo una puerta con temor.

— ¡Claudio! — exclamó, entrando una joven muy bella, en quien todos los aires de la persona delatábanla claramente de un oficio vil.

— ¡Calpurnia! — dijo Claudio

— ¡César y señor! — dijo á su vez la que, profesando el igual oficio que la predecesora, más tímida, se quedó un poco atrás y penetró en la estancia un poco después.

— ¿También tú aquí, tú, Cleopatra?

Las dos mujeres, en vez de responder á las extrañezas del emperador, se arrojaron á las plantas de éste y le ciñeron con los brazos las rodillas, cual si á una creyéranse ambas incursas en gran delito, por haber llegado allí sin permiso y hasta sin conocimiento de Claudio.

— Yo no quiero nada con vosotras hoy — dijo Claudio.

— Ya lo sabemos — respondió Calpurnia, que llevaba la voz en tan extraordinaria escena.

— ¡Bueno estoy para bromas!

— Perdón, perdón por nuestro atrevimiento — decían las dos á una sin levantarse del suelo.

— ¡Bueno estoy ni para perdonar ni para castigar! — repetía Claudio.

— Sólo en tu servicio hemos venido — exclamaba Calpurnia.

— Y en tu socorro — añadía Cleopatra.

— Pero conste que ni os he llamado ni os necesito ahora— observaba el emperador en medio del aturdimiento producido en su cabeza por aquellos dichos y aquellos actos cada vez más incomprensibles.

— Sí, sí.

— No quiero que luego me arguyáis de haberos desatendido y desairado.

— Jamás haremos tal— dijo Calpurnia.

— Ya sabéis que si os llamo alguna vez no lo hago para dejaros ir malcontentas.

— ¡Vaya si lo sabemos!— añadió Calpurnia también.

— Pero me ha extrañado por tal manera que hayáis venido ahora, y que hayáis venido sin orden alguna mía, cuando yo á este perro de liberto le preguntaba cosas por todo extremo interesantes respecto de palabras tuyas muy vagas, que francamente os he recibido muy de mal grado, yo que tenía costumbre de llamaros para mi esparcimiento y para mi gusto.

— Cuando nosotras venimos sin llamarnos, razones potísimas tendremos— le replicó Calpurnia, pues Cleopatra no hacía otra cosa más que asentir con movimientos de cabeza instantáneos ó con monosílabos expresivos á lo que decía su compañera en aquel momento.

— ¿También vosotras venís ahora con salidas tales aumentando mis confusiones, cual este Narciso, á quien los dioses confundan, pues sus labios me dicen fórmulas imposibles de interpretar por sibilinas y por oraculares?

— Cuanto yo hubiera de contarte— le observó Narciso, — contártelo mejor estas dos mozas, en cuyas palabras sinceras no encontrarás dejo amargo alguno de interés, ni ambición alguna de favor ó de privanza.

— Pero acaben, por todos los dioses infernales, de contarme lo que sucede.

— ¡Ellas te lo contarán!— dijo el redomado liberto de nuevo.

— Pronto, pronto— gritó con furia Claudio, ya fuera de sí.

— Mesalina... — exclamó Calpurnia.

— Mesalina... — repitió Cleopatra, cual si fuera su voz el eco de la voz de su amiga.

— ¡Oh! Mi mujer, ¡cuán hermosa mi mujer!

— ¡Huy!

Y Narciso gesticuló siniestra gesticulación, al notar este movimiento, no ya de afecto cariñoso, de apetito sensual, despertado en la extraña naturaleza de Claudio al amadísimo nombre de su esposa.

— Mesalina... — volvió á decir Calpurnia muy aterrada.

— Mesalina... — volvió á repetir Cleopatra.

— Concluid — gritó Narciso entonces con imperio.

— Mesalina ¡oh! ¡cuánto me gusta esa mujer! — dijo Claudio. — Su nombre hace latir las imperiales sienas mías y encenderse la divina sangre de mi madre Venus en las venas. Poned la mano sobre mi corazón, y notaréis qué golpes ahora dá tan fuertes el cuitado. Yo no recuerdo caricias que me transporten como sus caricias. Mis placeres habrán mariposeado sobre otras flores, como vosotras dos por ejemplo, ilusiones de un minuto, caprichos fugaces, rápida satisfacción olvidable y olvidada pronto. Pero en ella estuvo siempre la luz de mis ojos, el calor de mi vida, el objeto predilecto de mi amor. ¡Cuántos goces recuerda ese nombre mágico que acabáis de pronunciar! ¡Mesalina, Mesalina, Mesalina! Yo nunca me cansaré de traerlo á la memoria y evocarle con verdadera insistencia.

— ¡Ay, ay, ay! — exclamó Narciso viendo cómo en Claudio se iban despertando todos los instintos animales, que con más apretados nudos enlazaban el emperador á la emperatriz, dominadora de su marido por gracias cada día más fuertes y poderosas de suyo sobre la complexión entre grosera y sensual de éste, complexión muy contradictoria, con caídas bruscas en la triste animalidad inferior, con saltos violentos hacia el ideal, pero esclava de sus dos propensiones capitalísimas, que fueron gozar del amor material exacerbado por su posición extraordinaria y conocer las ciencias sociales tal y como se daban en su tiempo.

— ¡Mesalina! — volvió á decir el emperador, desasiéndose bruscamente de las dos mujeres arrodilladas á sus pies, cual si le repugnasen muchísimo una y otra después de haber pasado por sus oídos aquel nombre, que se le difundía con un calor verdaderamente comunicativo por toda la sangre.

— Acabad, acabad — por su parte decía Narciso, impeliendo á

las dos mujeres, á fin de que saliesen de su perplejidad natural, y cor-
taran con el relato de tal hecho los incipientes ardores de Claudio.

— Que busquen á Mesalina — decía el emperador, — que traigan
á Mesalina.

Y sus ojos y sus labios no traicionaban el apetito de su cuerpo.

— ¡Oh! ¡oh! ¡oh! — decían al par las dos mujeres, temerosas de
que las impacencias del emperador tomasen un camino en el cual
fueran atropelladas ellas, como atropellaban los césares, con la
muerte, pues á cada paso corrían daños enormes la vida de todos
al capricho imperial, y más cuando se determinaba por el terror.

— Habla tú, Calpurnia. ¿De qué sirve la garrulidad tuya, de
qué? Corroboras cuanto diga Calpurnia á Cleopatra. ¿De qué sirve
tu expresivo gesto?

Y Narciso, mientras Claudio iba de un lado á otro lado, fasci-
nadísimo por los recuerdos que Mesalina despertaba en su memo-
ria y los deseos que despertaban en sus instintos los recuerdos,
impella las dos muchachas á decir lo consabido.

— Pues bien, Claudio — dijo Calpurnia, irguiéndose del suelo,
donde se hallaba de hinojos, y encarándose muy frescamente con
el emperador; — pues bien, Claudio; Mesalina se ha casado en Roma
públicamente.

— Sí, públicamente — añadió, levantándose del suelo también, la
encogida Cleopatra.

— ¿Qué? — preguntó Claudio, balbuciente, rojo, trémulo, ciego
casi, tras una sacudida terrible, la cual no puede tener semejanza
más próxima que con la sacudida causada por el rayo de las nubes al
difundirse fulminante de súbito por nervios que no lo aguardaban.

— Repetid, repetid lo dicho — exclamó el aterradsimo liberto,
recelando que Claudio no lo creyese todavía.

— Pues bien; Mesalina hase casado pública, legal, religiosamen-
te con Silio — dijo Calpurnia.

— Con Si... li...o, con Si...li...o, ¡con Silio! — exclamó Claudio como
herido de un ataque apoplético, el cual hubiese trabado la lengua
y atacado como de parálisis el cerebro.

— Di tú, Cleopatra, di lo que sepas — añadió Calpurnia, diri-
giéndose á su compañera.

— Pues que Mesalina se ha casado con Silio.

– Legal y religiosamente – murmuró Narciso á los oídos de Calpurnia, para que insistiera en las dos calificaciones capitales de la increíble atrocidad.

– Legal y religiosamente – repitió Calpurnia.

– Legal y religiosamente – añadió su eco, la tímida Cleopatra.

– No lo creo – gritó Claudio, recobrando palabra y voz á impulsos de tan satisfactoria creencia.

– Créelo – dijo Calpurnia.

– Créelo – añadió Cleopatra.

– Pero, ¿ha sido un matrimonio en toda regla?

– Un matrimonio en toda regla – respondió Calpurnia.

– Un matrimonio en toda regla – volvió á decir el eco.

– Entonces no hay magistrados en Roma... – observó Claudio.

– Y ¿á nosotras qué nos cuentas? – le dijo Calpurnia.

– ¿Qué? – añadió Cleopatra.

– ¿Y ha encontrado testigos?

– Testigos.

– Testigos.

– ¿Y ha tenido auspices que sancionaran tal barbaridad?

– Los ha tenido.

– Los ha tenido.

– Pero ¿se ha divorciado de mí?

– Tú lo sabrás

– Tú lo sabrás.

– A pesar de lo mucho que pululan en este triste tiempo los divorcios, no pueden concluirse y legitimarse nunca en Roma sin complicadas formalidades jurídicas, ninguna de las cuales hase observado ahora, según mis noticias.

– Será verdad lo que tú dices, pero también es verdad lo que decimos nosotras – replicaron las dos mujeres.

– Mas entonces, ese mancebo Silio, á quien designaba yo para cónsul, debe tener algo de naturaleza divina, y tomando, en virtud y por obra de semejante privilegio, las más varias figuras, como Júpiter, debe haberse revestido por completo de mi persona propia, engañando así á la pobre Mesalina.

– ¡Qué bellaquería! – pensó en sus adentros Narciso, pero no le salió de ningún modo la exclamación á los labios.

—¿Quién soy?—preguntó en seguida Claudio, —¿quién soy?

—Nadie como tú debe saberlo—exclamaron las dos mujeres con chacota.

—Yo no soy verdaderamente yo. Hay otro en mí ahora, y este otro yo se ha casado con Mesalina. Así ha debido pasar cuanto ha pasado aquí de increíble. A Mesalina, de seguro, alguna forma engañosísima, tomada por su fingido esposo, ha debido extraviarla; pues de otra suerte nunca prefiriera, jamás, á ningún otro mortal.

—Pues mira, Claudio, las gentes mal habladas, que rara vez en sus cavilaciones llegan á engañarse, dicen una especie muy particular.

—¿Qué dicen las gentes mal habladas, Calpurnia?

—Pues dicen que lo más agradable á Mesalina en Silio, aquello por lo que la cuitada se pierde y te pierde, no es más que la hermosísima figura de Silio, el más bello mozo entre todos los jóvenes romanos.

—¡Ah!...

Y Claudio, á tal botonazo de fuego, dió una especie de mugido terrible.

—¿No es verdad, Cleopatra, lo dicho por mí?

—Verdad—respondió Cleopatra.

—¿No es verdad que Mesalina prefiere á todo en Silio su figura?

—Verdad—contestaba como por máquina la compañera certificando á roso y belloso las afirmaciones de Calpurnia, según los deseos ó instrucciones de Narciso.

—¡No puedo creerlo, no puedo creerlo!—gritaba Claudio, moviendo los brazos como aspas de molino, resollando con fuerza y con dolor como un toro á quien han derribado los mataraces en el matadero.

—¡Pues créelo, Claudio, créelo!—decía Calpurnia.

—Créelo, créelo—añadía Cleopatra en sus repeticiones, aseverando lo dicho por Calpurnia.

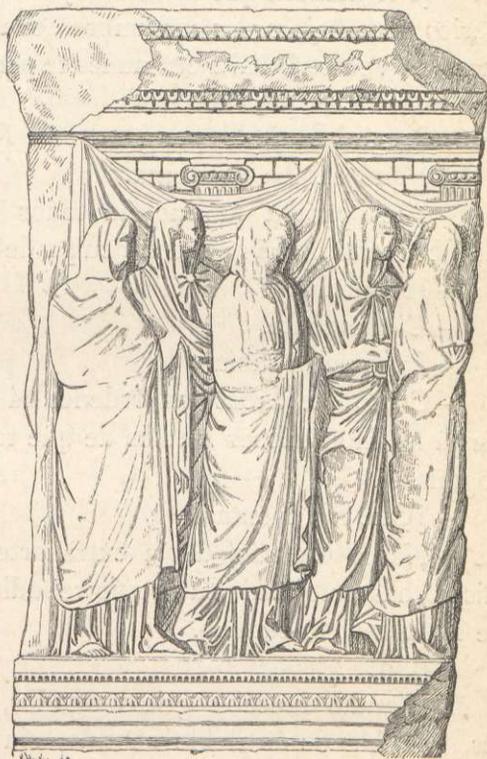
—No lo creo, como no corrobore Narciso vuestro relato.

—Comprendo, Claudio—le observó Narciso,—que, dadas altas competencias en materia jurídica, necesites de muchos testigos para cerciorarte del hecho terrible.

—Necesito sólo tu inapelable testimonio.

- Pues lo tendrás.
- Depón en justicia.
- Pregunta.

- Dime si es cosa verdadera esa noticia increíble de que mi mujer se ha casado con otro públicamente, y he consentido yo sin saberlo en mi propio repudio, y he autorizado el divorcio, hasta con extremo tal que romanos sirvieran de testigos, auspices de consagradores, vestales de acompañantes, patricios y senadores de corte, legionarios de cohorte á este crimen horrendo, en el cual se han cantado los epitalamios litúrgicos, se han visto los tálamos nupciales de tradición y el velo de azafrán reservado á la virginidad consagrando el adulterio, y hasta se ha contado con la complicidad y con el asentimiento de los dioses; Narciso, por Júpiter, sácame de penas y dime la verdad.



Vestales

- Pues todo es, Claudio, cierto.
- Y ¿cómo, siendo cierto, lo ha ocultado tu fidelidad á mi conocimiento?
- Lo confieso. Mátame si quieres. El miedo mío ha ocultado todo esto á la penetración tuya.
- ¡El miedo! ruin pasión.
- Cierto.
- ¿El miedo á quién?
- El miedo á Mesalina.

— Pues ¡tantos adúlteros fueron á sus brazos!

— Innumerables.

— ¡Horror mil veces!

Y Claudio dió un berrido estentóreo.

— ¡Perdón!

— ¿Por manera que mientras yo expedía veinte ó más edictos diarios para mejorar las costumbres, ella me la pegaba por su parte cuarenta veces al día? Pero nunca te perdonaré que hayas ocultado á tu emperador tales infamias.

— Acuérdate de lo que pasaba en Roma.

— ¿Qué pasaba en Roma?

— Pues pasaba que morían todos cuantos intentaban, por su mal, contarte la más pequeña culpa de Mesalina.

— ¿Pasaba eso?

— Ciertamente.

— Pues no lo sabía.

— Como que dabas las órdenes tú mismo sin conocerlas, gracias á los industriosos medios de que tu mujer sabía valerse para engañarte.

— ¿Qué me cuentas?

— Nada, Claudio, debía extrañarte después de saber que tú mismo has autorizado tu propio repudio y el divorcio y separación de Mesalina sin saberlo.

— ¡Oh!

Y Claudio lanzaba gritos agudos, vociferaciones incoherentes, palabras de un doble sentido, sin saber en realidad lo que decía.

— Acuérdate del prefecto de guardias tan leal...

— ¿Cátimo Justo?

— El mismo.

— ¿Qué se hizo de tan fiel servidor?

— ¿No lo sabes?

— No.

— Pues tú mismo lo mataste.

— ¡Yo!

— Una orden tuya.

— ¡Por Júpiter que no creería en tal desaguizado!

— Y lo mataste porque quiso contarte los desórdenes de Mesalina.

— ¡Oh!

Y Claudio temblaba como un reo á quien desnudan para propinarle azotes antes del suplicio.

— Otro día le tocó á tu liberto Polibio.

— ¿También murió de muerte violenta?

— Quiso comunicarte lo que había visto, y desapareció yéndose al otro mundo con tantos y tantos muertos.

— Tampoco lo sabía.

— Como también obligó á un suicidio...

— Cállate por piedad.

— En tu propio cubículo, sobre tu imperial tálamo, bajo la sombra de tus númenes y lares, mil veces la desalmada se revolcó á tu vista casi con un Veccio y un Pluncio.

— ¿Y tú no me dijiste nada?

— Ya he dicho que fué por miedo.

— ¡Con cuál sangre fría, Narciso, te declaras cobarde!

— Pero no por miedo egoísta de lo que pudiera sucederme á mí, pobre vástago de siervos; por miedo, Claudio, de lo que pudiera sucederte á ti, el descendiente de cuatro césares, el amo de la Tierra, mi señor y mi dueño.

— ¡Narciso!

Y Claudio sintió á estas palabras indeliberado movimiento de ternura.

— También ahora ocultaría de buen grado sus adulterios, callándolos cual si fueran remordimientos de mis personales culpas; y si en mi mano estuviese, dejaría gozar al adúltero de la casa, de los esclavos, de los ajuares que á ti pertenecen, hasta de las insignias imperiales y de la mujer predilecta y legítima, con los demás bienes tuyos, á no temer una rebelión tras una irreverencia, y el acaparamiento de tu diadema por él, en cuyo caso, no solamente se perdería tu honra, se perdería tu diadema.

— ¡De veras!

— Pues el que parece jugar á nupcias más ó menos fantásticas, no requiere tan sólo en estas festividades el cuerpo y el goce de tu mujer, ¡ah! también requiere la posesión y el disfrute de tu Roma.

— Verdad, verdad.

— Silio no quiere sólo suplantarte audaz en el tálamo, quiere suplantarte también, más ó menos pronto, en el Imperio.

— ¡Oh! ¡oh! ¡oh!

Y Claudio ladraba como un perro, maullaba como un gato, mugía como un toro, y como un león rugía; mas de vez en cuando cambiaba de súbito y se plañía, tristemente angustiado como una mujerzuela, tomando la voz cambiante unas veces arrullos de tórtola y otras veces sollozos de vieja.

— Defiende, pues, Claudio, el Imperio.

— ¿Cómo?

— Con tu voluntad y con tu esfuerzo.

— ¿Puedo?

— ¡Pues no has de poder!

— ¿Soy Claudio yo?

— ¿Pues no has de serlo?

— ¿Qué hago?

— Disponer, mandar.

— ¿Me obedecerán?

— El mundo entero escuchara tu voz.

— Pues así como han puesto en Roma otro emperador, ¿no pondrán otro ser en vez de mi ser?

— No han puesto en Roma otro emperador, pero es seguro que lo pondrán, por poco, Claudio, que te retardes en ordenar cuanto debas.

— ¿Qué debo hacer?

— Asegurar tu imperio sobre Roma.

— ¿Y cómo aseguro sobre Roma el imperio mío?

— Yéndote ahora mismo allá.

— ¿Para qué?

— Pues muy sencillo.

— ¿Para qué? — le preguntó de nuevo.

— Para presentarte á los alojamientos militares y asegurar los pretorianos.

— ¿Y debo ir solo?

— Debes ir acompañado de todos nosotros.

— ¡Favor! ¡socorro! ¡auxilio!... — gritó al decirle Narciso esto,

como si ardiese su casa, ó lo secuestraran ladrones, ó lo matase algún asesino.

— Calla, calla — le gritaron á una los tres interlocutores, temerosos de algún desaguisado.

Á las voces de Claudio entró la comitiva que acompañaba por todas partes al emperador, constituyendo, según su número, una verdadera población. Y como Claudio hiciera señal de consultar y oír á los recién llegados, que llenaban y henchían la estancia, pronto se formaron éstos en agrupaciones parecidas á un Senado ambulante. Las manías del buen Claudio eran varias; legislar mucho, juzgar más, escribir á tontas y á locas edictos, irse desde los bancos de aquel Senado, cuyo padre se llamaba con énfasis, al tribunal donde oficiaba de supremo juez; pero, sobre todo y ante todo, pronunciar discursos con copiosísima erudición. Aquel entendimiento suyo, tan desmemoriado en materias referentes á los hechos, gozaba de una viva memoria en materia de frases y de noticias. Gustábale, pues, arengar; y cuando arengaba, no se proponía en tanto grado conmover y persuadir como lucirse y ostentar sus ideas pintadas en períodos artificiosos, muy propios de la decadencia en que ya iban cayendo las romanas letras. En tales términos predominaba el deseo de parecer elocuente y sabio sobre todos sus deseos que, hasta en aquel entonces, abandonado por su mujer, quien le vendiera traidoramente á un émulo; herido hasta en la quieta posesión de su Imperio; conociendo infidelidades, así de Mesalina como de Roma, tan funestas á su corazón y á su conciencia; desengañado en lo que más amara, pavoneábase como un retórico y tenía serenidad suficiente para componer frases muy bien ligadas y decir especies muy eruditas. Así, con una seriedad cómica, el buen emperador, que arrastraba de antiguo el pie derecho, fué distribuyendo su auditorio como un jefe de coros puede distribuir sus coristas, á fin de que viesen mejor su cabeza de buey Apis y oyesen mejor su intrincado lenguaje, cual si la materia de su arenga se refiriese, bien á la escalada de los titanes, bien á la guerra trojana, bien á cualquier asunto de remota fecha ó de clásica sabiduría. Solamente se notaba la emoción de su pecho en cierta palidez mortal de su tez y en los ronquidos múltiples de su garganta y de sus narices, que aspiraban el aire como aspiran ciertos monstruos

marinos las aguas. Así las gentes aseguraban que su voz, tenida por él como tonante y majestuosísima, se asemejaba mucho al resoplido de las focas. El amor propio, sin embargo, engaña en este nuestro mundo siempre á todos, y Claudio creía que su voz gustaba tanto á los demás como á él mismo, y gozábase con cualquier motivo en expedirla de su garganta y ostentarla cual si fuera una música. Pero antes de pronunciar su arenga quiere cerciorarse de cuanto sucede, no satisfecho con lo que recientemente le habían contado las dos mujeres, Cleopatra y Calpurnia, amén del diligente liberto Narciso. Estaban, entre los llegados en aquella sazón, dos personajes de mucha cuenta. Era el uno Turrano, comisario de lo que llamaban *annonas* entonces y hoy llamamos *pósitos*; era el otro Geta, capitán de las cohortes pretorianas. Por la distribución de trigo al pueblo gozaba el uno de suma influencia en los plebeyos, y el otro, por las mercedes que podía en mil ocasiones ofrecerles y los favores que podía prestarles, de suma influencia en los soldados. Mas el primero era partidario de Claudio, y de Mesalina el segundo.

— ¿Qué sabes, Turrano? — le dijo al uno.

— Pues lo mismo que tú, Claudio.

— ¿Qué me dices, Geta?

— Nada que no te haya dicho ya tu propia conciencia.

— Por Júpiter, aconsejadme.

— No hay consejos que pedir — dijo Turrano; — hay resoluciones que tomar.

— Y cuanto más súbitas mejores — añadió Narciso.

— ¿Qué hacer?

— Pues asegurarte ante todo el sumo Imperio sobre todos — gritó en alta voz Turrano.

— ¿Y cómo?

— Yendo á los alojamientos militares en persona — volvió á decir el avisado liberto, que no las tenía todas consigo, tratándose, como se trataba, de Geta, muy sospechoso, cual hemos dicho, por amigo de Mesalina y su corte, á la vigilancia de los verdaderos amigos de Claudio.

— Ante todo, César — observó Geta dirigiéndose á Claudio, — ante todo cúrate de tu venganza.

— ¡Venganza, venganza! — gritó el emperador, aullando como un lobo.

— No te importa, Claudio, tanto en esta ocasión suprema granjearte la venganza, como los medios conducentes á la seguridad completa de satisfacerla — djóle Narciso.

— Justo, justo — añadieron los más, haciendo coro al redomado liberto, en quien descubrían la voluntad completa de Claudio.

— Cáptate la devoción de los pretorianos y procura seguidamente, más bien que granjearte tus desquites, adquirirte la seguridad plena de tu Imperio.

Pero en estas le dió á Claudio por pronunciar su arenga. Ronquísimo, balbuciente, desmanotado, cojo, gafo; con cara donde prevalecían mucho los instintos animales; con ojos mortecinos y casi apagados; falto de los accidentes oratorios que constituyen la verdadera medula de la oratoria, tan menesterosa de fuerza y de prestancia, Claudio pronuncia discursos tras discursos con frecuencia, lo mismo en la curia que en el tribunal, muy pagado de retórico eminente, así como de legislador sabio é



Pretorianos (de un bajo relieve existente en el Louvre)

inspiradísimo. El poder supremo sugiere á las gentes enfermedades así, por necesidad inevitable. Como en las cumbres del trono se tiene todo, cada cual de estos dioses terrestres llamados césares, deseaba en su interior algo, y algo imposible.

La contingencia humana, esta debilidad á nosotros congénita, no consiente la ventura jamás á nadie, y mucho menos en las altas cúspides, en que tan raro se hace ya el aire vital y tan irrespirable.

Si Claudio se hubiese conformado con el poder absoluto y no hubiera querido pasar allende, á otros logros, vedados á su ineptitud, Claudio fuera feliz. Mas quería ser, asaz de César, orador, y ahí encontraba una de las mayores y más agudas espinas que talaron su corazón y sus sienas. Vamos, pues, á oírle.

— Amigos míos: los antepasados inmortales de vuestro César... — balbuceó Claudio.

— ¡Dioses inmortales! — exclamó Narciso. — Comenzando por sus antepasados, ¿cuándo llegará este hombre á su mujer?

— Mis antepasados exhórtanme, desde las altas y serenas regiones donde habitan, á departir con vosotros de su honor vulnerado por un crimen aborrecible y espantable, al cual crimen hay que ocurrir para ejemplo y escarmiento de todos con prontos y serenos castigos.

— Aprieta, aprieta fuerte — murmuraba Narciso, mientras torcía un poco el mirar y pestañeaba de prisa Geta, no muy conforme con aquellas amenazadoras palabras.

— El primero de mis antepasados — continuaba Claudio — se llamó como yo, y fué á un tiempo mismo, en solo un día, con investidura única, patricio y ciudadano de Roma.

— ¡Por vida de Apolo! — pensó para sus adentros Narciso. — Mientras Mesalina y Silio se apoderan del Imperio, este infeliz evoca todos sus antepasados.

— Los Claudios fueron de Salina, como los Julios de Alba, como los Coruncanios de Camerio, como los Porcios de Túsculo, como tantas otras familias de Toscana y de Lucania y aun de más lejos, puesto que la Ciudad ha rebasado los Alpes y el nombre romano se ha inscrito en los confines de la Tierra.

— ¡Y pensar que, á estas horas, acaso los rebeldes hayan ceñido á su adulterio la púrpura imperial! — decía entre dientes Narciso.

— Amigos míos... — volvió á decir Claudio continuando, pero sin pasar de esta frase.

— ¡Oh, impaciencia! — exclamaba Narciso.

— Tira, tira — decía Geta muy gozoso de aquellas largas.

— Amigos míos... — volvió á decir Claudio, roto por completo el hilo de su discurso.

— ¡Oh furor! — murmuraba Geta.

— ¡Narciso! — gritó Claudio completamente desconcertado.

— ¿Qué? — preguntó Narciso con la brusquedad natural en su justificada inquietud.

— Dime, ¿de quién hablaba yo?

— De Mesalina y Silio — le respondió el fiel amigo, mientras los demás concurrentes murmuraban y se reían por lo bajo.

— Me acusan — dijo Claudio continuando, y como si nada le hubiera su liberto advertido, — me acusan de haber dispendiado la ciudadanía romana, vistiendo con toga desde los griegos á los britanos.

— Claudio, no — le decía Narciso á la oreja; — te acusan de perder el tiempo mientras lo ganan tus enemigos.

— Me acusan de tal despilfarro, y no tienen razón mis acusadores.

— Perfectamente — pensaba Geta, muy gustoso de que prolongase Claudio su inútil discurso cuanto le diera la gana.

— El derecho de ciudadanía extendido á los extraños nos dió quieta paz en casa, y ocurríamos así á riesgos de otra suerte dañosos.

— Pero no se trata de eso; — decíale Narciso en vano.

— Rómulo..

— ¡Dioses inmortales! — Vuelve á tomar su tema en la fundación de Roma nada menos. ¿Pues cuándo entrará en este siglo?

— Rómulo — continuaba Claudio, á quien las interrupciones de Narciso dejaban cada cinco minutos perplejo, — Rómulo llamó los extranjeros al Pomerio, cuando sólo podía ofrecerles una colina sitiada por extraños y una cabaña hecha con troncos y con ramajes de hayas.

— ¡Acaba, por Hércules! — decíale Narciso.

— ¿De dónde provino la ruina irreparable del ingenioso ateniense y del austero espartano, sino de haber visto extranjeros únicamente, y extranjeros nacidos para esclavos en todos los pueblos que sojuzgaban?

— Déjate de Atenas y de Lacedemonia en el asunto de hoy — seguía diciendo Narciso.

— Reinado han los extranjeros ya en esta ciudad.

— Y si te atardas así, reinará Silio — repetía con insistencia el contrariado liberto.

— Dímosles — continuaba Claudio con la porfía de un maniático, — dímosles rehenes á los toscanos y pasamos bajo el yugo de los samnitas.

— ¡Bien, bien! — decía Geta, holgándose mucho con la tardanza que facilitaba el triunfo de Silio y destruía el poder de Claudio.

— ¡¡¡Yugo, yugo!!! Para yugo el que acaban de ponerte á ti los atrevidos novios — exclamaba Narciso.

— Y como tal número de pueblos hase mancomunado con nuestras leyes y nuestras costumbres, importa mucho traerlos aquí, á fin de verlos repartir entre nosotros sus riquezas y no dejárselas gozar á ellos solos en su pleno y arbitrario albedrío. Creáronse los magistrados populares después de los pãtricios, y los magistrados latinos siguieron á los populares, y los magistrados extranjeros á los latinos. Conviene, pues, no detener este movimiento, sino ampliarlo, á fin de legar ejemplos á nuestros más remotos sucesores.

— Compañeros — dijo el taimado liberto, cortándole á Claudio la palabra: — todo esto que acabáis de oír, no significa otra cosa en último término y á la postre, que un comentario puesto á la resolución tomada por Claudio ahora mismo, destituyendo á Geta, no obstante su origen ingenuo, de la capitanía del Pretorio, y nombrándome á mí, no obstante mi origen servil.

— Pero ¿puedo yo nombrar y destituir á mi antojo? — preguntó Claudio.

— ¿No has de poder? — díjole Narciso.

— ¿No es emperador ya Silio?

— Seríalo ya, de no haber tomado estos acuerdos.

— ¡Y yo que había comenzado á pronunciar mi propia oración fúnebre y á hacer mi defensa personal ante la posteridad!

— Pues no has menester nada de eso, porque, en lugar de morir, vas á matar...

— ¿De veras?

— A tus implacables enemigos.

— Como quieras.

— Pues vámonos.

— ¿Dónde?

— A los alojamientos militares.

— ¿A qué?

— A ganarnos el ejército.

— Y cuando tengamos el ejército, ¿qué haremos?

— Una muy natural y sencilla cosa.

— ¿Cuál?

— Matar á Silio y Mesalina.

— ¡Oh! — exclamó Claudio, mientras Narciso decía:

— La litera imperial y á Roma.



Una escena de caza

CAPÍTULO VII

LOS ESPOSOS

— Narciso — decía Geta, encarándose con el capitán Turrano — encaja su Claudio en la estrechísima carroza cual si fuera un fardo.

— Y un fardo es de su comercio — añadió Turrano.

En efecto, Claudio dejó maquinalmente su palacio de Ostia y entró en su litera de viaje también maquinalmente como si fuese un autómeta.

— ¿Quién deseas que te acompañe, Claudio? — preguntó al César su liberto.

— Vitelio — respondió maquinalmente Claudio.

— ¿Quién más?

— Cecina.

— Gente poco interesada en este negocio — murmuró Narciso y se metió con el emperador en su litera.

— ¡Cuál caso tristísimo! — exclamó Cecina por no estarse callado.

— Decretos de los dioses — observó Claudio con estoica resignación.

— ¡Oh infame cosa! ¡oh maldad grande! — añadía Vitelio como con estribillo.

— Esta es la conjuración más odiosa que inscribirán los anales romanos — dijo el taimado liberto para mantener la cólera de Claudio. — Un cónsul designado acaba de vulnerar todas leyes; una mujer predilecta de huir al hogar; unos senadores de profanar su fe; unos

auspices de mentir á los dioses; unos augures de burlar los augurios; unas vestales de complicarse con la impúdica; unos patricios de perpetrar el falso testimonio; unos magistrados de convertirse en histriones: todo lo cual merece castigos ejemplares, que Claudio infligirá con la majestad olímpica del sumo Jove y con los justos rigores del implacable destino.

Claudio no gustaba de oír especies tales relativas á su desgracia y á su deshonra, pues calló como un muerto á las exclamaciones de los dos compañeros por él elegidos y desoyó y desatendió, como si nada le dijese, la elocuente y ardorosa invectiva de Narciso; y viendo cómo desde aquel puerto á la capital podían mil veces hablarle del atrevimiento de Silio, del adulterio de Mesalina, del horror al crimen horroroso en los romanos, y del castigo aparejado, torció la conversación á objetos varios, pugnando por convertirla en una disertación literaria, muy desagradable á Narciso, quien se gozaba remetiendo el puñal en la herida con grandísimo empuje, á fin de que los crueles dolores causados por estos ensañamientos concluyeran sugiriendo al César un castigo proporcionado á la enormidad patente del crimen. Pero no estaba de tal humor Claudio, é insistía en hablar de todo, menos de lo concerniente á su deshonra y á su desgracia.

— Por aquí — dijo Claudio — entraron los viejos dioses troyanos en el amigo Lacio. Hector se los confió á Eneas, y Eneas los desembarcó en las riberas sacratísimas donde acaba la cuenca del padre Tíber y se tiende la segurísima rada de nuestra bella Ostia. ¡Cuántos dioses, enemigos de la romana gente, se conjuraron contra la edificación de una ciudad tan litúrgica! ¡Cuántos escollos surgieron de los mares, cuántas tempestades se desencadenaron en los aires, cuántos genios malos abortó el odio á impedir la generación de tan valerosa familia como la familia latina y el establecimiento de tan grande ciudad como la Ciudad Eterna! Ninguno de nuestros vecinos entonces nos facilitaba el paso. Todo se volvía contra nuestro nacimiento, cual si quisiera el hado hundirnos en el vientre de nuestra madre la Tierra y convertirlo en sepultura nuestra. Turno sitiaba el campo de los troyanos, nuestros padres, con rabia, mientras Eneas iba en pos de los etruscos á fin de granjearse amistades y hacerse con alianzas. Quién había de crear la gente latina,

tuvo que combatir antes con los latinos que con otro cualquier pueblo. Así, no deben extrañar los romanos que llamemos al extranjero y le repartamos en comunión el derecho de ciudad, cuando, si en su genealogía quieren subir con el pensamiento y con el recuerdo, encontrarán los primeros enemigos suyos entroncados con su propia estirpe y henchidos de su misma sangre.

— De seguro — exclamó Narciso, trayendo por los cabellos una interrupción á este calmante que Claudio buscaba en los estudios clásicos, — de seguro no hay en toda *La Eneida* un episodio como el casamiento de tu cónsul con tu mujer.

— ¡Cuál caso tristísimo! — exclamó Cecina, como si no supiese decir ninguna idea más.

— ¡Oh infame cosa! ¡oh grande maldad! — volvió á repetir Vitelio.

— Por aquí, por estos campos — continuaba Claudio, como si nada oyese — apareciósele á Eneas una divinidad coronada de rosas, vestida de púrpura, regocijada con los anuncios que llevaba en sus labios; y sin hollar apenas el suelo con sus borcegués azules, le dijo que allí donde hallara una lechona blanca que acabase de parir treinta lechoncitos, fundase Lavinia, la ciudad por el cielo destinada en sus inescrutables decretos á reunir los penates troyanos, que aún vemos en los palacios augustales y que aún adoran en el hogar nuestras familias.

— Penates — dijo el perseverante liberto — que han profanado y herido con sus irreverencias Mesalina y Silio, por lo cual provocante á castigarles, á fin de que, ofendidos y amargados por tal irreverencia, no dejen jamás de serte favorables y propicios.

— Lavinia — dijo Claudio, continuando en su discurso como si estuviera incomunicado con el mundo exterior — fué fundada por Eneas, Alba por Lavinia, Roma por Alba. Si una cerda preside al nacimiento de Lavinia, un jabalí preside al nacimiento de Efeso y una loba preside también al nacimiento de la Ciudad Eterna. Cuando Venus llora por la triste suerte de su hijo Eneas, Júpiter, consolándola con dulcísimas palabras, le revela cómo á esta genealogía de ciudades ha entregado la futura dominación del mundo.

— Que Silio quiere usurparte, y te usurpará — exclamó Narciso al vuelo, — si descuidases á tu Roma como has descuidado á tu Mesalina.

Los otros dos interlocutores volvieron á decir las fórmulas dichas tantas veces desde los primeros pasos del viaje.

—Mirad Lavinia, en el cerro donde acampó Eneas, con el río al pie, con el mar enfrente; miradla y ved cómo parece abandonada, no obstante su templo maravilloso, cuando todos á una debíamos guardarle con religioso culto la fe vivísima que le prometiera Eneas.

—¿Qué fe quieres ver guardada en este tiempo, cuando una mujer licenciada y un cónsul rebelde se han atrevido á profanar el tálamo imperial con fingidas nupcias, y á pretender el Imperio con atrevimientos, aun á esta hora consentidos é impunes?

Y los otros dos interlocutores volvieron á sus consabidas exclamaciones, que no cambiaban por nada ni por nadie, como si fueran oraculares fórmulas. Pero esta vez, no sabiendo bien por qué, cual suele acontecer en todo aquello que piensa ó dice un maniático, el oído cerrado del pobre Claudio se abrió, y así la voluntad como la inteligencia suyas á una se rindieron bajo el peso de tantas importunidades. Narciso, que lo conocía, notó su impulso á decir algo respecto de los novios, y calló él é impuso á sus compañeros de viaje silencio con su actitud recogida y atenta. Esperezóse Claudio, bostezó, pasó dos ó tres veces las manos por su rostro, y rompió en llanto de profundo y amargo desconsuelo

—¡Claudio! — le gritó Narciso.

—¡Nar...ci...so! — le respondió Claudio cortando las tres sílabas componentes del nombre de su liberto con tres amarguísimos sollozos.

—No me parece, Claudio, hora oportuna de llorar ésta; páreceme hora de castigarlos y de vengarte.

—¡Mis hijos, mis hijos! — añadía Claudio berreando como un chico á quien le dan azotes.

—Por tus hijos debes proceder con toda severidad.

—¡Octavia, hija mía!

Y parecía próximo á reventar su pecho al estallido de los lamentos.

—Cálmate.

—¡Británico, Británico, el heredero de tanto Imperio!... — continuaba Claudio.

— A quien le será más grato — añadió Narciso, — pero mucho más grato ese Imperio, si lo recibe de tus manos, libre por completo del vínculo de infamias con que lo ha manchado Mesalina.

— Narciso, no debes olvidar ahora una cosa.

— ¿Qué no debo ahora olvidar?

— Que Mesalina es aún mi mujer.

— Sí, pero mujer indigna, mujer adúltera, mujer facciosa, cuyas rebeldías tan sólo pueden compararse con tus beneficios.

— Cree, Narciso, que no podemos airarnos con las mujeres tan fácilmente como tú supones. Las hemos, por Hércules, mimado de tal suerte, que hoy apenas ejercemos autoridad ninguna en ellas. Nuestros padres refrenaron su lujo y nosotros lo dejamos en el mayor desenfreno. Para que las mujeres pudieran llevar pendientes en sus orejas, allá por la Roma primitiva, necesitaron invocar la prestación de servicios á la República y á la patria, como el haber conjurado los odios de Coriolano y redimido á la patria de plagas y calamidades sin cuento. En la segunda guerra púnica no podían ceñirse trajes multicolores, ni ornarse con más de una onza en oro. Así como Aristófanes cuenta en sus comedias una insurrección de mujeres griegas contra sus maridos por la poca parte que éstos les daban en el gobierno, Roma cuenta en sus anales otra insurrección de las mujeres latinas contra sus legisladores por lo mucho que impedían la vieja licencia en achaques de lujo. Consentidas y mimadas por todos, ellas rehacen la naturaleza y se atreven á enmendarle artificiosamente la plana con adobos y menjurges; mienten blancura en la piel, negro en las cejas, oro en el cabello, rosa en las mejillas, púrpura en los labios; se miran en espejos de plata mayores que los estanques de sus jardines, y se airean con abanicos de pavo real más que Favonio airea las arboledas; compran las cabelleras tendidas sobre sus espaldas en Germania y las pastas depilatorias de su vello en Rodas; emplean en vestirse toda la mañana socorridas por un ejército de siervas jefes y cuentan más vasos argénteos y áureos para su tocador que la diosa Juno en los templos para sus ofrendas; astringen sus carnes para que no suden y atiborran de menta sus bocas para que no huelan; se calzan coturnos sembrados de perlas y se coronan con tiaras brillantes de pedrería como cualquier divinidad asiática; se pegan

medias lunas en la frente, y en los tobillos aros que diríais grilletes preciosos; almacenan más vestidos que hojas soportan los árboles y gastan más piedras preciosas que lucen estrellas las noches; su corte doméstica obscurece la corte de los césares, y sus aduladores constituyen una legión ó un clero. ¿Cómo queréis, con estas costumbres, moderarlas y corregirlas?

— Si tu mujer — le observó Narciso — no hubiera en su vida hecho más que ornarse, vaya en gracia, perdonáramoslo fácilmente; pero al querer vestirse la púrpura, exclusiva de su esposo, y alzarse con intruso calavera en tu palacio y en tu Imperio, es reo de muerte y debe morir. El único favor que á su estirpe debe concederse, créeme á mí, Claudio; el único, es tenerte á ti por su juez y por su verdugo al mismo tiempo.

— ¿Cómo quieres que me alce á juez y verdugo, cuando no puedo desasirme á la debilidad irremediable, de mi corazón, la cual me nombra su cuidadoso defensor?

— ¿Será posible que la defiendas? Pues mira: ya puedes, Claudio, escoger la vía conducente al destierro, cuando no al suplicio. Procediendo así firmas tu propia sentencia de muerte.

— Yo creo que las mujeres serían buenas cuando se peinaban con los dedos y dormían sobre follaje. Desde que dejaron de alimentarse como se alimentan hoy los jabalíes, desde que dejaron la bellota, nadie puede con ellas. Para vestirse bien de lino y seda tuvieron que desnudarse antes del pudor y de la vergüenza. El dios Himeneo topa con más cazadores que las codornices, muy cebadas á su arribo, por las costas nuestras. ¡Buen caso hacen de su antorcha los que se adelantaran los goces legítimos suyos ilegítimamente y á obscuras. Mujeres castas al uso antiguo no hay para qué buscarlas, no. La mejor de todas acostará un favorito por lo menos cerca del tálamo conyugal. Ni en las cavernas podéis refugiarnos con ellas para preservarlas de mortales asaltos; si en poblado las buscan los hombres, en despoblado las buscan los dioses. Los templos parecen teatros, según lo que allí se enseña; los teatros burdeles, según lo que allí se representa. Así, las patricias se van tras los histriones y la virginidad no se halla ni entre las vestales. Plácenles más á las esposas de ahora los defectos del amante que las calidades del marido. Hay de ellas que compran por dinero

á los mismos traicionados guardando así la reputación de castas y púdicas. Nuestras mujeres no quieren parecer ya romanas, sino griegas, y griegas prostituidas. Las bandejas de plata donde rebosan las monedas de oro en la festividad nupcial representan el precio pagado por una licencia para que las faltas aún sean más duras con los agravantes del adulterio. Hasta en los gladiadores encuentran los maridos rivales afortunados. El hogar matrimonial recuerda un campo de batalla donde riñen todos, unos contra otros, sin esas treguas propias de las guerras; aquí se riñe hasta en la cama y en el sueño. No hay general que haya en sus asedios arruinado tantas ciudades como arruinan estas mujeres casas y más casas. Dios nos libre de sus aficiones; si tañen, piden que sea en una lira cuajada de diamantes como aquel tan grueso y tan caro de la riquísima Berenice. Con estas costumbres, ¿cómo quieres meter en cintura las mujeres?

— Pero no debes, Claudio, medir á tu mujer por un rasero vulgar, ni ponerla en la balanza donde pesamos las mujeres de los demás hombres. Una diosa deberá tener mayor majestad que las emperatrices, y las emperatrices mayor majestad que las patricias, y las patricias mayor majestad que las plebeyas, y las plebeyas mayor majestad que las esclavas. Siendo tantos los privilegios de que ha gozado Mesalina, deberán sus deberes correlacionarse con tales privilegios. Y por lo mucho que puede, por lo mucho que manda, por lo mucho que significa, estaba en el caso de guardar, no solamente la clara limpieza de una familia más necesitada de legitimidad que ninguna otra, la indispensable seguridad interior y exterior de un Imperio, donde no tenía otra mujer que se levantara sobre su persona ó que fuese ante ella y sobre ella. Deja pasar crímenes como el perpetrado por Silio con Mesalina, y no solamente se deshará tu diadema, se deshará el mundo todo sin remedio.

— Yo vitupero á Mesalina, por haber faltado á su esposo, por haber desatendido á mis pequeños, por haberse puesto en abierta rebelión, así contra su amo el emperador, como contra el régimen vigente hoy en Roma, contra el Imperio; pero te digo que actos de tal naturaleza están autorizados por los romanos ejemplos y por las costumbres romanas.

— ¡Qué situación — iba pensando para sus adentros Narciso. — En vano le ponemos ante la vista el crimen perpetrado; no quiere verlo. ¿Qué hacer?

En esto el cortejo imperial se iba poco á poco acercando á Roma, y cerca ya de la ciudad oyóse un tumulto increíble.

— ¡Claudio! ¡Claudio! — se oía distintamente gritar entre aquel fragor.

— ¡Mesalina! — exclamó espantado Narciso.

— ¡Esposo mío! — exclamaba Mesalina.

— Voz penetrante y suave; — dijo Claudio al oirla.

— Penetrante y suave — añadió Narciso — como el sutil veneno, grato al paladar, asesino al estómago.

— ¡Claudio! ¡Claudio! — continuaba gritando la emperatriz.

— ¡Que aparten esa mujer! — exclamó Narciso con imperio.

— ¡Tus hijos! — gritó Mesalina tendiendo los brazos á la majestuosa litera del emperador, perplejo y vacilante.

— Recuerda tu Octavia, esposo mío.

— ¡Mi Octavia!... ¡Cuán tierna y hermosa! — dijo el esposo.

— Pero de cuya honra y felicidad no se ha cuidado su madre.

— Recuerda tu heredero, tu Británico, el emperador de mañana por tu propia voluntad y por tus santas leyes.

— ¡Británico!... — decía Claudio, como quien hace un esfuerzo recordando cosas y especies olvidadas.

— Sí, tu Británico, engendrado por ti en mis entrañas.

— Pero á quien esa mujer despojaba calladamente del Imperio.

— ¡Tu Británico! — seguía diciendo Mesalina.

— Retíradla de ahí — mandaba con imperio Narciso.

— No me iré — decía clamando la emperatriz.

— Pues no habrá otro remedio — le respondió Narciso.

— Acuérdate, Claudio, de lo mucho que me has amado.

— ¡Vaya si me acuerdo! — respondió Claudio.

— Pues aún amó el Imperio mucho más que á ti, y amó á Silio mucho más que el Imperio.

— Déjame oirla.

— No puede ser; necesitarías en tus oídos mucha más cera que se puso Ulises para no escuchar á Circe.

— Déjame relamerme con el recuerdo de mis goces.

- Alejados por sus adulterios.
- ¡Claudio! ¡perdón! – gritaba Mesalina.
- Si no te quitas del lado esa mujer – decía Narciso al emperador, – quítate la vida.
- Comprendo que no puedo perdonarla.
- Pues entonces, ¿por qué tardas en infligirle su castigo?
- Porque al fin la llamé yo esposa.
- Para que te llamase á ti ella imbécil.
- ¿Me llamaba imbécil?
- A boca llena.
- ¡Grave cosa! – decía Claudio, no tan herido por lo que pudieran decir de su honra como por lo que pudieran decir de su talento.
- Ahí tienes su fidelidad.
- Eso de llamar imbécil á un marido como yo, legislador, César, cónsul, pontífice, pareceme cosa grave.
- ¡Y tan grave! – añadió Narciso.
- Esa mujer no se acordaba de mis edictos.
- No en verdad.
- Ni de mis arengas.
- Tampoco.
- Ni de mi gramática.
- Mucho menos.
- ¡Llamarme imbécil!
- Y te lo llamará todo el mundo como la perdones.
- Voy á castigarla. Ordena el castigo – díjole Claudio; – mas... ¡si la quiero tanto, Narciso!
- ¡Dioses inmortales! – exclamó Narciso.
- Acércate, Octavia, y ponte de hinojos al pie de la carroza donde va tu padre.

No hubo menester Mesalina decirlo dos veces á la infantil princesa. En cuanto lo dijera su madre, cruzó las manecitas y se puso de rodillas en el sitio indicado, á la vista del padre profundamente dolorido.

- Anda – le dijo el taimado liberto al cochero imperial.

- ¡Detente! – le gritaba Mesalina – ¡detente! Una hija ruega por su madre al padre suyo, y este acto debe pareceros tan sagrado como cualquier acto religioso.

— ¡Hija mía! — exclamaba Claudio.

— ¡Tu hija! — le observó el desalmado libertino. — Los dioses tan sólo saben cuál espina le habrá picado en el cuerpo á la emperatriz, para sacarle una flor tan hermosa como la infelicilla Octavia.

— Yo siempre la tuve por hija mía.

— ¡Tú! — le arguyó Narciso poco menos que burlándose — también has creído tuyo el tálamo nupcial, y ella se lo ha entregado á cien adúlteros, atletas é histriones inclusive. También creíste tuyo el Imperio, y ella se lo ha entregado á Silio. También creíste tuyo el sello imperial, y ha sellado con él, con la cabeza de Augusto abierta en una piedra preciosa, la muerte de tus mejores amigos.

— ¿Qué hacer? — se preguntaba Claudio á sí mismo, incierto por completo entre los impulsos del corazón, que le impelían hacia su Octavia, por Octavia también á Mesalina, y los consejos de Narciso, que refrenaban é impedían todas sus debilidades.

— Acércate — decía Mesalina también á su primogénito, — acércate adonde tu padre se halla; ponte al lado mismo de Octavia, y plegando manos con rodillas, intercede por mí, por la que te diera el ser, por tu madre, pues no hay en el mundo más que una madre, á fin de alcanzar con su perdón tu felicidad.

Británico escuchó y obedeció á su madre, como había hecho la misma Octavia. Fuese al pie de la litera, por la portezuela donde se hallaba su padre, y arrodillándose, pidió con acento dolorido la vida, tan disputada en aquella sazón, de su antes poderosa madre. Todas estas escenas aparecían muy bien ideadas, si tomamos en cuenta la complexión del César, desmemoriado, frío, indiferente, olvidadizo; bajo ciertos aspectos un filósofo, bajo muchos otros aspectos un tonto; movable á cualquier impresión, creyente de su propia superioridad, y sin embargo receloso de errar y engañarse muchas veces á sí mismo; extraña mezcla de sabiduría y bestialidad muy frecuente en las cimas de los tronos, donde se producen tan perversas especies intelectuales y morales. Muchos de los que trajera en su comitiva Claudio se reían á todo reír de la perplejidad suya, y se contaban al oído salidas varias del emperador verdaderamente increíbles.

— Su familia — decía uno — lo creyó tan bruto, que le dió por maestros los palafreneros de las cuabras.

— Su abuela, cuando quería encarecer la cortedad intelectual de alguien, comparábalo con su tonto nieto Claudio.

— Como que cierto día le llamó un litigante viejo loco en sus barbas.

— Aunque Augusto le amaba mucho, decía de él que precisaba tenerlo en tutela y tratarlo como á un eterno menor.

— Su familia nunca le dejaba sitio en la mesa. Tirábanle á la cara, mientras comía, los mendrugos de pan y hasta los huesos de aceituna, cual si fuese un perro.

— Muy propenso á dormirse, cuando acababa de resoplar cual un monstruo marino, dando terribles ronquidos, poníanle las sandalias de los pies en las manos, y luego lo despertaban para que de tal guisa y modo se viera, por lo que solía llorar como un pobre niño á quien le dan repetidos azotes sin piedad ninguna y sin consideraciones de ningún género, ya muy entrado en años y muy próximo á la dignidad de emperador y al ejercicio del Imperio.

— ¡Qué decir de un hombre como él, cuyas distracciones se reducen á correr por los tribunales, tan fastidiosos, y á dar sentencias tan raras!

— Y en estas sentencias, maldito la maestría jurídica que muestra, pues las condimenta y sazona con versos de Homero, sentencias de filósofos, dichos de refranes, fórmulas de sibila; nada entre dos platos, nada.

— ¿Os acordáis de un día muy célebre? Tratábase de famosas causas sobre falsificaciones. Y como dijera uno de los acusadores privados que su contrario, inocente por más señas, merecía la muerte, mandó por el verdugo para que sin mayores formalidades lo descabezaran allí mismo y en su presencia se viese cumplida la justicia y satisfecha la venganza.

— Todo el mundo se ríe de su persona. Ya le fingen clientes que no existen, ya le cuentan como hechos reales ficticias novelas. Con tumultos le obligan á levantar las audiencias, y asiéndolo de la capa, lo asientan siempre que cualquiera desea prolongarlas allende lo permitido y legal. Entre las resoluciones rarísimas por él tomadas, cuéntase una en que deseaba obligar á una mujer, ó bien á que reconociese á un hijo suyo, cuya filiación no había sido suficientemente demostrada, ó bien á que lo reconociese, pues de sus en-

trañas había brotado seguramente, ó bien á que se casara con él, único medio de desmentir ella misma su maternidad, por ella inútilmente negada.

— Desmemoriado como nadie, mil veces quería que compareciesen los muertos á sus audiencias y que se renovasen causas ya terminadas sin apelación y en definitiva.

— Su manía de legislar suele conducirle hasta dar veinte decretos por hora.

— ¿Y su vicio de jugar?

— ¿Y su propensión á enriquecer los libertos? Mientras él es pobre, Narciso allega los tesoros de Cresos.

— ¿Y el afán de ver cómo se matan los gladiadores unos á otros?

— Todo le complace, todo, menos reinar.

— Como que daría la diadema imperial por cualquier plato grande, aunque no fuera bueno.

— Es voracísimo como un buitres.

— No hay avestruz que le iguale. Créole capaz de tragarse una cuchara.

— ¡Y decir que nos hallamos así mandados en la Roma de los Cincinatos!

Y en cuanto la conversación de aquellos cortesanos propendió á la República y á sus recuerdos, calláronse todos como muertos.

Pero Mesalina, en aquel naufragio, no había desistido de sus ruegos, tanto más, cuanto que Claudio impusiera silencio, mientras los hijos, como arriba viéramos, se arrodillaban ambos en tierra y pedían con las manos plegadas piedad por la madre al padre, cuando iba éste á darle, según todos los indicios, muerte, y muerte cruel. Así, los coloquios entre la gente de Claudio arriba puestos demuestran más la complexión y carácter del César, que todo cuanto nosotros pudiéramos apuntar y decir con mayores ampliaciones. Cuando se le miraba por un lado, parecía Claudio el primero entre los sabios; cuando por otro, el último entre los imbéciles. De filósofo sublime pasaba en un santiamén á tontiloco extravagante. Las noticias de lo acaecido entre su mujer y Silio; el viaje impensado en que su liberto á remolque lo conducía y guiaba; la notificación de un destronamiento inmediato y quizás de una muerte cercana; los estruendos armados por las fracciones imperiales que se combatían

dentro de su propia litera; el conocimiento de los adulterios perpetrados por Mesalina; el encuentro con ésta, que le repugnaba en su conciencia y le atraía y le cautivaba sin embargo; sus apetitos y los ruegos y llantos de sus hijos, en tal modo trajeron de aquí allá semejante naturaleza movible, que no sabiendo cómo conducirse, impuso un silencio profundo y se recogió dentro de sí mismo, sin encontrar ninguna salida, como si dentro de lo vacío se recogiera. Cuando llegaba un trance así, el escaso entendimiento se le apagaba por completo, se le dormía la voluntad, quedando inerte al modo y á la manera de un cuerpo muerto que pasa desde la vital animación al frío eterno y á la terrible rigidez. Narciso, que pensaba y quería por él muchas veces, experto en todos los escondites de aquel alma escudriñados por sus hábiles investigaciones de antiguo, conocía cuándo Claudio deseaba de veras algo, y entonces no le contradecía. Así conoció en este supremo instante que deseaba se impusiese allí silencio, y él mismo lo impuso. A esa imposición cesaron también las murmuraciones de los cortesanos, y no se oyó en la inmensa campiña romana otro fragor que los producidos por el resuello de Claudio, el sollozo de Mesalina y el llanto de los niños. La emperatriz, muy conocedora del temperamento de su esposo, advirtió que había llegado la hora de moverle, y se lanzó al pie de la litera, donde se hallaban sus hijos, levantando hacia Claudio los brazos, no en son de súplica, como con aire y gestos de intensa voluptuosidad.

— ¡Esposo! Te han mentido — decía, — te han mentido mucho. Yo no puedo faltar á la fidelidad que te debo, jurada en el día de nuestras nupcias sacratísimas ante las aras y los simulacros de nuestros dioses tutelares. Acuérdate cuántas veces me has asegurado cómo solamente hallabas refugio contra los dolores del mundo en estos brazos que se han enlazado á ti con eternos vínculos, y que no podrían de ti desasirse nunca sin secarse cual rama sin tronco. Mi voz ha regalado tus oídos cual una melodía misteriosa; mi aliento ha tu existencia triste aromado; mis ojos han enardecido tu sangre; mi ser ha completado tu ser en el tálamo y en el trono imperial. Y no solamente mi corazón te amó siempre; te defendió y te amparó mi amor cual un escudo fortísimo, contra el cual toda conjuración se ha estrellado. Por eso, por desbaratar una conjuración,

he fingido nupcias falsas, de cuya falsedad nadie tenía noticia como tú, pues hanse, Claudio, celebrado con tu sello, y por lo mismo con tu consentimiento. Mil veces me has dicho cómo no hay mujer ninguna tan amante de sus hijos cual esta madre desolada. ¿Crees posible que yo los deshonorase, queriéndolos en el grado que los quiero? Si tú, por sugerencias ajenas, ó por otro amor tal vez, tienes prisa de quedarte viudo, no tengas prisa de dejarlos huérfanos. Con tal de seguirlos á todas partes, de cuidarlos, de verlos, yo renuncio al título de tu esposa, y me quedo en la ergástula entre los esclavos, purgando el que hayas tomado tú por infidelidades mujeriles mi lealtad á tu persona y mi devoción á tu imperio. La mayor prueba de cariño dada por mí en esta vida y en este mundo al esposo había de ser esa falsa boda, que tú juzgas como una conjuración aviesa, y que juzgará como un acto de abnegación sublime lo porvenir y sus historias. No me despidas para siempre de tu lado. Permíteme á lo menos pasar contigo una de aquellas noches en que no podíamos dormirnos consumidos en los más ardientes placeres. Una noche, una noche no más, y al amanecer el nuevo día, en la sonriente alba, puedes, si así lo deseas, matarme, matarme. La muerte me sería más dulce, si recibo, al dejar este mundo, pruebas de un amor que siento latir en tu corazón, que veo resplandecer en tus ojos, que bebo en el aliento de tus labios llegado hasta mí, que absorbo en todo tu ser y en toda tu vida. No me desdeñes, pues que nunca encontrarás mujer á quien ames tanto como á mí. No me castigues, pues te castigas á ti mismo. Alguna vez, al extender en torno tuyo los brazos por las largas noches, y ver vacío el sitio por mí ocupado tantos lustros ó verlo por otra ocupado sin mi pasión y sin mi amor á ti, echarásme de menos, y querrás evocar mi figura y resucitarme á tu lado, cuando ya sea para todo tarde y no quepa ni siquiera el arrepentimiento: que no se torna jamás del orco profundo y maldito. Yo te veo que miras, cual acostumbrábamos de novios, con el deseo vivo en la mirada, con el temblor en los labios, con la sangre ascendiéndote á las mejillas. Ahora te guardo placeres nunca gustados, y te diré ternezas que nunca en tu lecho habrás oído. Llévame á tu lado, pues ninguna mujer te amará en este mundo cual te amó tu Mesalina.

Y Claudio callaba. Sus ojos decían lo que sus labios no acer-

taban á repetir, en el temor inmenso á Narciso, porque todo en él era miedo, terrible miedo, cual si comprendiera no pertenecerle por méritos propios el Imperio y recelara de perderlo á cada instante. Pero al efecto de ternura despertado por sus hijos unióse un sentimiento de sensualidad despertado por su esposa. De buen grado se lanzara de la litera con violencia y se perdiera en aquellos brazos donde había encontrado dichas sin número y sin nombre. Pero ¿qué hacer? La condición primera de su vida estaba en la carencia completa de su memoria. Y á la falta de memoria uníase también la falta de dignidad. Así la voz, la mirada, la presencia de Mesalina, sus ruegos y sus recuerdos, le habían dado un vértigo nuevo, y en este vértigo se había completamente abismado todo aquello que le dijeran de su mujer. Mas el miedo á Narciso le tenía como sojuzgado y no le permitía la libre disposición de su persona. En esto, vino emoción de otro género á imprimirse con profundidad sobre su ánimo y sobre su pensamiento. Era una emoción religiosa. El emperador, no solamente se creía jurisconsulto, filósofo, historiador y aun poeta, se creía sacerdote. Parecíale correlativa con la dignidad cesárea la dignidad pontifical. Así, cosa facilísima comprender todo el alcance de una súplica presentada por la sacerdotisa más antigua y más sacra entre todas las vestales, por Vidibia. Cuando Narciso la vió, no pudo reprimir ya más tiempo su palabra, profundamente callada hasta minuto de tal trascendencia, y le dijo á Claudio, inclinándose á su oído para conmoverlo y reteniéndolo del manto para que no bajase de la litera:

— ¡Cuáles tiempos hemos alcanzado y cuáles costumbres nos aquejan, que las vestales vienen á interceder por las adúlteras! Claudio, necesitas ejercer una dignidad tan excelsa como la dignidad suprema de censor, necesitas tomar en mano la censura.

— ¿De veras me crees apto para censor?

— ¡Vaya!

— Gracias, Narciso, gracias.

— No atiendas á Vidibia.

— César, te hablo y te conjuro á ti, descendiente de Vesta, en nombre de la diosa más romana; te hablo y te conjuro en nombre de Vesta.

— Di — murmuró Claudio, sacando la cabeza un poco más allá

que al hablarle Mesalina é inclinando el oído y todo el cuerpo con mucha más reverencia.

— Por todos los dioses, Claudio, desoye á Vidibia, que sin pensarlo ni quererlo trabaja por influjo de la sensual emperatriz y del desatentado esposo nuevo suyo en la ruina de tu persona y de tu Imperio — exclamó Narciso.

Mas Claudio no era hombre para desoir un discurso, y un discurso religioso, cuando su fuerte mayor consistía en garrulear, y garrulear mucho, á roso y belloso, acerca de materias teogónicas. Comprendiéndolo así Narciso, cuyo poder estribaba en el profundo conocimiento que tenía de la naturaleza de Claudio, dejó hablar á la vestal, con el firme propósito de sacar cuanto partido pudiera contra Mesalina de aquellas palabras dichas por una sacerdotisa virgen, ante Claudio, en defensa de una mujer adúltera.

— Ya sabes lo que represento y lo que significo en Roma — dijo



La diosa Vesta con el paladio y cetro (de una fotografía)

Vidibia, disertando al gusto de Claudio. — Represento la diosa del Olimpo romano, que á su vez representa la llama del hogar doméstico. Ella cuida el fuego sagrado que debe cocer vuestros alimentos y el antiguo lampadario que debe iluminar vuestros penates. Ella es Vesta, y campea en los vestíbulos. Por eso tuvo la prerrogativa de recibir todas las ofrendas familiares y personificar la eterna religión del templo, donde la familia romana se junta;

que templo debe llamarse á toda casa nuestra, mucho más siendo patricia, y mucho más aún siendo imperial. Verdadera fiadora de la legitimidad en toda familia es aquella virtud, que á todas las otras virtudes femeniles aventaja, la santa castidad.

Un sordo rumor sarcástico se produjo al oír esto en labios de una vestal, osada hasta un extremo tan increíble como responder por la sensual Mesalina. Pero aunque se puso, al rumor, pálida la emperatriz, y se pusieron colorados los asistentes, sobre todo Narciso, á quien le retozaba en el cuerpo y al rostro le trascendía una risa burlesca, no atendió Claudio á tales efectos y continuó pendiente de aquellos labios litúrgicos tan oídos por un jurisconsulto teólogo cual él.

— Por la castidad en su mujer, que Vesta vigila, sabrán los padres cómo sus hijos le pertenecen, y cómo, al heredarle, no le roban llevándole á otra sangre propiedades y riquezas transmitidas con su sangre.

A esta fase de la plegaria siguió, no ya un rumor, una carcajada, que sacudió un poco los embotados nervios de Claudio y le hizo columbrar lo creído en Roma universalmente de su desatentada mujer. Pero la vestal, convencida sin duda en su interior de que parando mientes en tales manifestaciones frustraba su discurso, lo continuó cual si nada oyese del público y nada sucediera en torno suyo.

— Ningún romano se partirá del hogar nunca sin el correspondiente saludo al fuego sacro; ninguno empezará ni á comer ni á beber sin compartir su comida con la diosa y ofrecerle de grado la porción de vino á ella correspondiente. Vesta preside como sacra y fiel abuela en el hogar á toda la familia. La promesa de casamiento se da en presencia del sacro fuego doméstico; la renuncia formal y solemne á las hijas en el acto de casarse éstas y la consiguiente abdicación de toda patria potestad sobre las que pertenecerán desde tal momento á sus maridos, celebrarse junto al centelleo de su lumbre; una luciente antorcha precede á las novias, quienes vestidas de blanco y coronadas de flores pasan envueltas en velos tenues, entran desde la casa materna á la casa matrimonial, y cuando han penetrado en esta última sin tocar en el umbral, como los dentro nacidos, lo primero que deben hacer las recién casadas, para revestir sus sacros caracteres de sacerdotisas y esposas, es acercarse á la llama de su vivienda nueva y cocer un pan, que después de haber ofrecido á sus progenitores, conmemorados en mil signos varios, parte con su esposo, iniciando así la consubstancial comunidad interior de sus ideas y de sus afectos. La misma superioridad que goza la familia sobre todas las instituciones goza Vesta sobre todas las divinidades en Roma. De consiguiente, ¿cómo te has permitido, Claudio, disponer cosa ninguna contra tu mujer sin consultar á Vesta, y cómo cumplirías lo que has dispuesto interponiéndose la sacra diosa en el camino entre los propósitos tuyos y su cumplimiento? Teme que caiga una divina maldición sobre tu frente.

— ¡Ay! — exclamó Claudio, con tal grito de dolor en su voz y tal

sacudimiento en sus nervios que parecía como sorprendido por un rayo.

— ¡Señor y dueño! — exclamó Narciso — no puede tolerarse que las vestales intercedan por las adúlteras. Dejando sin castigo el adulterio de Mesalina y la defensa del adulterio por Vidibia expones á infinitas calamidades y plagas el Imperio. Vuelve pronto en ti mismo y hiere, ó asocia tu nombre tan glorioso, en este día nefastísimo de hoy, al día último de la Ciudad Eterna.

— ¿Qué debo hacer? — preguntó Claudio á Narciso.

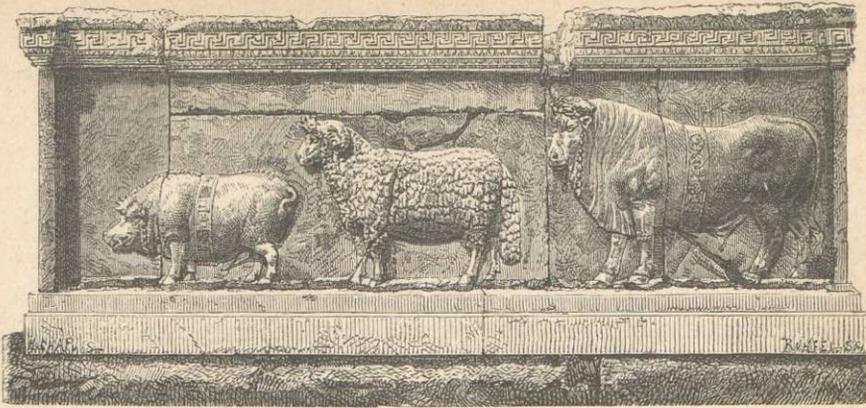
— Entregarme por tres días el Imperio — le respondió el taimado liberto.

— Pues tómalo, Narciso, — respondió el cuitadísimo emperador.

— Soy César por tres días, temblad — gritó Narciso dirigiéndose á la emperatriz y á la vestal, que, fuera de sí, como si les hubiera sobrecogido en inesperada coyuntura terrible incendio, echaron á correr, dando gritos de auxilio y de socorro.

— Dejemos ir á Mesalina. Ya cazaré semejante liebre dentro de su madriguera — murmuró Narciso.





Souvetaurilia (Bajo relieve encontrado junto á la columna de Focas)

CAPÍTULO VIII

EL CASTIGO

Penetrado Narciso de que la perplejidad constituía el capitalísimo achaque de Claudio, le impulsaba con todas sus fuerzas al castigo de Silio y Mesalina, cuyo matrimonio como una disolución inevitable del Imperio presentaba con empeño á su vista. Pero Claudio, intimidado por todo cuanto á su alrededor sucedía, reducíase á preguntarse á sí mismo allá en sus adentros y á preguntar al mundo entero quién era él y á él qué le pasaba, como si cosa ninguna dijese á su espíritu ni determinaran en su ánimo los escándalos recientes. En tal situación, llegado el emperador con la corte al Palatino, su liberto lo llevó á casa de Silio con el fin de curarlo, constriéndolo así á fulminar la sentencia inapelable de muerte sobre los falsos novios.

— Mira, Claudio — le dijo al entrar en casa del rival; — mira los esclavos que guardaban tu vestíbulo guardando el vestíbulo de tu violentísimo heredero.

— Verdad. ¿Y cómo los han traído aquí?

— Pues por un decreto sancionado con tu estampilla, que trasladaba la casa de Claudio á la casa de Silio.

— ¡Parece imposible!

— Parecerá imposible, mas no hay una mayor verdad.

— ¿Te acuerdas, Claudio, de los joyeles más preciados, que lle-

varan tus abuelos, dones de Augusto, herencias recibidas con religioso amor del viejo Tiberio y hasta del mismo César?

— ¡Vaya si me acuerdo!

— ¿Las reconocerías?

— ¡Vaya si las reconocería!

— Pues aquí las tienes.

— ¿Y para qué las han traído?

— Sencillamente para que puedan ennoblecer la casa del adúltero.

— ¡Por Hércules, que todo esto me parece un escándalo!

— Aquí tienes tu propio manto imperial de ceremonias traído para que rebaje y tape bajo sus pliegues el crimen.

— Han de pagármela.

— En esta ménsula resplandece tu sello, puesto sobre la caliente cera de los rescriptos destinados á destituirte del Imperio.

— ¡Malvados!

— La cabeza de Augusto, admirablemente vaciada por los bufiles griegos en preciosa piedra, sello con el cual se autorizaron próvidas leyes en defensa de la familia, tan indispensable á los estados, y en apoyo del matrimonio, tan indispensable á las familias, esa cabeza divina se ha empleado en disolver la unión sacra con su mujer del más grande y sabio entre todos sus herederos y sucesores; del César Claudio.

— ¡Infamia semejante!

— Mira, Claudio — continuaba Narciso; — esta casa no parece lugar de un patricio erigido en cónsul por tu bondad y por tu munificencia; parece teatro de no bien acabada orgía, cual muestran velos desgarrados, lechos calientes, suelos humedecidos de los licores sobre sus losas derramados, copas apuradas por labios febriles, flores marchitas, máscaras deshechas, borrachos dormidos en todos los rincones al vapor de la embriaguez, el desorden por todas partes, el desacato á tu persona flotando sobre tanta infamia. Si tal cúmulo de irreverencias y atentados no encontrara en tu poder su castigo, bien podríamos despedirnos los tuyos, no sólo del emperador, del Imperio y hasta de Roma entera.

— ¿Qué hacer? — preguntó Claudio á Narciso en su perplejidad incurable.

— Asegurarnos de que podemos mandar con imperio y vernos obedecidos con humildad.

— ¿Cómo nos asesoraremos?

— Ahora mismo: á los cuarteles — gritó el redomado liberto.

— Á los cuarteles — repitió el servil emperador.

Y en efecto, se fueron á los cuarteles. Ninguno de los factores políticos y sociales existentes por aquella sazón en Roma llevaban tal suma de fuerzas como los cuarteles á cualquier causa. La soberanía se refugiaba en los alojamientos militares, y la legión romana



Sello del emperador Augusto

sustituía en aquella noche de todas las libertades al comicio antiguo. Cuando Julio César, pasando el Rubicón, aportó á la Ciudad Eterna los soldados proscriptos casi hasta entonces de su recinto, desaparecieron los ciudadanos libres, y los reemplazaron los pretorianos arrogantes. En ellos apoyó Marco Antonio su atentado á Bruto, y en ellos Augusto su atentado á Marco Antonio. Para sustituir Tiberio al divino Augusto y Calígula en su sazón al divino Tiberio sirvieron únicamente los soldados. Así, el cuartel reemplazó al templo, el militar al elector, los jefes del pretorio á los jefes del Senado, las espadas á los votos, el despotismo pretorianesco á la República libre y civil. No había llegado por otro conducto que las legiones amotinadas Claudio al Imperio; pues en cuanto á su antecesor Calígula, una triste asonada militar lo elevó y otra no menor triste asonada militar lo derribó. Vencedora ésta, y por su triunfo asesinado Calígula, el cuitadísimo Claudio, compañero de su pariente y amigo en el trance terrible de su asesinato, huyó á los desvanes del palacio y se refugió bajo las esteras viejas amontonadas en mi-

rador altísimo. De allí lo sacó el ejército vencedor, y desde allí lo condujo al trono imperial. Ningún elemento, por ende, con la fuerza del elemento pretoriano; pero tampoco ninguno con su volubilidad. Aunque fuera Claudio su hechura, nadie sabía si estaba en camino ya el pretoriano de ir á deshacerlo; y no erraba Narciso, una vez despierta la indignación del emperador, en cerciorarse con seguridad completa de si tal indignación podía ó no fulminar sus rayos y caer con fuerza y vigor sobre las designadas víctimas. El ejército se pagaba mucho de que los emperadores le rindieran homenaje, contando con su concurso; y al ver al César y su liberto penetrar por las puertas de sus alojamientos, les aplaudieron los soldados aclamándolos entre señales de un júbilo extraordinario. Puesto así Narciso en la pista de los rebeldes, arrastró al César, sometido ya y sojuzgado, al palacio imperial, para desde allí dar las órdenes indispensables al cumplimiento de su venganza, la cual no podía satisfacerse tan sólo en Mesalina y Silio: necesitaba otras víctimas aún para saciarse, y había designado á la muerte cuantos actores varios representaron algún papel en tan extraño drama.

Mas el pobre Claudio, llegado á su palacio, sentía solamente ganas de reposo y se apartaba por completo de toda emoción penosa, trémulo cual caña sacudida por un fuerte viento. Pero Narciso, conocedor profundo en su larga experiencia y en su política sabiduría de lo que importa el tiempo en las extremas circunstancias, apremiaba, y apremiaba con urgencia, el ánimo dejado de su dueño y señor, al fin y objeto de moverlo á una insistente acción de justo castigo y necesaria venganza. Nervioso, impaciente, audaz, peleador su liberto, le podían todas aquellas largas dictadas al César por su predominante linfa y por su constitucional perplejidad. Tras las revelaciones recibidas cual botonazos de fuego; tras los embates de ideas entrechocados en su espíritu y ánimo á consecuencia de todas esas revelaciones; tras el viaje desde las orillas del Mediterráneo á Roma en trágica procesión, que discutía como un comicio ambulante las resoluciones posibles; tras el encuentro con Mesalina que había suscitado en sus venas y sangre antiguos apetitos; tras las objurgaciones de las vestales empeñadas en salvar la cabeza de su emperatriz; tras las indignaciones encendidas al soplo de las cóleras despertadas por el espectáculo visto en los jar-



Claudio oculto bajo un tapiz, á la muerte de Calígula

dines y palacios de Silio; tras la emoción fortísima experimentada como un sacudimiento eléctrico en todo su ser al presentarse ante los pretorianos, el emperador sentía tan sólo una tan viva necesidad urgente de reposo, que se caía, cual solemos decir vulgarmente, se caía por completo á pedazos. Así es que, al penetrar en su cámara, echóse todo cuanto era de largo sobre un lecho de púrpura sostenido en pies de marfil, y no quiso que nadie ya le dirigiera la palabra. Parece imposible; mas hay quien sostiene que se durmió Claudio en tamaño trance y, al verlo Narciso durmiendo, sustituyó con rapidez, él, tan despierto, la persona de César con su propia persona.

— ¡Ah de los guardas! — gritó.

— Presente — dijeron varios, apareciendo en tropel.

— Enséñame tus brazos — díjole al que le pareció más robusto.

— Míralos, Narciso.

— Nervudos. Bueno. Así los quiero. Pareces un carnicero que ha degollado muchos toros.

— Manda, Narciso.

— Escoge ocho esbirros, como tú, de los adscriptos al palacio imperial.

— Escogerélos.

— Reparte á cada cual todos los necesarios instrumentos de mantanza.

— Daréselos.

— Y dirigidos por ti, mataréis á Silio, como cabeza del motín, primero.

— Lo mataremos — respondió el esbirro sin perturbarse, cual si tratara de la cosa más vulgar y corriente.

— Después mataréis á Tizio.

— Mataremos á Tizio.

— Después á Proclo.

— Mataremos á Proclo.

— Después á Valente.

— Mataremos á Valente.

— Después á Montano.

— Mataremos á Montano.

— Después á Calpurniano.

— Mataremos á Calpurniano.

— Después á Virgiliano.

— Mataremos á Virgiliano.

— No acabara nunca si hubiera de castigar á cuantos atrevidos han maculado el triste lecho de Claudio. Tendría que reproducir todo el censo de Roma y designar todos los varones como habiendo yacido con tal mujer.

— ¿Tienes alguna cabeza que añadir, Narciso, á las enumeradas para este degüello?

— No.

— Recuerda bien — dijo el verdugo, como si aún le pareciese poca la carne que se llevaba entre las uñas.

— No, vete

— Se cumplirán tus órdenes.

— ¡Ah! Mira, mira, mira — gritó por tres veces Narciso, cuando el ministro de sus justicias tocaba ya en la puerta.

— ¿Se ha olvidado alguien?

— Sí.

— ¿No te decía yo?

— El cómico, el acróbata, el farsante Amester.

Apenas había dicho estas palabras el redomado liberto, apareció en la sala, sollozando á gritos, dirigiéndose suplicante á todos, arrastrándose por el suelo con las manos plegadas, una especie de titiritero, muy buen mozo por su figura de singular prestancia, pero muy descoyuntado por los empeños y los deberes de su triste oficio. Hay en la desgraciada vida nuestra seres que, por el empleo consuetudinario de sus facultades, provocan á risa, sea cualquiera la situación particular en que aparezcan. La situación por que pasaba el misérrimo farsante no podía ostentar caracteres más trágicos. Habíasele puesto el último en una lista de condenados á muerte. Al acercarse á los más calaveras, á los más regocijados, á los más cascabeleros entre los nacidos, rodéalos la muerte de aquellas sombras sublimes contenidas en sus misterios y los marca con el sello de sus grandezas. Pero las gentes acostumbradas á reirse de una persona, difícilmente llegan á creer que deben llorar ante tales bufones, aunque presten mucho motivo y ocasión al llanto con sus penas. Un mortal, que pide por su vida en trance próximo de

muerte, debe suscitar ese vivo sentimiento de compasión, á cuyo empuje solemos con suma facilidad colocarnos en lugar de todos cuantos padecen y llorar con todos cuantos lloran. El misérrimo Amester topaba en sus ruegos con una derogación á esta ley. Aunque la propia conservación le había sugerido en tanto trance palabras de verdadero dolor y actitudes y gestos de sincera súplica, no le valían; todos se burlaban de su persona. Su muerte se asemejaba, como decimos vulgarmente, á la muerte del cerdo. Las contorsiones de su dolor solamente recordaban las contorsiones de sus farsas en los allí presentes. Parecía, no que pedía con razón y sinceridad, que caricaturaba ó ponía en ridículo cualquier situación trágica en las tablas. Y como les parecía esto, reíanse á mandíbulas batientes de sus súplicas. El salón en que pasaba la trágica escena veíase casi lleno en aquel instante. Á un lado el César dormía y roncaba, cual si nada sucediera en torno suyo; á la entrada una verdadera multitud, compuesta por los criados ó dependientes de la familia imperial, se aglomeraba; en el centro estaban reunidos los jefes del pretorio y los libertos de Claudio; todos absortos en el recuento de las cabezas á segar; entre todos y sobre todos campeaba Narciso, recibiendo recados con atención y dando con autoridad órdenes.

— Yo me resistí con todas mis fuerzas á manchar el tálamo de Claudio — gritaba el farsante.

— ¡Buen bribón estás tú! — dijo el imperial é imperioso liberto.

— Si falté, ¡oh! falté compulsado por las fatalidades incontrastables del destino y por las órdenes irresistibles de Mesalina.

— No habías menester que nadie te compeliere al mal.

— Mesalina me perseguía por todas partes.

— Haberte marchado de Roma — le replicaba Narciso, que había de fiscal y de juez á un mismo tiempo.

— Para marcharse de Roma necesita uno marcharse del mundo. ¡Piedad!

— No hay piedad.

— Resistíme tanto á la emperatriz, que me trajeron atado del teatro á su presencia.

— ¡Embustero! — gritaron á coro los libertos.

— Aún podéis ver en mis brazos las marcas de su látigo.

—Vamos, que bien te pasó por las mientes valerte de tus prendas para desde la cama de Mesalina encaramarte al trono de Claudio

—No hay tal.

—Bien quisiste ser tú Silio en persona.

—¿Qué había de querer tal cosa, cuando Silio me condenó á muerte, y matérame sin remedio, de llegar al Imperio en su audaz conspiración?

—Nada; querías que Roma fuese dirigida por un farsante, y te has hecho tú mismo reo de alta traición al emperador, y reo de muerte inevitable con tus declaraciones y tu confesión.

—¡Piedad, Narciso, piedad! Yo no fuí amante, yo fuí víctima de tal fiera; yo no fuí rival, yo fuí enemigo de Silio. No me matéis, no. Dejadme vivir tranquilo en vuestro seno. Dejadme divertir al pueblo con mis chanzas; mísero gusano, ¿qué le importa un ser tan imperceptible como yo á un ser tan grande como Claudio?

—¿Quién dijo Claudio? —exclamó el emperador despertándose.

—Yo... —respondió el pobre actor lanzándose como un perro cariñoso al pie de la cama imperial.

—No pares atención en tal bellaco, Claudio, pues ha conspirado contra tu púrpura y tu honra.

—Dejadlo en el mundo. ¡Hízome reir tantas veces!

—No, Claudio —exclamó brutalmente su liberto;— ha dormido con Mesalina y ha conspirado con Silio.

—¡No! ¡no! —gritaba el actor con un acento trágico tan ingenuo que hubiera tocado un corazón cualquiera, menos el empedernido y frío de aquel privado implacable, quien lo designó con expresivo gesto á los esbirros, cuyas rapaces manos, parecidas á uñas de águila ó garras de león, se lanzaron sobre su cuerpo y, llevándose, á pesar de lo mucho que se resistía y forcejaba, despedazáronlo con cruel ferocidad.

—¿De veras? —pensó Claudio en sus adentros. —¿De veras esta mujer había descendido tan bajo que llegóse á meter un actor en su cama y á urdir mi ruina con un joven patricio, el cual recibía de mis manos, como un perro sus mendrugos, el honorario consulado?

—Amigos —murmuró Narciso á las orejas de sus compañeros, — amigos, después de oír Claudio que Mesalina yaciera con un ac-

tor, no hay otro remedio sino reconocer que ha llegado la hora ya del acuerdo supremo y de la suprema sentencia.

— ¡Narciso! — gritó Claudio.

— Señor — le respondió el esclavo, bajando la frente, como para oír una orden á raja tabla.

— ¿No tienes hambre?

— ¡Por Hércules, que hame dejado frío! — exclamó Narciso.

— Pues tú no debes experimentar necesidad alguna, cuando á estas horas y tras tantas y tales fatigas ahí estás casi ayuno.

— Con todo cuanto aquí ha pasado, ¿quién puede sentir gana de comer?

— ¿Quién? Yo.

— ¡Tú, Claudio!

— Yo, Narciso.

— Debieras estar más desganado que ninguno de nosotros.

— Ve lo que son temperamentos y complexiones; me comería un buey como aquellos enormes que nos describe Homero en su *Iliada*.

— Comamos — dijo, aunque contrariadísimo, el mandón liberto.

— Sírvannos — ordenó Claudio con un imperio que no solía poner en cosas mayores.

— ¿Y no habrá medio — murmuró Narciso entre sus compañeros, — no habrá medio de arrancarle ahora mismo la orden de muerte que necesitamos fulminar muy pronto sobre Mesalina?

— Eso nadie debe saberlo como tú, Narciso, que dispones en absoluto de Claudio — dijéronle sobre poco más ó menos todos sus camaradas.

— ¿De Claudio? ¿Quién dispone de Claudio? Para dirigirlo hay que mirar mucho el cuadrante de todos los aires y que recoger con oportunidad la racha favorable á sus designios.

— Sentémonos á la mesa — dijo Claudio imponiéndose casi á todos, que no estaban de modo alguno con apetito á causa de la suprema y angustiosísima situación de Roma en tan críticos momentos.

— Tanto me place ir á la mesa como si me llevaran á la horca — exclamó Narciso.

— Pues ¿cómo? — le preguntaron sus compañeros.

— La ciudad adolece de un temperamento muy vario. Toda suerte de caprichos la persiguen y asaltan. Mientras observa y nota que se halla en estas nuestras manos el poder, no hay cuidado; síguenos y obedécenos, en parte por complacencia con los poderosos, en parte por conformidad á las cadenas y á la servidumbre, cual si dijéramos por hábito. Mas la medida exacta de nuestro poder se halla en la celeridad ó en la tardanza con que á Mesalina castigamos. Si nos ve seguros de nuestra fuerza, resueltos en los intentos, enseñoreados de nosotros mismos, implacables con los enemigos, fulminando sentencias como sus rayos Júpiter, no habrá duda: el pueblo y el ejército juntamente nos mirarán de hinojos y leerán su futura suerte ó destino en el blanco de nuestra retina. Pero si tardamos en dar órdenes y cumplirlas; si, por cualquier evento, retrocedemos, harán inmediatamente con Claudio y nosotros lo mismo que hicieron un día con Tiberio y Calígula, cuando los vieron perdidos: anticiparse á las iras del cielo y rematarnos para prosperar sus intereses entre los interesados del mundo.

— ¿Mas no comemos? — preguntó Claudio impaciente como un niño y sin oír ni menos atender á cuanto decía Narciso en su corro.

— Comamos — dijo éste, — comamos, Claudio, cuando quieras y como quieras. Nosotros hemos venido al mundo tan sólo para cumplir tu omnipotente voluntad.

Y se tendieron todos en sus respectivos lechos y ante la mesa perteneciente á cada uno por los viejos ceremoniales y etiquetas. Un profundo silencio reinó durante los primeros platos. Absortos los comensales en sus respectivos pensamientos, ninguno, con la sola excepción de Claudio, comía. Narciso estaba pensando que, al sonar minuto tan crítico, no le quedaba otro recurso ya sino el recurso de matar á Mesalina ó la resignación á su propia muerte. Los circunstantes, comprometidos ya todos en la suerte particularísima de Narciso, al ver su frente amplia y clara tan oscura de suyo y fruncida, columbraban en ella mil anuncios de tempestad y se perdían en mil inútiles cavilaciones. Así, apenas en tal comida se oía el ruido de copas y platos, mientras se oía mucho el resuello fatigosísimo de todos; y experimentábase cómo, desde un principio, maquinal é inconscientemente, los allí reunidos se habían

juntado en la operación negativa de no comer y en la no menos negativa de no hablar, por todo lo cual parecía convite de maniqués el convite aquél, donde reinaba una especie de mecánica fuerza real, anudando en los gargueros las voces y reteniendo en los estómagos el apetito. El único que podía interrumpir aquel silencio era Claudio, quien, muy hambriento, al revés de todos, que si callaban unánimes, también unánimes no comían, por su parte comía y callaba. Mas, al quinto plato y á la novena copa, exhausta la sed y hastiada el hambre, escarabajeábanle mucho en los labios las mil especies que le bullían por el espíritu, y habló para preguntar:

—¿Qué hará la emperatriz ahora?

—Malo, malo, malo — murmuró Narciso; — como no apresuremos la muerte suya estallará pronto la ruina nuestra.

—¡Pobrecilla! — exclamó con dego tristísimo.

—¿Compasión tenemos? — preguntó Narciso.

—Compasión profunda — le observaron algunos.

—Estamos perdidos — añadió el redomado liberto, llevándose á la frente la mano.

—¿Qué hacer? — se preguntaron, quién muy vagamente con los labios, quién á la callada con los ojos.

—¿Qué hacer? Pues por el pronto callar. Volvámonos orejas para oír cuanto dicen los labios, y ojos para ver cuanto revela el gesto — exclamó Narciso.

—Tierno lo veo — dijo un comensal — con el recuerdo y evocación de su mujer.

—Pues de llegar él á enternecerse, no me queda otro recurso á mí sino matarme — le respondió Narciso.

—Casi, casi — murmuró Claudio, — sería más cruel dejarla viva con sus remordimientos que segarle la cabeza, con la cabeza la conciencia y con la conciencia el castigo.

—¡Válgame todos los dioses del Olimpo heleno y del Panteón romano! Por tal vivaz argumentación llegará de seguro á perdonar el cuitado.

—De todas suertes, Roma presenciará con júbilo un proceso tamaño.

—¡Para procesar estamos! — observó Narciso. — El proceso trae aparejado el perdón.

— Debe decirsele que busque un buen abogado — añadió Claudio.

— ¿Qué oigo? — esto equivale á decirnos que busquemos nosotros un buen verdugo.

— Casi, casi, me alegro de todo cuanto ha pasado por asistir á una causa tan célebre.

— Ya escampa — observó Narciso.

— Y casi, casi, por amor al arte, debía darle yo esta noche misma consejos con relación á su defensa y asesorarla con respecto del abogado que debía escoger para su defensa. Yo soy, antes que todo, un jurisconsulto. Gústame á mí sobre todo la materia jurídica. Y no veo ahora tanto en Mesalina la esposa que me acaba de faltar á mí con tantos y tan diversos amadores, como la triste requerida en altísimo tribunal bajo una horrible acusación de adulterio, y de adulterio reincidente. Si la viera yo á solas esta noche misma un rato, daríale consejo sobre la persona que debe para su valor escoger entre los jueces; sobre la noble actitud que debe presentar á los ojos de una muchedumbre aviesa, y nerviosa por ver una víctima tan alta; sobre los medios conducentes de manera más fácil á su defensa. Debo yo mismo aconsejarla y dirigirla. ¿No soy su Emperador, además de su marido? Y además de su Emperador y su marido, ¿no soy su juez? ¿Puede uno tener tantas relaciones por tanto tiempo y tantos vínculos con una mujer y dejarla, en trance como este, abandonada?

— El cuitado nos perderá — exclamó Narciso al oír todo aquello. — Tras los trozos de carne y los jarros de vino que se ha echado entre pecho y espalda, siente la sangre voluptuosa hirviendo en las venas, y es capaz de pasar esta noche con su mujer otra nueva noche de novios. No será, no, en mis días. Acabemos ya. Seamos emperador omnipotente y esposo agraviado en lugar de Claudio, que no sabe serlo.

Así es que se levantó del purpúreo lecho Narciso; corrió á la puerta con precipitación; llegóse hasta el atrio de la casa cesárea; y encontrando allí un tribuno militar junto con varios soldados, en voz alta y con gesto imperioso les dió la orden de que se personaran en los huertos de Lúculo y matasen á la emperatriz Mesalina sin piedad y sin tardanza.

Los jardines de Lúculo servían á Mesalina de refugio. Había-

los codiciado con codicia insana toda su vida, y apareciánsele á manera de campos fúnebres, donde la infeliz erraba, cual un alma en pena, por los confines de la muerte. Brusco, brusquísimo el contraste manifiesto entre sitio como aquél, de verdaderas delicias, y ánimo como su ánimo, de terribles agonías. Epicúreo Lúculo, en la decadencia del mundo antiguo iniciada por la tiranía, llevó sus refinamientos de gusto en mesa y habitación donde los llevara el despotismo asiático. Las cenas suyas y los jardines suyos maravillaban á todos; y el renombre adquirido por estas maravillas trascendía mucho, así á las artes como á la historia. Nada tan recargado cual sus verjeles. En el mirto había tallados cuadros vegetales, representando, así efigies y simulacros de olímpicos dioses, como efigies y simulacros de viles bestias. Teatros al aire libre con maravillosas decoraciones compuestas por los ramajes y por los ramilletes aguardaban farsas y comedias campestres. Discurrían, serpenteando por doquier, los arroyos, compuestos con las claras aguas que los cercanos Apeninos prestan á la Ciudad Eterna, las cuales aguas, límpidas en su fluor y melodiosas en su curso, desaguan en estanques parecidos á grandiosos espejos argénteos. Guirnaldas, en que los más varios matices de las más brillantes colores se juntaban en suaves iris, tendíanse por los deliciosos bordes, así de lagos como de arroyos, ofreciendo indecibles encantos al olfato y á la vista. Rosas otoñales de Chipre y Alejandría, jacinchos de Sicilia, violetas de Mantua, galanes de noche bordaban todos aquellos follajes. El acanto con sus hojas estriadas componía por las paredes y por los suelos alfombras y tapices. Alamedas formadas por toda clase de árboles abríanse en todas direcciones, interrumpidas por pajareras multicolores, albergue de pintadas y canoras aves. Los álamos, que subían al cielo, sustentaban sobre sus copas la hiedra y la parra, que los abrazaban, aquélla con sus ramos lucientes y ésta con sus pámpanos teñidos por el otoño de suaves graduadas tintas. Por las colinas, cortadas en maravillosos escalones parecidos á tuestos, campeaba una flora tan oriental, que los creeríais en las orillas del Tíber traslado y trasunto de los erigidos y plantados por Semíramis en las orillas del Éufrates. De vez en cuando las obras arquitectónicas cooperaban á una, con sus líneas y con sus moles, á variar las innumerables vistas presentadas por

aquellos elíseos campos. Ménsulas de jaspe y pórvido en medio de las florestas; bancos de mármol en los verdes parrales; columnas de alabastro entre las copudas hojas; relieves cincelados por finos buriles sobre cuadros de obscuro mirto; estatuas representando las divinidades propias de la floescencia y de la fructificación añadían encantos con sus cortes geométricos á la vegetación. En las grutas, que, por lo bien dispuestas, creeríanse naturales, ordenábase todo al fin capital del goce y del recreo, cerniéndose con tal arte la luz diurna y murmurando con tal música las aguas corrientes, que veíase ninfas innumerables con entornar los ojos un tanto, y con abrir los oídos recogíais en ellos idilios de Teócrito y de Virgilio. Por unos y otros lados de las grutas extiéndense laberintos confusos, formados por verdes laureles, ofreciendo miles de revueltas y pres-tándose á juegos de sabrosos escondites. Á la vuelta de tal encrucijada se topa con amplia pradera toda cubierta de florecillas, á cual más diminuta y al par más oliente, donde se puede correr al sol y al aire libres, en tanto que, á la vuelta de cualquier otra encrucijada, murmura susurrante y ofrece obscuridad y sombras un tan copudo y entrelazado bosque gratisimo que puede ofrecer en días plenos verdaderas noches para el descanso de las siestas. Los juegos de aguas claras alternan caprichosamente con los arreglos de árboles y flores, lanzando chorros á las alturas, que luego caen resonantes é ímpetuosos en cascadas para serpentear á manera de arroyos sobre las pintadas y lustrosas guijas. Bajo sauces llorones que sugieren dulce melancolía, sobre planteles de violetas que huelen á gloria, el arte hidráulico romano ponía órganos compuestos por caños y surtidores concertando una extraña música. Pocas delicias comparables á las fuentes brotando en cuevas frescas formadas por caracoles y madreperlas en lo profundo, y á los miradores en lo alto, desde cuyas ventanas se columbran las líneas majestuosas de la campiña tan sublime y las cumbres violáceas del celeste Soractes coronadas por nieves eternas y esplendentes á los toques del cielo y del sol meridionales. Y en aquella estación los higos destilaban mieles olorosas, los racimos relucían so los pámpanos, comenzaba el purpureo de las naranjas, caían sobre la tierra de sus zurriones las almendras, el manzano se doblaba rendido bajo el peso de las multicolores pomos, olían á mosto los lagares y al áureo

aceite las almaceras, mientras los címbalos y los tambores y los hierrecillos y los flautines y los panderos de las bacantes henchían los aires de múltiples y voluptuosas armonías entre la exuberancia de vida proveniente del espíritu embriagador que prestan al otoño, esa estación de las cosechas, sus regocijadas vendimias.

Pues en aquel océano de savia; en aquella orgía de colores; entre bandadas de aves que regocijaban los aires; junto á ramos de gayas florestas; cuando los aromas excesivos trastornaban el seso á todos de alegría y el regocijo bacanal remontaba desde las viñas á los cielos; en aquella continua invitación al gozo y al placer, Mesalina se apercibía y aparejaba tristemente á la muerte, no con esa conformidad sublime de las almas grandes que descubren un ocaso natural en el morir, con la resistencia de quien ama la vida para divertirla y dispendiarla en el vicio. Las lirras de las músicas aves, el concierto de las corrientes aguas, los espectáculos de aquellos paisajes que se descubrían por doquier á cada paso, los efluvios despedidos por tantas frutas maduras á los besos del sol generador, los picores y excitaciones que dan tantos aromas, derramaban por sus venas el calor de vida nueva y el deseo de vivir, cuando recelaba la cuitadísima de topar con el esbirro inmolador y de ver la muerte abriendo á sus ojos las tristes alas de murciélago, en que nos transporta calladamente á las espesísimas tinieblas y á los profundos abismos, de donde nunca jamás vuelven los infelices mortales. Mesalina se revolvía en la inmensa floresta como la tigre prisionera en la jaula. Sus ojos volvíanse y revolvíanse á todas partes en busca de un seguro contra las amenazas que sobre su cabeza, en aquel trágico momento, se amontonaban y cernían. Golpeábase con redoblados golpes la frente, como queriendo sacarle con esfuerzo y violencia un recurso capaz de librar su vida. De vez en cuando invocaba las divinidades protectoras suyas en asaltos de religiosos deliquios; y si creía que no la escuchaban, revolvíase á las divinidades infernales para que le prestaran algún poder sobrenatural y la sacaran de su amargo trance. Hasta la magia empleó en busca de sortilegios bastantes á petrificar sus enemigos y darle aquel milagroso poder, ejercitado un tiempo, sobre los sentidos de todos con tan extraño imperio. Poco antes del momento fatal, que aparejaban los sayones de Narciso, como hubiese pasado algún tiempo entre la

llegada de Claudio y las temidas disposiciones, creyóse completamente salva, indemne, redimida por olvidada. Aunque á cada instante iban llegándole nuevas de amigos inmolados en la misma tarde aquella en que había caído á los pies de Claudio y chocado con las repulsas de Narciso, todavía confiaba en el estúpido amor de su imbécil esposo. Una tras otra le llegaron en espacio brevísimo las siniestras noticias del descabezamiento y muerte de los numerosos amigos inmolados por sus atrevimientos en aquella hora de venganza, y no sintió emoción alguna en su corazón, endurecido por el terror y embargado por su propio instinto de conservación. En las épocas de guerras civiles y exterminios sociales, todas las criaturas humanas pierden sus mejores sentimientos y, encerradas en el peculiar egoísmo propio, descuidan y olvidan á los demás mortales, despojándose de aquellos afectos de compasión y caridad en cuyo fondo late siempre la fundamental unidad humana. Mesalina, en su naufragio, no se paraba, no, á ver quién moría por sus dos lados y se ahogaba. Ni siquiera la muerte de aquel Silio tan querido movió su sentimiento, embargado en la propia defensa. ¡Con cuál envidia miraba la emperatriz los campesinos y los jardineros confundidos casi con las bestias, pero preservados por su triste humilde condición de las desgracias que probaban sus fuerzas en aquel supremo instante y la tenían colgada como de un cabello sobre la eternidad, en cuyos abismos insondables no se atrevía su mirada triste á penetrar entre los escalofríos de su agonía, tanto más terrible cuanto que le asaltaba en toda su plena salud y robustez! ¿Por qué no cambiaría con cualquier ser seguro de vivir, con las aves nocturnas escondidas en los huecos de las obscurísimas grutas, con las imperceptibles hormigas del suelo, con los peces olvidados en el seno de las aguas? ¿Á qué recordarla? Diéranle una isla, siquier fuese aquella Pandataria tan triste, donde Augusto desterró á su Julia, y seguramente viviría feliz, siquier sola, entre la mar y el cielo, como una gaviota sobre su escollo solitario.

Estas y otras ideas rodaban por la cabeza de Mesalina, en los desvaríos de su imaginación, ya sobrecogida por una especie de demencia, y en los arrebatos á todo el ser suyo impresos por los estremecimientos del miedo. Mientras no se vieron la emperatriz y el emperador, todos creían en el imperio ejercido por la graciosa

y sensual mujer sobre la flaca complexión y la muelle voluntad del esposo. Pero en cuanto resistió éste con tanta fuerza los halagos de aquélla, en cuyos brazos rendidos yaciera por tan largo tiempo, y asaz de esto entregó en defensa de sí propio el mando á Narciso, vióse con claridad cómo una fulminante sentencia hería la cabeza de Mesalina, condenada por fin á irremisible muerte. Todos aquellos que caen de muy alto se aturden, si no mueren al golpe; y la emperatriz se aturdió en tales términos, que no comprendía su desgracia, y al aturdimiento entumeciéronsele la voluntad y la inteligencia. Por eso no veía que, mientras le acompañaran muchas gentes desde su casa regia del Palatino á la vía de Ostia, nadie fué osado á seguirla y acompañarla desde la vía de Ostia, donde recibió la notificación de su desgracia irremediable, al huerto de Lúculo, refugio postrero de su agonizante vida. Ni una litera encontró al regreso. Los esclavos, que la condujeran en guisa de diosa, y los cortesanos, que la siguieran como en procesión, huyeron cual banda numerosa de aves tímidas que columbran en las alturas al milano, cuyos ojos relampaguean odios y cuyas garras buscan presa. En semejante abandono la cuitada no encontró quien la llevase al asilo designado en los horrores del naufragio. Un carro de basura que pasaba, se detuvo al ruego suyo y la transportó, como pudiera con cualquier espuerta ó serón de inmundicias, al sitio de su agonía, con menos ceremonia que gasta un mataraz conduciendo el carro de la carne recién muerta desde las losas del matadero á los depósitos de la carnicería. Varias esclavas únicamente acorrían y acompañaban á la moribunda. Á estos humildísimos seres, como un desquite por la igualdad tomado contra quien la desconoce, habíanse huído afectos no usuales en las altas clases nobles á la sazón corrompidísimas, afectos de fidelidad y gratitud muy raros en la Roma envilecida por el despotismo y acobardada por el terror. Con ellas departía en estos momentos de angustia última, y en ellas libraba sus últimas confianzas. Las pobres no se forjaban las ilusiones que su ama y veíanla ya muerta. Cada vez que sonaba un paso creían llegada la sentencia definitiva y sonado el minuto de la suprema ejecución. Pero Mesalina, en su desvarío, imaginaba el manto imperial pegado á su cuerpo como la piel, en términos de no poder nadie arrancárselo, y su vida mezclada en tal modo con la de

Claudio, que nadie llegaría en el mundo á separarlos: consuelos dados inconscientemente por la fortuna en ciertos instantes supremos á sus víctimas, cual suele ofrecerlos por su parte á sus enfermos la implacable Naturaleza.

— No puede ser, no — gritaba.

— ¿Qué no puede ser? — le preguntaban sus siervas.

— Que Claudio disponga mi muerte.

— ¡Oigante los dioses! — exclamaban las infelices en su desesperación de los remedios humanos.

— Muy dado á pleitos y causas, no ha de condenarme sin oirme; y como me oiga, se ablanda y entrega.

— No quiero desesperarte — le dijo una de las siervas; — pero acuérdate de cómo no impera Claudio sobre Roma, sino, sobre Claudio, Narciso.

Un estremecimiento casi epiléptico sacudió el cuerpo de la emperatriz á este recuerdo.

Así, crispáronsele ambas manos; resolló el pecho como si la pena lo despedazara; saltáronsele casi de las órbitas los ojos aterrados; la garganta despidió un suspiro análogo al estertor de la muerte, y tuvo que agarrarse á su confidente para no caerse. Pero tal estado pasó como un vértigo. Flexible, muy flexible su naturaleza, bien pronto se repuso de tamaña sacudida y volvió á contraer la ciega locura de las desmedidas esperanzas. En tal estado, exacerbadísimo por la horrible agitación que la sobrecogía, daba por el jardín vueltas con aire tan imperioso como en la procesión de su triunfo; gesticulaba cual en los días que iba de verdadera emperatriz, puesta en guisa ídolo sobre los almohadones litúrgicos de su litera imperial; hacía numerosos ademanes de mando con aire natural de majestad no prestada, y sacudía la cabeza como para despedir cuantas ideas pudieran sugerirle de miedo las amenazas que revoloteaban, en guisa de aves rapaces, sobre su persona, completamente desvariada y enloquecida en aquellos instantes supremos á los impulsos del terror, mal conjurado por su imperiosa voluntad y por sus intensísimas fuerzas.

— ¡Ah de mis guardias! — gritaba en su delirio. — Yo soy la emperatriz. Yo he ocupado el tálamo y el trono de los césares. Quien me obedece, prospera. Quien á mi voluntad se resiste, muere. Los

dioses tiemblan si yo les miro airada. Como que yo tengo los soldados, poderosísimos sobre todas las divinidades juntas. Nadie sabe dónde irá el rayo; mientras que á mi mano, á mi voz no más, muévense tanto las espadas del pretoriano como los puñales del espía. Comparto el sacerdocio de Claudio y soy, como él, pontífice. Por tanto, sacerdotes de Roma, corred en auxilio de quien puede perderos ó salvaros con cualquier fórmula litúrgica. Augures, abrid las entrañas de las víctimas y comunicadle, después de haber contado sus palpitaciones, al Emperador, cómo no podrá perdurar en el poder imperial sino junto á su emperatriz. Que se reuna el Senado para conocer de sus demandas á Claudio. Que los prefectos del pretorio me acompañen cual me acompañaban por la vía Sacra en tantas procesiones donde yo aparecía hermosa como Cleopatra y soberbia como Livia. Obedecedme, ó de lo contrario, apercibíos á morir. Las cabezas de innumerables enemigos han rodado á mis plantas. Yo tengo tantas muertes hechas en la corte como cualquier general en las batallas, y no me desposeerán del amor de Claudio, quien reconoce haber en mis brazos únicamente saciado alguna vez la sed sensual de goces brutales diseminada por todas las fibras de sus ardientes carnes. Y cuando á la fuente me miro, todavía me hallo tan hermosa que no se apartará de su mujer quien ha dispuesto de su hermosura en primer término; y cuando recuerdo lo sucedido en otras ocasiones, creo que Claudio escuchará siempre y obedecerá rendido á su esposa. Dadme, siervas, tablilla de blanca cera y mi estilo más ateniense, pues redactaré rescriptos para entregados al César, decretos para entregados al pretorio, cánones para entregados al Pontífice, que me aseguren el dominio de Roma, la cual ha vivido harto tiempo bajo mis pies para erguirse ahora de pronto y segarme la cabeza.

Y Mesalina repartía las órdenes, que iba febrilmente redactando, entre las siervas y los emisarios, como si aún tronara en las altas cumbres del Estado y aún dispusiera de las fuerzas públicas. Los enviados, penetradísimos de la desesperada situación en que la suicida señora del mundo se hallaba, no querían disgustarla con adversas noticias y le prestaban por piedad todo el acatamiento prestado en sus mejores días por fuerza, yendo á complacerla sin decirle que se hallaba prisionera y que aquel jardín tan deleitoso

habíase trocado en una triste cárcel. Efectivamente, Narciso había puesto como un asedio al espacio donde se refugiara su víctima. Por los setos que lo circundaban veíanse grupos de soldados, con las armas requeridas y dispuestas, como en cualquier campamento. Á las puertas grandes y chicas, vagaban las sombras de los esbirros, con el puñal á la cintura, esperando la hora de aquella inmolación y sacrificio en guisa de tigres al husmear frescas carnes y caliente sangre. Todos los libertos, interesados en la suerte de aquel primer ministro y enemigos de cuantos enemigos tuviera Claudio en Roma, celaban, dentro ya del jardín, las encrucijadas, con tal celo y recato que parecían seres invisibles puestos allí, como un gran misterio, y hechos unas verdaderas sombras, según el sigilo y el silencio con que cumplían, hurtando el cuerpo entre los árboles y el follaje, las extrañas consignas. Situación verdaderamente lamentable la de aquella mujer, que se había rebujado, como bajo una colcha, bajo el manto imperial, para saciar todos sus apetitos, así como para ejercer todas sus ambiciones, y encontrábase con que un liberto le tendía espesa red como á inocente avecilla y desde las alturas por donde volara tanto tiempo la hundía en el abismo cubierto por una perdurable noche. Naturalmente, cuando Mesalina entregaba cualquier tablilla con orden á sus siervos, corrían éstos muy solícitos, en señal de su afán por obedecerla, pero tenían que volverse á una, sin los encargos, detenidos y robados por los vigilantes puestos en el apretado cordón que circuía y cerraba los asediados jardines. La emperatriz se airaba contra ellos y concluía por golpearlos en castigo á no haber cumplimentado sus órdenes. Á veces, en uno de tantos desengaños como la herían y de tantos presagios como la conminaban, revolvíase contra sí misma y se mesaba con furia el cabello. Pero estas ráfagas obscurísimas de triste desesperación solían durar poco, y la confianza en el perdurable durar de sus prestigios sobreponíase á todas las evidencias de su desgracia y le sugerían mil expedientes á cual más vano y mil salidas á cual más imposible. Hallándose la cuidada en uno de tales raptos por la soberbia sugeridos, quedóse como petrificada, helándosele por completo en las venas su ardiente sangre. Todas estas mujeres que son muy hermosas, pero nada buenas, como les falta en su alma, en su interior, en la profundidad

íntima del ser suyo la bondad, suelen á lo mejor, bajo las máscaras más hermosas, revelar toda su fealdad moral y destruir sus propias perfecciones corporales. ¿Qué había pasado? Pues que acababa Mesalina de oír un sollozo. Y este sollozo recién oído por la emperatriz la petrificó; semejándose, con los cabellos erizados, la boca entreabierta, los ojos fijos, las facciones rígidas é inmóviles, el espanto translucido á todas las fibras; pareciéndose, decía, su cabeza, tan hermosa, en aquel estado, á la célebre cabeza de Medusa. Los circunstantes, en cuyos ánimos el sollozo, resonante y creciente, no podía obrar cual obrara en el ánimo de Mesalina, socorriéronla, creyéndola víctima de algún espanto producido por la horrible aparición del mensajero que traía la sentencia de muerte. En efecto, á medida que aquel amargo lloro crecía, se quedaba más rígida y más inmóvil y más petrificada, como una de las estatuas circunstantes, aquella infeliz emperatriz tan probada por los irremediables castigos asestados á sus enormes culpas. El accidente que así la sobrecogía perduró de tal modo, que las siervas hubieron de sacudirla con fuerza para sacarla de su estupor con prontitud. Mas entonces, recobrado el sentido, y con el sentido su natural movimiento, cayó Mesalina de hinojos, tendió al aire los dos brazos, cruzó las manos, echó atrás la cabeza, de la cual se desprendieron las trenzas sobre las espaldas, y solamente acertó á proferir en la vibración de sus labios la palabra ¡perdón! En efecto, Lépidia, madre de Mesalina, era la mujer que lloraba con aquellos espantables sollozos.

— ¡Dioses míos! — exclamó la emperatriz en cuanto sacudiera su primer estupor — ¡mi madre!

— Sí, tu madre — respondió Lépidia, sollozando con mayor fuerza que antes, pero sin lanzarse á los brazos de Mesalina en tal momento ni hacerle una caricia.

— ¡Perdón! ¡perdón! ¡perdón — !dijo la emperatriz mil veces, al ver mezclada, con la ternura que revelaban las lágrimas de Lépidia, su rigidez en voz y en actitud.

— ¿Perdón?... Yo te había perdonado, hija de mis entrañas. El corazón de una madre sólo sabe amar. Nunca fuí contigo justiciera; por lo contrario, siempre fuí misericordiosa. Tú, en cambio, mastaste implacable, como infernal furia, en tus devaneos, al padraastro en quien hallaras un padre y al esposo que yo escogiera por

último compañero de mi vida y que me amara con una pasión en la cual se mezclaban intensidad y constancia; pasión bien impropia de nuestro tiempo, y en pago de la cual yo le permaneceré fiel hasta más allá de la muerte.

— ¡Perdón! ¡perdón! ¡perdón! — repetía Mesalina, fuera de sí ante la frialdad marmórea con que Lépida, la infeliz, después de haber interrumpido los primeros sollozos y enjugádose las postre-ras lágrimas, contaba esta horrible tragedia de su historia, en que la hija de sus entrañas inmoló al marido de su corazón.

— ¿Perdón me vuelves á pedir, Mesalina? Yo te perdoné al cometer el crimen, pero los dioses no han querido perdonarte.

— Lépida, ¡cuán crueles! — gritó la emperatriz desesperada.

— Yo había esperado que, dada la condición suya de padres nuestros, te quisieran cual te ha querido tu madre y te perdonaran cual tu madre te ha perdonado. Pero ¡ay! este amor que sentimos las madres por todos los frutos de nuestro vientre, no deben sentirlo á su vez los dioses, según como te persiguen y te castigan.

— ¿No habrá piedad para mí? — preguntó Mesalina en su dolor, mirando, como pudiera mirar veraces augurios, los ojos de Lépida.

— ¡Hija mía! — le respondió Lépida, poniendo gran ternura maternal en su dulce vocativo, — hija mía, lo declaro, mi alma no solía estremecerse tanto al ver la enormidad horrible de los crímenes que perpetrabas como al ver la enormidad del castigo que te atraías. Sonó la hora de tal castigo. Y tu madre, olvidada por completo del daño que le has hecho en recompensa de la vida que te diera, viene tan sólo á despedirte con dolor y á recomendarte patricia dignidad en la muerte.

— ¡La muerte! ¿Qué dices de muerte? Quitadme tal mujer de delante. ¡Oh! Está loca. Tras tantos lustros de ausencia y separación, viene ahora como Euménide infernal á vengar su esposo, matándome con su palabra, más fría que una cuchilla de carnicero. ¡Morir en florida juventud, cuando mis ojos resplandecen como luceros y mi pecho respira con esta felicidad, y la sangre roja hierve á bortes en mis cálidas venas, y el amor enardece todas mis fibras en voraz incendio vital; morir ahora paréceme un absurdo, un contrasentido, un imposible! Los romanos jamás dejarán que al puñal de sus esbirros muera la joven que ha llevado sobre las espaldas gravemen-

te su Imperio. Pues qué, ¿los buriles de sus escultores no han tallado mi efigie sacra en mármoles pentélicos, y colocádola cual una divinidad en puertas de jardines, vestíbulos de templos y encrucijadas de vías? Pues qué, ¿las más ilustres señoras no han grabado en piedras preciosas cuadritos donde mi Octavia y mi Británico parecían diocesillos y yo misma la veneranda mujer de Júpiter? Pues qué, ¿no me han vestido con el traje, y no me han adulado con los símbolos de antiguas y castas divinidades cual Juno y cual Ceres? No habría senadores en Roma, ni Pontífices ni cónsules, ni tribunos ni latinos, de consentir la muerte mía y á manos de cuatro libertos. Eso no puede ser, eso no será, mientras quede un solo dios en el Olimpo y un solo mortal en el mundo. Tengo apenas treinta y tres años; vivo en toda la expansión de una juventud robusta y feliz; poseo el amor de un esposo que seguramente preguntará por mí esta noche á la hora de acostarse; he dominado la tierra con mis rescriptos y puesto á mis pies la justicia con mis sentencias: en tal posición, han de forjar aún los dioses el rayo con que pueden acabarme, y han de caer al fuego de mis ojos los esclavos salidos de mis ergástulas que se creen dueños de mis jardines y de mis palacios. ¡Ah de mis guardias, de mis siervos, de mis cortesanos, de mis senadores, de mis jueces, de mis soldados! Rodead todos á vuestra emperatriz, que si puede creerse una diosa es por vuestros homenajes.

— Contempla, Mesalina, cómo ninguna voz amiga responde á tu voz y ninguno de tus antiguos cortesanos surge á tus inútiles palabras. Este silencio te persuadirá, más que mis avisos, á la creencia en tu irremediable abandono. Todos cuantos acudían solícitos á mera indicación tuya se han huído. No quedan junto á ti sino estas infelices, modelo de fidelidad, y tu madre, al cabo madre. Mesalina, recógete dentro de ti para pensar en lo que has hecho y comprender cuanto ahora te pasa. Hija de Barbato, descendiente de César, sobrina de Augusto, nieta de dioses, piensa tan sólo en morir con dignidad como cumple á tu estirpe divina y á tu sangre patricia.

— ¡Morir! ¿Y una madre habla de muerte á su hija? Yo he luchado mucho, pues mi cargo imperial así lo demandaba. Yo he inmolado en este combate por el imperio á todos cuantos quisieron con sus odios destronarme. Yo he ceñido, con cabezas por mi mano

segadas, las áreas del Foro. En estos odios yo he querido con furor á mis hijos. Por Británico y Octavia daría yo sin pestañear la vida, pegada con más fuerza, como ves, á mi piel, que mi piel á mis huesos. ¡Y tú, tú, tú, madre, que me has engendrado, que me has parido, que me has lactado, háblasme de morir, sin volverte á cuantos quieran infligirme la muerte, defendiéndome como defiende con sus uñas el águila en los nidos á sus aguiluchos y á sus cachorros la leona en el desierto!... Lépidia, tú no has engendrado, tú no has parido, tú no has tetado, tú no has puesto jamás en tus pechos y á tus rodillas á esta mujer, sin madre, indudablemente sin madre, cuando tú, Lépidia, eres osada hoy á decirme que perezca y me resigne á la muerte. La última de las criaturas humanas tiene una madre; pero no la tiene ¡oh! Mesalina, la señora del mundo.

— ¡Mesalina ¡oh! no seas insensata! Después de cuanto has hecho conmigo, la Historia no creará mi aparición súbita en este sitio fúnebre y mi asistencia personal á esta horrible agonía. En todos los hombres pudistes fijarte, si querías pisotear tus deberes de casada; en todos menos en mi marido, tu padrastro, que fuera dentro de la familia para ti un segundo padre. ¡Oh! ¡Enamorarte de sus prendas, atraerlo para seducirlo, y, cuando herido por la monstruosidad horrible de tu crimen y por el espantoso infernal intento tuyo se resiste, lo matas, dejándome viuda inconsolable perpetua, y aún te plañes de mí, loca, y aún te quejas, cuando sólo una madre, bajo tales antecedentes, vendría hoy á sostenerte y consolarte amorosa en tan tremendo trance!

— ¿Pero me van á matar de veras, Lépidia?

— Sí; van á matarte, hija mía, van á matarte. No lo dudes. Tu madre viene á decírtelo con el corazón traspasado, porque al fin de mis entrañas saliste; y si pudiera, en mis entrañas habría de recluirte y encerrarte para que los verdugos no pudieran hacer en tu cuerpo daño ninguno. Yo soy tu madre, óyelo bien, tu madre. Y he olvidado lo que hicieras conmigo, puesto ahora en la cuenta de tus culpas y en la causa de tus desgracias por haberme provocado; que, á callarte, no dijera yo palabra ninguna cruel, antes empleara, como si no hubieses procedido mal con tu madre, las mismas dulces murmuradas tantas veces por mis labios en tus oídos de niña, pues al verte créome que te siento latir y palpitar toda-

vía en mis entrañas. Yo he corrido Roma entera en tu auxilio. Yo he besado las plantas á los libertos de Claudio para que te perdonasen. Yo he pedido una isla para los dos con objeto de que cerrara mis ojos esa mano, que yo debía maldecir y á todas horas bendigo, por ser así como los dioses nos han hecho á las madres. Yo hete llorado desde la hora en que cometiste la demencia de casarte con Silio; hete llorado á gritos por muerta, y muerta suicida... Hija mía, ignoraba todo cuanto en mi pecho te quería yo hasta que ha venido el trance de tu muerte. Todos los dolores con que has herido y todos los goces con que has encantado mi ser atropelláronse á una en mis recuerdos y en mis entrañas, no sabiendo ahora distinguir bien por qué te quiero más en mi desvarío: si por lo que me has hecho padecer, ó por lo que me has hecho gozar. Reconozco haberte dado vida, cuando tal empeño de conservártela tengo. Reconozco ser tu madre, tu madre natural, en que, después de haberme tú hecho llorar lo llorado á causa de tus ingratitudes, quisiera conservarte sobre la tierra y en vida siempre, aun á riesgo de que las cometieras nuevas y las cometieras contra mí. No queremos sino aquello por que ¡ay! hemos padecido mucho sobre la tierra. Yo invoco ahora los dolores del parto en que te tuve con las alegrías de la natividad en que te presentaron á mí desnudita y llorando. Mis carnes te han revestido de esas carnes. Mi sangre corre por tu cuerpo. Mi luz ha encendido esos ojos; mi calor ha animado esa vida. De mis huesos tus huesos; de mi ser tu ser. Yo he ofrecido morir por ti, Mesalina mía, y no han aceptado mi ofrenda. Y he ofrecido morir por ti, no en raptó de abnegación; helo ¡ay! ofrecido al impulso de mi egoísmo. Yo no puedo comprender que te vayas del mundo tú y en el mundo yo me quede. Si el verdugo, próximo á llegar, fuese capaz de cambiar por la tuya mi cabeza, presentársela de todo mi grado. Cuando te veo, aún me parece que palpitas en mis entrañas y que vives dentro de mí. Herida por tus caprichos, abandonada por tu ingratitud, infeliz á causa de las grandes alturas donde has, en alas de tu ambición y de tu fortuna subido, solamente veo en ti el ser generado por mi amor y por mi vida nutrido. Así, Mesalina, tu madre no puede menos que asistir á tu muerte, tan llorada como fué regocijado tu nacimiento. Déjame, pues, que te bese; que á

besos te coma. Déjame ahí en esos ojos mirarme, donde yo creía reverberar mi postrimer mirada. Déjame bendecirte, como te bendije al nacer. Déjame sostenerte ¡ay! en este último trance.

—¿Voy de veras á morir, Lépidia?—preguntó Mesalina otra vez, muy resistente á penetrarse del mal que la esperaba.

—¡Vas á morir en verdad, hija mía, en verdad!

—¡Los dioses me asistan! ¡Yo no quiero morir, madre!

—Por unos pocos que se adelantan la muerte, casi todos mueren contra su voluntad.

—¡Tampoco quiero que me maten!

—¡Ya lo creo! Hija mía, breve la vida tuya, pero muy feliz. Tu madre te cuidó como una flor; tu marido te reverenció como una diosa. En tu casa primero, en tu trono más tarde, has hecho la omnímota voluntad tuya. Ahora te ofreces á los ojos de todos tan miserable, porque nunca fuiste infeliz. Has pasado la vida sin contrariedad ninguna. Menester es que haya una grande adversidad para probar el ánimo, como menester es que haya una deshecha tormenta para probar al piloto. Lo peor de tu fortuna encuéntralo en hallarte desapercibida. Todos los días tiene que aparejarse para la eternidad el mortal. Arroja, pues, Mesalina, de tu corazón todo sentimiento soberbio, y deja caer en sus abismos la idea de tu inmediata muerte. Si la hubieras esperado, fácilmente la recibirías. Mírala frente á frente; y si no has de aceptarla con gusto, acéptala con resignación. Por muchos bienes que contemos en el mundo superan los males, y no es cosa de dolerse tanto por el fin y conclusión de todos éstos. Te apretará más la muerte si le tornas la espalda en vez de hacerle cara. Llanto habrá siempre: al nacer y al morir. Lo que piensas daño resulta remedio. Alza en este trance los brazos al cielo y no padecerás tantas congojas. Con la condición de salir entramos todos á una en la vida. No puede, no, estimarse como castigo aquello que se halla en la Naturaleza. Innumerables se nos han adelantado, é innumerables habrán de seguirnos. Esta noche te libra de algo peor que la muerte misma: de una vejez desgraciada. Consuélate y confórtate, Mesalina.

—Madre, no me hables de la muerte como un filósofo. Es bueno el estoicismo para representado en el Foro, no para practicado en el mundo. La filosofía que privó en mi ánimo siempre fué, Lé-

vida, el amor á la vida. Que me dejen vivir. Estos labios tan rojos no pueden descolorarse; no pueden extinguirse, no, estas pupilas tan resplandecientes; no puede perderse la llama siempre vívida que siento por todo mi cuerpo: deseo vivir y viviré, pese á quien pese. No se ha forjado todavía el puñal que ha de matarme.

— No te formes ilusiones ¡ay! ni acaricies insensatísimas esperanzas. Al venir aquí, los espías de Narciso me han arrestado y he visto en sus ojos, siniestros como los del buho, tu sentencia de muerte y en sus manos los instrumentos de tu suplicio. Lo más extraño no parece que mueras, que vivas todavía, cuando Narciso temporalmente ocupa el Imperio tan sólo para matarte

— Pues á eso te digo que Claudio no pasa por mi muerte. Y no pasando Claudio por mi muerte, sólo se trata de salvar el pellejo en este instante adversísimo. Al poco tiempo me necesitará, pues no puede vivir sin mí á su lado. Y en cuanto me necesite, recobraré toda influencia sobre su ánimo y le sugeriré una matanza, una degollación, el exterminio universal de todos mis enemigos. Aún dicen que yo inmolé muchas gentes en mi reinado. Si hubiera procedido contra los libertos de casa cual procedí contra los demás enemigos de fuera no pasara en estos instantes por tales angustias. Tienes razón tú, Lépida; ¿imperara Narciso en Roma, y no me ha mandado matar ya? Es que no puede, no, matarme. Viviré, madre mía, viviré. No puedo morir ahora que acabo de reconciliarme contigo. Yo seré buena, yo educaré mis hijuelos bajo tus alas maternas. Yo miraré como estrellas de mi vida tus ojos. Yo ejerceré mi augusto imperio en provecho de todos. Quiero vivir, y viviré.

Mientras decía estas frases horribles de resistencia inútil al destino implacable la emperatriz desesperada, una de sus siervas arriba sin aliento al sitio donde forcejeaba contra su triste suerte, y cayendo á sus pies grita: ¡ahí se acercan los verdugos! La muerte iba con golpe certero á herir la vida en toda su robustez y en toda su expansión. Mesalina parecía una vaca lechera, de las que relucen por su piel brillante, cautivan por sus hondísimos ojos, rumian á todas horas, y cuando no rumian pastan y se anegan en hierbas altísimas hasta los corvejones, gozosas con el placer infinito de vivir. Su aspecto, aunque patricia, reina, dama, recordaba el campo libre y abierto, por lo fornido y por lo rural. Así traía



su rostro á las mientes y recordaba las fuertes sabinas de los tiempos legendarios y de los hexámetros épicos, robadas un día por los fuertes romanos para que les acompañasen junto al criado con un cenacho de trigo á la muñeca y les diesen innumerables hijos: gozar la vida, compartirla con los machos invenidos en cualquier parte y á la casualidad; holgarse con todas las sensualidades posibles y parir mucho: he ahí los ministerios para que Mesalina se creyó al mundo llamada por los dioses. Nada en ella de ideal, nada tampoco de artista; ninguna filosofía, ningún elevado gusto, ninguna tendencia general y humana; la política en cuanto le servía para el alimento de sus deleites y le procuraba la multiplicación de sus placeres: tal era Mesalina. Y á esta mujer, de vida rebotante, de salud robusta, de sangre hirviente, de carne mantecosa, de crasa enorme, de sensualidad grosera, le amenazaba una muerte trágica. La guadaña debía golpearla mucho para concluirle, como tiene que hacer el hacha con las encinas exuberantes de savia. Así, andaba por el espacio ebria como una bacante, y confundía la vida con una bacanal inacabable, dando y pidiendo besos en aquellos labios purpurados por el vino viejo y vibrantes de báquicas estancias. La voluptuosidad en ella le redoblaba todas las sensaciones carnales, queriendo perdurar indefinidamente y prestándole un instinto de conservación tal, que rayaba en verdadero furor. Los sentidos la sojuzgaban; y en su necesidad imprescindible de satisfacerlos con placeres sin cuento, concluyó por vivir para ellos en la más brutal sensualidad. Mujer que tanto huía de la muerte, buscó hasta en la muerte de sus enemigos alimento á las propias groserías. Así, en este minuto, su amplio cuello de vaca, henchido por tanta sangre y compuesto de músculos tan fuertes y fibras tan espesas, hinchábasele como para respirar y guardar más vida que oponer á la muerte; su redonda cara, en el esfuerzo de la resistencia, tomaba una rubicundez muy parecida en verdad á trasunto de borrachera. La insaciable sed hidrópica de lujuria se notaba en su boca, semejante á un panal henchido de besos. La frente, falta de idealidad, íbase atrás, buscando este cielo del organismo nuestro la esfera verdaderamente animal, donde brotan y pacen todos los instintos carnales. Los cabellos, muy espesos, como nutridos por mucha grasa también, acusaban una hembra puramente animal. Pero donde más la

compleción baja, el materialismo indeliberado é inconsciente, la mezcla de crueldad refinada con apetitos carnales aparece ¡ah! es allá donde relumbra el alma, en los ojos que no translucen jamás, no, el vislumbre de una idea ni el calor de un sentimiento. Así, Mesalina forcejeaba con la muerte; huía como pudiera un cualquier animal hermoso, á saltos, á carreras, á gritos; ahora crispando los puños con aire amenazador, si tomaba sobre sus terrores algún imperio material; ahora poniéndose de rodillas en actitud suplicante como la vimos en el regreso de Claudio; ahora por el suelo arrastrándose como una serpiente cautelosa y doble; ahora irguiéndose como una tigre amenazadora ó herida; sin que nunca se le ocurriese un acto de verdadera dignidad en aquella Roma, donde nadie sabía vivir con honor, pero donde todos sabían morir con entereza. Por fin, corriendo inútilmente de un lado á otro, inútilmente suplicando á tontas y á locas, esperanzada con auxilios imaginarios, mantenida por presentimientos falaces, tanto se había en sus desatinos y desvaríos aplanado la cuitada, que cayó fatigadísima sobre la hierba, sin dar su brazo á torcer y sin enterarse de su irremisible desventura.

— ¿Y esos esbirros — decía — van á tocar con sus cuchillos mi garganta? ¿Y yo, la mujer de un emperador, la madre de otro, voy á morir aquí como una perra hidrófoba? No, no puede suceder esto; no sucederá jamás, aunque lo manden á una todos los dioses del Olimpo y todos los reyes del mundo.

— No te queda contra esta necesidad ineludible más que un refugio seguro, puesto en tu mano por las divinidades, á quienes inútilmente invocas.

— ¿Cuál?

— Mesalina... ¡El suicidio!

— ¿El sui... ci... dio...? ¿El sui... ci... dio...? — preguntó Mesalina entre hipos de cólera y de rabia. — ¿Me crees loca, madre?

— Toma ese puñal, que llevaba tu padre al cinto siempre. Tómalo, que lo he cogido en mi cuarto y lo traigo entre los pliegues de mi túnica para entregártelo. Barbato lo requería en todas sus salidas á la guerra, por si mandatos del destino adverso le condenaban á caer prisionero, clavárselo antes de que ningún enemigo pudiera ponerle mano encima. ¿Te repugna que los esbirros toquen

á tu cuerpo? Pues como no hay esperanzas de salvación, ya que no pueden valerte para huir los pies, válgante las manos: mátate.

—Tú crees, Lépida, tú crees haber tenido en mí un varón, cuando tuviste una débil mujer

—Pues qué, Mesalina, ¿las mujeres no soportan, como los hombres, el infortunio? Si padecen más que todos éstos por la viveza de su sensibilidad, también resisten más por la fuerza de su paciencia. ¿Tenemos algún héroe comparable á la suicida Lucrecia, la que nos libertó de los reyes, en los anales romanos? Cornelia, la madre de Tiberio y Cayo Graco, vió pasar los funerales de sus hijos y no se arrepintió de darles vida, siquier ellos le hubiesen dado muerte con sus sendos sacrificios.

—Aquellos eran otros tiempos, madre.

—Mesalina, hija mía, el corazón se me parte. Mis ojos ¡ay! son manantiales de lágrimas. Desgárrame las entrañas un dolor agudísimo, como si quisieran abrirse para darte sepultura, cual te dieran vida. Si la muerte mía pudiese aplacar esos implacables enemigos tuyos, habríame precipitado ya de cabeza en el orco. Agraviada por ti cual no lo fuera jamás otra madre por sus hijas, he venido á morir de tu muerte y asociarme á tu agonía, que de seguro precipitará mi próximo postrero instante. Por todo esto y con todo esto créome habilitada para pedirte y aun mandarte que te mates tú misma. Toma el puñal de tu padre.

Mesalina, cayendo á cada terrible noticia en estupor profundísimo, tomó el puñal maquinalmente. Ya en su mano, mirólo con extrañeza y terror. Después de haberlo mirado probó la punta en sus gordos y sanguíneos dedos. Apenas lo había probado, soltólo con horror indecible y se agitó con un estremecimiento cuasi epiléptico á la vista de su propia sangre. Y no sabiendo qué hacer en defensa propia, ya corría de un lado á otro desalada; ya pedía socorro á gritos cual si estuviera entre las olas de un atroz naufragio y entre las llamas de un voraz incendio; ya se tendía suplicante á los pies de su madre y la conjuraba con repetidas instancias que la salvase; ya daba órdenes á seres invisibles cual si la razón se hubiera perdido en ella tristemente á los asaltos del miedo. En vano su madre unas veces lloraba con ella, otras la recogía en sus brazos, como si quisiese mecerla cual de niña; ya le aconsejaba un acto de valor con-

gruente con la desesperación que debía sentir aquella cuitada; ya, viéndola tan próxima á la muerte y tan empeñada en vivir contra todos los decretos del destino, retorciase los brazos y á mares lloraba en el justo maternal desconsuelo. Pero Mesalina sólo veía el modo seguro de huir á la muerte, como esas hienas de nuestros jardines zoológicos que dan vueltas y más vueltas dentro de su jaula buscando cualquier pronta salida, la cual nunca encuentran; si al cielo miraba, si de aquí allá discurría, si á meditar se paraba, si desde un pensamiento iba en pos de otro pensamiento y desde un propósito en pos de otro propósito, era en busca de alguna puerta por donde huir á la muerte y prolongar la vida.

— Vendrán — decía con insistencia Lépidia, — vendrán.

— Diga lo que quiera la esclava, no vienen.

— Míralos.

— En efecto, madre, son ellos.

— Al resplandor de sus antorchas siniestras, las aves nocturnas, dormidas esta noche sobre las ramas, huyen volando sigilosamente.

— ¡Que no pudiera irme con ellas! — exclama la emperatriz, sobre cuya cabeza pasan en tropel.

— ¡Mesalina! — gritó una voz que parecía salir del averno.

— ¿Qué oigo? La voz del verdugo á quien el malvado Narciso encarga la perpetración de todos sus crímenes.

— ¿Estás ya cierta de cuantote aguarda? — dijo llorando Lépidia.

— ¡Mis hijos, madre mía, mis hijos!

Y mientras pronunciaba la infeliz estas palabras, se presenta, rodeado de sayones y esbirros y guardias y vigilantes el favorito del favorito, Evodo, mal y siniestramente iluminado en aquella noche trágica por humeantes antorchas, las cuales parecían difundir funerarios reflejos. La madre y la hija se habían abrazado en este supremo instante bajo las ramas de un sauce, como dos estatuas sepulcrales; las siervas habían compuesto un grupo, el cual, por su actitud, gesto y porte parecía de plañideras, según estaban de afligidas y llorosas; los esbirros se habían parado inertes ante la suprema desgracia y se habían sentido como tocados por el ala misma de la muerte que traían en sus mandatos; el verdugo Evodo se destacaba entre todos y dirigía un sable desnudo á la emperatriz, á fin de que se inmolara ella misma y todo concluyera en cinco minutos.

— ¿Qué traes, Evodo? — preguntó Mesalina todavía cogida del último cabello de sus presentimientos favorables.

— La muerte decretada por Claudio.

— Por Claudio no — respondió Mesalina; — por el malvado Narciso.

— De todas suertes, yo traigo la sentencia, y cúmplela: muere.

— ¿Sabes á quién hablas?

— Mesalina, pudieras dirigirle tal pregunta en verdad á otro que no hubiera vivido en tu palacio y bajo tu techo.

— Soy la esposa del emperador ahora reinante, y la madre del emperador que ha de reinar mañana.

— Ya lo sé. Perdóname, por los dioses, Mesalina; yo no hago más que cumplir órdenes superiores. Has de morir por fuerza; má-tate con esa espada.

— ¡No! — exclamó Lépida. — La heredera de Barbato morirá estoicamente de honroso puñal de su padre. Toma, hija mía, tómalo, y muere con heroísmo; que pronto habrá de seguirte á las eternas sombras y al eterno silencio tu desdichada madre.

— ¡Madre mía! ¡Mis hijos! ¡mis hijos! ¡mis hijos! — exclamó Mesalina reluciendo el puñal presentado por la intrépida madre. — Quiero ver á mis hijos antes de morir. La mujer en mí habrá cometido muchos crímenes; la emperatriz más crímenes si cabe; pero la madre se halla pura. Quiero ver á mi hijos, Evodo, antes de morir, y mis hijos ¡ah! son tus emperadores próximos. ¿Dónde se hallan mis hijos?

— Ya cuidará de su futura suerte y á sus necesidades atenderá su pariente Agripina.

— ¡Oh dioses! ¿Por qué invocas ese nombre? Conozco á Claudio, y veo lo porvenir con presentimientos que sugiere á los moribundos la proximidad terrible de su muerte. Agripina matará con seguridad á Británico, á mi amado Británico, al heredero de la diadema imperial, para que la recoja y herede su Nerón; pero Agripina me vengará de todo, y matará sin remedio á mis dos verdugos, á mi esposo Claudio, y al malvado liberto de éste, á mi verdugo Narciso.

— Mesalina — le dijo Evodo, — ¿para qué curarte de una vida que debe durar tan poco? Vuélvete hacia el otro mundo y ábrete sus

puertas con la espada muy cortante que te presento y ofrezco en obediencia ineludible á superiores mandatos.

— La espada, no. Prefiero, como dice mi madre con razón, el puñal suyo.

— Tómalo, hija mía, tómalo, y ten ánimo, pues yo lo tengo cuando tu puñalada concluirá con dos vidas: con la tuya y con la mía.

— Bien, probémoslo, probémoslo.

Y Mesalina se llevó el puñal á la garganta como para probarlo. Mas apenas había tocado su frío acero en la piel, cuando toda estremecida lo arrojó de sí con horror, y arrojándolo de sí, echóse á llorar con estrépito. Lépida, que lloraba en este instante á gritos también, acompañada por las siervas, que todas á una plañan la muerte y sollozaban á coro, bajóse á



Mesalina

recoger el puñal para entregárselo de nuevo á su hija é insistir en que se diese á sí la muerte y no la esperase de sus esbirros. Pero en uno de los inconscientes actos que situación tal sugería, volvió las espaldas á Evodo Mesalina, y entonces, dirigiendo éste al testuz la espada, como suele dirigirla y asestarla un buen matador al toro, la remató en breve minuto, cual si hubiera empleado el terrible latigazo de una centella. Mesalina dió un berrido semejante al que da joven y robustísima ternera cuando experimenta el cuchillo

de su mataraz en el cuello, y cayó con violencia sobre aquel césped, tiñéndolo con su encendida roja sangre. Las siervas se arrojaron en montón sobre aquel cadáver, cubriéndolo de besos y lloros, en tanto que Lépida se desplomaba en vértigo terrible y presa de convulsiones epilépticas junto á la ingrata, pero infeliz y nefasta hija. Cuando Evodo volvió de aquella carnicería, aún cenaba Claudio. Muy bien comido, experimentó alguna otra necesidad que no debía parecerse al hambre, y preguntó si estaba en su alcoba Mesalina. Cuando le dijeron que no, respondió:

—Pues que venga la sierva Calpurnia.

Y se retiró á dormir. Cuentan que durmió á pierna suelta, sin preguntar de nuevo nunca jamás por Mesalina.





CAPÍTULO IX

AGRIPINA

Al amanecer el nuevo día Roma era otra en realidad. Aquella voluptuosa mujer, cuyos caprichos habían batido sus alas sobre todas las frentes, resultaba una pesadilla tal en los ánimos, que los romanos, ni sabían cómo expresar su gozo por lo acaecido, ni cómo revelar su esperanza en la mejora de lo porvenir. Gran perversidad la que aquejaba el ánimo de los libertos; espesísima noche la que había en sus conciencias; muy largas las manos en ellos, mientras muy corto el juicio; tiranuelos sin escrúpulos, viciosos sin pudor, gárrulos y hasta cruellísimos, aún miraban en torno suyo y á sí mismos con alguna circunspección para todo cuanto disponían, muy al revés de la pobre loca, quien, movida por su voluptuosidad, expedía decretos al impulso de las sensaciones, dañosas tanto por su interna maldad cuanto por sus múltiples arbitrariedades y por sus inenarrables desórdenes. Narciso, Palas y demás, aquellos infelices privados, que pasaban de las ergástulas á los tronos y oprimían al esclavizado mundo romano con la soberbia de quien ha servido, enterábanse por cierto instinto, animal si queréis, pero infalible, por el amor á la propia conservación, de que necesitaban guardar, cual oro en paño, la persona excelsa de cuyo poder y autoridad provenía su fortuna; mas no así Mesalina, la cual, en los

espasmos y estremecimientos de sus nervios, desafinados á la continua, destrozaba al emperador con actos como la boda infame, cual pudiera ignorante niña romper en su movilidad inevitable un precioso juguete. Las humanas sociedades gustan de su propia seguridad en tales términos, que prefieren un mal cierto á un bien incierto. Lo que más las asusta y las obliga, en sus impulsos indeliberados é inconscientes, á escoger un puerto cualquiera, es la incertidumbre. Y todos ignoraban lo que podían temer y lo que podían esperar de Mesalina, encontrándose por tal razón en aptitud propia de recibirlo y aceptarlo todo, menos ella. Así, la muerte suya un poco alivió la neurosis universal. El pueblo rey, muy cuitado en la sazón aquella, pudo perfectamente recabar su libertad nativa de haberla con algún empeño deseado, pues en Tiberio, en el segundo de los emperadores, concluyó aquel cesarismo esplendentísimo brotado del genio de César y robustecido por el talento de Augusto. Calígula subió al trono ya por voluntariedades más ó menos bruscas de los pretorianos más ó menos ebrios. En cuanto á Claudio, salió de un rollo de alfombras amontonado en altísimo desván para elevarse al trono en los alojamientos militares entre lanzones y espadas. Así, algunas almas de acerado temple suspiraban por la República y pedían su restauración. Mas eran almas de historiadores vueltos á lo pasado y de poetas puestos por su genio en las vías conducentes á todos los ideales, y de filósofos pagados del humano derecho: en el pueblo formaban los hierros de sus cadenas como una especie de organismo, y solamente al peso de la tiranía cesárea y á la parálisis del ánimo esclavo se acomodaban las costumbres. Los republicanos llegaban en ocasiones á escalar la tribuna y decir desde sus alturas el verbo creador. Pero la muchedumbre, no el pueblo, la totalidad completa de sumandos que componen una sociedad, no se dejaba guiar por la excepción del genio, y recibía como un gran bien la obediencia servil, que le preservaba de ocuparse á una en el propio gobierno y le permitía consagrar vida y tiempo á todos los placeres. Cuando una sociedad podía pasar, bajo un César leguleyo y retórico, desde la dominación de mujer voluptuosísima y carnal á la de libertos faltos de toda humana dignidad y de todo amor al suelo y al derecho romanos, bien puede asegurarse que se hallaba completamente perdida y sin medio alguno de guardar,

no ya la definitiva robustez proveniente de una ordenada libertad, la precaria débil vida. Los efectos del despotismo ¿podían estar más patentes? ¿Podía haber menos gobierno que aquel fundado en César como Claudio, sin voluntad ni pensamiento? ¿Dónde tocar una demostración tan clara de los bruscos cambios por que pasa el despotismo, cual esta rápida transformación del gobierno de una mujer sola en el gobierno de una oligarquía de siervos operada por operación quirúrgica tan pronta y tan fácil como una cuchillada? Y sin embargo, todo podía esperarse de aquella Roma envilecida; todo, menos que surgiese de nuevo su antigua creadora libertad. Así, nadie preguntaba, tras la catástrofe, qué ley se promulgaría, qué política sustituiría la política mesalinesca, qué rumbo tomarían los hechos y su corriente; por lo contrario, todo el mundo bebía los vientos por averiguar lo que más importaba, por averiguar quién sería la mujer de Claudio, pues de tal accidente particular y privadísimo debía depender la suerte y el destino de Roma. Las candidaturas al sitio dejado vacío en el tálamo y en el trono menudeaban por todas partes. Las mujeres de alcurnia creíanse con derecho á imperar sobre un ánimo tan dúctil como el ánimo de Claudio, y por Claudio sobre una ciudad tan sublime como la ciudad de Roma. Faltando la libertad, á cuya lumbre y calor se forman los partidos, no por eso faltan divisiones y discordias, antes crecen promovidas por causas personales, y cuando más domésticas; y así fórmanse facciones palaciegas, presididas por favoritos, absolutos señores del cotarro, para defender ó apoyar tal ó cual solución política, no á impulsos de consideraciones ligadas con el bien público, á impulsos de particulares y egoístas intereses. Apenas vacante, pues, la sede y la cama imperiales, urdióse un lío de intrigas tan intrincado, que nadie acertaba dónde tal pelota daría, ni que género de mágicos desmadejamientos habrían de necesitarse para desurdir la empelotada madeja. Toda señora romana tendía su anzuelo á pez tan gordo, y se procuraba en el ánimo de los libertos, ya con dádivas, ya con promesas, ya con amenazas, el cebo indispensable para que mordiera y se clavara.

Bajo la fascinación de su candidatura femenil, hallábase, al día siguiente de muerta Mesalina, la más fuerte y poderosa entre todas las candidatas, la que más redes podía tender al pre-

tendido, la que más probabilidades contaba de pescar en aquellos revueltos charcos de las ambiciones femeniles: Agripina. Así, en el gineceo que ocupaba ella, sentíase, por cierto aire de fiesta y cierta no usual actividad, y la presencia de clientes, y la llegada de personajes, todos los efectos del cambio. Agripina se diferenciaba mucho de su recién inmolada rival; ésta puso la diadema de Claudio al servicio de sus placeres y de su amante Silio; Agripina se proponía poner la diadema de Claudio á servicio de sus ambiciones y de su hijo Nerón. Mientras la predecesora todo era escándalo, la pretendiente todo era disimulo. Perversas las dos, resultaba más honda la perversión de Agripina, y por tanto menos fácil de burlar. En aquellos días supremos había reforzado las rejas y rehecho los cerrojos, y añadido á los antiguos número mayor de orientales eunucos para que fiasen á una todos estos guardianes externos de su interna castidad. Estaba, pues, aquel día en su gabinete Agripina como una diosa en su capilla ó cela, cual llamaban á la capilla los romanos. El suelo de mosaicos relucía con el brillo natural á sus multicolores y pálidas piedras. Las columnas de alabastro, rematadas por chapiteles de aureo bronce, sustentaban ricas techumbres, en las cuales fijaba los ojos de vez en cuando la princesa, muy embargada con sus cavilaciones. Hermosas telas de Asia, todas urdidas con sedas de increíble finura é hilillos de reluciente oro, pendían entre columna y columna. La pretendiente vestía una túnica de ligero blanco lino sin mangas que dibujaba sus formas admirablemente y dejaba desnudos los brazos y el cuello; largo manto de roja púrpura la envolvía, cayendo en rozaga que se tendía largo espacio por el suelo. Una sola perla relucía en su garganta; pero el importe de la perla equivalía de seguro á un Imperio. Rollábanse á sus brazos muy cinceladas serpientes de preciosos metales, y calzaban sus pies sacras sandalias al gusto y modo helénicos. Veíanse algunas flores en vasos orientales; pero no los artefactos del excesivo lujo femenil, que tan perdidas y maltrechas traía las familias romanas en aquel tiempo. Nada de argénteos espejos; nada de botecillos con adobos; nada de vestiduras orientales cubiertas por deslumbrante pedrería; nada de rojas cabelleras adquiridas de jóvenes galas ó germánicas y colgadas en las paredes antes de cubrir las vacías mulleras; nada de los aromas indios procurados para per-

fumar las guirnaldas artificiales. Agripina sólo se ocupaba en su cachorro, en su Nerón; y así que los cuidados á su cachorro se lo permitían, consagrábase á la aves, pudiéndosela llamar muy paja-



Agripina, (busto que se conserva en el Museo del Capitolio, *ibid* núm. 14)

ra, como á cierto emperador alemán, si este adjetivo no tuviese tan opuestas acepciones como la del genio festivo y el vestir marrachesco del aficionado á pájaros. En efecto, así el palacio como los jardines de Agripina parecían una colosal pajarera donde se reunían todas las aves del cielo hasta entonces conocidas. La princesa ponía en jaulas aparte los ejemplares más raros y más valiosos de su colección riquísima; pero en cuanto al orden y agrupación, distribuía sus aves por sus voces y las colocaba en tales términos que formaban verdaderos coros en las espaciosas galerías y en las interminables alamedas ¿Quién sabe si de semejantes

aficiones maternas á la música, provendrían las propensiones mismas de Nerón, y su volandero, inconstante y tornadizo humor?

En este día, en el día siguiente á la muerte de Mesalina, visitaba la princesa, como á diario, sus pájaros; mas con cierta distracción, cual si estuviese apartada y divertida completamente del objeto capital de sus recreos. En vano su compañera y esclava Selia le ponía delante de los ojos aquellos bichos más queridos de Agripina y más obsequiados por su tierna solicitud; la extraordinaria mujer se absorbía en pensamientos más profundos y más capitales que los en otra sazón sugeridos por el revoloteo de los pájaros en sus jaulas de oro y por el cántico que podían emitir aquellos alados seres de sus gargantas de flauta. En vano ellos, acostumbrados á las harinas de biscotela, presentadas en la mano de su altiva protectora, y á las caricias, dichas y á los besos dados por sus purpúreos labios interrogábanla con empeño, pedían el acento de su voz con picadas notas, aleteaban como en las horas del celo y la miraban con éxtasis como en los cuidados por el calor de la vida en sus nidos: Agripina en aquella hora no estaba dispuesta de ningún modo á gozos y recreos. Una idea, del todo absorbente, la sobrecogía, y conocíase su anegamiento en ideas altísimas y su enajenación completa de todo aquello que no fuera el embargo de su ánimo, adivinado ya de seguro por quien leyere, y reducido á granjearse la mano de su tío el emperador Claudio. La esclava, sin embargo, sabiendo lo inútil de todo llamamiento á la curiosidad é interés de Agripina, llamábala en observación y realización del deber que le atañía como esclava pajarera en la mansión imperial. Así, le dijo á su señora con suma reverencia y sin ánimo de turbarla en sus meditaciones:

— Hoy, Agripina, las avecillas se quejan todas á una de desdenadas.

— ¡Pobrecillas!

— Mira cómo ésta levanta el pico hacia tus labios, después de haberte requerido á mirarla con sus gorjeos

— Hoy no se fija mi pensamiento en otra cosa que en la suerte del pueblo rey, quizás destinado á grandes amarguras, de optar Claudio por una mujer que se asemeje á Mesalina.

— Si Claudio hubiera de casarse á gusto del pueblo, yo sé perfectamente con quién se casaría.

— ¿Con quién? Preguntó Agripina, sabedora de la respuesta, deseando que le regalaran el oído.

— Pues contigo.

— ¿Lo crees así?

— ¡Vaya!

— Tal vez no lo crea Claudio como tú.

— Debiera saber que ninguna dama en Roma cuenta con el favor popular como tú.

— Tienes razón: á ninguna de las mujeres imperiales ama el pueblo rey como me ama con todo su corazón á mí.

— Justamente, — observó Selia; — y te ama, no solamente por hija de Germánico, tan amado de todo el mundo, y por madre de Nerón, predilecto entre las muchedumbres; te ama por tu afición á los pájaros.

Agripina se mordió los labios al ver por dónde su sierva se descolgaba en la relación de los méritos y títulos de su ama imperial á los entusiasmos populares. Mas, enseñoreada de sí misma, comprendió que no podía la directora de sus pajareras halagarla con un cumplido más precioso de su ánimo, y se repuso de la contrariedad, siguiendo afable, aunque preocupada, el hilo de las frases adonde parara el diálogo.

— Y veo que, bien mirado, tienes razón.

— Condición de los romanos aparece desde lo antiguo gustar mucho del ave, de todas las aves.

— Tienes razón, Selia.

— Bien puedes acordarte, Agripina, de aquella vez que los romanos consagraron ostentosos funerales á un cuervo que mató cierto zapatero, condenado por tal delito implacablemente á la última pena.

— Pues un pueblo así, preferirá una mujer como yo.

— Tan cierto me parece lo afirmado por tí ahora, que tu tordo ha merecido visita en casi todos los romanos por la música de su voz y por lo claro de sus palabras.

— En verdad que habla como un orador, — dijo Agripina riéndose. — Mil veces lo reclamó para sí mismo Claudio; y mil veces yo, caprichosa, héselo negado. Ahora voy á regalárselo.

— ¡Oh! No. Basta con que traigas á tu pariente por aquí á fin de hacerle oír la claridad con que pronuncia el tordo estas tres palabras: *Agripina con Claudio*.

— ¿Ha pronunciado tales palabras?

— Halas pronunciado.

— ¿Tú las oíste?

— Sí.

— ¡Dioses, qué presagio!

— Por eso no tienes ave comparable con tu tordo.

— El ruiseñor blanco no le va en zaga.

— Como que te costó seis mil sestercios.

— ¡Cuán raro ejemplar!

— ¿Y la cotorra verde con su collar negro?

— Esa concluirá por ir al Senado, según sabe de memoria y recita de coro los principales nombres patricios.

— El pueblo se paga de todas esas cosas mucho, y te requiere para imperar sobre él á gritos.

— ¡Cuántos obstáculos!

— Tu firme voluntad logrará vencerlos.

— Hay algunos invencibles.

— Cuentan que Claudio esta mañana, muy sentido, en su abandono, de la viudez procurada por sus libertos, y no por sus deseos, ha jurado, visto cómo se le revuelven sus matrimonios en contrario, no casarse de nuevo.

— La voluntad imperial de Claudio es más muelle y flexible de lo que á primera vista pudiera creerse.

— ¿Qué, pues, te asusta?

— Me asustan las leyes.

— ¿Cómo las leyes?—preguntó Selia con retintín, en cuyas sardónicas resonancias se ocultaba toda una filosofía de la Historia entonces.

— Las leyes.

— ¿Y qué dicen las leyes?

— Pues prohíben el enlace matrimonial entre las sobrinas y los tíos carnales.

— ¡Buena telita de araña las leyes, para que no las rompa el antojo imperial con sólo abrir sus alas!

— ¡Selia!—dijo Agripina con tono de solemne reconvención.

— Agripina, — respondió Selia con tono de profundísimo respeto.

— Fácilmente olvidas que te hallas en presencia de una mujer imperial á quien pudieran herir tus críticas del Imperio.

— Yo creí permitido á mi humildad algún atrevimiento usual en circunstancias más graves.

— Cuando mandaba Mesalina, en que todo iba manga por hombro; mas ahora, en este momento extraordinario, cualquier ligereza pudiera herir á Claudio, y la herida en Claudio abierta podría refluir sobre mi persona.

— No te olvides, Agripina, de que todavía impera en Roma Narciso, y de que, por ende, aún pueden volver sobre ti días tan infaustos como los días en que mandaba Mesalina.

— En verdad, tienes razón, Selia; tienes razón.

— Todavía no estás en los plenos tiempos de la victoria y del poder, sino en los precarios de la lucha.

— En la cual puedo perecer.

— Narciso te odia más que nunca pudo Mesalina odiarte.

— Sí, como que se ha levantado tutor, y tutor poderoso, de Británico.

— He ahí dónde se hallan tus enemigos.

— Como que Narciso lo es mío, y también lo es de Nerón Británico.

— Así no te parecerá mucho que yo recuerde cómo se transforman en telarañas las leyes al capricho, ya de los césares, ya de los libertos.

— Estás en lo justo al decir eso respecto de las leyes políticas, diariamente alteradas por la voluntad imperial; pero yerras diciéndolo respecto de las leyes civiles, muy obedecidas en el romano Imperio.

— Pero allá van, do gustan emperadores, leyes, ora sean civiles, ora sean políticas, ora sean religiosas.

— No tanto, no tanto. Augusto fundó el Imperio sobre los respetos más profundos á la familia, y se necesita grande arresto para desafiar las verdaderas tradiciones romanas y las recientes leyes augustales.

— Vitelio te ayudará, que tiene mucha fuerza en el Senado.

— Lo que yo necesito es, en suma, lo mismo que tú dices: apoderarme, no tanto del Senado, como del emperador.

— Ve con qué razón y fundamento hablaba yo, á pesar del arquear de tus cejas y del retumbar de tu voz.

— Con fundamento me redarguyes, Selia, y no puede una menos de asombrarse viendo cuánto saben de achaques políticos nuestros siervos.

— Nosotros, en estas casas, bien puede asegurarse que somos como las paredes vivas, como las estatuas animadas, como los cuadros movibles.

— Y á vosotras bien puede aplicarse esa célebre frase de *las paredes oyen*.

— Y no solamente oyen; las paredes hablan.

— Tienes razón.

— Y porque oyen, y después de oír hablan estas paredes, necesitan los poderosos de Roma compartir el poder con sus libertos; y en este instante, Agripina, mucho más temes á un liberto, á Narciso, que á un emperador, á Claudio.

— Estás en lo cierto.

— Como que todo cuanto se piensa ó se trama en estos hogares á nuestros oídos llega; y cuando quieren ocultárnoslo, solemos presentirlo en nuestros corazones acostumbrados á latir por nuestros amos, y adivinarlo por la intuición maravillosa que se despierta y se aguza en la desgracia.

— Pues bien; tienes razón, y es inútil ocultarte lo que puedes tú sorprender hasta en los ensueños mil veces patentizados por mis frases incoherentes dichas sin voluntad y sin conciencia.

— Comprendo muy bien todas las dificultades con que tropiezas; y como nosotros amamos al ser con quien vivimos, haría cuanto tú mandases para servirte, como puede servir el puñal á la mano. Y no estando á mi arbitrio hacer otra cosa en tu pro, dirijo plegarias á los dioses, y les ofrezco exvotos para que te protejan á ti en persona y prosperen tu causa.

— Bien lo necesito.

— Pues que los dioses me oigan.

— Yo me propongo dos empeños á cual más dificultoso.

— ¡Ya lo creo!..

— El casamiento con Claudio y la adopción por Claudio de mi hijo Nerón.

— El casamiento me parece más fácil que la adopción.

— No creas tal.

— Pues entonces ambas cosas ofrecerán grandes dificultades.

— El casamiento encuentra una condenación expresa en las leyes nuestras. No hay caso ninguno como el que yo pretendo. Un matrimonio entre sobrina y tío carnales pasa en las leyes, y aún más en las costumbres, cual horrible incesto. Las leyes y las costumbres romanas tienen suma fuerza. Unos emperadores incestuosos, á duras penas podrían imperar en ciudad como la nuestra, tan pagada de sus formas jurídicas y de sus tradiciones legales. La familia resultará siempre la piedra cuadrangular de la Ciudad Eterna. Y no tienes, para convencerte de tal verdad, sino acordarte cómo no pude hallar, ni en las mismas clases inferiores, quien quisiese intentar un matrimonio de tal clase y establecer por una serie de verdaderas excepciones la derogación de semejante ley. Así, cual no se pueden casar hija y padre, no pueden casarse tampoco, dadas las repugnancias nuestras, sobrina y tío carnales.

— Tienes razón; ya voy comprendiendo cómo el matrimonio tuyo con Claudio trae iguales ó mayores inconvenientes que la indispensable adopción de Nerón.

— Yo te lo aseguro; yo me contentaría con ésta, si no la creyera imposible sin el previo matrimonio.

— Sí, porque topas con una dificultad: con la dificultad enormísima de que nunca jamás lograrás reemplazar al hijo de sus entrañas, al amado de su corazón, al varón que generara él, á su Británico, tan predilecto, con un pariente como Nerón.

— Y esta familia de los Claudios, toda ella muy orgullosa, ufánase y se gloria con que nunca se renovó, ni se conservó por medio de las adopciones. El nombre suyo hase perpetuado de padres á hijos por naturales generaciones y con directos herederos. Un extraño, por próximo que fuese al trono, ha podido jamás entroncar con ellos.

— Así, pues, Claudio debe aspirar hoy á que tal privilegio de su familia perdure, y lo mantendrá con empeño hasta vincularlo en su Británico.

- Pero hay un medio de inutilizarlo.
- ¿No me llamarás irreverente, ni te darás por ofendida si te digo que sólo veo yo uno?
- ¿Cual?
- Pues veo solamente la muerte.
- No digas eso, Selia.
- Me parece duro de pelar en ciertos afectos el buen Claudio, y difícil, por tanto, la indispensable adopción de tu hijo.
- Nerón me ayuda con su gracia personal y sus talentos artísticos que traen muy enjotado á su tío.
- Pero Británico proviene de sus entrañas y es la sangre misma suya. Así lo ama por estar persuadido de que es el príncipe carne de su carne y sangre de su sangre.
- Fácil cosa disuadir á Claudio de tales persuasiones.
- ¡Qué se yo!
- Como buen jurisconsulto, encuéntrolo cavilosísimo, y como buen caviloso muy fácil de persuadir á cualquier extrema resolución.
- Lo conozco y sé bien que ha dado sentencias contradictorias, pero tratándose de los extraños; no creo que proceda lo mismo tratándose de los suyos.
- Como la historia de Mesalina ofrece tanto margen á la sospecha, cosa fácil convencerlo de que Británico no lleva una gota de sangre suya en el cuerpo y persuadirle con arte al desconocimiento de este infeliz.
- Cosa grave.
- Pero tamaña gravedad salta en cada renglón de los anales cesáreos.
- No lo dudo, y porque lo dije antes con sinceridad me has reconvenido con dureza.
- Ningún emperador de Roma fué hijo de su predecesor.
- No lo era de César Augusto, no de Augusto Tiberio, no de Tiberio Calígula, no de Calígula Claudio; tampoco, pues, lo será de Claudio Nerón.
- Pero hete dicho, y me reitero en tal dicho ahora, que la victoria del Nerón de Agripina supone la muerte del Británico de Claudio.

— No digas tales cosas.

— Vuelvo á repetirte que nosotros sorprendemos con suma facilidad los pensamientos y propósitos vuestros porque comemos el mismo pan que vosotros, respiramos el mismo aire, vivimos bajo el mismo techo.

— Los nietos de Augusto vivían, cuando ya éste habla en sus rescriptos adoptado á Tiberio.

— No traigas tal ejemplo, Agripina, porque tal ejemplo corrobora cuanto yo he dicho y confirma la sentencia capital que veo yo cernerse, por razón de Estado, sobre la cabeza del joven Británico. Reinó Tiberio, mas á ¿qué precio? Livia necesitó inmolar á todos los herederos naturales de su esposo Augusto para que pudiese reinar aquel su hijo. El veneno sutil, el centurión homicida, el destierro asesino, el odio inextinguible, llenaron de víctimas el trono romano. Tiberio se levantó sobre un pedestal de huesos é imperó por ministerio de la muerte. Agripina, si te crees en el caso de proceder así, procede; imita lo hecho por tu abuela inmortal, fundadora, con Augusto, del Imperio; mas procede con resolución enérgica y no con tibieza estéril. Desde los puestos muy altos hay que mirar los abismos con ojos muy serenos y sin vértigo alguno.

— Mira, Selia, no creo precisos los expedientes á que tú aludes ni la repetición de los ejemplos que tú recuerdas. Todavía no hemos andado la parte más difícil de la vía dolorosa que mi vista columbra; todavía no hemos ido hasta mi casamiento. Pero mi casamiento, que no se detendrá, no, ante la voluntad, flexible siempre, de Claudio, sino ante las leyes romanas, inflexibles de suyo; mi casamiento cambiará los términos del problema en modo tal, que podré con seguridad prosperar á mi Nerón amado sin detrimento de su joven imperial tío, mi primo hermano. Hay medios de conciliarlo todo. Puede tener el uno los poderes imperiales en su mano y el otro las riquezas. Pueden colmarse con honores y con placeres los abismos que dejen vacíos la imperial autoridad y la satisfacción inmensa de gobernar al pueblo. Yo creo necesario ante todo y sobre todo, preparar el gran cambio: mi ascensión indispensable al palacio imperial y mi parte máxima en el gobierno de la Tierra. Luego todo se andará. Yo haré á mi Nerón emperador en Roma y á Británico general en jefe.

— Mas, Agripina, tú lo has dicho mil veces: un emperador en Roma tiene que ser por fuerza un general en jefe.

— ¿General? Y pontífice y tribuno y censor, y el Senado todo, y la suma de los pretorianos, y la ley viva, y el poder supremo, y la grande incontestable autoridad y todas las majestades y todas las grandezas al pueblo-rey congénitas.

— Pues ¿cómo, teniendo que ser todo Nerón, te compondrás para que no sea nada Británico? Dos emperadores no caben dentro de nuestro mundo, como no caben dentro de nuestro cielo dos soles. Tarde ó temprano habrá de acabar Británico en estas porfias con su pariente Nerón, ó éste, á su vez, con Británico.

— A Nerón, al hijo mío, nada puede pasarle mientras viva yo. Desde la hora en que lo engendré, sentí por él una pasión verdaderamente sin límites. No había yo amado la persona de mi virtuosa madre en su santa viudez, ni la memoria de mi padre, tan predilecta del pueblo-rey, ni á mi esposo Eneobarbo, como he querido á mi Nerón, al fruto sacro de estas generadoras entrañas. Cuando lo veo, amo en él todo lo pasado, y en él me anticipo todo lo porvenir. Mis padres en su rostro se me aparecen y mis abuelos; tras de su figura columbro en las lontananzas del tiempo cien hermosos nietos que le han levantado altares á él, y por él á su madre. Así que lo sentí palpitar en mi seno, sentí cómo traía consigo una diadema. En todos los misterios de la gestación, y en todas las sugerencias de su cuerpecillo á mis entrañas, y de mis entrañas á mi cabeza, lo vi emperador, y emperador ceñido de una corona gloriosa. Llevó antes de nacer inequívoca señal del destino reservado á su vida por el cielo. Cuantos presagios me han sorprendido y cuantos oráculos yo he consultado, hanme dicho á una que reinaría Nerón. Y no en vano se tiene la sangre de Livia en el cuerpo; no en vano se procede, como de un dios, del inmortal Germánico; no en vano se ha llamado madre á una mujer como Agripina, universalmente aclamada por todas las legiones; no en vano se ha nacido en tiendas de campaña imperiales; todos estos antecedentes llegan á presentarse por un decreto del destino en maravillosa conjunción y á dar de sí por supremo resultado un joven como Nerón, engendrado y parido para imperar sobre los demás hombres. Yo siento en mis oídos una voz que me dice: «como nieta de gloriosos césares, tú serás del empera-

dor Claudio esposa y madre del emperador Nerón.» Así, no dudo un instante que lo seré, y alzaré yo sola en mis brazos al hijo de mis entrañas al trono de la tierra. Después de haberlo engendrado en momentos de amor inolvidable, sentí-dolo en mi vientre latir, alimentádolo con mi sangre, parí-dolo entre dolores con estoica indiferencia soportados por darle al mundo después de haberle dado vida, voy á colocarlo en el sitio más alto de la Tierra y á ceñirle una diadema que parezca hecha con astros de la noche, y á envolverlo en la púrpura de los césares; con ánimo, no obstante grandezas tamañas, de tenerlo en tutela, para que, si reina él sobre Roma, reine yo sobre él. Así, no me detendré ante obstáculo ninguno, y saltaré sobre todo hasta ver á mi Nerón á la cabeza del mundo y ver extendida mi mano sobre la cabeza de Nerón. Mi persona rematará y coronará á la Tierra.

— Los dioses te oigan.

— Ya me consume la impaciencia por comenzar mi plan.

— ¿No has oído aún á tu consejero Vitelio?

— No, pero vendrá pronto, porque hace una hora que mandé por él y debe llegar ya.

En efecto, apenas había dicho estas palabras Agripina, cuando la voz de un esclavo gritó:

— El senador Vitelio.

— Bien venido sea. Déjanos, Selia — dijo Agripina.

— Que los dioses prosperen tus proyectos — exclamó la sierva en voz alta. Pero en seguida exclamó en voz baja: ¡Infeliz Británico!

— Vitelio, salud.

— Salud mil veces, Agripina — respondió Vitelio.

— ¡Gran día, en verdad, amigo mío!

— De los pocos que entran en cuenta.

— Murió la emperatriz — exclamó Agripina, respirando muy fuertemente y con sumo desahogo.

— Dijeras mejor que la mataron.

— ¡Ya lo creo! Como que, sin la violenta muerte, su piel era durísima en demasía para morir tan joven.

— Y la mataron tus enemigos.

— Cierto. Narciso trajo á mis pies la presa; Narciso en persona.

— Parece imposible la ceguera de que adolece siempre el rencor.

— Yo siempre confié toda mi vida en que la emperatriz caería de suyo al abismo por cualquiera de sus desórdenes.

— Yo no me atrevía en mis meditaciones á pensar en lo porvenir, temeroso, con fundamento, de las bellaquerías propias del bellaquísimo Claudio.

— Cree que Narciso, por odio á mí, deja eternamente la triste adúltera en desorden, si las bodas dementísimas y las increíbles aspiraciones al Imperio de Silio no le alarman y le imponen la terrible necesidad imperiosa de infligir tal pena.

— Entre un peligro cierto, como el atentado de Mesalina, y un peligro incierto, como la sustitución de Mesalina por mí, Narciso ha conjurado el peligro cierto.

— Pues ahora precisa romper en guerra con él.

— Y guerra formidable; que no conozco enemigo más temible.

— Precisa ir destruyendo con acierto y habilidad todas las pretensiones presentadas por protegidas de Narciso al tálamo de Claudio.

— ¿Ganaste á Palas?

— Lo gané.

— ¿Le ofreciste toda suerte de larguezas...

— ¿Le ofrecí? Larguéle ya las primeras.

— Aunque nunca tuviera en el ánimo de Claudio la privanza que Narciso, priva mucho todavía.

— O yo desconozco la naturaleza del emperador, ó yo creo que no le perdona en su interior á Narciso la muerte de Mesalina, en quien halló siempre su naturaleza sensualísima un manantial de placeres.

— Tienes razón, Vitelio. Imposible de todo punto librar empresa ninguna sólida sobre voluntad tan incierta como la voluntad de Claudio. Parece imposible que engendrara hombre tal como Dru-
so un hijo tan desmedrado en voluntad é inteligencia cual su Claudio. Aquél llevó las naves romanas por primera vez al Gran Océano, y éste capaz es de ahogarse con facilidad en cualquier vaso de agua. Así, los primeros ciudadanos acompañaron el cadáver de tan grande general á Roma, y el Senado le alzó un arco de mármol en conmemoración á sus victorias. Dotado de excelentes cualidades y apasionado por la gloria militar, amaba con ella la libertad an-

tigua. Si hubiera en su persona residido el poder alcanzado por Augusto, restaura la República. Mas Claudio no se le asemeja en cualidad ninguna. Enfermizo desde su nacimiento, no dispuso



Arco de triunfo erigido en Roma en conmemoración de las victorias de Druso
(estado actual)

del tiempo y de la vida sino para sufrir y llorar. Su madre Antonia, que anduvo muy enferma en el embarazo, lo creía un aborto y apenas lo contaba entre sus hijos. Su hermana Sivila lloró, cuando un adivino le anunció que reinaría Claudio en Roma, lloró amargamente por el pueblo romano. En las cartas de Augusto á su mujer Livia y en las cartas de Livia á su marido Augusto departen muchísimo acerca del nieto éste, y convienen á una en que jamás podría lograrse tal niño por su flaco cuerpo y su extinto ánimo. Al revés de lo que suele pasar, en el común de los

mortales que sienten despertarse la voluntad mucho antes de que se despierte la inteligencia. Claudio sintió despertarse de joven la inteligencia y la fantasía en él, pero no la voluntad. Amó á Mesalina, y no quiso ni corregirla ni castigarla. Receló que Silio le birlaba el Imperio, y si Narciso no le va con empeño á la mano y no lo persigue con actividad, se calza el conspirador su Imperio. ¿Qué puede aguardarse de un hombre tan por extremo cambiante?



Druso, padre de Claudio

¿Qué puede uno prometerse de aquel que no ha de fijarse por completo en nada y que no querrá en el mundo á nadie por la parálisis de su voluntad? Augusto no le dejaba ir á los banquetes pontificios sino en compañía de algún maestro y guardián, bajo el temor de que hiciese cualquier barbaridad, cuando ya estaba muy entradito en años y debía reflexionar sus propósitos madurándolos con tiempo. Siempre le dijo que no asistiese á los espectáculos, pues lejos de servirse de ellos, él servía de verdadero espectáculo á los demás. Así, no le habréis visto en el Imperio ni de Augusto ni de Tiberio ni de Calígula sacrificar, como los demás príncipes imperiales, en el monte Albano, ni mucho menos concurrir á las latinas fiestas. Una vez que pidió el consulado á su tío Tiberio, desesperado este César de que pudiese optar á ningún cargo público, le respondió con la siguiente carta irónica: «Te mando cuarenta piezas de oro, para que te diviertas en las saturnales y en las sigilarias.» Y sin embargo, le da por la oratoria el naípe. Callado en la vida privada, tímido como una muchacha, balbuciente, creíanle idiota y mudo sus afines, por lo cual de niño, cuando lo dejaban un tanto suelto á la sobremesa, todos los huesos de aceituna y todos los huesos de dátil iban á rebotar en su rostro, y se lo pintaban con tal número de maculillos, que parecía, en verdad, al acabar de comer, pintado de viruela; y sin embargo, si le presentaban cualquier tema retórico y cualquier tesis poética ó jurídica, disertaba sin tregua ni término, á roso y belloso. Y este orador tornadizo déjase dominar de las esposas y de los libertos en tales términos, que

siempre se halla bajo una reconocida tutela. Tres mujeres ha contado y en las tres ha tenido sucesión. Una de sus mujeres fué Vigulanila, en quien tuvo Druso y Claudia; otra Petina, en quien tuvo Antonia; otra la inmolada por Narciso ayer, en quien tuvo Británico y Octavia. Quiso mucho á Druso, que llevaba el nombre de su padre, y lo descuidó tanto que se le murió ahogado en Pompeya; quiso muchísimo á Claudia, y la expuso desnudita sin compasión ante la puerta del hogar de su madre repudiada, porque dice habíala ésta tenido de su siervo Boter. Y no quiero decirte cuántos dueños ha tenido en su misma servidumbre. Imposible contar los libertos que han mandado en él; verdaderamente imposible. El eunuco Pericles recabó de manos del emperador, con escándalo de todo el ejército, una lanza de caballero en Bretaña; casó al esclavo manumitido Félix con tres reinas; al gréculo Arpocras le concedió el distinguidísimo derecho de ser conducido en litera; al siervo lector Polibio le colocaba, como si fuese un César en persona, entre dos cónsules; al perverso Narciso le ha entregado todos los poderes y al buen Palas todos los dineros públicos de la Ciudad Eterna. ¿Quién puede apoderarse de una voluntad así?

— Hasme, Agripina, refrescado la memoria con todo este relato, y en verdad te digo que tu acusación fiscal de Claudio aparece á mis ojos como una defensa jurídica de nuestros propósitos. Muchos obstáculos se alzan y muchas barreras se tienden y muchos inconvenientes se suscitan en el camino que conduce desde nuestra situación presente hasta el trono imperial. Pero yo fío en tu estrella y en la mía. Hemos empezado una conjuración y hay que terminarla. Hemos decidido que tú heredes á Mesalina hoy, que mañana herede Nerón á Claudio, y hay que perfeccionar esta grande obra. Conozco las dificultades; pero me propongo superarlas, pues la victoria se acrecienta en mérito á medida que tiene fuerza mayor la resistencia. Veo cómo Narciso, tu implacable contrario, priva hoy mucho en su ánimo; pero también privaron otros y los olvidó, cuando no los detestó: veo que su Británico le atrae más ahora que cuando vivía Mesalina; pero también le atrajo Druso y lo dejó ahogarse allí en las riberas del Tirreno. Tras todo cuanto has dicho, creo que tú llegarás á emperatriz y á dominadora; podrá costarnos mucho penetrar en el ánimo de Claudio; pero, entregado y ren-

dido, ya nos daremos traza de poseerlo y oprimirlo toda su vida. Vamos en pos de tres logros: primero, el amor de Claudio á ti; segundo, el matrimonio tuyo con él, á consecuencia de tal amor; tercero, la consiguiente adopción de tu hijo, á consecuencia de este matrimonio. El primer logro queda sometido á tus encantos y tu influencia sobre la persona de Claudio. En cuanto á la celebración del matrimonio legal y á la dispensa del parentesco estrechísimo; como asunto que atañe al Senado, yo lo arreglaré á mi sabor entre los senadores. Así que sepan éstos como dominas tú á Claudio, caerán de hinojos á nuestras plantas y se rendirán á discreción bajo nuestros caprichos; luego la consiguiente adopción de tu hijo la ultimaremos entre nosotros dos. Para todo ello contamos con el influjo de tu talento sobre el espíritu de Claudio, y con el influjo de tus gracias sobre su físico, y con el arte de tus intrigas sobre sus rescriptos. Además de tan poderoso factor tenemos la codicia de Palas, que después de haberse chupado la medula de Roma, todavía llora por lo que aún queda, y pega tras Narciso, á fin de quitarle toda influencia; y como sabe que no puede quitársela sino mediante tu persona y tu influjo, prosperará con todas sus fuerzas estos dos asideros de su fortuna. Mas para obtener la dirección del Imperio, para obtener la dispensa del parentesco, para obtener la adopción de tu hijo, necesitase que sites y rindas á Claudio. Requiere, pues, todas tus armas. Expide á sojuzgarlo todos tus hechizos. Cautívalo primero por la sensualidad, á que Mesalina debía el dominio sobre su cuerpo; no te hagas, pues, la pudorosa y la descomida. Luego tiende asechanzas á su vanidad y orgullo de artista. Persuádele á creer que tendrá una colega en el trono, una colaboradora en el tribunal, una copártcipe de sus trabajos literarios en la biblioteca. Y conseguidos estos apetecibles logros por ti, yo conseguiré con facilidad que tu matrimonio sea por los patricios reconocido y que Nerón sea por el emperador adoptado.

— Habrá para todo esto dificultades infinitas.

— Así lo creo; mas vuelvo á repetirte que no valen tanto las porfías humanas cuanto urgen para prevalecer y triunfar.

— Veremos.

— Desde luego Narciso está ya parapetado contra nosotros.

— Enemigo formidable.

— Por de pronto ha tomado de asidero á Británico.

— Quien le marrará, en cuanto yo lo aperciba todo para que prevalezca mi Nerón, ya muy valido en el concepto de su tío.

— Y luego ha escogido para esposa de su pupilo...

— Buen apodo, no es más que un pupilo Claudio de su liberto.

¿Quien pretende darle tal tutor de esposa?

— No vas á creerlo.

— ¿Quién? Acaba.

— ¡Si me parece mentira!...

— Dilo de una vez, Vitelio.

— Pues, Petila.

— ¿Petila?

— Petila, repito.

— ¿Pues no la repudió Claudio?

— ¡Vaya si la repudió!

— ¿Y á una repudiada la reinstalarán en el trono?

— La reinstalarán.

— Cualquier día ordena que le resuciten Mesalina en persona.

— Y no me maravillaría tal intento.

— Es una pobre muchacha Petila.

— Tienes razón.

— Falta de todas aquellas facultades que necesita el emperador, falto, á su vez, de activa colaboración á sus obras imperiales que le traen fuera de sí. Claudio, más que una mujer para el tálamo, necesita en su edad una compañera para el trono.

— Mala elección la de Narciso.

— Sin embargo, apela con grandes insistencias á la memoria del emperador.

— ¿De veras?

— De veras.

— Mal camino.

— ¿Por qué?

— Porque si Claudio tiene poca voluntad, aún tiene menos memoria.

— Como que muchas veces hase olvidado de sus propios hechos hasta un extremo increíble: hasta ordenar que se presentasen á su tribuna aquellos mismos condenados á muerte por él.

— Idos con esas, con recuerdos de juventud, á un testuz de buey como el suyo.

— Pues Narciso le presenta los días del primer amor.

— No fué ni siquiera el primer amor.

— Verdad.

— Fué su segunda esposa.

— Pues pintar como querer se llama eso; porque Narciso cuenta con empeño cómo la novia propuesta por él tuvo encantado á Claudio en la pubertad.

— ¡Buen bribón y embustero Narciso!

— Dícenme que le promete á Claudio nuevos abriles de su vida, un rejuvenecimiento de la sangre, una floescencia de la fantasía, un aleteo de las ideas, un calor del corazón, una esperanza del alma, si recupera la joven de sus segundas nupcias todavía florida y hermosa.

— Pero Claudio se curará bien poco de tales mentidas fantasías.

— Bien poco.

— Hay aún otras candidaturas y otros proponentes.

— ¿Quién?

— El proponente Calixto.

— ¿Y la propuesta?

— Lodia.

— Tampoco doy crédito á mis oídos.

— ¿Por qué?

— Porque Lodia sólo presenta en su pro la riqueza.

— ¿Te parece poco?

— Muy poco.

— Pues todos nos desvivimos, quién más, quién menos, por las riquezas.

— ¡Buen caso puede hacer el emperador de las riquezas, perteneciéndole, como le pertenecen, cuantas hay en poder de sus súbditos!

— Pues mira: un poco debe servirnos la riqueza para granjearnos lo que necesitamos.

— ¿Cómo?

— Yo cuento mucho con el poder de tus gracias sobre Claudio; pero no cuento menos con el poder de Palas.

— ¿Y qué?

— Pues todo el poder de Palas se contiene y encierra en estos dos artículos: primero, en las innumerables riquezas; y segundo, en su calidad de acreedor al César.

— Le presta el mismo dinero que le roba.

— Chist... ¡Agripina!

— Tienes razón, Palas está por nosotros.

— Hay que mentarlo para bendecirlo únicamente.

— Gracioso caso el proponer á Lodia.

— ¡Qué quieres!

— En tiempo de Augusto no campearía por sus respetos como ahora.

— ¡Ya lo creo!

— No permitía el emperador lujos como el insolente de tal imbecil.

— Sí; Augusto creyó que, restaurando los antiguos trajes, restauraría las antiguas costumbres.

— Yo pido tu atención para estas consideraciones tan sólo, Vitelio.

— Di,

— Tiene perlas que han puesto en olvido las perlas de Cleopatra.

— ¿Perlas? Y cuanta pedrería puede existir en el mundo.

— Como que se calcula un solo collar de Lodia en seis millones de sestercios.

— Lleva, pues, una provincia en el cuello.

— No sucederán tales cosas cuando yo reine.

— ¿Qué te propones?

— Moderar el excesivo lujo romano.

— Tarde lo conseguirás.

— Reharé las costumbres.

— Inútil empeño.

— ¿Lo juzgas así?

— ¿Pues no he de juzgarlo? ¡Vaya si lo juzgo! Tu intento de restaurar las viejas costumbres por medio de los rescriptos, parece mucho al intento de los que pretenden restaurar el régimen republicano por medio de las conjuraciones.

— Soy la hija de Germánico.

— Y por ser la hija de Germánico, á quien el pueblo adoraba, puedes prometerte, si reinas, el favor de un pueblo muy adscrito á sus glorias. Pero será más fácil á estos romanos del Imperio aclamarte que obedecerte.

— Yo, hija de Germánico, madre de Nerón, mujer, si llego á serlo, de Claudio, prevaldréme de todas estas preeminencias para mejorar el Imperio.

— Todo eso está bueno para dicho, mas difícilmente se hace.

— Pues ríete cuanto el gusto te lo pida hoy de mis proyectos: propóngome no solamente mejorar el tiempo que corre; prepararme y preparar mejores días á Roma en el tiempo que se halla por venir.

— Y ¿con qué para todo eso cuentas?

— Con mis fuerzas.

— Muy grandes, pero que habrán de romperse contra lo imposible.

— Cuento con mi Nerón.

— ¿Con tu Nerón?

— Sí.

— Nadie desea tanto como yo que tu Nerón impere.

— ¿Pues entonces?...

— Tu Nerón, como todos los niños, es hoy un enigma.

— Enigma que yo descifraré.

— ¿Con qué medio?

— Con el medio de una educación esmeradísima.

— Como las leyes pueden poco sobre las costumbres, pueden menos aún sobre las complexiones y las naturalezas esas nonadas que se denominan instrucción, educación y demás.

— Pienso poner junto al hijo niño el joven Lucano.

— Gran poeta, sublime poeta.

— Y á fuer de buen español, con tanta fuerza en su voluntad como en su inteligencia.

— Pero con grave defecto.

— ¿Cuál?

— Sus ideas republicanas.

— Eso no importa.

— ¿Un republicano junto á un emperador?

— ¿Y qué?

— O el republicano acabará con el emperador, ó el emperador acabará con el republicano.

— Las ideas republicanas han quedado cual moda intelectual de los espíritus superiores.

— Si Lucano proviniese de Grecia, no tendría nada que decir. Todas sus aspiraciones políticas reduciríanse á sentidas nostalgias y á bellas elegías. Pero un español.....

— ¿Qué temes?

— Que haga lo contrario del heleno.

— ¿De veras?

— Y tan de veras.

— No comparto tus temores.

— Acuérdate, Agripina, de un caso histórico, el cual no debe caer en olvido, proponiéndote, como te propones, apoderarte de Claudio, ó por medio de Claudio imperar sobre Roma.

— ¿Cuál caso histórico?

— Pues aquel que más demuestra la indómita constancia de los españoles. El mundo había callado á los conjuros del César. Aquel genio suyo sobrenatural marcaba con el hierro de la servidumbre, no solamente á los nacidos y criados en su tiempo, á los mismos que generaran sus contemporáneos. Pompeyo había muerto tras Farsalia, y con él parecían muertos á una todos los republicanos del mundo sin excepción. Sin embargo, en tal estado, levantáronse los republicanos de la Bética, dirigidos por los retoños de Pompeyo, y diéronse tal traza contra César, peleando enérgicamente, que tu divino predecesor se contentó con salvar la vida; y del terror experimentado en tan supremo trance llegó á flaquearle un poco la razón. De Bética Lucano, de regiones donde la República tuvo mártires, no solamente después de Farsalia, después que Bruto muriera en Filipos y Catón en Útica, temo las ideas que podrá Lucano sugerir á Nerón, pues lo juzgo tan republicano como su patria, Córdoba, y tan tenaz como su región, España.

— No importa. Sienta bien á un emperador la profesión de ideas republicanas. Como éstas no pueden cumplirse nunca sin la voluntad tenaz del pueblo, y carezca el pueblo de voluntad, sientan to-

dos esos ensueños anticuados y todas esas ideas jurídicas y todos esos arqueológicos arreos á un joven que ciñe la corona del mundo, y que, por lo mismo, hará cuanto quiera todo el mundo. En Roma sólo sueñan con la República cuatro dementes, amén de que las exaltaciones vehementísimas del poeta Lucano ya sabrá corregirlas y contrastarlas el frío juicio de su maestro Séneca.

— ¿Séneca? — preguntó asombrado Vitelio.

— ¿Te maravillas?

— Pues echas al fuego leña. Séneca es un estoico.

— Y ¿qué?

— La filosofía estoica trae consigo la idea republicana.

— Como si no trajera cosa ninguna, puesto que á todas luces resulta esa idea irrealizable.

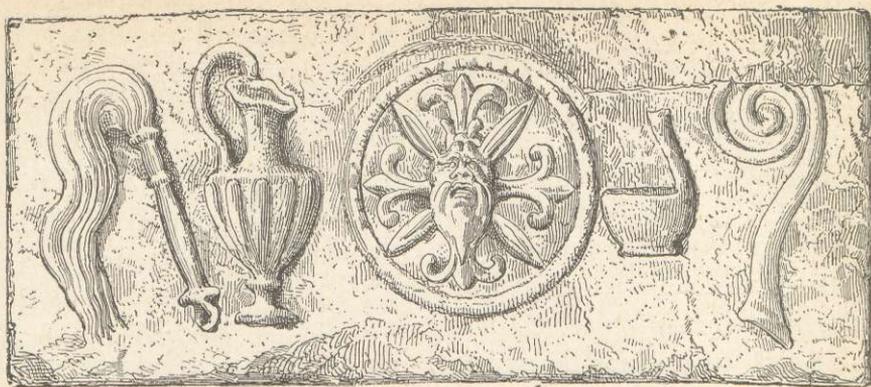
— Además, le dirá Séneca una cosa en máximas y hará lo contrario de todo cuanto dijere.

— ¡Miren qué dificultad! Inútil buscar un sabio á quien de seguro no le suceda cosa igual.

— Mas para traer á Séneca junto á tu hijo, necesitas vencer invencibles repugnancias de Claudio.

— Pues cuando pensamos vencer las que se oponen á mi matrimonio, las que se oponen á la consiguiente adopción del hijo mío; las que se oponen á la desgracia de Narciso y á la de Británico, ¿imaginas que me parecerá un monte la vuelta de Séneca el filósofo á Roma y á la corte?

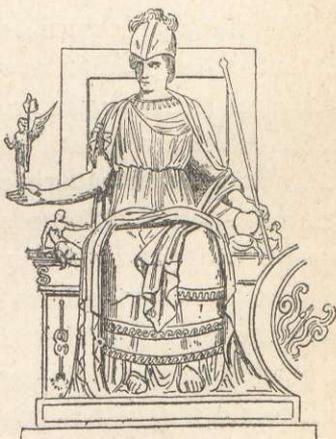
— Hágase tu voluntad. Sean en buen hora Séneca su maestro de ciencia y Lucano su maestro de poesía; pero debes recogerte mucho en ti misma para decidirte á cualquier medida respecto de tu hijo Nerón. Vástago de una familia como la tuya, recela un poco de la sombra que pueda proyectar sobre tu frente. Luego no mejora su condición moral el aportamiento de sangre que tu esposo llevó á su vida. Entre los Enobarbos contáronse muchos viboreznos, y los viboreznos diz que devoran á sus propias madres.



CAPÍTULO X

BIBLIOTECA DE CLAUDIO

Hallábase, poco después de las escenas anteriores, Claudio en su biblioteca particular, la cual tenía las ventanas principales al Oriente, según costumbre de los romanos, creídos de que tal orientación prosperaba la vista por su clara luz, bien igual siempre, y preservaba los libros de vientos cálidos, á cuyo soplo pululan gusanos y polillas. Viejos papiros orientales, cargados con escrituras cabalísticas ó con jeroglíficos egipcios, y pergaminos de Occidente y tablas cubiertas de cera donde abrió el punzón claras líneas, constituían la riqueza de aquel rincón de los palacios, donde los aficionados á lecturas y estudios, como Claudio, esparcían ó recreaban su ánimo, nutriendo de ideas la inteligencia más ó menos abierta, en aquella época de profundo escepticismo, á todos los soplos del humano espíritu. En estantes de olorosísimo cedro incrustados con lucientes marfiles de Libia y concluidos por bustos recordatorios de antiguos renombres, reunía el César la copia de



Diosa Roma

riquezas literarias y científicas que pudieron haber á mano sus vanidades y sus codicias de sabio. Las siete clases de papel mencionadas por Plinio en su *Historia Natural* y los más bellos pergaminos inventados en Pérgamo para Éumenes, así como los llevados por Alejandro desde las orillas del Eufrates á las orillas del Nilo y transportados por la diosa Roma desde las orillas del Nilo á las orillas del Tíber, no daban abasto á la curiosidad insaciable del emperador neurótico, empeñado en dominar las almas como dominaba los cuerpos de aquellos, antes indomables, y entonces ya rendidos, romanos. En el día que aquí traemos á colación, acababa de desenrollar cien rollos; poner unas sobre otras innumerables tablillas; mirar y remirar las encuadernaciones purpurinas y rosáceas atravesadas por pajillas de oro; examinar las hermosas letras cubitales que iniciaban los capítulos varios; leer desde novelas incoherentes hasta libros filosóficos profundos á granel, sin haber con todo ello calmado los anhelos de su espíritu ni contenido el desarreglo de sus nervios, cuando después de haber despedido los retóricos que le adobaban temas selectos con más ó menos competencia; los jurisconsultos que respondían á sus preguntas jurídicas ó daban soluciones á sus problemas intrincados; los filósofos que le sacaban ó extraían de los libros apotegmas ó sentencias; los gramáticos que le procuraban ejemplos bilingües del bien decir heleno y latino, y aun los bibliotecarios y amanuenses, de los cuales arreglaban los unos las estanterías y afinaban los otros las hojas y las encuadernaciones, entregóse á sus recuerdos, á sus pensamientos, á sus propósitos. Muy desordenados éstos debían en aquel instante andar, y muy peligrosos debían ser, cuando Narciso, en la gobernación pública ocupado desde la muerte de Mesalina, por tanto embargadísimo en máximas y múltiples labores anejas á la horrible abrumadora carga de un Imperio, que se identificaba entonces con el mundo conocido, lo dejaba todo y seguía constantemente á Claudio como al cuerpo la sombra. En efecto, Claudio, ya se levantaba y se volvía de nuevo á sentar maquinalmente; ya se dirigía con violencia á un armario, no como si buscase algo, como si persiguiese á alguien; ya se tendía en los lechos para esperezarse un momento y volverse á levantar; ya sacaba los cajones de su sitio para echarlos al suelo con estrépito y abría las ventanas

para que penetrasen los aires á su arbitrio, sin saber, en realidad, lo que hacía, presa de una zozobra muy semejante al extravío y al delirio. Narciso, que á maravilla lo conocía, dejábalo hacer á su gusto, mientras no dispusiese cosa dañosísima para él mismo y para los suyos, confiando en que al fin y á la postre vendría tras el movimiento el reposo y tras la inquietud el sueño, por una compensación de la Naturaleza. Así, leía con una grande concentración de ánimo y espíritu, mientras vagaba de aquí allá Claudio en su neurosis. Pero ¿cuál no sería su asombro cuando éste se acerca de pronto á él, y sin más ni menos le dirige la súbita pregunta que sigue?

— ¿Y Mesalina?

— Mesalina... Mesalina... — exclamó por toda respuesta Narciso, erizándosele á tal pregunta los cabellos y esparciéndosele por todas las fibras de su cuerpo un escalofrío que tiraba casi á un sacudimiento epiléptico.

— ¿Me vas á tener siempre así? — preguntó de nuevo el emperador con gesto y ademán que decían bien á las claras cuánto le molestaba el abandono en que había caído su corazón inerte á la soledad tristísima de su prematura y violenta viudez.

— Claudio, como has pasado la noche con Calpurnia, yo te creí satisfecho.

— ¡Calpurnia!

— Hermosa esclava, no desatendida ni en los tiempos de tu mayor devoción al matrimonio.

— ¡Vives á mi lado hace tantos días y no me has comprendido aún!

— ¿Cómo?

— Cuando yo te pregunto por mi mujer sales recordándome mi manceba.

— ¡Claudio! — exclamó Narciso, convirtiendo sus ojos á puertas y paredes, en requerimiento de si alguien oía semejante conversación, la cual pudiera traerle aparejada una desgracia y tras la desgracia la muerte.

— ¿Tú crees que necesito la mujer yo para un instante como el perro á la perra?

— Ya sé, Claudio, cómo la mujer preferida te acompaña en toda

tu existencia y te ayuda con sus consejos á llevar la carga del Imperio.

— Pues conociéndolo, necesito reemplazar á Mesalina con esposa nueva, como reemplacé con Mesalina mi segunda repudiada esposa.

— ¡Por Hércules! — exclamó Narciso rechinando los dientes de terror.

— Tú sabes que no me acompañan mis mujeres tan sólo en el tálamo nupcial. Yo les hago leer los propios libros, leídos por mí, en la biblioteca. Yo las siento á mi lado en los tribunales. Yo las asocio á mis triunfos. Mesalina pasó conmigo so los arcos de mármol, sobre la Vía Sacra, subiendo al Capitolio arrastrada por caballos helenos en carroza de marfil y oro, con la corona triunfal sobre sus sienes.

— Cierto.

— Pues bien; yo quiero una mujer de quien asesorarme con verdadero acuerdo en mis necesidades intelectuales, y de quien valerme para defensa contra mis dolores y para ornato de mi autoridad y de mi nombre.

— ¡Oh! — Y Narciso verdaderamente sudaba, porque todas aquellas condiciones que para mujer imponía Claudio cuadraban al tipo de Agripina, con la cual no podia él transigir por su adhesión á Británico y por su odio á Nerón.

— En otro tiempo — seguía diciendo Claudio, como si hablase consigo á solas — predominaba en los matrimonios más el amor sobre los demás afectos; hoy debe predominar el interés sobre todo, el interés de mi Roma, el interés de mi autoridad, el interés de mi nombre. Así, necesito una esposa de inteligencia y sangre clarísimas.

— Yo, Claudio, no me opongo á tu matrimonio. Conozco perfectamente que necesitas casarte, no sólo por varón, también por emperador; pues así como la vida varonil es fuerte y rudísima y pide para su complemento la delicadeza y la gracia de una mujer, á las cargas del Imperio deben ocurrir, para la mitad por lo menos de la vida imperial, femeniles hombros. Tan bellas cariátides mantienen muy firme y muy segura la sede imperial. Cuando he creído advertir en ti alguna repugnancia, después de tu viudez, al matrimonio, he concitado á los Padres conscriptos para que te conjurasen á bus-

car de nuevo esposa. Por consiguiente, yo te muevo á que, Claudio, te cases, y te cases pronto.

— Mas necesito que me busques mujer; yo no tengo tiempo de procurármela, y ni siquiera fuerza para escoger entre tantas como á cada paso mío surgen presentadas por mis libertos, en cuyo afecto hacia mí creo y cuyos consejos á la continua sigo.

— Ya sé, ya sé cómo cada cual tira del asunto para sí, mientras yo lo miro tan sólo por el lado de tu felicidad personal.

— Pero me propones una vuelta sobre mis pasos en el camino de la vida.

— Yo propongo el rejuvenecimiento de tu vida y la florescencia de otra primavera en tu alma: te propongo tu primera mujer.

— ¡Elia!

— Sí, Elia.

— La quise mucho.

— Volverás á quererla.

— ¡Pasó de nuestro amor tanto tiempo!

— La repudiaste por increíbles sutilezas.

— La repudí porque así me lo propusieron en la corte.

— Si la hubieras tenido á tu lado, la paz reinara en el Imperio.

— Verdad.

— Pues tras esta larga experiencia, lo que debiera sugerir un seso maduro á una voluntad experta es el casamiento con aquella que ha guardado entre tanto vicio la virtud y entre tantas contradicciones el amor.

— Vamos, Narciso, no encuentro árbol donde ahorcarme. Acostumbrado desde mi niñez á oiros y obedéceros, por haberme ido así perfectamente, ignoro qué hacer y vivo en continua perplejidad.

— Estado habitual en ti.

— Yo he atendido, entre mis libertos, á ti en primer término; después á Calixto; por fin á Palas. Pues bien: tú me propones á Elia, que representa el amor en mis recuerdos; me propone Calixto á Solia, que representa la riqueza en mis arcas; y me propone Palas á Agripina, que representa la gloria y el poder á mi lado.

— Pues oye mi consejo y prefiere mi propuesta.

— ¡Qué sé yo!...

— Para el matrimonio no hay como el amor.

— Para el matrimonio vulgar; mas acuérdate de que tratamos aquí del matrimonio de un emperador.

— El amor granjea la felicidad, y la felicidad sirve para todo en el mundo. A un hombre feliz se le aceran los músculos, se le aumenta la voluntad, se le centuplican las fuerzas.

— No te olvides, Narciso, de que la compañera escogida hoy por mí habrá de acompañarme ya en la vejez y en la muerte. Todas esas ventajas que tú dices, las procura, cierto, el primer amor; pero le matan y entierran á uno en el trono.

— Mas ¿para qué necesitas, por ejemplo, la riqueza prometida en el casamiento con Solia? — le preguntó Narciso proponiéndose descartar otros candidatos antes de hallarse frente á frente con la que más terrible consideraba él, con la candidatura de Agripina.

— No creas que tan sobrado estoy de dinero. Hanme familia, clientes, cortesanos, partidarios, la turba de mis gentes todas, con tal violencia saqueado, que le aqueja irremediable penuria, dado su poderío, al dueño del mundo. Créeme, créeme; no me gusta Solia por mil razones; pero la única bastante para en mi hogar con gusto reinstalarla, pudiera ser su riqueza, muy necesaria hoy á mi tesoro imperial, exhausto completamente.

— Pues entonces — exclamó Narciso, quien lo prefería todo al matrimonio con Agripina, — si el amor de la bella Elia, tu primera mujer, no te cautiva, entrégate á la riqueza de Solia, tu segunda mujer, ya que necesitas dinero.

— Si me casara por satisfacer el sentido, casaríame con Elia; si me casara por repletar las arcas, ¡oh! casaríame con Solia. Pero hay razones de familia, las cuales obliganme á casarme con Agripina.

— ¿Con Agripina? — preguntó Narciso como si le mordiera una víbora.

— Con Agripina — recaló Claudio.

— ¡Ah! — Y se pasaba por la frente, por las mejillas, por los ojos, la mano, el cuitadísimo liberto, cual si quisiera sacudir una fascinación.

— ¿Te pones malo?

— No.

— Pues el rostro hase demudado en términos que te creería enfermo, pero muy enfermo.

— No tengo nada. Quizás un mareo, quizás un vértigo me asaltó, y se acaba de desvanecer pronto, muy pronto.

— Sé franco; Narciso, el nombre de Agripina ¿te desplace?

— Pues lo soy. Me desplace mucho.

— Ya lo sabía.

— Y me desplace por ti.

— ¿De veras?

— De veras.

— ¡La hija de Germánico!

— Que no ha sacado las virtudes públicas de su padre inmortal.

— ¡El renuevo de la grande Agripina!

— Que tampoco ha sacado las virtudes privadas de su madre ilustre.

— No hables así de mi sobrina carnal.

— No sería el primer enemigo con quien tropezaras en tu familia. Pues carnal sobrina tuya, este parentesco la inhabilita para entrar como esposa en tu casa y en tu lecho.

— El senador Vitelio ha presentado á la ilustre asamblea de los Padres conscriptos una proposición abrogando el impedimento legal, que, votada por aclamación, facilitará así el completo logro de un deseo antiguo.

— Que tu propio sentimiento no te sugiere, sino ese Palas, conchavadísimo con ella por amores y por dineros prestados de antiguo, y cuyo importe y cuyas consecuencias te imponen á ti ahora con inaudito descaro.

— Los romanos aman á mi sobrina.

— Porque los tiene, como á ti, engañados.

— Las glorias de Germánico y de Agripina, sus padres, se cruzan sobre su frente.

— Y también las infamias de su marido Enobarbo, y las herencias de su abuela Solia, la más perdida entre todas las princesas romanas.

— Es austera.

— De presencia exterior; pero por sus hechos epicúrea y voluptuosa.

— Es orgullosa, é impondrá respeto.

— No es sino soberbia, y despertará cólera.

- Todavía es joven.
- Y por lo mismo ambiciosísima.
- Todavía es hermosa.
- Como son hermosas las panteras también.
- Muy fría, sirve para las reflexiones pedidas por la razón de Estado.
- Y también para las traiciones.
- Todo el mundo la venera.
- Menos quien la escupe.
- No.
- Sí.
- Pierdes la razón siempre que hablas de Agripina.
- No pierdo nada; lo que hago es ganar un litigio en favor tuyo.
- ¡Desvarío!
- Porque digo la verdad; porque recuerdo cómo le pusieron las manos en el Foro un día sobre las dos mejillas. Quiromántica y astróloga y bruja...
- ¡Narciso!
- Auguráronle sus adivinanzas y sortilegios que Galba, el potentado Galba, sería emperador; y movida de sus locas ambiciones, púsole tales sitios é hízole tantas instancias, que, ofendida la madre del perseguido, la escupió y abofeteó en el Foro.
- ¡Qué cosas tienes, hombre, y qué cuentecillos renuevas en la memoria!
- No hay más que mirarla para ver la dureza en su rostro, el atrevimiento en su mirada, la indiferencia en su gesto, el desdén crudo en sus labios despreciativos, la crueldad bajo toda su máscara; crueldad mezclada con siniestras ambiciones.
- ¡Cuán duramente la tratas!
- ¿Quieres tu diadema imperial?
- ¿No he de quererla? Más que la vida, pues no me comprendo vivo y sin Imperio.
- Pues Agripina la desceñirá de tus sienes para ceñirla por completo á las suyas. ¿Quieres á tu Británico?
- ¿Pues no he de quererlo? Como hijo mío que sin duda es.
- Pues lo matará sin piedad Agripina.

— No digas cosas tales.

— He de decirlas, siquier sepa que me cuestan la vida.

— Calla, Narciso, calla.

— No hay en aquel corazón de hiena más que un afecto, común, á la postre, en casi todas las hembras, en casi todos los géneros y especies; no hay más que un afecto: el amor á su hijo Nerón. Lo quiere hasta el crimen. Pero si observas este mismo afecto, lo quiere, no porque la muevan sus entrañas de madre á amarle, porque la mueven sus ambiciones de princesa imperial.

— ¡Qué inventiva!

— Mira el día en que lo digo; atiende al horóscopo que ahora leo; imprime sobre tu corazón mi profecía: pasará sobre todo aquello Agripina, que de algún modo se oponga en el tiempo y en el espacio al ómnimo reinado de su hijo. El primer obstáculo encontrarlo en Británico, y desarraigará implacable á Británico; el segundo lo encontrará en Claudio, y desarraigará implacable á Claudio.

— No digas tonterías.

— Conozco muy bien el género, y á mí no habría de cegarme ni su aparente modestia ni su fingida humildad, ni su traidora sumisión y obediencia, ni su falsa y engañosísima sabiduría.

— ¿También le niegas la ciencia?

— Se la niego también.

— Eres injusto.

— Soy la justicia misma del cielo y del tiempo.

— No puedes negar caracteres magistrales á su historia, voluminoso libro que ha trazado en el estudio y en el retiro, cuyas páginas jamás escribiera, de no haberle consagrado una vida entera de claras virtudes y estudios prolijos.

— ¿Historia? En la que algún día escribirá lo porvenir de ella, mucho habrá de leerse, muchísimo. Se leerá cómo bajo la falsa imitación de las virtudes preclaras de su madre, se ocultaban todos los vicios. Escribirá cómo se arrastró en las tortuosidades múltiples de una fingida humildad, para dar un salto á las cumbres del mundo. Escribirá cómo ya en esas cumbres, lo atropelló todo para erigir sobre sus cimientos un incommovible trono, en que cupieran juntos ella y su hijo.

— Vamos, el ciego aborrecimiento te quita tu clara conciencia.

— Claudio, te lo pido por todos los dioses de Roma; no te unas con Agripina. Húyela, húyela.

— Narciso, no maltrates así á la hija de mi hermano, á la engendrada en los campamentos para imperar sobre nuestra ciudad, á la nacida en las orillas del Rhin enemigo como un trofeo de triunfo, á la biznieta de Augusto...

— Y añade, Claudio, á la madre de Nerón.

— ¿Por qué no á la madre de Nerón? ¿Por qué no, por qué, Narciso?

— Porque tal infante será el cuchillo de tu cuello. Para engrandecerlo y auparlo y subirlo al trono de los césares, Agripina rodará de seguro hasta los abismos del crimen más insondables y más horribles. El muchacho se parece á un aguilucho, á un viborezno, á un cachorro, á cualquier bruto feroz en los comienzos de su vida, menos á un hombre. Los ojos fulminan cóleras. Los labios despiden hálitos de muerte. La nariz semeja un hocico de hiena. En las arrugas de su frente se leen ya los más terribles augurios. Frunce las cejas como un genio del mal. Ama las Bellas Artes para prostituirlas á sus antojos como mancebas. La sensualidad le impele á una cohabitación inmunda con todos los seres, hasta con los inferiores, en ayuntamientos bestiales. Parece, cuando se ven sus actitudes y su aire, una estatua ó simulacro de dios; cuando se ven sus costumbres, un monstruo de bestialidad. Tiene aullidos de lobo, rechinamientos de dientes á lo león, graznidos de buitres. Preserva de un semejante competidor á tu hijo, y á tu Imperio de un semejante heredero. Te lo dice quien te debe gratitud eterna, que te paga comprometiendo mil veces la vida en tu servicio. No hubiese jamás abusado Mesalina de tu bondad, si no hubiera yo temido á la que podrá sucederla en tu amor y en tu casa. Ya sabes cuánto empeño pusiera yo en que la proterva sufriese la condigna pena que merecían sus conspiraciones y sus adulterios. Pues la creo buena y virtuosa en comparación de Agripina, temible, no solamente por sus propios vicios, por el feroz leoncillo que á su lado lleva como ceñido y atado. Ya me recelaba yo, y me lo temía desde los comienzos de toda esta horrorosa tragedia. Tras el suplicio de Mesalina descubrí siempre una faz siniestra, ó sea la faz de esa furia con quien deseas reemplazarla. Vuelve, Claudio, en tí. No desvaríes.

Oye los consejos y advertencias de quien te quiere más que á sí mismo, según te probara tantas veces en el decurso de nuestra tormentosa vida. En Elia encontrarías el amor, en Solia la riqueza; pero no encontrarás en Agripina otro efecto más que la triste ambición en sus entrañas, dispuestas por completo á inmolarte con el agudo filo de sus desapoderados antojos. Y su hijo, su Nerón, créeme á mí, habrá de penetrar en la familia de tus hijos como lobo hambriento en el redil de los tiernechillos corderos.

— ¿Cuál astrólogo te ha comunicado, Narciso, augurios semejantes?

— Yo, Claudio, no he necesitado consultar agoreros ni leer presagios.

— Pues ¿de dónde te sacas todos esos nefastos augurios?

— De mi estudio, de mi observación, de mi experiencia, del cariño que tengo á tu persona, del odio que allá en mi corazón promueven todos cuantos conspiran contra ti, del conocimiento allegado en mi largo consorcio con los cortesanos, de los abismos que bajo la corte se ocultan; de mi corazón, á quien debes creer, pues mil veces te ha visto en rumbos análogos zozobrar y mil veces te ha salvado con horribles riesgos...

— Vaya, Narciso, no hay motivo á tamaños aspavientos. Continuando así vas á reventar. Ya sabes que á la postre se hará lo por vosotros ordenado. La gente dice que yo tengo por voluntad personal y propia la exclusiva de mis libertos.

— ¡Pluguiese á los dioses que siempre hubieras escuchado á tu fiel Narciso, y no te amenazarían tantas adversidades!

— No tengo recibidos tan sólo de tí beneficios; débolos á Calixto, débolos á Palas, débolos á otros muchos entre mis obligados ó clientes, y no me parece bien olvidarlos, porque se revolverán contra mí cual te revolverías tú en idéntico caso.

— Pero no los oigas á ellos, siempre atentos á sus intereses; óyeme á mí, siempre adscrito á tu servicio. La cadena de siervo, que tú has roto sobre mi cerviz, hela reforzado yo y ceñídola por completo á mi alma. Soy tu esclavo todavía, y puedes disponer, como siempre, de mi vida, consagrada completamente á ti, por lo cual debes oír con atención reconcentradísima todos mis consejos.

— Pero, Narciso, ya sabes la razón fundadísima con que dicen

mis críticos cómo la voluntad me falta por completo hasta en las cimas donde se impone á uno la necesidad ineluctable á cada momento de emplearla y ejercerla. Ya sabes que no he podido ni escoger ninguna vía segura ni aprender tampoco á tomar con arresto resoluciones verdaderas y decisivas. Mi corazón oscila en todo al compás del vuestro, mi albedrío parece vuestro albedrío.

— Pues cástate con Elia como quiero yo.

— ¿Y los otros? ¿Qué dirán los otros?

— ¿Cuáles?

— Calixto y Palas.

— No les hagas caso.

— ¿Cómo que no les haga caso?

— No, y no.

— ¡Valiente consejo das para seguido por otro!

— Sacude aprensiones y procede con valentía.

— ¡Valen... tía... valentía dijiste!

— Como cumple á un César.

— Que al fin y á la postre, no siguiendo á los otros, tampoco llegaría en tal caso á seguirse á sí mismo; llegaría tan sólo á seguirte á ti.

— Vamos, ten ánimo.

— ¿Ánimo? Yo tuve miedo á todo siempre. Por huir, hasta llegué á huir del Imperio. Si no me sacan del rollo de alfombras en que había metido mi cuerpo, ¿cuándo llego á César? Acuérdate cómo tuve que postrarme de hinojos, ante aquel pretoriano que me cogió con los puños y me levantó al trono. Yo fuí dueño del mundo por quererlo así los que mayor miedo metían en mi ánimo: los milites. Ante ti yo estoy desnudo de cuerpo y espíritu, mucho más aún que delante de mis propios ojos y de mi propia conciencia. Tú me ves todo, cual no puedo yo verme. La noche que adquirí la púrpura, no parecía un monarca sobre súbditos, parecía un prisionero entre soldados. Como que daba diente con diente de frío en el cuerpo y de terror en el espíritu. Yo ni de vosotros me flo. A la puerta de mi alcoba, de mi comedor, de mi retrete, de la biblioteca donde ahora me ves, de cada particular aposento mío pongo una guardia. Así, hanme servido siempre á la mesa los soldados en vez de los siervos. Antes entraría yo en el orco profundo que en la casa ó vi-

sita de cualquier amigo sin cerciorarme antes de si existían allí ó no armas vedadas. No encontrarás ni una caja de plumas ó de punzones sobre las mesas, ni aun para los ejercicios en mi biblioteca, pues genios malos podrían sugerir á cualquier escribientillo el emplearlos contra mí... ¿Tú has visto que ninguno entre de los romanos en mi palacio si antes no lo registro? Cada cual tiene su temperamento: déjame, pues, á mí con el mío.

— No; quiero contrariarlo en todo cuanto á ti mismo te daña. No tengas miedo á nadie ni á nada, mientras Narciso viva, que interpondrá su pecho entre tu cuerpo y tus enemigos. No te dejes arrastrar del terror; pues si te dejas arrastrar, tendrás que casarte con la más temible y aterradora entre todas las tenaces aspirantes á tu mano, con Agripina.

— Mira, te lo fio: tengo algún miedo á mi sobrina; pero lo tengo mayor á Calixto y á Palas. Así, no puedo resolverme á lo que tú deseas en este asunto sin decírselo á ellos.

— ¿De veras que piensas nuevamente consultarlos?

— De veras.

— Mala señal.

— ¿Por qué?

— Porque habré perdido la partida.

— No lo creas aún.

— ¡Vaya si lo creo!

— ¿Qué dirían y sobre todo qué harían Palas y Calixto, si decidiese yo cualquier cosa de súbito sin consultarlos con anticipación?

— Pues tus escrúpulos me sugieren una bien triste convicción: la de que no harás lo por mí pedido cuando no lo haces ahora en mi presencia y bajo la fascinación de mi deseo.

— Déjame consultarlos.

— Consúltalos.

— Ya sabes cuánto me placen y gustan las colectividades, el Tribunal, el Senado, la corte, la cohorte, todo aquello en que hay mucho golpe de gente.

— Pues colocado en cimas á las cuales tanto les cuadra y conviene la soledad absoluta, bien podrías inspirarte únicamente allá en tu conciencia, ó en la conciencia de quien te sirve y te quiere y se arroja en guisa de fiel perro á tus pies.

— ¿Tú crees que Palas no me daría una puñalada si le desairase así de rondón?

— No se atrevería.

— ¿Por qué no?

— Porque no le creo suicida. En cuanto concluyas tú, él concluye.

— ¿No crees que Calixto me pondría polvos en la sopa, si lo desairara sin preparación alguna? Lo mismo le importa matar un emperador que matar una pulga, en su crueldad: así es él.

— ¿De modo que me desairarás á mí por ser el mejor entre todos tus libertos, incapaz de inferirte daño alguno y pronto siempre á morir en tu servicio y por tu bien?

— No; tú tienes más talento que todos ellos sumados. Comprendes en seguida tú cuánto perderías con perderme, y ellos nunca lo comprenderán. Así, debo proceder con ellos como aconseja la más vulgar prudencia, y contigo como aconseja el más amistoso afecto.

— ¿Para qué tus consultas á mí, Claudio, habiendo de hacer cuanto quieran ellos? Evítame la pena de tal insulto y permíteme retirarme así que vengan.

— De modo alguno. Debo congregarlos ahora mismo. Mi primer impulso fué guarecerme contra tanto desengaño como llevo sufrido en perpetua viudez. Pero reconocida la imposibilidad completa de tal estado, acudan todos á mi consejo, y denme las fuerzas necesarias á resolver mi suerte futura en bien de Roma y de todo el Imperio.

— Hágase tu voluntad. Me quedo.

— ¡Ah de mis guardas!

En cuanto Claudio profiriera tal grito con voz estentórea, los guardas entraron á una con solícita diligencia.

— Mandad un soldado que busque á Calixto y á Palas, diciéndoles cómo deben presentarse aquí ante su César en cuanto se hayan enterado de esta orden mía.

— Hágase tu voluntad — exclamó Narciso, mientras los guardas daban media vuelta y partían solícitos en busca de los libertos, los cuales tardaron mucho en presentarse, como habitantes de aquel palacio tan populoso cual una ciudad.

— Amigos, díjoles Claudio, dando á su entonación el dejo y á

su palabra el corte de verdadero discurso. Os he reunido en consulta de un acto mío futuro, el cual no puede limitarse á la vida corriente; refiérese también á la vida futura, y rebosa en la eternidad. Yo voy á casarme, y no es cosa de tomar tal resolución grave y elegir entre las romanas mi última esposa sin consultarlo con vosotros y escuchar vuestros pareceres. Yo prefiero una compañera que hile á una compañera que gobierne, pues con aquella crecería el hilo de mi ajuar juntamente con el hilo de mi vida, mientras uno y otro se acortarían con mujer imperiosa y gobernante.

— Cualquiera diría que vocea por Elia — exclamó Narciso.

— Malo para mi Solia — dijo Calixto.

— Malo para mi Agripina, debió añadir para su coletto Palas.

— Ya sabéis que la mujer entra bajo nuestra mano para obedernos como una hija; ya sabéis también que á lo mejor nos tratan como no nos trataría una madrastra. Destinadas á siervas ¡ay! se truecan en señoras. Les damos el pan de la confarreación para que se acostumbren á obedernos, y todavía no lo han digerido cuando ya se han puesto á mandarnos. Yo necesito mirarme y remirarme antes de mis últimas nupcias y por tanto quiero consultaros, y para que vuestra palabra sea sincera y mi tiempo aprovechado, permito decir cuanto pueda pedir el gusto respecto de cada propuesta. Hablad y decid todo cuanto queráis. Yo suelto vuestras lenguas, soltad vosotros vuestros consejos.

— Elia, Claudio; yo propongo Elia — exclamó Narciso.

— ¿Cómo Elia? — preguntó con extrañeza Calixto.

— Pues ¿no la tenía repudiada? — exclamó, casi al tiempo que Calixto preguntara, el buen Palas.

— Pues ahí veréis. Todo en el universo, todo se renueva, y con especialidad el amor — observó Narciso.

— ¿Y qué hará una mujer así en el palacio de Claudio? — preguntó Palas.

— Pues educar á la hija que tuvo de éste, á su Antonia.

— Y para educar á la educada, y bien, ¿sacrificas el corazón de César? — preguntó Calixto al coliberto.

— ¡Bah! — respondió Narciso, levantando con menosprecio los hombros.

— Pues yo propongo á Solia — dijo Calixto fuera de sí.

— ¿Solía? — preguntaron á una Palas y Narciso.

— Pues Solía — recalcó el proponente.

— ¿La rica?

— La rica.

— ¡Vamos! — dijo Palas con desprecio — ¡vamos! Hay locos de atar.

— ¡Fuera! ¡fuera! — gritó Narciso con vehemencia. — Nada de Solía.

— ¿Y por qué nada de Solía? — preguntó Calixto encarándose con sus dos camaradas.

— ¡No han armado mala zapatiesta! — dijo Claudio riéndose para sus adentros.

— Elia — exclamó Narciso, poniéndose muy serio y muy formal — no causaría novedad en el hogar, como perteneciente á la misma sangre y estirpe de su marido, á quien respeta como á un padre, tras de amarlo como á un esposo. Pura en su repudio un largo transcurso de tiempo, ha enseñado con maestras experiencias las virtudes que atesora su ánimo y los afectos que guarda en el corazón para su esposo. Luego, de la misma sangre que Antonia, que Octavia, que Británico, la prole imperial encontraría en ella una madre, no una madrastra. Decídete, pues, Claudio, por Elia, quien te daría un amor ya probado y esclarecería con este amor los últimos instantes de tu vida.

— Parece imposible — dijo encarándose con Narciso el protector de Solía, ó sea Calixto — que presentes tal proposición á César. Vuelta Elia, tras larga separación, al hogar nupcial, entraría por sus puertas como so arcos de triunfo, dándose los aires de un general vencedor, hecha de hieles con los hijos de otros amores, mientras Solía, que nunca engendrara ni pariera, llegaría sin preferencias maternas al palacio, extendiendo su providencial protección sobre toda la prole y prosperándola con sus inapreciables riquezas.

— No me hables de Elia — dijo Narciso.

— ¿Por qué no hablarte? — preguntó Calixto.

— Porque una mujer andariega, entre adivinos y agoreros siem, pre, no puede ir entre césares. Es tan engañadora y embustera que ha dicho le anunciaba la efigie de Apolo Clario su matrimonio con el emperador. Después tendrá cuantas riquezas queráis.

pésimamente allegadas por sus antecesores, una cuadrilla de ladrones; pero acostumbra de antiguo á ponerselas encima, como se prueba con que hace pocos días osó presentarse en unos festejos nupciales cargada con un aderezo de perlas y esmeraldas que valía cuarenta millones de sestercios, un reino todo entero. Tal pedrería sobre un cuello, solamente sirve para evocar en todas las memorias los robos de su abuelo, el Caco Solio.

— No insultéis así — replicó Calixto — á una hermana de Volusio, á una biznieta de Cota, los dos tan virtuosos y nobles, á una mujer descendiente de Régulo y de César.

— Vamos — exclamó Palas, — ya no queda más recurso que casarse con Agripina.

— ¿Con Agripina? — preguntó Narciso tan horrorizado, que diríais le cogía semejante proposición de nuevas.

— Con Agripina, una verdadera emperatriz, amaestrada en los ejercicios del Estado y de la Milicia, instruída en creencias divinas y humanas, la predilecta de su padre Germánico, la futura pitonisa del palacio imperial, la madre de Nerón, hermosa, fecunda, joven, rica, inteligente, poderosísima; caudal de privilegios que debe desaguar en este palacio, donde se la espera con sus puertas de par en par, y no en otro alguno, donde podría con sus fuerzas inmensas erigir una familia patricia, rival de Claudio y de los suyos.

— ¿Propones á Agripina? — preguntó fuera de sí, á Palas, Narciso. — ¿Propones á Agripina? ¿Por hermosa dices? ¡Hermosura fatal á su segundo marido, quien perdió, envenenado, la vida para que pudiera engordar la malvada con las copiosas riquezas transmitidas á una viudez así procurada por la violencia y por el crimen. Si Agripina llegase á compartir el tálamo de Claudio, ya podría despedirse por completo éste de regir el Estado y de mandar el ejército. No habría más general, más pontífice, más tribuno, más César, que tal mujer, avara, voluptuosa, embustera, envenenadora, conjunto de todos los crímenes y germen de todos los males. Y no digo nada, por no alargar este alegato, del niño que Palas presenta como un ornamento del palacio imperial. Es un bailarín, un bufón, un titiritero, un flautista, un cómico, un farsante, un quiromanta, un hechicero, todo cuanto de risible queráis, todo menos un personaje capaz de sostener y prosperar el Imperio. Yo dí la orden severa de

matar á Mesalina en representación y nombre del emperador Claudio; pero si adivinara quién debía reemplazarla, viviera Mesalina eternamente. Domicio, su primer marido, estaba jugando al notificarle que Agripina pariera, y de muy buen parto, á Nerón. «Me corre poca prisa verlo, exclamó, ya lo conozco: Agripina y yo solamente podemos engendrar un monstruo.» ¿Qué daño, Palas, te hizo nuestro señor y amo Claudio, para conducirlo maniatado al sacrificio como puede llevarse al matadero una res cualquiera? Agripina representa en el mundo ambición, avaricia, perjurio, mentira, veneno, y vosotros desatáis todas esas serpientes en la cama de Claudio. Conozco las artes empleadas ¡oh César! en persuadirte á tal suicidio; pero los pródigos y beneficiosos dioses romanos, velando por tu guarda, sugiérenme las palabras éstas, expresivas del culto que te profesa mi pecho y del riesgo que corre tu vida.

— Calla, bellaco, calla — le dice Palas con aire amenazador.

— ¡Solía! ¡Solía! — grita Calixto en tono suplicante.

— Visto y oído — les dice Claudio llamando la guardia que lo rodea y yéndose de prisa, porque si continúa el contradictorio juicio los voceros de cada mujer seguramente llegan á las manos.





CAPÍTULO XI

LA NATURALEZA Y EL ARTE DE NERÓN

Agripina conocía como nadie los resortes necesarios á mover el corazón y el ánimo de Claudio. Naturaleza verdaderamente sensual y epicúrea la naturaleza del emperador, fiaba mucho ella en los atractivos propios para dominar en absoluto sobre los imperiales nervios, por medio de una voluptuosidad, tanto más poderosa cuanto menos instintiva y menos natural de suyo. Después de fiar en este resorte capitalísimo, fiaba la Emperatriz en aquellos elixires de amor que más podían trastornar el seso de Claudio y rendirlo á las plantas regias y someterlo á la voluntad fascinadora de quien, como ella, parte integrante de la casa imperial, se había jurado á sí, con toda meditación, atraerlo hasta un matrimonio de conveniencia política. Proponíase, pues, mostrarle que, al aceptarla Claudio, amén de hallar una mujer en materia de amor sensual tan apetitiva como la que acababa en aquellos días de perder, hallaba en materia de política un compañero, un colega, un coasociado al trono cesáreo, de quien podía prometerse consejo en las resoluciones, ayuda en los esfuerzos, auxilio en los peligros, consuelo en las desgracias, coparticipación perpetua en el trabajo constante que pide una tan magna obra como el gobierno y dirección de toda la Tierra. Meditaba persuadirlo á creer que iba en su nueva esposa fácilmente á encontrar un emperador hecho y

derecho, tan apto para mantenérselas tiesas al Senado, tentadísimo de veleidades hacia una imposible independenciam, como de tener á raya el cuartel, quien, habiéndola visto nacer allá en las orillas del Rhin y crecer por los campamentos y entre las batallas, quería la y considerábala como un general, como un heredero de la virtud y de la fuerza militar de su amado padre Germánico. Pero no le bastaba con esto á la redomada y tenaz Agripina. Por sus gracias naturales pensaba dominar lo que había en Claudio de sensual y grosero; por sus artes políticas lo que había en Claudio de César y de jurisconsulto. Necesitaba dirigirse también al artista. Y en el artista prevalecían y predominaban dos inclinaciones supremas: la primera y más dominante hacia la elocuencia; la segunda, menos fuerte, pero eficaz aún, hacia la música. Pues bien: para valerse de ambas artes no se creía ella misma bastante poderosa, y pensaba en su Nerón, por quien hacía principalmente todo aquello, como prenda segurísima de la vinculación del Imperio en su persona más allá de la muerte. Así, había reunido todos cuantos artistas de mayor fama y renombre pudiera en el mundo haber, para que lo industriasen á una en las artes de la palabra como en las artes de la lira. Orando bien, imperaría el muchacho sobre Claudio primeramente y luego sobre su Imperio. Tañendo bien, llevaría Nerón á Claudio detrás de sí como el domesticador á la fiera. Esto y más creía necesitar Agripina en la decadencia próxima de las gracias personales propias y en el embotamiento seguro de los placeres físicos tras un largo matrimonio, para convertir al emperador en siervo suyo y llevarlo hasta inmolarse al hijo de Mesalina, por Claudio amado y de Claudio predilecto, Británico. Concentrada toda su atención y toda su voluntad en hacer de Nerón un artista, no hay para qué decir cuál género de sabia educación le procuraría: una educación propia para desarreglarle más y más los nervios, desarregladísimos de suyo. A un muchacho doliente á la continua de histeria, le alimentaban por medios morales el histérico. Así, aquellos nervios, necesitadísimos de templanza, estirábanse con esfuerzo violento hasta encontrarse muy cerca de romperse. Así, aquella imaginación, descarriadísima y desordenada, sobreexcitábase á los impulsos del arte y llegaba por lamentable necesidad, no hasta el desvarío pasajero, hasta el delirio perpetuo. El alma de Nerón,

eléctrica, relampagueante, sin medida, sin gradación, sin centro alguno de gravedad moral, vaga é indecisa, corría en torno de Roma por aquella sazón tristísima, circunvalándola, cual un cometa siniestro, para presagiar toda suerte de males, así á la integridad y naturaleza material del Imperio, como á su espíritu, como á su derecho, como á su dignidad, como á su honra.

La sobreexcitación causada por la extraordinaria cultura de Nerón en las artes, explica sus desvaríos. Darle arpas, cuando había menester matemáticas y cálculo; lecciones que lo exaltaran, cuando había menester el calmante de la ciencia que lo moderase; coros de mujeres destinadas á exacerbarle todos los apetitos, cuando había menester de austera disciplina moral; compañía de viciosos que lo emperraran en los placeres, cuando había menester austeros ejemplares que lo elevasen á la religión del deber, equivalía en el fondo á perderlo desde los albores del alma y desde los comienzos del ser. Así, figuráoslo completamente circuído de gréculos, cual se llamaban en Roma los jóvenes compañeros de los príncipes, que solían traer de Grecia para que los acompañasen á la continua en ejercicios de retórica, de música, de gimnasia. No parecía, no, aquel conjunto de jóvenes desparramados por los jardines la compañía de un príncipe, sino la compañía de un cómico. Perfumados como prostitutas, vestidos muy á la ligera, ornados con toda suerte de joyas, muelles y blandos á modo de criaturas infelices exhaustas en el placer, parecían muchachuelas escapadas á los burdeles, y no mancebos idos allí como cooperadores á la educación de un gran príncipe. ¡Con qué abandono se daban á toda suerte de vergonzosas actitudes y con qué descaro á toda suerte de vergonzosas chocarrerías! Ya se burlaban á una de los dioses, ya de los hombres. Sobre todo, ninguna mujer pasaba por aquellas sus pervertidas memorias que no saliese manchada por completo de sus labios. Las austeridades antiguas de la vieja Roma tradicional dábanles tan sólo motivos de chacota ruidosísima. ¡Cómo ponían á los viejos romanos, que proscribieron las primeras voluptuosidades irruptoras en el antiguo sentido moral! Sus gargantas producían los más sensuales gorjeos acompañando las más eróticas odas. Su arte consistía en vomitar cuantas suciedades habían dicho los poetas más desordenados y epicúreos. Alguno recitaba los versos de Safo

acompañándolos con gestos indecentes. Otros, á pesar de no poderse tener en dos pies, bebían y más bebían, soltando entre dos vómitos de la borrachera dos versos de Anacreonte; los más llevaban cítaras y liras, que sólo se tañían en honor del desorden y del vicio; los coros de muchachos y de muchachas venían á hiperbolizar con sus voces y con sus acordes todas estas infamias. Había, entre tantos perdidos, quien declamaba, como pudiera el más consumado actor en los teatros, el arte de amar que le había costado en días mejores el destierro á Ovidio. Cuando menos podían figurárselo, sacaban un muchacho del coro masculino y una muchacha del coro femenino, y los casaban entre cantares epitalámicos, obligándoles, contra todos los mandatos de la naturaleza y todas las leyes del pudor, á consumir el matrimonio en público. Mil veces unos y otros se desnudaban y corrían por aquellos jardines como pudieran correr por los bosques las alimañas en celo. Parecía que nuestra estirpe, corrompida y viciada por todos los placeres juntos, se había precipitado y caído en la bestialidad más primitiva y más grosera. Así, pedíaseles á los corifeos, no solamente buena voz y buen método de baile y canto, sino fuerzas inagotables é inextinguibles para el amor. Y en cuanto comenzaba el baile, poseíales una embriaguez báquica, rayana en demencia, que parecía contagiosa, expresada en gritos, los cuales algo se asemejaban á los modos varios de la expresión bestial en los instintos animales. Diríase que balaban, mugían, relinchaban, gruñían, rebuznaban, rugían; que tomaban todos los tonos de las especies inferiores, por haber perdido el habla en los descensos al estado puramente animal. En sus largas flautas había escondidos mil resuellos semejantes al eco de los espasmos brutales. Diríase, cuando las tocaban aquellas bacantes en jardines tan cultivados, que proferían los gritos de machos y hembras requiriéndose al amor, ó en el amor encontrándose brutalmente. La sensualidad asiática, entrada por las fronteras del mundo romano, sumaba mayor sensualidad á las bacanales y á las orgías del Imperio. Hasta la cítara, que los asirios y los griegos habían consagrado á las ceremonias religiosas, consagrábase allí á transmitir desde unas manos, febriles completamente, su erótica fiebre á la sangre y á los nervios ajenos. La sensación que movían tales conciertos los dominaba por completo y con

absoluto dominio. Enardecerse, inflamarse, adquirir fuerzas para el goce, como con afrodisíaca bebida, pensaban el cuitado Nerón y los neronianos con la música. A manera que las furias de Tracia despedazaron á Orfeo, las prostituciones de Nerón corrompían la música. Eran aquellas orquestas especie de harenes ambulantes, donde los sonidos hacían el oficio que suelen hacer en ciertas excitaciones eróticas los fantaseados filtros. Había en aquel ejército de bailarines y de musicantes depravados, que rodeaban al hijo de Agripina, grupos, ó bien traídos adrede para gusto del joven desde las más remotas regiones, ó bien amoldados á lo que referían del arte músico antiguo las tradiciones y las historias. Los múltiples instrumentos, empleados en las orquestas alejandrinas y dispuestos con una gradación matemática por los Tolomeos, geómetras, astrónomos y músicos, pasaban á la corte de Nerón aumentados por sus exageraciones más que orientales y su prodigalidad más que asiática. Arpas había en semejantes orquestas que alcanzaban seis pies en elevación y clarinetes enroscados que se parecían á carrozas. Contábase artista de aquellos que sonaban todos, con su cinto de cascabel á los riñones, con sus crótalos en los dedos, con sus cornetas en los labios, con sus placas en los pies, con sus platillos en la ca-



Jóvenes músicas

...

beza, como una especie de órgano ambulante movido por un baile tan desordenado cual el que suscitan ó pegan los agujones de las tarántulas. La diosa gentil de las grandes armonías trocose allí en real alcahueta de todos los vicios.

No se satisfacían únicamente con las orquestas: acompañaban á los acordes y conciertos de éstas las más desvergonzadas pantomimas, horriblemente sugeridas por lo que pudiéramos llamar musa de la obscenidad. En tanto que las representaciones teatrales de la época heroica griega tendían al valor y á la virtud, estas representaciones teatrales mudas tendían al enervamiento. Desempeñabanlas por una costumbre y regla general muy admitidas los esclavos, para que fuesen más degradantes. No había paseo de Nerón, visita, paso alguno, en que no fuese acompañado de sus siervos, y no había siervo, compañero de él, que no perteneciese, ó bien á los cómicos ó bien á los músicos. Todos iban disfrazados; los que fingían reyes eclipsaban al amo con sus púrpuras de Tiro, con sus sandalias de oro, con sus coronas de pedrería, con sus liras incrustadas en marfiles y nácares. Los que representaban otros oficios ó evocaban otros recuerdos, iban abigarradamente vestidos. Cuando discurrían por las calles acompañando al joven príncipe, las damas de mayor alcurnia y hermosura les pedían ó los plectros con que tocaban las liras ó las prendas con que vestían en las representaciones. Á los más favorecidos y más gastados les regalaba el príncipe muy grandes y muy hermosos palacios. La salida de aquellas gentes por las calles equivalía, de suyo á una procesión, pues si el príncipe llevaba tras de sí aquellos siervos, cómicos y músicos, estos siervos llevaban cada cual su respectiva corte de bufones y todos componían la más extraña legión que podía imaginarse. Véase la formalidad y aun la seriedad de un joven acompañado hasta en los más vulgares oficios de bailarines, de cantantes, de músicos, de actores, de bufones, despidiendo por calles y plazas, con acorde fragorosísimo, y representando escenas ambulantes en las encrucijadas al aire libre. Reunid á éstos los aficionados, los albarderos, los curiosos, y veréis cómo Nerón se había compuesto para convertir la Ciudad Eterna en escenario inmenso, y los ciudadanos conquistadores del mundo en bailarines y en bufones. Así, la vida tenía para él dos finalidades capitalísimas. Una el arte,

otra el placer. En tañer, en cantar, en decir versos ó en oír el tañido, el canto, la recitación de otros, consumía el príncipe los años de su juventud. Cuando le hastiaba la música, pedía distracciones y recreos al amor, si es que merece tanto nombre una satisfacción pasajera de los sentidos y el relampagueo fugaz de un calor casi ficticio. Nerón desdeñaba la milicia, el poder, la jurisprudencia, la política, todo aquello que más necesitaba en los altos destinos á que le llamaban su madre y su estirpe: no quería ser más en el mundo que un artista. Para sus gustos el planeta entero se le aparecía como un vasto teatro; el Imperio romano como las tablas, cual hoy se dice, mejores de tal teatro; la púrpura como disfraz con que salir á las tablas; la vida como una eterna comedia; aquellos con quienes hablaba, como actores de la misma compañía cómica encargados por los dioses de sostenerle á una el diálogo; los incidentes en el mundo usuales, como situaciones trágicas ó cómicas; el hogar, como la porción ó parte del teatro á que llamamos entre bastidores nosotros; el sueño, como un entreacto; y la tan codiciada y querida dominación del mundo, como un papel de protagonista en cualquier heroica tragedia. Nerón, ante todo y sobre todo, quería ser artista. Con esta vocación abrió sus ojos á la luz del día y con esta vocación los cerró para siempre. La constante aspiración de los empe-



Cómico

radores consistía, ¡parece imposible!, consistía en divinizarse. Después de haber llegado á césares, no les quedaba otro ascenso que á dioses; Calígula puso á cuestión de tormento á un pobre cantor, desconyuntándole todos los huesos, por haber vacilado algún minuto en responder á esta pregunta: «¿Cuál de ambos te parece más divino, Júpiter ó yo?» Así, no solamente permitían á los demás erigirles templos; erigíanselos tales cuitados á sí mismos. En tanto que por confabulaciones de su madre Nerón ascendía, como emperador, á Júpiter, contentábase, como artista, con ser Apolo. Mientras no llegaba el rayo, satisfacíase con las liras; mientras no las nubes, con las tablas; mientras no el trueno, con el canto; mientras no el águila, con el ruiseñor. Así, en el momento mismo que ahora traemos á esta narración, cuando bajaba rodeado de farsantes y cómicos y músicos y bufones y citaristas y coros al jardín de su palacio, cada colinilla de tal floresta le parecía el bello Parnaso; cada corriente de agua el melodioso Alfeo; cada muchacha su musa; cada caballería un Pegaso, y cada fuente la Castalia; el más humilde laurel Dafne huyendo á sus caricias y á sus besos, la ninfa trocada en adelfa, planta meridional venenosa, de flores purpúreas ceñidas y recatadas por las sombras, entre las piedras, á orillas del torrente, por la súplica de su padre Peneo, que quiso conservarla siempre virgen, preservándola por completo á las caricias del Sol. Nerón creíase, pues, Apolo en persona, por los rayos de su frente despedidos, por la miel de sus labios fluída, por la inspiración de sus ojos irradiada, por la música en su garganta compuesta sin conciencia alguna de él mismo, por lo armonioso de su apostura escultórica, por la copia de ideas contenidas en su palabra, por los borcegués con que se calzaba idénticos á los recordados en *La Iliada*, por el peinado que le ceñía como apolina diadema, por el manto echado á las espaldas sobre su tonelete que dejaba desnudas las piernas, por el carcaj sobre los hombros, por la lira en la mano, y ante todo por el conocimiento que tenía de la propia divinidad y por el culto personal que se prestaba de continuo á sí mismo en los éxtasis y en los deliquios de su desbaratado amor propio. A vivir en la edad nuestra Nerón, hubiéralo puesto la Medicina entre los enfermos más aquejados de la terrible afección conocida con el nombre histero-epilepsia.

Cuando se miran sus bustos, de un realismo verdaderamente brutal, obsérvase con facilidad en ellos la marca de lo que podríamos llamar el dominio absoluto de la parte animal. Hay cabezas de las cuales tira el vientre, como hay vientres de los cuales tira la cabeza. En los cuerpos superiores predominan el corazón



Nerón joven (busto del Capitolio, sala de los emperadores)

y el cerebro. Los cuerpos inferiores descienden hasta las especies animales, como reducidos á nutrirse y á propagarse. En este Nerón véase mucha carne, mucho hueso, mucha sangre, y bajo la pesadumbre de tanta materia se comprende con facilidad y explica que se haya extinguido el alma y con el alma la conciencia. Parece un toro semental en las efigies y simulacros más auténticos que guardan los Museos más renombrados. Ojos de toro, testuz de toro, cuello de toro, carnosidad y fibra de toro. Queriéndole alzar más en la escala y estirpe de las especies, acaso pudierais calificarlo de trabajador sabino y rural. ¿Cómo, por cuáles misterios

y secretos de su organización llegó un pedazo de carne así á la histeria del artista y del poeta? Pues fué por la educación. De haberlo dejado a sí mismo, se va errante por los campos como cualquier novillo suelto; se mete hasta los corvejones en hierbas pastables y se atiborra de agua fresca en los manantiales; coge las hembras donde las encuentra sin más fin que satisfacer necesidades físicas apremiantes, y queda por completo anegado y sumido en los senos de la naturaleza. Pero su madre se propuso dominarlo para tenerlo siempre á su disposición, y para dominarlo hizo artificialmente que lo nervioso predominara sobre la carne, sobre los huesos, sobre la linfa, sobre la sangre, sobre todos los elementos que constituían su complexión propia y natural. De haber conservado la fibra con que al mundo viniera, fibra heredada de su padre y aun de Agripina, tan fuertes ambos, poseyera Nerón una firme voluntad; y poseyendo una firme voluntad, no fuera juguete de nadie aquí en el mundo. Muy astuta, muy ladina, muy ambiciosa la madre, aquejada por una enfermedad moral que no tuvo nombre hasta la centuria décimoquinta de nuestra era, el maquiavelismo atavista, como la engendró lo que llamamos fría Razón de Estado, engendró ella y parió á su vez otra Razón de Estado en aquel hijo, á quien solamente quería y amaba por encaramarse de algún modo sobre sus hombros al Imperio. Nacida y educada en los campamentos la madre de Nerón, sabía, como hija de Germánico, el imperio sobre sí propio y sobre los demás, que suele adquirirse en los ejercicios militares. No quiso, sin embargo hacer de Nerón un soldado. Tampoco lo industrió en política. Todo cuanto de tal ciencia le propinó fué un tanto de moral estoica, especie de republicanism platónico muy adobado por Séneca el filósofo á complacencias y componendas con las nuevas corrompidas costumbres. En el estoicismo, al uso entonces, la cabeza iba por un lado y el vientre por otro. Pugnaban en él conciencia y voluntad. Aquélla decía las cosas mejores, dejando á ésta, en suma, el derecho de no seguirla ni obedecerla. Más bien era un ejercicio de retórica sentenciosa que un ejercicio de moral privada y pública. Sucedió en aquella edad con los filósofos predicadores cuanto sucedió más tarde con los obispos predicadores en las cortes de los reyes absolutos. Leed los discursos más admirables, veréis cuán admirablemente hablan de las regias grandezas y cuán

mal y cuán poco de los regios vicios. No podemos explicarnos cómo, sabiendo Bossuet la vida secreta de Luis XIV, nunca infligiese ni la menor corrección moral á sus licencias. Frente á frente de las favoritas del rey de Francia y frente á frente de los favoritos del duque de Orleans, el orador excelso hablaba como si no supiese de todos ellos una sola palabra; pues si como flagelaba la herejía hubiera flagelado la sensualidad, ¡cuáles extraordinarios servicios no prestara el grande orador á la moral pública y privada! Pues análogo achaque descúbrese á primera vista en los estoicos, quienes prefieren disertar sobre moral á practicarla. De aquí la costumbre continua en sus discípulos de saltar sobre los abismos con cualquier conjuro y explicar las peores acciones por medio de un retruécano. La educación moral de Séneca no podía destruir la perversa educación estética dada por su madre á Nerón, imbuyéndole como única finalidad humana el goce, y como medio de aumentar el goce las sobreexcitaciones dadas al espíritu y al gusto por el arte. Desde que lo dió á luz propúsose Agripina tener en su Nerón una hija humilde, no un hijo avasallador. Como ni las costumbres ni las leyes permitían el dominio directo de las emperatrices, reservóse un dominio indirecto, sólo asequible afeminando y corrompiendo el hijo de sus entrañas, á lo cual nada tan conducente como hacerlo nervioso, histérico, neurótico, desarreglado, enfermo de alma y cuerpo, en guisa de cualquier prostituta. Con las moléculas de su carne caldeadas en brutal epicureísmo y con los aires de su alma henchidos por notas voluptuosísimas, imposible la medida en el pensar, así como la medida en el proceder que pide cargo tan excelso como el cargo de dirigir á los hombres y mandarlos. Agripina quiso que su cachorro sólo supiese alimentarse y reproducirse cual una bestia destinada en sus designios para propia montura. Y luego, como la bestia tenía un alma sensible y racional, necesitábase pervertir esa sensibilidad, su compañera la fantasía, y la soberana de una y otra que se llama razón, pervirtiéndolas todas con alimentos voluptuosos y sensuales encaminados al completo predominio de la triste y grosera sensualidad. Ahí tenéis por cuáles caminos, una complejión moral, sobrepuesta por la educación, llegó á contrariar y á vencer la complejión primera nativa de aquel muchacho. Los historiadores antiguos, poco duchos en materias fisiológicas, no acier-

tan á explicarse cómo hubo dos vidas en el demente Nerón. Pues muy sencillo: en la niñez fué un animal simple contento con su complexión grosera; en la juventud un animal ensalzado por el virus de aspiraciones irrealizables. Si á Nerón le hubieran propuesto un objeto asequible, no hay duda que llegara en el anhelado logro de tal objeto á la felicidad derivada del cumplimiento de los deseos y de la realización de los ideales. Pero como le propusieran un objeto inasequible á su capacidad, tampoco hay duda, tampoco, de que allí surgió su desgracia, la cual pesó en sus pies como cadena perpetua. La consecución de un trono, la conquista de un territorio, el mando de un ejército, algo externo, material, tangible, puede ganarse con fuerzas propias y con suma de fuerzas ajenas á las propias; pero la gloria de artista, sólo aquistable por el mérito interior, huye á quien sin facultades la sigue para granjeársela con requerimientos y con abrazos. Más fácil por la voluntad llegar á ser un conquistador como César, que llegar á ser un poeta como Virgilio. Aunque nazca en el hombre un temperamento apropiado á sus propensiones y á su finalidad, hay fines más asequibles y otros menos asequibles en la sociedad y en la naturaleza. Para las artes políticas la experiencia sirve de mucho; no sirve para todas las demás artes, necesitadas de la inspiración y expresivas de la hermosura. Podrán el estudio y los años mejorar la técnica de tales artes; no pueden prestar el fuego sacro de las ideas, que se halla en los centros del alma como en las estrellas la luz propia. He aquí la contrariedad interior de Nerón: creerse un artista y encontrarse con que la realidad no se prestaba, ni obedecía en modo alguno, á su creencia. De nacer en clases inferiores hubiérase conformado con su medianía, y la vanidad, ese consuelo interior, hubiérale ocultado su desgracia.

Pero en su alta posición estribaba su irremediable infortunio. ¿Cómo no podía él, colocado tan arriba, tocar con la mano esa plateada y seductora luna de la gloria literaria y artística? El mundo entero de hinojos á sus pies, que lo reconocía por el primero entre sus hombres, ¿por qué no había de reconocerlo también el primero entre sus músicos y entre sus poetas? Sienes destinadas á ceñir corona única, la corona del Imperio, que sólo él podía llevar, ¿cómo no se granjearían coronas artísticas que llevan tantas y tan-

tas, aunque privilegiadas, numerosas y múltiples? Y ahí está la dificultad. Se consigue por miles de accidentes externos la corona del Imperio; se necesita de un mérito interno para conseguir la corona del poeta. El mundo puede obedeceros por fuerza y por violencia; pero admiraros, únicamente puede á su grado y por su gusto.



Nerón, tocador de cítara (estatua del Museo del Vaticano)

Nerón se imaginaba tan fácil imponer admiraciones como imponer obediencias. Pero cuando la realidad solía encabritarse al espolero de sus imposiciones, creíala rebelde y le infligía un grande cruel castigo para someterla y rendirla por fuerza y por violencia. Siempre que á las facultades humanas les quitáis el freno de sus límites y se descarrían ó se desbocan, van á caer en el mal. Un príncipe romano, próximo al Imperio, borraba en su diccionario la palabra

imposible. Creía que al culebreo de una grande aspiración suya debía seguir el inmediato cumplimiento, como sigue al relámpago el trueno. Si reconocían las gentes á todos los de sangre imperial como dioses, ¿por qué no habían de reconocerlos también como poetas? Si les alzaban Olimpos artificiosos, remedos del consagrado á las divinidades clásicas en la liturgia pagana, ¿por qué no habían de levantarles Parnasos? Quien manejaba un cetro con tanta facilidad, mejor podía tañer una cítara. Quien era César, mejor podía ser flautista. Corona de laurel, ejércitos de coros, el solio de la gloria popular como un cielo sobre la cabeza, el pedestal de la inmortalidad bajo los pies, el traje de los músicos al cuerpo ceñido, el carcaj con flechas de oro sobre las espaldas, la sonrisa provocada por el aplauso en los labios, el éxtasis de la propia satisfacción en los ojos, el culto de los que cultivan las artes como ornamentación de la vida, el premio en los certámenes, las bendiciones de cuantos aspiran á la emoción estética: he ahí lo que Nerón deseaba conseguir, no tanto á título de su inspiración nativa, á título de su autoridad soberana. Y como en ésta no admitía competidores, tampoco los admitía en aquélla. Si nadie podía en el planeta dar un rescripto superior á sus rescriptos, nadie podía dar una nota superior á sus notas. Si nadie podía tener su autoridad, nadie podía tener su voz. Como perpetraba delito de lesa majestad quien atentase á su corona imperial, perpetraba delito de lesa majestad quien atentase de algún modo á su corona artística. Si había poetas y músicos, estaban obligados á ser su corte y su cohorte. Consentiría en compartir con ellos su autoridad, como la compartía con los prefectos, pero á condición de que aparecieran, como los prefectos, una clase inferior y subordinada y sometida. Como ningún mortal podía mandar más que Nerón, tampoco podía ningún orador hablar, ningún poeta componer, ningún gimnasta saltar, ningún escritor decir, ningún músico representar mejor que Nerón. Imaginaos la extinción del sol. Pues el sol se asemejaba con César. Si el sol se apagara en el cielo, ya no cantarían los ruisiñores; y si Nerón desapareciera en el Imperio, ya no cantarían los poetas. Pues como la vida de todos era suya, también debía ser suya el alma de todos. Y como el alma de todos debía ser suya, también la fuerza, también la idea, también la inspiración, también la poesía, también la

música, también la elocuencia de todos ¿Comprendéis que pueda en el mundo existir con tales ilusiones un hombre más desgraciado?

Ya lo veis: era un verdadero neurótico. Estudiad á cuantos han conocido una enfermedad tal, y encontraréis los caracteres propios del proceder y del pensar de Nerón. Su alma sobre todos los pensamientos imaginables mariposeaba incierta y voluble. Ningún trabajo constante y porfiado podía embargar su actividad mucho tiempo. A cualquier ingrato ruidillo sacudía los nervios, como un arbusto doblegado al menor viento. Sus pasiones tomaban todas una increíble sobreexcitación, y todas las sobreexcitaciones caían en una irremediable perversidad. Volvíase de pronto á las personas más ajenas á él y las estrechaba contra su corazón; pero á los tres minutos las ofendía, cuando no las mataba. Estaba en todas partes mal y como contra su gusto. Atentaba con frecuencia, no tan sólo á los seres animados, á los objetos inanimados también. Con la misma facilidad rompía un vaso murrino que mataba un hombre lleno de vida. Vestíase y desnudábase cien veces al día, cuando lo solicitaba el gusto, sin saber por qué ni para qué. En innumerables ocasiones lanzábase desnudo como una bacante, por los jardines, hasta caer sudoroso y jadeante, cual acosada fiera, en el suelo, donde se revolcaba epiléptico. Poníase á cantar, y si la dulzura de su voz no se correspondía con el imperio de su deseo, lanzaba rugidos estridentes como cualquier fiera. A cada paso le sobrecogían dementísimos accesos. Cuando se le contraía el rostro, anunciaban cuantos le veían que iba el infeliz á pensar cualquier demencia ó perpetrar cualquier crimen. Las alucinaciones más extraordinarias le fascinaban el sentido por lo mismo que le poseían el alma. Ya creía oír una celeste música, ya una manada de furias. Si recitaba con entusiasmo grande los versos predilectos ó tañía con ímpetu la cítara hermosísima, acababa por experimentar convulsiones, que nosotros llamamos de poseídos ó de pitonisas. Hablaba para sí en voz alta y á solas. Representaba escenas de dramas fingidos al vuelo. Muchas noches no podía dormir; en cambio se pasaba durmiendo á pierna suelta días y más días enteros. Todos los pensamientos y todas las inspiraciones en él adolecían de un carácter erótico. No encontraba en cuantos goces pueden procurar los sentidos ningún género de saciedad al deseo. Continuamente

huía sin saber de quién; acaso de sí mismo. Su cerebro estaba perturbado como de vértigos, y su corazón estremecido como de anchas y profundas heridas. Los espasmos frecuentes le adoloraban desde la respiración hasta las digestiones. Según el viento de sus caprichos y el motor de sus impulsos y la ondulación de sus ideas, unas veces respiraba con suma facilidad y otras veces ahogábase como un asmático. Frecuentemente le palpitaban el corazón y las sienas, cual si dentro de su cuerpo guardara una fragua en ejercicio y muy resonante. Era un enfermo crónico desde la niñez. Así como tenía el sentimiento fácil á toda clase de afectos interiores, tenía la piel sensible á todos los cambios de temperatura exteriores. Su cuerpo estaba sujeto á las sacudidas como el terreno volcánico al terremoto. La multiplicidad incalculable de sus contracciones musculares no tenía comparación posible sino con la multiplicidad de sus deseos y de sus propósitos, tan por todo extremo cambiantes. La contorsión resultaba en él tan habitual y consuetudinaria, que parecía en la vida común un actor ó un gimnasta cualquiera, según se retorció, llegando, bien á estirarse hasta crecer, bien á encogerse hasta disminuir; gigante y enano. En pocos minutos, á las tensiones de sus nervios y al oleaje de sus humores, rebotaba, pues, como los cuerpos elásticos. Y á consecuencia de tales rebatos, nunca le veían los circunstantes alrededor suyo en actitud vulgar; por lo contrario, gustaba de actitudes y posturas estatuarías, como cumple á quien ajusta su vida y ser al plan de una idealidad más ó menos personal y arbitraria. De aquí la danza unas veces, otras el cántico, algo que pusiera el ser y el vivir suyos por encima de la estrecha realidad. Pero este continuo esfuerzo por superar la realidad concluía precipitándolo mucho más bajo que la realidad misma. En el esfuerzo, voluble por los medios, tenaz por los fines empleados para todo impelerlo tras de sí, veíase á su vez arrastrado por fuerzas superiores á las suyas. Él se creía dominador, y un misterio lo dominaba con poder absoluto á él. En muchos casos hablaba de las conjuraciones que tramaban en su corte las furias del Averno, parecidas á las que se desataron en Tracia contra Orfeo y concluyeron despedazándolo y repartiéndose sus pedazos. Mas la furia que verdaderamente le sojuzgaba, era su propia neurosis, la invencible incontrastable nerviosidad suya, sobrepuesta,

como ya hemos dicho, por un trabajo ímprobo de la criminal ambiciosa madre suya sobre su nativa constitución. El sojuzgador de la Tierra estaba por su temperamento y por su naturaleza interior sojuzgado. Se creía un dios y resultaba en la vida corriente un mísero esclavo de sí mismo; sin fuerza física y sin voluntad moral de quebrantar las cadenas sobrepuestas á sus hombros por su propia mano, infeliz, misérrimo siervo destinado á convertir el trono de la Tierra en el barco y en el remo de una infernal galera, donde iba, sin saber cómo ni por qué, á todos los dolores y á todos los tormentos. No había sino mirarlo en cualquier acto de su vida para convencerse del temperamento que le atribuimos, tan funesto á él, infelicísimo como á la tierra por él dominada. Evoquémoslo un momento y veámoslo en el escenario de su inmenso jardín, circuído por sus legiones de farsantes. Aspira con una voluptuosidad infinita los efluvios de las flores, cual pudiera una mujer oriental aspirar el pebetero que tiene delante. Se mueve, á pesar de tal sensualidad, en todas direcciones, con la grande agitación de un pajarillo. Cansado de dar vueltas inútilmente se para y se pone á mirar en torno suyo, cual alimaña feroz en husmeo y atisbamiento de su presa. Viste como el Apolo Masagetas de los griegos. Amplia túnica femenil cae de sus hombros á sus plantas en estatuarios pliegues. Un rico cinturón de oro semejante á inmenso brazalete le ciñe la cintura. Sandalias apolinas, como las descritas por Homero y Hesiodo, le calzan los pies. Un manto tirió le cae por detrás desde los hombros. En las sienes lleva una corona de adelfa y en las manos una cítara de nácar. Hase propuesto pasar el día tañendo y recitando. Así, el pensamiento suyo vuela de un objeto á otro con la mayor facilidad y de la composición de un argumento á la composición de otro argumento. Si un árbol atrae su atención, cuenta la historia simbólica de semejante árbol. Aunque artista por artificio y no por intuición, bien sabía la fuerza y la virtud propias de los contrastes en las Bellas Artes. Así, comenzaba por describir una región oceánica ó una región arenisca privada de árboles, para luego encarecer lo bello, lo sano, lo útil de su vegetación y de su crecimiento en cualquier parte. Discurriendo así, encontrábase frente á frente con la encina, el primer árbol que ocurrió al sustento del hombre, seca la tierra del dilu-

vio de Deucalión, cuando el trigo no presentaba sus espigas todavía ni la vid sus uvas. Y como el hombre debió á la encina el primer sustento, consagróla como signo de la fuerza y del valor en aquellos tiempos de conflictos y de combates perpetuos. Y desde la encina, cantada en hexámetros helénicos al son de las cuerdas, pasó el voluble, sin que nadie pudiera explicarse la causa, en mariposeo ligerísimo, al abandono de Ariadna. Y presentaba con lágrimas traídas á voluntad y con lloros fingidos á maravilla, como pudiera el más consumado actor, la cuitada errante por la playa de Naxir, contra cuyas arenas van á estrellarse las olas. Medio desnuda, el cabello destrenzado, los pies descalzos, pide al torbellino del oleaje y del huracán alguna nueva de Teseo, su ingrato esposo ausente, sin recibir otra respuesta que los fragores de intensos y espantables bramidos. Sobre su cabeza el cielo inmenso desierto, bajo sus pies desierta la tierra; junto á ella desierto el mar. Así, no debe parecernos mucho que se mesara los cabellos y se golpeará las entrañas. Mas, de pronto, al fragor de las olas y de los vientos, júntase con estrépito el fragor de címbalos y tambores, todos resonantes al toque impetuoso de manos frenéticas. Aquellas sonatas, repetidas y agrandadas por los ecos, extienden por doquier una voluptuosidad semejante á una especie de calor animal sobrepuesto al calor propio del éter del aire. Aparecen primero las bacantes ebrias, tras las bacantes ébrias los sátiros sobrecitados, tras los sátiros el buen Sileno, medio borracho, teniendo que agarrarse á la crin de su montura, presa del vértigo que le sugieren el mosto y el amor. Tras todos estos grupos aparece Baco, tirado por tigres, en su carroza de oro, ceñido por guirnaldas de pámpanos y entregado al goce de la vida por todas las moléculas de su desnudo y robustísimo cuerpo. A estas promesas Ariadna enmudece, porque hale ofrecido el dios poner su nombre augusto entre las estrellas cretenses que sirven de guías al marino en la noche, y convertir el áureo altar ambulante consagrado y ungido por los fieles en lecho de sus nupcias con ella. Desde tal asunto pasa el neurótico, sin gradaciones que puedan explicar la transición, á otros más eróticos, al recuento de las queridas que tuviera Júpiter en el mundo y de las asechanzas que para cautivarlas emplease, y, de salto en salto, á la sorpresa que sintió la célebre infanta de Scyris cuando compartiera su

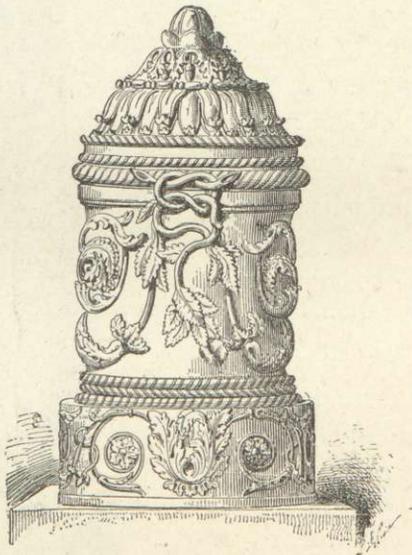
lecho con Aquiles, disfrazado de mujer por su madre para hurtarlo á la guerra y á la muerte. Ya lanzado por este camino, enumeraba los medios de seducir y los modos de gozar á las muchachas en enumeraciones á cual más desvergonzada é indecente. Su cántico, en vez de tomar alas, revolcábase como un cerdo dentro del fangar de todas las porquerías juntas. Hablaba del amor entre los humanos como pudiese hablar del ayuntamiento entre las bestias. Daba lecciones de cultivar los más inmundos vicios como pudiera darlas de cultivar los más hermosos campos, sin reservas y sin velos. Hasta para los viejos había recetas en sus cánticos, que les propinaban astucias y falacias contrarias á los ímpetus y á los desbordes propios de una juventud conquistadora. Y, acabada una de estas indecencias, entrábase por los dominios de la religión ó del arte, y describía con pureza digna de los diálogos platónicos Atenas en cualquier festividad, las laderas del Híbla, los mármoles del Pentélico,



Joven atleta (estatua del museo de Nápoles)

los plátanos del Pireo, las orillas del Cefiso, la Minerva de Fidias, la elocuencia de Pericles, las canturias de los templos, las pentelias del oficio litúrgico, una representación del *Prometeo*, salmodiando versos maravillosos del titán Esquilo, una elegía del *Edipo* de Sófocles acompañada por el coro de los ruiñeños en Colonna, los ejercicios casi escultóricos del atleta castamente des-

nudo en los juegos de la inmortal Olímpia, el pensamiento que cruzaba por las profundidades insondables del espíritu de los filósofos y el relieve que la escultura ponía como una diadema cincelada en el tope de los monumentos, el coro armonioso de la tragedia y el espectáculo incomparable de la libertad, desde los colegios del sacerdote hasta las tribunas del republicano. Esto quería decir tan sólo que aquel cuitadísimo joven estaba loco. Pues, aparte las propias gracias personales, á estas locuras libraba con empeño Agripina la seguridad completa de acaparar á Claudio y á su Imperio.



QVI BVŚ PVE NANTIBVS SIMMA CHIVS FERRVM
MA TERNVS HA BILIS MISIT



CAPÍTULO XII

INTRIGAS Y SEDUCCIONES

Mientras Nerón se divertía de tal suerte por los jardines, llegaba Claudio al palacio de Agripina y se metía por las habitaciones con resolución semejante á la de quien da un salto peligrosísimo tras una suprema resolución. En efecto, hasta la puerta del cubículo, donde solía estar de continuo la princesa, le acompañaron Palas y Narciso; éste disuadiéndole de la visita, y aquél á la visita persuadiéndole. Hubiérase dicho que, falto el emperador de propio criterio, se habían personificado en sus dos libertos dos contradictorios pensamientos para moverle y determinarlo según ajenos impulsos. Hasta de la túnica le tiraba Narciso para detenerlo, como pudiera tirar de las ropas de un ahogado, mientras á empellones lo metía dentro del palacio Palas, como si aquel dueño de la Tierra fuese un esclavo de sus propios esclavos. Por fin la fuerza persuasiva de este último sobrepujo á la del primero, y Claudio entró en el gabinete de su imperial sobrina. Un buey que descansa tras de haber arado mucho, no se desploma en el surco jamás como Claudio en el primer asiento que halló á su alcance y medida. Resoplaba como tras un combate. Dirigió los ojos á todos lados recelando que pudieran entrar sus dos imperiosos consejeros. Limpiábase con el revés de su mano derecha los fríos sudores que le corrían por el

encarnado rostro. En efecto, como la base fundamental de una complexión jamás puede desmentirse, Claudio estaba perplejo, después de su reciente viudez, entre casarse ó no; y después de estar á tal respecto incierto, lo estaba también respecto de la mujer que pudiera preferir para su trono y para su tálamo, en el caso más ó menos probable de casarse. Todo confusiones en él. Cuando arriba se necesitaba un pensamiento fijo y una voluntad resuelta, Claudio carecía de pensamiento y de voluntad hasta en los momentos más difíciles y para los acuerdos más graves. ¡Cuánto no había de oscilar entonces, tratándose del matrimonio, negocio relativo á su vida privada y sólo á él concerniente! Y por lo mismo que así vacilaba el cuitadísimo, había menester de una compañera que compartiese un estado continuo de ánimo, cual su duda perpetua, de la que únicamente podía salir en algunas ocasiones ayudado por esfuerzo ajeno. Un trono sólo por él ocupado; la consulta de sus innumerables sentencias y acuerdos reducida únicamente á oír el parecer de los libertos; su tálamo regio lleno de concubinas volanderas con desdoro de sí propio y detrimento de su autoridad; el palacio de los césares desposeído de la felicidad que trae una mujer; sus propios sensuales instintos de suma fuerza é imperio satisfechos por modos ilegítimos, impelíanle á buscar en el matrimonio una fuerza de que su alma no disponía por fatales disposiciones del hado. Y como en los afectos de amistad y de amor solemos buscar el complemento á nosotros mismos, penetrado Claudio por modo instintivo casi de las deficiencias suyas, de la debilidad congénita con su complexión, en la mujer encontraba fuerza que añadir y sumar á su albedrío, solicitado por dos fuerzas contradictorias, que tiraban de su voluntad, muy perpleja entre ajenos impulsos. Y casualmente su imperial sobrina, engendada en los campamentos, nieta é hija de guerreros tales como Agripa y como Germánico, entre soldados crecida y criada, más diestra en el manejo de las espadas que de las agujas, podía con superiores títulos dar lo que principalmente pedía Claudio á la compañera de su vida para completarse: fuerza de voluntad. Así, traído y llevado por los impulsos de tantas voluntades ajenas, había menester un tantico de reposo. Cuando lo vió llegar Agripina holgóse por todo extremo y se propuso no soltarlo hasta tenerlo del todo comprometido y puesto ya

en camino de la boda. Apremiaba en tal ocasión á ésta, no tan sólo el propio interés, una tablilla deslizada por Palas en manos de la esclava predilecta diciéndole: ¡ó ahora, ó nunca! En efecto, como pasaba con tal facilidad Claudio de un estado del ánimo propio á otro muy opuesto; como cambiaba de resoluciones cual de ideas á cada instante; como sufría la sugestión de cuantos le rodeaban; como todos sus propósitos solían perderse á una en la vaguedad propia de toda indecisión; como á veces, cual todos los indecisos y perplejos, en dos minutos de resolución arrancaba en carrera desbocada, no tenía remedio Agripina, sino asirlo en aquella hora suprema y arrastrarlo por todos los medios á un casamiento, en el cual hallaría la satisfacción á sus desapoderadas ambiciones y los logros apetecidos desde su infancia por un conjunto de instintivos impulsos heredados de las generaciones que habían concluído por engendrarla y producirla en aquel período á ella, tan imperiosa como soberbia. Sin embargo, una tigre, doble y embustera, no se hubiera convertido en acariciadora gata como aquella mujer imperial, que ocultaba sus uñas, y cerraba sus dientes, y disimulaba su fuerza para coger entre sus brazos al cuitado y despedazarlo sin misericordia, comiéndoselo con la voracidad nativa en su exterminadora y feroz familia imperial. ¡Los ojos de águila, cómo se tornaban ojos de paloma. ¡Sus rugidos, cómo pasaban al arrullo! El éxtasis de un amor puro se dibujaba en el rostro avieso á voluntad, como si la fisonomía obedeciese al deseo y al propósito ciegamente. Una madre no cuida con tanta solicitud al hijo que anhela criar, como cuidaba ella en aquel momento á la presa que deseaba destruir.

— ¡Claudio! ¡Claudio! — dijo á su tío, con una voz tal que hubiese perturbado, no digo á un hombre tan sujeto de suyo al apetito y á la sensación como Claudio, á una estatua.

— ¡Oh! ¡oh! ¡oh! — respondió Claudio muy lastimado y quejumbroso.

— ¿Qué te pasa? — le preguntó Agripina con amor, ayudándole á sentarse y componerse, tan solícita y tan cuidadosa.

— Los malditos libertos. No me dejan vivir con sus visitas.

— Ya se ve — observó Agripina, dispuesta siempre al aprovechamiento de cualquier coyuntura que se presentase de dar tras

sus enemigos, — ya se ve, cuando tienes á tu lado un ministro consejero como Narciso, todo es de temer.

— Agripina, deja en paz á Narciso.

— Perdona, Claudio, perdona si te molesto — exclamó la princesa en su deseo de no imponer ninguna de sus preferencias al César hasta secuestrarlo con su dominio por medio del casamiento.

— Vengo aquí en busca de reposo.

— Toma esta bebida refrescante, que te sentará bien.

Y Agripina presentó en copa de oro cincelada muy delicadamente sorbos de hidromiel á su imperial tío.

— Gracias. Me sabe muy bien, pues llegué aquí reventado.

— Aquí encontrarás cariño y reposo.

— ¡Qué bien compuesta la casa!

— ¡Ya lo creo! Nuestras manecitas de mujer, principalmente sirven para eso: para componer y arreglar las pajareras donde nos encerráis cautivas los hombres.

— Tienes razón — exclamó Claudio, encantado de ver tan humilde y sencilla y obediente á la imperial sobrina, — tienes razón. Hasta en el palacio de los Césares anda todo al retortero cuando le falta pródiga mano de mujer.

— Pues tamaña falta puede con suma facilidad enmendarse. No hay sino desearlo de veras y decidirlo á la mayor brevedad posible.

— ¡Me solicitan — respondió Claudio para sincerarse, — tantas contrarias inclinaciones y me asaltan tales dudas!

— Pues con dudas y perplejidades no se consigue nada; un propósito firme, un objeto seguro, una elección resuelta, pueden sacarte de la confusión obscura en que te estremeces y golpeas como el epiléptico asaltado por un accidente.

— ¿Qué quieres? Cada cual es como lo ha hecho el cielo, y nace para los misteriosos fines que allá en los abismos de la noche le señala el hado implacable con fórmulas de astros y de soles.

— Mas no sabemos lo que nos destinan los dioses, y necesitamos adivinarlo por escudriñamientos de nuestra conciencia y cumplirlo por impulsos de nuestra voluntad. Mueve, pues, tu voluntad con tu pensamiento, y decídetete.

— ¡Oh! En todo cuanto atañe á los demás, encontrarásme siem-

pre al bien dispuesto; pero en todo lo que atañe á mi persona y al destino de mi persona, encontrarásme perplejo siempre.

— Pues me dicen que ya estás fijo en la resolución de contraer nuevo matrimonio. Y si en tamaña resolución estás fijo, precisa que la pongas por obra, uniéndote con la mejor y más hermosa mujer que encuentres en tu vida.

Y mientras decía estas palabras, acercábasele como el fascinador á la serpiente. Los ojos le centelleaban chispas abrasadoras, le palpitaba el pecho provocador. Abriáanse, como para respirar y aspirar todos los placeres, sus anchos narigales. El cuello, de un dibujo perfectísimo, se retorció, como pidiendo unos brazos que lo sujetasen. La cabeza erguida sacudíase como á impulsos del deseo. Parecían aquellos blancos dientes próximos á morder en cualquiera fruta prohibida. Los labios vibraban como al toque de palabras incoherentes, pero apasionadísimas. El aliento despedía un aroma tal de voluptuosidad, que podía subirse á las cabezas más firmes y emborracharlas hasta perderlas en verdaderos desvaríos. Podían oírsele á maravilla los latidos del corazón y de las sienes, uno y otras fulminando tempestades de amor, y el cuerpo todo se retorció como prometiendo sensaciones jamás soñadas en los mayores extravíos del sentido.

— ¡Oh! ¡oh! — exclamó Claudio, lanzando gritos en los cuales conteníanse algunas palabras, pero de una confusión tal, que ya parecían, según lo inarticuladas, vagidos de la infancia, ya estertores de muerte, ya resuellos de celo, todo antes que ninguna expresión humana y clara y concreta y distinta, pues los gestos voluptuosos de Agripina, más ó menos naturales, pero muy bien fingidos, le habían despertado todos los instintos, y se dejaba por ellos arrastrar con tal brutalidad que, temiendo la diestra sobrina desatinarlo, replegó sus alas de un golpe y llevó el coloquio á otros asuntos de una verdadera virada en aquella situación peligrosísima.

— ¿Has descansado ya? — le preguntó con acento indiferentísimo, haciéndole pasar á la frialdad más glacial desde la exaltación más ardiente.

— Sí, ya he descansado — respondió Claudio de un modo maquinaal, pues le costaba mucho la brusquedad rudísima del cambio á que lo sometía la implacable sobrina, quien jugaba con él como

los domesticadores con las bestias crueles y feroces, que ya gruñen amenazadoras y rugientes, ya se arrastran sometidas y dóciles.

—Vamos á ver, Claudio, viniste para consultarme. ¿No es cierto? Para consultarme sobre tu matrimonio.

—¡Ah! —respondió Claudio con una exclamación, dicha por no tener, en último resultado, ninguna otra cosa que decir, abrumadísimo bajo el influjo que Agripina ejercía sobre su persona.

—Tú no debes casarte, Claudio, sin reflexión, como lo hiciste las otras veces, dejándote dominar de un minuto de verdadero extravío increíble, ó de sugerencias ajenas por tus redomados libertos con su imperio impuestas á tu débil voluntad.

—Sí, sí, —decía Claudio, quien había entrado en los accesos frecuentísimos de imbecilidad á que le arrastraban las emociones encontradas cuando eran fuertes, como si en algunos momentos adoleciese de parálisis en la voluntad y en la inteligencia.

—Tú debes casarte con mujer digna de tu rango. La sangre que riegue su cuerpo deberá provenir de César y de Augusto, pues ninguna otra corresponde á tu alta majestad. Los dioses en el Olimpo nuestro se casan á una con las diosas. Cuando la preferida no pertenece á su naturaleza y á su estirpe, toman formas inferiores, como para demostrar que han descendido un grado en las escalas de su divinidad. Una mujer de la familia de Augusto, y sólo una mujer de tal familia te cuadra y te conviene, pues con otra cualquiera descenderías como descendió Júpiter á toro y cisne cuando requirió de amores á mujeres tan bellas como Leda y Europa. Tú, Claudio, aunque divinizado por el cargo cuasi divino que tienes, no podrías tomar el exterior tomado por Júpiter en esas ocasiones, y llegarías á embrutecerte con el peor de los embrutecimientos: con aquel que subsiste y queda bajo la forma humana y el aspecto humano, tan dignos y tan dignificadores. Dígote, por ende, que no te cases con mujer ajena del todo á nuestra casa y familia.

—Bien, bien —decía Claudio maquinalmente.

—Ni la prosapia de tu esposa deberá ser indiferente á tu gusto; ni la figura tampoco á tu nativa majestad. Cuando los escultores griegos parean dos estatuas, la una femenina, masculina la otra, buscan modelos de análoga hermosura y dignidad. Tienes que recibir los

embajadores; pues necesitas una mujer que les atraiga y subyugue. No importa que recuerde á Venus en delicadeza y en hermosura, si en gravedad y en altitud recuerda también á Minerva. La cabeza de una emperatriz necesita ser bastante fuerte y amplia para soportar el casco de las amazonas invencibles que precedieron al Aquiles de *La Iliada* en la gobernación y defensa de los primitivos estados helenos. Cuando paséis por delante de las muchedumbres, deben decir éstas en voz clara: por ahí van una diosa y un dios. ¿Cómo, si no, conservar el rango altísimo que á tu alcurnia y á tu autoridad corresponde? Busca quien te complete, Claudio; no quien te rebaje y disminuya. Elige una mujer de tal gallardía que vean en ella una propia y natural autoridad los romanos.

— Conforme, conforme — decía Claudio, no sin advertir que todas las señas dadas por Agripina cuadraban por completo á ella y la describían y la pintaban con un raro parecido muy semejante al modelo.

— Luego, á la sangre imperial y á la imperial prestancia debe reunir imaginación que te captive y saber que te auxilie. Una dama desprovista de imaginación se parece á un jardín desprovisto de flores. Una mujer sin conocimientos ni ciencia se parece á una llama sin calor. Debe tu esposa escribirte las arengas, como solía la inolvidable Aspasia escribirle, con elocuencia incomparable, las suyas respectivas al primero entre los griegos, al inmortal Pericles.

— Justo, justo — decía Claudio, á cada instante más captado por las descripciones que de sí misma recitaba, con tanta retórica en la forma y tanta intención en el fondo, su redomada sobrina.

— Un poco de Historia no le sentará mal á la que designes y escojas.

— ¿Historia también?

— Historia.

— ¿Qué dices?

— Aquí me tienes; yo escribo la historia del tiempo corriente.

Yo trazo los anales de cuanto sucede alrededor mío.

— ¿De veras?

— ¡Y tan de veras!

— Me dejas atónito.

— ¡Ay de aquellos que me falten! Yo les presentaré desnudos

ante la posteridad. Yo les arrastraré á las maldiciones eternas. Yo les clavaré un estilete, como un agudo puñal, en el corazón.

—¡Basta, basta!— gritó Claudio, pues Agripina, por tal modo se levantaba y erguía en su desvarío, que la hubierais tomado por una furia.

—Luego, la mujer debe hallarse instruída en Jurisprudencia.

—¿En Jurisprudencia también?

—Pues qué, ¿para honrarte á ti mismo no la llevarías á tu lado al presidir los tribunales de justicia?

—La llevaría.

—Y llevándola, ¿quieres que se presentase allí á guisa de un perro y sin saber una palabra de aquello que traigas entre manos? La mujer de una casa ordinaria puede ignorarlo todo; la mujer de una casa imperial tiene que saberlo todo.

—No lo dudo—añadió Claudio, por añadir algo á lo que decía, con cara de Pitonisa y estilo de oráculo, su bella sobrina.

—Y si me apuras, debe saber la emperatriz estrategia y táctica.

—Tampoco lo dudo—añadió Claudio, á quien el hervor de la sangre, producido por las tentaciones de aquella mujer, se le había subido á los ojos, haciéndole notar las perfecciones que iba la interlocutora enumerando como compendiadas y resumidas en ella misma, en su persona, cuyas gracias se le aparecían como centuplicadas al apetito y al deseo.

—Pues qué, ¿no acompañó mi madre Agripina en los campamentos y en los combates á tu hermano inmortal Germánico? Sus brazos, ¿no ayudaron á este generalísimo excelso, mi padre amado, en aquellas barreiras y murallas erigidas contra los bárbaros? Yo misma, ¿no fuí engendrada en una tienda de campaña y no fuí parida en una correría militar? La madre del conquistador Darío, Atossa, conoció la guerra como su hijo, pues le disciplinaba legiones en el desierto y se las expedía con verdadero arte militar. La madre de Alejandro fué general tan eximio como el que sus entrañas engendraron. En las mujeres llamadas hetarias por los griegos, había desde oradores hasta poetas y políticos. La prueba de lo mucho que la mujer cooperó á la civilización helénica está en la burla por Aristófanés hecha de su poder en magistrales comedias. ¿Livia hizo acaso más por el Imperio que nuestro divino abuelo

Augusto? El nombre de mi madre Agripina va junto con el nombre, tan amado por los ejércitos y por los pueblos, de tu hermano Germánico. Así, te ruego que optes por una mujer industriada en artes militares también, como tantas y tantas que han brillado en la Historia y esclarecido su familia y su edad. Puesto que has de casarte, Claudio, cástate con esposa que sea política, historiadora y militar.

— Tantas y tantas cualidades atribuyes á la mujer por ti designada, que habrá solamente una en Roma — dijo Claudio con cierta punta de malicia, muy extraña y muy singular en la timidez natural que le aquejaba de continuo.

— Pues con estos ornamentos, debe sumar el amor y culto fervoroso á la Poesía y á las Artes.

— ¿Aún más tesoros? — preguntó Claudio con cierto retintín.

— Solamente hay un emperador en el mundo conocido. Pues no debe haber en el mundo conocido más que una sola emperatriz. Y esta emperatriz ha de ser singularísima para emparejar con un César como tú, estadista, jurisconsulto, poeta, legislador consumado, retórico de primer orden, con ribetes de maestro en ciencias tales como la Historia.

— Gracias, gracias, gracias — dijo Claudio, á quien las adulaciones de Agripina le trastornaban el blando seso, casi como las gracias y las seducciones el débil sentido.

— Imagínate, junto á una mujer como la que describo, cuál sería tu majestad y tu esplendor. Podrías creerte, no en el trono de los romanos, en el ara de los dioses. Tu corona competiría en brillo con la corona del Sol. Vendrían los bárbaros á someterse y los griegos á consultarte. La plebe romana se creería vuelta de nuevo al tiempo de las mujeres excelsas. Todas las lenguas de todos los sacerdotes convertiríanse á bendecirte y todas las plumas de todos los historiadores á inmortalizarte. Cada ciudad levantaría un templo á tu gloria y cada mortal ofrecería en tus aras una víctima. Parecerías en el Palatino, con una mujer así, semejante á Júpiter acompañado de Juno, y no habría necesidad en los mortales de ascender al Olimpo griego en alas de la poesía ó de la religión; que aquí en el suelo toparían todos á una con la divina celestial pareja.

— Bien, bien — decía Claudio, embobado con la extraordinaria

elocuencia de Agripina, pero sin que le tentase por manera ninguna el deseo de mostrarle á la hermosa é inspirada sobrina cómo había caído en el pensamiento que llevaba dentro de su cabeza y cómo adivinado la mujer de quien hacía todas aquellas descripciones, á cual más ajustadas con el modelo, tan cerca de sí misma como su propia persona en alma y cuerpo.

A todo este diálogo sucedía prolongadísimo silencio. Viendo Agripina que no bastaban los coloquios apeló de nuevo á los gestos. Observadora profunda en toda clase de materias, brillaba mucho más en la observación de lo sensual y voluptuoso, como expertísima natural maestra muy necesitada para todos sus planes y todos sus fines de sobrecitar los sentidos ajenos, quedándose con la soberanía y el dominio sobre los propios sentidos; y como viera, tras toda esta disertación acerca de sus cualidades intelectuales, cuánto había seducido á Claudio la parte material de aquella escena, que se relacionaba con las sensaciones, cuán poco lo que se relacionaba con los afectos puros y con los pensamientos altísimos, decidió valerse de las primeras nuevamente. Levantó, por ende, los cercos puestos al espíritu y los puso al cuerpo de nuevo. Como para esto, en vez de servir, deservía la retórica; callóse con profundísimo silencio. Puesto que de lo material se trataba en aquella fase de la seducción, á lo material se atuvo. Las tres diosas delante de Paris, Venus en coloquio con Marte, no difundieron jamás tanta voluptuosidad en torno suyo cual Agripina difundía en torno de su presa. El águila comienza por cegar con su mirada fulgurante á la víctima que persigue con sus velos y despedaza con sus uñas. Ya deslumbrado Claudio, cogió la princesa un jarro de oro, y en transparente copa murrina vertió áureo vino de Falerno para emborracharlo con el zumo de las cepas como lo enloquecía con los efluvios de sus miradas. Quería sojuzgarlo por todos los medios, pues dondequiera que tornaba los ojos leía escritas estas fulgurantes palabras: ¡ahora ó nunca! Después de darle á beber, atracóle de confituras confeccionadas con bebedizos propios á despertar el amor y encender la sangre. Quería sumar en él con la borrachera del juicio la borrachera del amor, para extraer de un estado tan perturbador para la conciencia el deseado sí al terrible casamiento. Tras esto, cantó canciones eróticas y bailó voluptuosos bailes. El traje se

desceñía y despegaba por tal manera de su cuerpo, que, á los movimientos de una danza pírrica, descubría todo lo que excitaba el deseo de Claudio. La túnica, puesta y ceñida con el fin de vencer y encadenar á su tío, sin olvido ni desprecio de particularidad ninguna conducente á ello, no tenía mangas y así mostraba los brazos en toda su escultórica longitud. Desnudos éstos, desnudos los pies, bajísimo el escote, los pliegues del traje acomodados á las sinuosidades múltiples del cuerpo, medio caída y medio suelta la trenza de su nuca sobre las amplias espaldas, á un lado la cítara en el suelo todavía vibrante y á otro lado la copa todavía oliente, Agripina evocaba en aquel baile á las bailadoras de Cádiz que acostumbraban á excitar los sentidos de los romanos en sus orgías, ó á la egipcia Cleopatra de Alejandría, cuyos desordenados movimientos y cuyas fascinadoras miradas trastornaron á César y á Antonio en tales términos, que por ella estuvieron uno y otro á punto de perder entre los brazos de Africa la Ciudad Eterna y su vasto Imperio. Aunque hubiese querido Claudio resistirse á las tentaciones de aquella mujer, acaparaban toda la persona suya, el pensamiento, el corazón, la vanidad, las ufanías por la estirpe de quien bajaba derechamente, la inteligencia, la imaginación, los nervios tan desarreglados, la sangre tan enardecida, los ojos que se deslumbraban, el olfato que lo husmeaba todo, el gusto que á grandes tragos bebía eróticas sensaciones múltiples, el tacto mismo en aquel roce de un aliento y de un mirar, abrasadores como los de Agripina, con todas las moléculas del infeliz hipnotizado. Y no le bastó con el estado aquel que había promovido; cuando creyó que la fatiga del baile podía dañar al poder de la seducción, Agripina se desciñó el traje y se quedó como Venus ante Paris en el momento de la reluciente y apetitosa manzana. Claudio no podía ofrecerle, no, la manzana célebre de los combates y discordias celestiales; pero le ofreció, rendido á sus múltiples embriagueces, la diadema de Roma por un beso, por un solo beso.

— No hay beso — exclamó Agripina, — sin promesa y palabra de matrimonio.

Y recogiendo su túnica se la volvió á ceñir para ocultar de nuevo las gracias y seducciones del hermosísimo cuerpo.

— ¿Matrimonio? — preguntó Claudio espantado.

— ¡Matrimonio! — repitió Agripina con autoridad é imperio in-contrastables.

— ¿Pero has dicho matrimonio?

— He dicho matrimonio.

— ¿Crees poder casarte conmigo, Agripina?

— ¿No he de creerlo, Claudio?

— De tu misma opinión es Palas.

— ¡Vaya si lo es!

— Pero Calixto y Narciso te acusan...

— ¿De qué?

— De que intentaste unirte con el patricio Galba en matrimonio porque lo creías próximo al Imperio y con muchos partidarios en el pueblo.

— ¡Bah!

— De que la madre de Galba te abofeteó en pleno foro para que nunca su hijo pudiese darle por nuera mujer á quien tan gravemente ofendiera su mano.

— Yo he olvidado todo eso y lo recuerdan ellos. La madre de Galba es hoy una de mis mejores amigas.

— Pues aún dicen más.

— ¿Qué dicen?

— Que al saber tu primer marido Eneobarbo el nacimiento de Nerón, afirmó con solemnidad cómo tú y él sólo podíais engendrar un monstruo.

— Mi primer marido adoleció toda su vida de la cabeza. Estaba loco.

— Pues aún dicen más.

— ¿Qué más dicen? — preguntó Agripina estoicamente.

— Pues dicen que diste hierbas á tu segundo marido para heredarle pronto.

— ¡Y que recuerdes, Claudio, tales cosas!

— Te repito lo que dicen ellos.

— Y al repetirlo muestras que algo crees.

— No por cierto.

— Sí por cierto — dijo Agripina con tal furia que se aterró Claudio.

— Perdona, perdóname, Agripina.

— Si no fuera por mi desprecio de noble á esos libertos viles, había de mostrarte cómo ellos me detestan por haberme negado y resistido yo á ser querida de ambos, y conjurada, como la pobre mujer muerta, contra tu persona y tu Imperio.

— ¿De veras? — preguntó Claudio muy extrañado.

— Y tan de veras. Mas no insisto en mi acusación, porque odios como los míos enaltecen y honran á hombres como ellos.

— Aunque las gentes murmuran por ahí diciendo que los oigo y obedezco en todo, no paro mientes en ellos ni me creo en la obligación de hacerles caso — dijo Claudio con una formalidad tal, que la grande actriz Agripina estuvo á punto de soltar el trapo y reirse á carcajadas. Y lo hiciera, de no enfrenarla el instante supremo en aquella situación excepcional y el punto culminantísimo en su bien representado papel. Con extraño señorío sobre sí misma se tapó el aliento, se apoderó de los nervios y de la garganta, se mordió los labios, y para no convenir demasiado con Claudio, se redujo á esta única exclamación:

— ¡Ojalá!

— ¡Cosas de siervos! — apuntó Claudio, muy arrepentido en su interior de suscitar así odios caseros entre los individuos de su familia, tanto natural como adventicia.

— La calumnia cae sobre las alturas — añadió Agripina. — Toda la familia imperial ha recibido heridas múltiples de venenosas lenguas y estiletos. No pudiendo matar á los césares, hanlos deshonorado en los suyos y han pretendido asesinar sus almas en el concepto de la posteridad. Todo cuanto dicen hoy de nosotras dijéronlo antes de nuestras divinas predecesoras. Contaron que tu abuela ilustre, aquella inmortal mujer llamada Livia, cofundadora con Augusto del Imperio, cuyo apoyo fuera en los más gloriosos días de aquel excelso reinado, lo envenenara con higos de Campania. Ya sabes lo que hizo Augusto con su propia predilecta hija, mi abuela Julia, captado por calumnia de los cortesanos, que se rindieron á sus gracias y se agraviaron de sus despegos. Mi propia madre, la virtud en persona, la esposa más fiel, una dama sólo comparable con la casta Lucrecia ó con la madre de los Gracos, también atrajo sobre su frente inmaculada calumnias que le produjeron horas de verdadera desgracia, días de tristísimo destierro. Y no quie-

ro decirte lo que cuentan los calumniadores de todos los césares y de todos los príncipes en la familia imperial inscritos, por no herirte ni atormentarte con tales cuentos. Han asesinado la República los republicanos; y queriendo que nosotros carguemos con sus culpas, nos atribuyen lo por ellos perpetrado y nos piden cuentas porque la familia Julia, descendida de Venus, con troyana sangre por sus venas y griega savia por sus fibras, se asentó sobre las ruinas por ellos amontonadas y fundó el Imperio para que la ciudad no se disgregara y no se perdiera el mundo. Examina la conciencia de tus libertos, y encontrarás en ellas pavesas de las doctrinas republicanas que nos combaten continuamente creyendo sus ciegos sectarios casar las viejas instituciones con las nuevas costumbres, y se revuelven á una contra nosotros heridos y lastimados por su propia impaciencia. Somos calumniados porque somos omnipotentes. Los que nos adulan se desquitan de la natural adulación suya murmurando de nosotros, y los que nos temen se desquitan de sus temores aborreciéndonos á nosotros. He ahí el secreto de todo cuanto contra la sobrina tuya te han dicho: todo fábula, todo mentira, todo calumnia, todo.

— ¡Qué bien hablas, y cómo seguiría los consejos de Palas y me rendiría humilde á las seducciones tuyas, Agripina, si lo que nos junta en la vida no nos apartara en el tálamo, nuestro parentesco!

— ¿El parentesco? ¿Has hablado tú del parentesco?

— Ciertamente: hablé del parentesco.

— ¿Y crees que tal muralla puede separarnos?

— No, si quisieras ser mi amante; sí, queriendo ser mi esposa.

— ¿Cuáles palabras he oído? — exclamó Agripina. — ¿Estoy en presencia de un monstruo abominable, ó de un emperador verdadero? Plutón infernal: ¿quieres llevarme al orco de la deshonra cual otra Proserpina? ¿La sangre celestial que nos anima se opone á la virtud, se opone á la honra, se opone á la legitimidad, se opone á las nupcias, se opone á los afectos dulces y tiernos y humanos, pero no al concubinage, no al vicio, no al pecado, no al crimen y no al deshonor? Me amas, cuando me propones el concubinato. Pues bien: puedes en el matrimonio satisfacer tu pasión. De otra suerte no hubieras proferido la palabra proferida por tus labios sin que yo te hubiera derribado á mis pies. Llevo siempre un puñal conmigo,

como un órgano de mi cuerpo. Mira cuál brilla desnuda esta reluciente arma, que parece un broche de mi cinto y pica como una víbora del desierto líbico. Te matara si de aquí pudieras salir con esos pensamientos que te han asaltado; te matara. Yerto quedarías á mis pies, Claudio, completamente yerto. No se propone lo que tú has propuesto á una mujer como yo, sin morir en el momento mismo de formular la infame proposición. De aquí saldrás, ó esposo mío resueltamente, ó muerto.

— ¡Perdón! ¡perdón! ¡perdón! — balbuceaba el infeliz Claudio con temblores de azogado y estremecimientos de epiléptico.

— Sólo un matrimonio legítimo puede realzarme á tus ojos y á mis ojos. Le debes tal desagravio á tu hermano Germánico, el héroe cuya sangre has desconocido, insultándola en mi cuerpo. Si haces tal te amaré, como ningún ser amara en el mundo á otro; si no, te mandaré al infierno de rápida puñalada entre horrores horribles.

— No hay ejemplo de haberse casado un tío con su sobrina carnal.

— Nosotros lo daremos.

— Las leyes se oponen.

— ¿Para qué somos omnipotentes? ¡Bonita tela de araña las leyes!

— ¡Agripina!

— ¿Tú crees que no he previsto el caso y no sabré allanarte la vía conducente á nuestra común felicidad?

— ¿Qué me dices?

— La verdad.

— Apenas puedo creerla.

— ¿Quién legisla en Roma?

— El emperador.

— Pues legislando en Roma el emperador, ¿por qué tardas en poner el sello de Augusto á la derogación de unas excepciones tan bárbaras como las que nos dividen ahora é imposibilitan la mutua ventura nuestra?

— No, no legisla el emperador — exclamó temblando Claudio, — legisla el Senado.

— ¿Legisla el Senado? — preguntó Agripina con feroz alegría.

— El Senado — volvió á decir Claudio, con mayor insistencia y más tranquilo.

- Ahí te aguardaba yo.
- ¿Cómo?
- ¿Te someterás al Senado?
- Me someteré... Pero no acierto á comprenderte.
- Ya me comprenderás cuando los padres conscriptos hayan hablado respecto de nuestro matrimonio.
- ¿Hablarán?
- ¿Pues no han de hablar?
- ¿De veras?
- De veras.
- ¡Agripina! — exclamó Claudio, en quien crecía el asombro á cada instante.
- Claudio, cuando tú vas, yo estoy de vuelta.
- Si el Senado habla, yo, que me ufano con haber su autoridad restaurado, no tengo más remedio que sujetarme á su voluntad y obedecerle ciegamente.
- Pues habló. — Y Agripina dió tres golpes, á los cuales una turba de siervos se presentó en tropel.
- ¿Ha venido el censor Vitelio? — preguntó.
- Ha venido — le respondió quien á la cabeza de todos los siervos estaba.
- Que pase.
- Vitelio — preguntó solemnemente Agripina, — ¿traes el decreto de la curia?
- Lo traigo.
- ¿Qué decreto? — preguntó Claudio, llevándose á la cabeza con empeño ambas manos, temeroso de perder la razón.
- Pues el decreto que ordena tu matrimonio con Agripina.
- No hay ejemplo alguno de tales matrimonios en Roma — dijo Claudio.
- Los hay — replicó Vitelio, — pues el Senado autorizó una boda de tal género al caballero Aledio para que jamás pudiera decirse, ni ahora, ni en los siglos de los siglos, que solamente autorizaba tu matrimonio con Agripina.
- ¿Qué me cuentas? — preguntaba el emperador, sin entender una palabra de lo que sucedía.
- Todo lo sabrás. Entré solo en el Senado y pedí la palabra

diciendo que debía someterle un asunto de la mayor importancia.

Vitelio hizo aquí pausa muy larga, y Claudio, impaciente, le impelió á que hablase con voz y gesto.

— Habla, habla — le dijo con grande insistencia.

— Pinté con suma concisión la soledad á que habías quedado reducido, Claudio, en tu viudez reciente. Observé cómo los cuidados caseros se interponían en el camino de los públicos cuidados. Insistí mucho sobre que debía en todo aliviarte una mujer de alcornia divina que conociese las obligaciones impuestas por tu rango; una mujer de sangre imperial que tuviese todas las majestades juntas; una mujer de inteligencia soberana que pudiese ayudarte al gobierno de Roma y del mundo. Dicho esto, lancé con jubiloso acento el nombre de Agripina. Joven, hermosa, inteligente, fecundísima, su corazón daría el amor que necesitaba Claudio para vivir feliz en la cima del mundo; pues no admitía en su virtud éste otro amor que el amor de su propia mujer legítima. A la objeción de que no puede casarse sino con las hijas de los propios hermanos, respondía ser cosa usadísima entre los demás pueblos y no prohibida por ley alguna. Las costumbres, dije, se alteran en el decurso de los tiempos, y así como, en otros días, no se toleraba que se uniesen primos hermanos con primas hermanas, ahora no se tolera que se casen tíos carnales con sus sobrinas: pero el ejemplo dado por Claudio y Agripina todo lo cambiará, y se abrirán en Roma vías nuevas á los matrimonios y facilidades nuevas á la fundación de grandes y poderosas familias. Cuando acabé yo de recitar tales palabras, el entusiasmo de los senadores no tuvo límites. Votóse por aclamación el permiso; y votado ya, unos se arrojaron llorando en mis brazos, otros se hincaron de rodillas á mis pies, y á una sin excepción todos aclamaron y bendijeron los nombres unidos de Claudio y de Agripina, como dos astros mayores que se levantaban juntos en el cielo de Roma. Por consiguiente, permíteme, ¡oh Emperador!, que salute á la divina Emperatriz, permítelo, y tú, Emperatriz designada por los dioses, que te bendigan éstos y te prosperen por toda una eternidad.

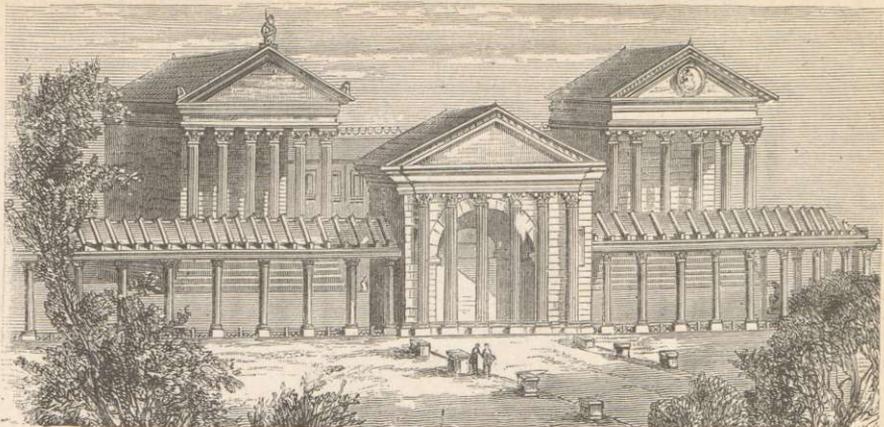
— Mi Agripina, mi Agripina, mi Agripina — murmuraba Claudio, casado casi por fuerza, en tan terrible coyuntura y en tan supremo instante.

— ¡Claudio mío! — exclamó Agripina besándole.
— ¿Qué hacer? — preguntó Claudio.
— Lo que indica el pueblo — respondió Vitelio.
— ¿Qué indica el pueblo — volvió á preguntar Claudio.
— Acércate á esa ventana y atiende con cuidado al ruido que retumba.

— ¿Qué significa eso? — preguntó Claudio.

— Pues el pueblo, fiel á la memoria de su predilecto Germánico, pide ahora que sanciones el decreto de la Curia y aceptes lo por mí propuesto y por todos los senadores á una votado.

— Haré cuanto queráis — respondió Claudio, abrumado bajo la pesadumbre de todos los afectos que le traían y le llevaban de un lado á otro en aquellas espirales de pasiones tremendas, de intrigas bajas, de proyectos confusos, de miras diversas en que su cuerpo y su alma se despedazaban moral y materialmente contra tantos escollos. Así firmó la tablilla en que daba su sanción al perjurio. En cuanto la hubo firmado se abrieron las puertas del palacio y se desparramó el pueblo por jardines y solares en tal número y con tanto jolgorio que temió Claudio morir al entusiasmo popular. Y en cuanto el pueblo dejó libre de su inundación el palacio de Agripina, entraron al cubículo, donde se hallaban ésta y Claudio, el hijo de la una, su Nerón, y el hijo del otro, su Germánico. Aquél, industriado ya, se lanzó al cuello de Claudio y le llamó su padre. Germánico no hizo lo mismo con Agripina; pero Vitelio le cogió de la mano y le llevó á los brazos de la nueva Emperatriz. Esta lo besó, como lame la hiena los barrotes de su jaula. El pobre joven experimentó un frío como si le hubiese besado la muerte. Así que supieron Calixto y Narciso, los dos libertos enemigos de aquella boda, cuanto acababa de ocurrir, se miraron uno á otro y en aquella mirada se dijeron estas siniestras frases: «¡Ya tan sólo tenemos que aguardar en el mundo al verdugo!»



CAPÍTULO XIII

LAS ABUELAS DE AGRIPINA

Sin comprender á Agripina, imposible comprender á Nerón, é imposible comprender á Agripina sin evocar la madre de su madre, Julia, y la abuela de su padre, Livia. De Julia sacó Agripina la insaciable sensualidad y de Livia la inextinguible ambición. Su abuela, Julia, fué hija de Augusto, ilustre fundador del imperio; y su bisabuela, Livia, fué de Augusto última mujer. Estudiémoslas. Un grande imperio, á la verdad, no es tan sólo una persona, es también una familia. Todos los allegados por la sangre y por el apellido al monarca, necesitan compartir su majestad y su nobleza. De aquí la inmensa importancia que los problemas familiares, ó sean los problemas dinásticos, alcanzan á una en toda monarquía. Las leyes romanas, escritas para un pueblo republicano, aunque admitían la diferencia esencial entre familias patricias y familias plebeyas, no contenían el caso de una familia cesárea, cuasi divina, en donde hombres y mujeres necesitan de privilegios propios, muy esplendentes, para lucir en derredor del monarca. Octavio, desde que subió al trono para fundar el Imperio comenzó á idear distinciones legales para los suyos. El sistema parlamentario arraigaba tanto en las costumbres romanas y el afán de legislar se compadecía de tal modo con la romana complexión, que Augusto pidió excepciones legales para su familia. No tenía

hijos Augusto. En ello fué tan desgraciado como el dictador Julio César. Pero tenía sobrinos, provenientes de su hermana Octavia, como Marcelo; nietos, provenientes de su primogénita Julia, como



Julia, hija de Augusto (busto del Museo de Nápoles)

Agripa; entenados, provenientes de su mujer Livia, como Tiberio. Marcelo había entrado por este tiempo en sus diez y nueve años. Una ley, llamada *de Anualis*, exigía veintinueve años para postular el consulado; Marcelo pudo postularlo y optar á él dos lustros antes que los demás ciudadanos. Para su hijastro Tiberio, que á la sazón aquella contaba diez y ocho años, recabó la prerrogativa de optar á los cargos públicos antes de cumplir veintiséis. Así, por estas excepciones, iba poco á poco Augusto fundando la familia imperial y constituyendo una dinastía cesárea. En esta dinastía re-

presentaban papel importantísimo las mujeres. Octavia, la hermana mayor de Augusto, determinó ella, no solamente una parte considerable de la política interior del Imperio, sino también una



Livia, mujer de Augusto (busto de la Galería de los Oficios de Florencia)

parte considerable de la política exterior. Cargada de hijos en los diversos matrimonios á que la constringieron el emperador y el Imperio para sus necesidades políticas, y hasta cargada de hijastros, al hogar conducidos por su matrimonio con Antonio el célebre amante de Cleopatra, pedía honores, cargos, distinciones, riquezas y preeminencias sin tasa para estos príncipes de la sangre. Por su parte, Livia no se descuidaba respecto de su hijo Tiberio, á quien creía ver en sueños de ambición desapoderada sobre un trono tan alto como el nuevo trono de Roma. Pero la preferida en aquella

familia imperial y cesárea, la verdaderamente amada, era Julia, la princesa Julia, en quien á porfía se juntaban la inteligencia y la hermosura. Augusto se miraba en ella, designándola para ornamento de su corte, ya que le parecía en su amor paternal hechizo de su vida. Por tales motivos Julia desempeñó durante muchos años, en la Ciudad Eterna, un papel de protagonista que provocaba muchas envidias, y provocando muchas envidias la exponía de suyo á muchos y muy temerosos peligros.

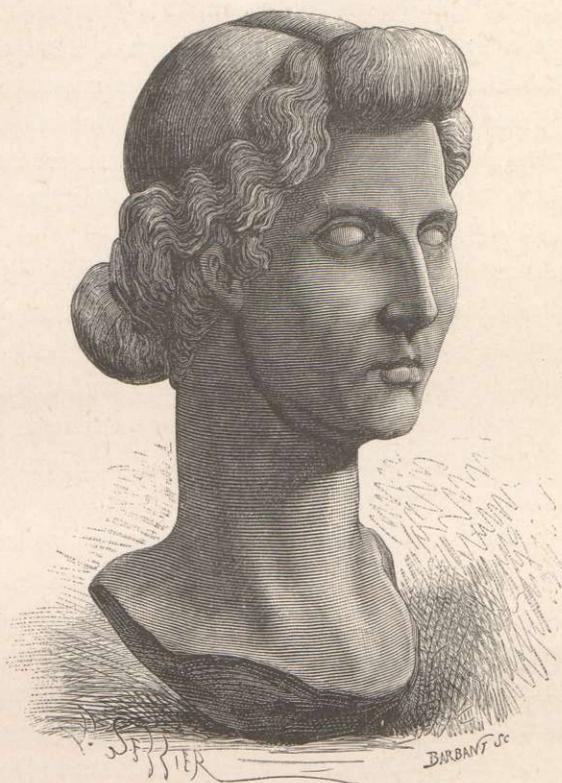
Esta víbora de la envidia se hallaba demasiado cerca de Julia para que no le picase á la continua y no concluyera envenenándola. Se personificaba la envidia en su madrastra, la esposa última de Augusto. Esta madrastra, llamarémosla por su nombre, Livia, no parecía una mujer de casa, parecía un hombre de Estado. Si á la hombruna Fulvia, mujer de Marco Antonio, pudo llamársela un general, un emperador, pudo y debió llamársele á Livia estadista verdaderamente viril. Pero si Livia sólo deseaba regir el mundo, Julia sólo deseaba gozar de la vida. Mientras la mujer de Augusto se perdía en la sirte de todos los problemas políticos, la hija de Augusto se perdía en los abrazos de todos los placeres juntos. A primera vista diríase que les quedaba plaza y lugar á las dos para el sendo ejercicio de sus respectivas inclinaciones, diferenciándose tanto los atractivos en el goce de las tristes asperezas en el mando. Y efectivamente, Livia y Julia jamás chocaran, jamás, entre sí, á no tener una y otra hijos. Por ley natural todas estaban en el caso de fijar su atención y su deseo sobre la herencia de Augusto y apercibirla cuidadosamente y arreglarla con arte para su prole respectiva. Los goces y placeres de la hija, que tanto la separaban de los austeros tratos usuales con la esposa, hubieran servido á ésta, en el caso de infecundidad en aquélla; pero fecunda, con hijos, la servirían mucho. Echábalas Augusto de moral. A título de sus purísimas costumbres había tomado el cargo de censor purificando la cámara patricia, y había combatido las orgías de Antonio, vencéndolo en Accio y en Egipto. Nunca le perdonó á éste la ofensa material que le hizo con retratarle á él mismo como un sátrapa de Oriente rodeado de muchas fáciles mujeres propias y ajenas. Augusto quería en todo eclipsar á la República y merecer el Imperio; pero sobre todo en materia de costumbres. No conservaba el título de César, ó sea

dictador perpetuo, solamente por su ciencia y por su valor; lo conservaba por aventajarse la naturaleza y compleción suya en virtudes á todos los romanos. Y fundador de un régimen desusado, nuevo, reciente como el régimen monárquico, de carácter imperial y cesáreo, sabía cuánto los prestigios naturales de su familia y de todos sus parientes prestaban de suyo natural autoridad á su imperio. Desde que, tomando el aumentativo nombre de Augusto, se propuso prosperar todos los negocios públicos en Roma, quiso que prosperase también bajo tal advocación la virtud y el brillo moral de su familia. Pero en esta familia ¡oh! había muchas mujeres, y con las mujeres hijos, nietos, entenados, sobrinos, afines varios, los cuales formaban dentro de la familia imperial ejércitos contrarios. Por consecuencia, el emperador acariciaba un sueño. Baste considerar para persuadirse á ello, que junto á Octavia, cuñada; junto á Livia, mujer de segundo lecho, como suele decirse; junto á Julia, hija de Augusto é hijastra de Livia, se hallaba nada menos que la madre de aquélla, la primera mujer del emperador, Escribonia. Y caso rarísimo: después de haberla despedido por público repudio y en solemne divorcio, la retenía dentro de la casa y á su lado. Imaginaos una esposa repudiada en compañía de la esposa que le ha sucedido y del esposo que la ha traicionado, y de la vieja cuñada y de la joven prole. Aquella casa debía parecerse al infierno. Y todas las cóleras infernales, de tan diversos puntos partidas, ¡oh! debían arremolinarse á una sobre la frente de Julia y perderla para siempre.

Grande contrariedad al emperador Augusto. Desde que mataron á César había consumido la existencia en guerrear con todo el mundo. Cerráronle primero el paso los dos estoicos asesinos de César, y los persiguió hasta exterminarlos en Filipos. Los hijos de Pompeyo, tan valerosos y tan desdichados como su padre, habían querido combatir el poder supremo amortizado en su persona singular, y los ahogó, venciendo á Sexto en las aguas de Sicilia. El triunviro Lépido se había creído á su altura por ejercer tal dignidad ó llevar tal título, y lo destronó despiadadamente. Retólo Antonio y tuvo que ir de Brindis á las aguas de Accio, desde las aguas de Accio á las aguas de Alejandría, luchando y reluchando con aquel pretoriano, que fuera general suyo, y con aquella reina, que fuera favorita de César; y cuando, superados tantos escollos, ven-

cidas tantas fuerzas, disueltas rebeliones tales, ufanábase con cerrar el templo de Jano y traer paces perpetuas al mundo, un combate mortal surgía en su propia casa y la guerra tronaba devastadora sobre su tálamo nupcial y en los sacros senos de su divina familia. Lloraba Octavia por un lado la muerte de su débil y entequisimo Marcelo, á quien darían inmortal nombre, mas no vida inmortal, los inmortales hexámetros por Virgilio escritos en lamentación de su muerte. Andaban de aquí allá los hijos varios de Julia, por Augusto amados, como nietos suyos que eran, pero aborrecidos de Livia, quien los designaba para la muerte allá en sus deseos secretos, concentrados todos ellos sobre un propósito de recabar el imperio para su hijo de otro matrimonio, para su hijo sobre toda ponderación inteligente y hermoso, para su Tiberio. Luego venía Escribonia, esposa honoraria, desechada para siempre del tálamo, donde había pasado noches muy amargas en la vigilia y en el insomnio durante los tiempos del combate, bien diversos de aquellos en que gozaba otra la múltiple satisfacción del triunfo, envenenándose á sí misma en dolor asesino regado con ponzoñosas lágrimas y envenenando el ánimo de Julia, sobre quien Augusto reconcentraba sus amores y sus esperanzas. Julia pudo compartir, más que persona ninguna, el imperio con Augusto, de tener propensiones políticas; pero Julia era la pasión erótica encarnada. El apetito más desordenado movía su voluntad, concentrada en el placer y en sus goces. Aquel organismo suyo se asemejaba muchísimo al organismo de Cleopatra. En delirio perpetuo, los sentidos aquellos no se hartaban jamás. Su instinto brutal copiaba del deseo puro é idealista lo infinito, lo eterno, lo insaciable. Sobre su organismo, donde parecía el fuego de la vida sólo animado al fuego del placer, se ponía una complexión voluptuosa. Llevábanla sus músculos al inmundo vicio de la más increíble lubricidad, como á cualquier cuerpo inerte le dan sus átomos un ser fatal incontrastable. Los nervios vibrantes sacudíanse como epilépticos al aguijón del deseo. El cerebro sólo concebía ensueños lujuriosos, que dominaban á un tiempo el corazón y el estómago de aquella libidinosa mujer. En vez de apartar el pensamiento de las cosas sensuales, hundíalo en su contemplación. Las ideas, puras de suyo, prestaban al deseo grosero continuo combustible. La vida humana se apropia unos

elementos y repele otros, quiere á unas personas y á otras detesta. Julia, en sus vicios, no hacía distinción apenas de clases y personas. Lo mismo le daba un viejo gladiador que un joven patricio. Disgustábase de todo cuanto no fueran sus orgías, y en tal estado terrible de su ánimo y de su conciencia tenía junto á sí una mujer



Octavia, hermana de Augusto

que la celaba como Livia. De igual suerte que los creyentes guardan el temor de Dios, Julia guardaba el temor de su padre. No quería, pues, en modo alguno disgustarlo. Así, hacía cuanto estaba en su mano para ocultar á la indagadora mirada suya lo grosero de tantos apetitos como dirigían y afeaban su vida. Las orgías presididas por ella tomaban el carácter de una conjuración. Como placeres anejos á la voluptuosidad, sentía con suma viveza el comer y el beber desordenadamente. Las leyes han puesto en las propensiones del individuo á propagarse la conservación de su especie. Pero el

placer de la mesa no puede compararse con los placeres del amor, cuya intensidad muestra de cuántos medios y recursos ha necesitado valerse la próspera naturaleza para imponer á los individuos esa transfusión de sí mismo en otro ser, deseado y querido, transfusión que lleva en sí aparejada la muerte continua y que resulta en último caso una especie de inconsciente suicidio. Y mientras Julia era como encarnación de la más intensa lubricidad, Livia era como encarnación de todas las ambiciones políticas. Y así como la una, en tratándose de sus goces, no tenía escrúpulos, por su parte la otra, en tratándose del inmediato logro de sus ambiciones, tampoco tenía remordimientos. He ahí las dos mujeres que luchaban á brazo partido en la casa y en la familia de Augusto.

A los quince años Julia cásase con Marcelo, joven de veinte, por mandato de Augusto. El novio tenía delicada complexión y la novia complexión ardiente. Así, al poco tiempo de aquella boda, el desdichado muere consumido tras horrible agonía. Escogiólo Augusto para sucederle. No contento con que fuera sobrino carnal suyo, yerno, hízolo también por adopción hijo. Livia, que contaba dos muy robustos, inteligentes y hermosos, de su primer matrimonio, quería para ellos el imperio y la suprema lugartenencia del imperio. Así, miraba con sonrisa y ojos complacientes la poquedad y entenez de Marcelo, cuya vida se interponía como una tenue telaraña entre sus ambiciones y el trono. Dion Casio en su libro desliza la sospecha de que Livia colaboró y cooperó mucho cautelosa y sigilosamente al prematuro fin del malogrado príncipe heredero. Los maldicientes añadían á tales extendidas sospechas alguna indicación más, como la de que un médico imperial intervino allende lo necesario y lo justo en la enfermedad última de Marcelo. Efectivamente, habiendo ido éste á Bayas para cuidar de la preciosísima persona suya, y hallándose muy constipado, le recetó Musas, médico augustal, un baño de agua fría. Los cortesanos murmuraron, como se murmura de continuo en las cortes, y dijeron unos que había muerto á veneno y otros que á manos del médico. La desesperación de Octavia no tuvo límites. Hermana de Augusto, para el poder supremo nacida, futura emperatriz madre, hallóse con todas sus ilusiones y todas sus esperanzas muertas á la muerte de su hijo. Cuánta natural envidia no debía inspirarle á Octavia su augusta

cuñada, feliz con sus dos hijos, á cual más bello y más robusto. Las historias cuentan que Octavia detestó desde aquel minuto á Livia con odio cruelísimo. «¿Qué mucho, añade Séneca, si concluyó aquella madre infeliz por detestar á todas las madres felices!» Ella, y sólo ella, tuvo la culpa de todo, por haber arrojado su endeble



Marcelo (busto encontrado en Otricoli)

criatura, para que ascendiese al imperio, en las voraces llamas del amor de Julia, el cual ¡ay! lo acabó pronto. Los contemporáneos á una se hallan contestes en que perdió toda salud á los pocos días de casado, y fué con lentitud extinguiéndose, pero extinguiéndose sin remedio. Augusto no sabía dónde colocar á Julia ni qué hacer de Julia. «Dos hijas me dan muchas pesadumbres, exclamaba de continuo, dos, la viuda Julia y la república romana.» Pero hay que decirlo, sometió con mayor facilidad á su imperio la Ciudad Eterna que la princesa imperial. Dos mujeres, como Escribonia y Julia, repudiada la una, viuda la otra, debían traer muy mal aquella corte. Augusto creyó indispensable casar de nuevo á su hija. ¿Pero con quién? Livia la pedía para su Tiberio, demanda imposible de satis-

facier, dados los celos y los recelos de Octavia. Su hermana y su esposa compartían el influjo sobre Augusto, quien se inclinaba ya del lado de la una, ya del lado de la otra, según lo pedía el reposo de su familia y de su imperio. No casó, pues, á Julia con su entenado por no reabrir las profundas heridas que la muerte de Marcelo abriera en el corazón de su hermana. Buscando yerno, interrogó á todos sus consejeros, especialmente al principal de todos, á su amigo y ministro Mecenas. Este le aconsejó el casamiento con Agripa, su general en jefe, observando cómo no podía existir sin daño del imperio un hombre tan poderoso fuera de la familia imperial y lejos del trono augusto. Pero Agripa estaba casado nada menos que con Marcela, hija también de Octavia. ¡Buena dificultad! El divorcio se había extendido en Roma por esta edad, tanto, que facilitaba todas las combinaciones imperiales. Octavia se prestó á divorciar su Marcela de Agripa por tal de impedir el matrimonio de Julia con Tiberio. La infeliz hija suya, sacrificada por modo tan cruel á la impía razón de Estado, se conformó tristemente, pero se conformó al cabo, con su adverso destino. En cuanto al militar Agripa no había que hablar: general de todos los soldados, era un soldado ante Augusto, de quien tomaba la consigna y cumplía la ordenanza con severa incontrastable obediencia.

Parece imposible que Augusto no comprendiera cómo disolvía la familia romana multiplicando los divorcios en su propia familia. Entre los muchos males anejos al principio monárquico, hay uno señalado en verso escultural por Horacio, el poeta republicano de complacencias imperialistas: la facilidad con que al ejemplo de los reyes amolda las costumbres todo el mundo. Se divorciaban las gentes augustales, pues también se divorciaban las gentes de escalera abajo. En China estornudan los cortesanos cuando estornuda el emperador; estornudan los mandarines cuando estornudan los cortesanos; estornudan los burócratas cuando estornudan los mandarines; á su vez los pueblos estornudan cuando estornudan los burócratas, y un estornudo forzoso recorre todo el imperio, desde la Tartaria hasta el Pacífico. En tiempos imperiales se divorciaban los patricios, porque veían el divorcio en los césares; y se divorciaban los plebeyos, porque veían el divorcio en los patricios. Éste deja su mujer, porque ha descornado su velo y mostrado su rostro;

aquél, porque ha ido sin licencia de su esposo á los juegos; otro, porque ha tropezado casualmente con célebre prostituta en la calle. Afligido el emperador á la consideración de tales casos, promulgó las dos leyes Julia y Papia Popea, tan citadas en las aulas universitarias, por dirigidas á robustecer la familia. En ellas castigábase con gruesas multas al conyuge causa ocasional del divorcio. La mujer liberta, casada con su patrón libre, no podía demandarlo. El celibato era con muchas disposiciones contrariado. Se restablecían los medios mejores de restaurar la confarreación, matrimonio religioso abandonado, al punto de no haber podido encontrar los pontífices y los flamines mujeres nacidas en tal condición para casarse. Así contrarió también la viudez. Toda viuda cuya edad no llegase al medio siglo, hallábase incapacitada para poder aceptar las herencias de sus deudos y amigos, si no contraía inmediatamente nuevo matrimonio. El marido sin prole percibía solamente la mitad, y, á veces, el tercio de los legados. En cambio los matrimonios fecundos gozaban el derecho de acrecer en la herencia perdida por los matrimonios infecundos afines suyos. La madre de tres niños no había menester de autorización alguna para testar y no entraba de viuda en la tutela de su antigua familia como entraban las madres sin hijos. Los esposos no podían legarse mutuamente más que la décima parte de sus bienes; pero los padres de muchos hijos tenían mayor latitud. Augusto creyó restaurada la familia de esta suerte, y decíanselo así en muchas ocasiones los primeros poetas. Cierto que no podía fiar mucho de palabras tan por extremo engañosas como aquellas que atribuían á sus miradas y sonrisas el claro azul de los cielos y el regocijo de las primaveras. Pero á esto añadía Horacio que, gracias á él, pacían seguros los bueyes en las praderas, brotaban las espigas nutrices en los campos, hendían los barcos bien conducidos el mar, la buena fe daba de mano á la sospecha, el adulterio huía de los hogares, ahogábanse al nacer los escandalosos desórdenes, las madres veían á una en sus hijos la semejanza natural con sus verdaderos esposos y recibía la culpa su merecido en tribunales sin tacha. Ovidio, por su parte, no se queda en adulaciones y alabanzas corto así que alguna vez tropieza con Augusto. La magnitud excelsa del personaje le abruma en términos de no encontrar un verso digno cuando más los

pide y más los necesita. Creeríasele un poeta del Asia, quemando incienso en aras de cualquier sátrapa oriental. «¿Oyes, le dice al emperador, esos vivos del pueblo, del Senado y de nosotros mismos, los caballeros, aclamándote padre de la patria? Pues ya eras nuestro padre antes de haber aceptado título tal, ofrecido por nuestros tardíos homenajes; ya eras padre del universo entero. Como á Júpiter en el Olimpo le denominan eternamente padre de los dioses, á César Augusto le denominarán todas las generaciones padre de los hombres.» Y tras todo esto viene una comparación entre Rómulo y el emperador, toda ella en desdoro de aquél y en elogio de éste. Rómulo había fundado una Roma cuadrada, cuyas fortificaciones pudo Remo superar de un salto; y desde que Augusto manda en Roma, el sol nace y muere dentro del imperio romano. Un rincón apenas poseía Rómulo, mientras todo cuanto hay bajo los cielos pertenece á César. Rómulo se llamó rey, mientras Augusto príncipe; Rómulo mató á su hermano y Augusto ni siquiera mató á sus enemigos; Rómulo recibió por hijo de un dios la divinidad en herencia paterna, mientras Augusto hizo por sus virtudes y por sus grandezas dios á su padre. Pero la diferencia mayor encontrada por Ovidio entre los dos fundadores, el fundador de la ciudad monárquica y el fundador de la ciudad imperial, estriba en que, mientras el uno, para procurar mujeres á los romanos, robaba en raptó infame á las sabinas, el otro ha devuelto la castidad á las esposas romanas y su perduración al romano matrimonio. ¡Mal juez Ovidio para estas materias, pero peor profeta! Los escritores del tiempo nos refieren que la frecuencia del divorcio continuó en términos de cambiar las damas sus maridos cada otoño, habiendo celebrado algunas diez y hasta doce matrimonios en su vida. Y mientras Augusto promulgaba, desde lo alto de la tribuna, en los Rostros, por el día, las leyes Julia y Papia Popea, su hija degradaba el sitio aquel por la noche, dándose la infame, borracha y fuera de sí, á nueve gladiadores seguidos.

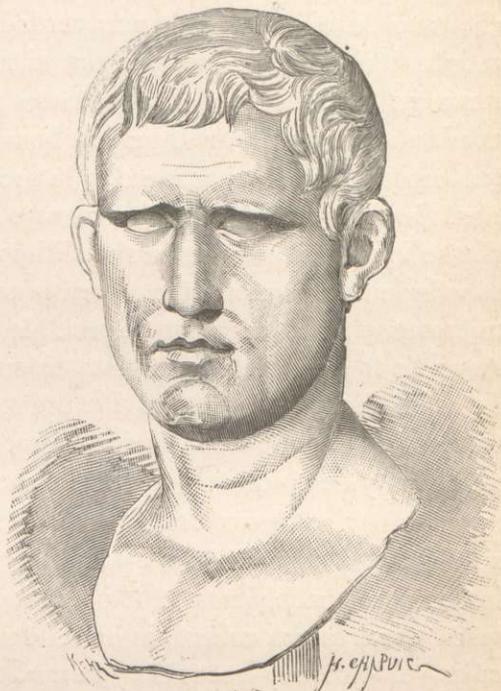
Pero ¿qué había de suceder, cuando la impía razón política destrozaba por tal modo el matrimonio en la familia imperial, que semejaban lechos de prostitución sus lechos imperiales? El matrimonio de Julia con Agripa fué una falta irreparable. ¿Cuántos extremos no había hecho Augusto por la muerte de su sobrino, y Octavia por

la muerte de su hijo, el celebrado Marcelo? Componía por aquella sazón Virgilio su *Eneida*, y precisaba que cantase al malogrado esposo de Julia en sus versos inmortales. Dificil cosa cantar á un jovèn de veinte años, quien, apenas mozo y núbil, había caído en brazos de una mujer voraz, que lo mató en desórdenes nupciales. Virgilio estaba incapacitado de registrar, no ya hechos de aquel malogrado, ni siquiera virtudes, por desconocido, á causa del apartamiento majestuoso en que vivía por augustales disposiciones la familia imperial. Y, sin embargo, allá en el sexto libro de la *Eneida*, cuando esa epopeya en acción que se denomina historia de Roma pasa en profecía desde los labios del viejo Anquises á los oídos del pío Eneas, entre tantos héroes como han cansado á la fama, resuena el nombre de Marcelo y aparece la desvanecida sombra. En los hexámetros que preceden á su aparición, hexámetros dignos de ponerse á una, según lo inspirados y perfectos, junto á las más bellas obras por la edad antigua transmitidas, Virgilio señala en tres palabras la naturaleza y complexión del pueblo-rey. Otros le aventajan de seguro en el arte de cincelar los bronces y encender los mármoles; otros verán afluir á sus labios la elocuencia y á su entendimiento descender los misterios del cielo revelados por el curso de los astros; mas á Roma le toca el arte de regir á las gentes, imponiendo la paz á los sumisos y la dominación á los soberbios. Dicho esto, entra en escena Marcelo, conducido por la mano de su padre muerto, primer esposo de Octavia. La incomparable armadura resplandece como una estrella, pero acaba la vida en su espaciosa frente y se pone el sol en los profundos ojos. Su padre, intrépido general de caballería, que mantuviera en estruendoso tumulto la república vacilante y domara los galos y los cartagine-ses insumisos, colgando trofeos y despojos en el templo de Júpiter feetrio, se le parece del todo, prueba viva de la castidad inviolable y de la virtud inflexible que brillaran desde la cuna en su bella y virtuosa madre. Diríase que, al verlo tan hermoso, tan grande, tan inspirado, los dioses no habían querido en la tierra dejarlo para que no superase á la divinidad ninguna raza mortal, ni la raza latina siquiera. Y Virgilio, encerrado en los estrechos límites de aquella vida sin historia, no teniendo recuerdos que invocar, deja sueltas las riendas á todas las esperanzas imaginables y conjura la romana

gente para que siembre de lises y otras flores pintadas y olorosas aquel brevísimo y malogrado cuerpo. La historia, la pintura, la tradición, leyendas innumerables nos han transmitido la emoción dolorosa producida en la familia imperial por el acto solemne de leer el poeta sus divinos versos. Augusto lloró como un mísero niño y Octavia perdió el sentido, en términos de creerse su desmayo la muerte. Al salir de tan prolongado síncope la princesa, faltóle tiempo en su agradecimiento para designar crecido pago á la suma de los treinta y seis versos que componían el episodio. Tras tales extremos parecía lo más lógico y natural que Octavia se propusiese un respeto religioso á la memoria del hijo, prolongando la viudez de la nuera. Ya que su poeta cortesano conjuraba las gentes de Roma para que llevasen flores á los restos de Marcelo, no había flor ninguna tan propicia y tan bella para él como los recuerdos luctuosos de su familia y la prolongada viudez de aquella mujer en cuyos brazos había muerto. Sin embargo, Augusto necesitaba ocupar pronto el nupcial tálamo de su hija, y á esta consideración lo sacrificó la madre todo. Parece imposible: no solamente prescindió del recuerdo religioso debido á Marcelo, sino que prescindió del respeto debido á la felicidad y á la honra de la pobre hermana de éste, de la infeliz Marcela. Su tío Augusto, que amaba á los hijos de Octavia como á hijos suyos, no sintió escrúpulo ni remordimiento en el sacrificio de aquella infeliz Ifigenia, inmolada sobre los altares de su imperio. Las raíces inseguras del trono habían menester aquella inmolación, y perpetraron, tanto Augusto como su hermana Octavia, el terrible holocausto sin pestañear siquiera. Pero imposible que la conciencia herida no gritase á voces; imposible que la moral desacatada no impusiese las indeclinables sanciones; imposible un buen matrimonio erigido sobre tan escandaloso divorcio; imposible la supresión de tantas consecuencias funestas encerradas en aquellos ejemplos; imposible compadecer la virtud y su felicidad con el crimen.

No hablemos de los combates empeñados entre Livia y Octavia para conseguir aquélla que Julia se casase con su hijo y ésta que Julia se casase con cualquiera que no fuese Tiberio. Ya lo hemos dicho: eligióse, por consejo de Mecenas, Agripa, el vencedor de Accio, sin cuya fidelidad Augusto jamás á tantos enemigos como

tenía venciera, ni se alzara con el universo mundo; pues, débil de suyo, flaco de fuerzas, tímido y hasta cobarde, no hubiera podido guerrear con gloria ni lucir entre tantos guerreros ilustres, mientras el general aquel, émulo por su fuerza y su constancia, de los primeros habidos en Roma, le mantuvo todas las campañas marítimas y terrestres; venció en Perusa y en Farsalia; sumergió la fortuna de Sexto Pompeyo en las aguas de Sicilia, y en los arenales de Alejandría la fortuna de Marco Antonio, teniendo por suprema honra el obedecer á Octavio Augusto con tal que le dejase mandar éste sobre sus soldados. El emperador, no solamente hacía un acto de familia casando Agripa con Julia, también hacía un acto de política. La gloria de tan excelso general fuera del imperio y lejos de la familia imperial ¡oh! era una sombra nefasta proyectada sobre la familia imperial y el imperio. Asociólo, no solamente á su casa, también á su gobierno, designándolo para la herencia del poder supremo, como designó antes á su predilecto sobrino, el primer esposo de Julia. Su presencia junto al trono le daba una seguridad al trono tan firme, que los romanos creían la paz perpetua un vínculo de Roma si él heredaba su imperio. El único ser forzado á reprobear la elección de Augusto fué su esposa Livia, empeñadísima, como tantas veces hemos dicho, en casar á Julia con su primogénito, el mayor de los entenados imperiales. Pero mujer de sumo talento la emperatriz, industriada en las cosas públicas, apta para ejercer el imperio á igual de su marido, conformóse con lo posible;



Agripa (busto del Louvre)

y á fin de mostrar esta conformidad, pidió la mano de una hija del general para su Tiberio, así como la mano de una hija de Octavia para su Druso, robusteciendo y consolidando la dinastía suya personal apercebida y preparada por ella misma con tiempo y fortuna frente á frente de la dinastía y de los príncipes augustales. Agripa era en toda la extensión de la palabra un soldado. Plebeyo de nacimiento, llevaba consigo la más verdadera de las glorias: no la heredada fatalmente de otros, la por sí mismo adquirida. Tenía cuarenta no cumplidos años al casarse con Julia; mas, joven por la edad, no era joven por su genio y humor. Como criado en los campamentos y su rudeza, desconocía la sociedad romana y sus elegancias. En los maravillosos monumentos construídos á sus expensas nótase lo grande, no lo exquisito. Plinio nos lo pinta con frase feliz cuando le llama varón bueno para la sencillez de sus costumbres militares, y malo para los recreos de las costumbres cortesanas. Augusto lo amó tanto, que hasta en su tumba hizo poner la efigie de aquel hombre. Desnudo á la usanza griega, y así fielmente retratado en lo que retrata mejor el cincel que los pinceles, en sus músculos y en su cuerpo, aparece como un verdadero soldado, semejante por su musculatura fuerte á los gladiadores; la espada en su diestra, la clámide á su espalda, el pie derecho hacia adelante, los hombros anchísimos como para procurar una respiración gigantesca y una fuerza colosal, la nuca de un toro, la cabeza de un Hércules, el ojo muy recogido y la mirada escudriñadora, todo en él respirando la guerra, no aquella guerra griega cantada en los versos de Píndaro y Simónides, que parece con todas sus contradicciones y con todos sus combates una melodía; la romana guerra sin gracia ninguna, sin aquellas actitudes que han hecho de los soldados adscritos á Temístocles y Leónidas estatuas de Fidias, la guerra fuerte y enérgica y cruel, la romana guerra. Imaginaos un hombre así casado con una mujer como Julia. Nada entre los temperamentos de ambos esposos armónico. Mientras él tenía costumbres de trabajador, ella tenía costumbres de cortesana. Mientras él consagraba todas sus fuerzas á la política y á la guerra, ella consagraba todas sus fuerzas al placer y al devaneo. Hasta en sus sendas relaciones con las bellas artes y su culto disentían los esposos. Mientras ella gustaba de los objetos artísticos para que or-

nasen la casa propia y movieran sus sentidos, él gustaba de los objetos artísticos para que ornasen al Estado y sirviesen al Imperio. Pocos monumentos guarda la tierra que puedan emular el panteón de Agripa. No pisaréis aquel marmóreo pavimento sin creer os transportados en alta mar. Su bóveda os inspira y sugiere la idea de amplios horizontes sensibles en el espacio infinito, fuera



Panteón de Agripa

de los límites puestos á las frágiles y estrechas humanas obras. Desde nuestra ciclópea Tarragona ideó Agripa el monumento que llevará por siglos de siglos hasta la más remota posteridad su esclarecido nombre. Como Augusto levantara un maravilloso templo á la familia de Apolo, Agripa levantó un maravilloso templo á la familia de Augusto. En su altar mayor, que diríamos ahora, campeaba Júpiter vengador, castigando á los asesinos de César, y en las otras capillas todos los dioses del Olimpo antiguo, enlazados

con la genealogía de los príncipes y emperadores cesáreos. Cuando pisáis el inclinado suelo, esclarecido tan sólo por un tragaluz abierto en lo alto, y veis aquellas columnas estriadas de mármoles egipcios con zócalos de un color y chapiteles de otro, á los cuales ha dado el tiempo esmaltes y reverberaciones de piedras preciosas; cuando convertís los ojos á la rotonda, á la singular maravillosa bóveda arquitectónica, obra ignorada completamente de los griegos y parecida por lo colosal á las enormes construcciones asiáticas, verdaderamente veis y tocáis, aún hoy, la fuerza del Imperio y la majestad augusta de sus gigantescos fundadores, que necesitaron de tantas moles para ver de aplastar la libertad y la república romanas. Ninguna de las rotondas construída más tarde iguala sus dimensiones. Todas son más altas, pero ninguna es mayor. No hablemos de la rotonda del Escorial, que al fin sólo es la rotonda de una capilla en un monasterio. Pero la rotonda de San Pablo en Londres tiene de diámetro treinta pies menos; la rotonda de Santa Sofía en Constantinopla tiene veintisiete pies menos; la rotonda de San Pedro en Roma tiene tres pies menos que la rotonda del panteón de Agripa. La majestad y grandeza de aquel hombre no podían compadecerse con las nimiedades y las pequeñeces de Julia.

Imaginaos el navegante y rey Ulises en brazos de Circe: tal aparece Agripa, general y político, en brazos de Julia. Este Marte, que solamente respiraba odios, casado por imposición ajena y no por amor, al poco tiempo de haberse unido con Julia, perdióse de loca pasión por ella, hechizado en las artes y maleficios de tal maga. No podía caer sobre su corazón mayor infelicidad. Librar la honra en la manceba de todos, entregar el corazón á quien de nadie se prendaba, cambiando continuamente en sus amores por cambiar en sus emociones: irreparable desgracia para cualquier hombre, desgracia mayor todavía para un hombre como Agripa, quien pronto advirtió dónde pusiera el corazón y el alma. Y en cuanto lo advirtió, empezó á combatir con ella y empezó á combatir consigo mismo. La historia presenta en cada una de sus páginas escenas más dolorosas que la tragedia misma. Marido particular y privado, bien pronto pusiera con decisión á su mal radicales remedios, extirpándolo de raíz. Pero, general de aquellos ejércitos, heredero de aquella fortuna, coemperador con Augusto, esposo de una princesa imperial,

miles de razones públicas le imponían la obligación de no tratar sus asuntos como cosa particular y privada. Mas la herida se ahondaba con profundidad insondable á tal consideración. Luchando con todos los enemigos de Roma jamás lograron vencerlo, y lo vencía mísera mujer. El único alivio que á su dolor intenso podía procurarse, la diversión de ánimo y de pensamiento, procurábaselo en viajes y expediciones militares. Y huía de Augusto por huir de sí mismo, temiendo rebelarse á un arrebató de celos, á un desatentado impulso de su corazón herido, á cualquier llamamiento y reclamo de su vulnerada honra. Iba por gobiernos lejanos y por largas y continuas revistas con propósito de cohonestar así ausencias obligadas y necesarias del hogar y del tálamo. Aunque Julia, comprendiendo toda la trascendencia política de un rompimiento con su esposo y recordando cómo el nombre de otra Julia y su muerte indispusieron á Pompeyo y César, tomaba todas las precauciones posibles, no podía ocultar lo tan difícilmente oculto al cariño de un padre; no podía ocultar á su esposo aquellos volcanes de su corazón, tan humeantes de obscuras nubes y tan eruptores de rojas y encendidas lavas. Contaban las historias que toda la juventud viril de Roma podía envanecerse de haber pasado por sus brazos. Un solo joven le resistió, el destinado á ser marido suyo por Livia, Tiberio. Inteligente, robusto, hermosísimo en sus mocedades, Julia lo requirió de amores, movida por un capricho natural en sus sensuales propensiones, y encontró sólo una estatua que la repelía con su frialdad y la miraba indiferente. No así, en verdad, Sempronio Graco, el favorito predilecto; no así Murena, Lépido, Ignacio, Antonio mismo, hijo del célebre triunviro, tantos y tantos otros adcritos á sus amores y presos en sus redes. Bien es verdad que su hermosura incomparable lo explicaba todo. Respecto de Julia no puede, no, decirse lo que se decía de Cleopatra. La reina egipcia no dejó efigies y simulacros de su belleza, mientras abundan las medallas, los relieves, las estatuas que representan á Julia. Hoy puede vérsela vestida con el traje de Ceres, en talla marmórea, obra de un escultor heleno. Al traje ha debido presidir la inspección del padre y del esposo, porque nada tan recatado y honesto. Lleva en las sienes la corona de áureas espigas y en la mano el cesto lleno de frutas. Austero palio envuelve un cuerpo que parece

de vestal y de virgen; pero aunque no haya querido retratar el escultor sus vicios, tras la distinción aquella nobilísima, tras el aire honesto y recogido, tras el rostro de una imperial y olímpica soberbia descúbrense por las finas facciones, por los trazos delicadísimos, por los labios voluptuosos la natural ligereza de un provocador sensualismo y la carencia completa de voluntad y albedrío para sojuzgar y vencer sus brutales instintos, que dan á toda su figura, y con especialidad al rostro, mucho de inferior animalidad, fiera como una leona, pero descaradísima como una gata. Contemplándola, recuérdase la célebre anécdota, repetida entre todos los escritores, y que velaremos en latín para quitarle un tanto su insufrible desvergüenza. Julia tuvo en su matrimonio con Agripa cuatro hijos, dos varones y dos hembras: los varones llamados Cayo y Lucio, las hembras llamadas Julia y Agripina, madre de la madre de Nerón. Estos hijos asemejábanse mucho á su padre legal, Agripa. Y como uno de sus amantes le observara cierto día esta particularidad y le pidiera explicaciones, respondióle brutalmente Julia con la desvergüenza que á continuación copiamos, dejándola, según ya hemos dicho, en latín: *Nunquam, enim, nissi navi plena tollo vectorem*. Todo esto debía naturalmente contrariar al infeliz Agripa y matarlo de pena y de vergüenza. Quince años vivió con Julia, y por ende acabó á los cincuenta y cinco. Augusto no supo jamás los dolores de su yerno. En las batallas le ofreció su vida, en la corte su honor. El César, que sintiera y llorara mucho la pérdida irreparable de su gran capitán, redobló los cuidados por sus hijos, creyendo cultivar así la memoria suya y recompensarle con creces la devoción tenida por él á su persona. El rico vivero de príncipes que había dado la boda política y de artificio le auguraban una dinastía numerosa y segura. Julia resplandecía en el cenit de su poder y de su influencia. El mayor de sus hijos, Cayo César, se congraciaba cada día más con el emperador y con el pueblo. Las princesas recibían una educación digna de su origen cuasi divino y de su ministerio en el mundo. Extraordinario calígrafo Augusto, les enseñaba él mismo á escribir y les dirigía la mano. En la mesa ocupaban la derecha suya sobre los triclinios, y en los viajes ó cabalgaban junto á él ó precedían su persona en litera.

Todo el amor que mostrara un día por Marcelo, mostrábalo por

Cayo después, asociado á su imperio y heredero de su trono. Livia contemplaba todo esto con grandísima inquietud; y para deshacer la dinastía, volvió á sus antiguos proyectos, casando al fin Julia con Tiberio. Tres maridos aquélla tuvo, cada cual de complexión diversa. Casóse primero con el efebo que habían dado al mundo los amores de Octavia; casóse después con aquel soldado que había cedido á César Augusto la diadema del mundo conseguida en la victoria de Accio; y luego, á la postre, con Tiberio, el más hermoso, pero también el más aborrecible de suyo y el más aborrecido por ella. Livia hizo que su Tiberio entrara en la familia imperial y ocupase aquel sitio, donde se habían sentado Marcelo y Agripa como herederos presuntos del Imperio. Pero ¿á qué precio entró? Primeramente necesitó divorciar á Tiberio de su tierna esposa, engendada en el primer matrimonio de Agripa y desde sus más tiernos años prometida por Augusto á su lecho y por él amada como si fuese novia de su elección. Puro y aun austero



Tiberio (busto del Louvre)

en la mocedad, atribuíase tal pureza, rayana en austeridad, al vigor de su temperamento, á la enérgica moral de sus costumbres, al influjo de pasión tan legítima como soberana; y en cambio casábase con la mujer á quien él más aborrecía en este mundo, aborrecimiento mezclado con desprecio. Y confesemos que tenía motivos bien fundados para odiarla. Julia cambiaba de maridos, pero no cambiaba de complexión. Las propensiones al goce, lejos de calmarse con los años,

exacerbábanse á su transcurso. Tiberio aparecía en el matrimonio á sus ojos con esta laca, la de ser el único varón romano que resistiera con resistencia invencible las seducciones de sus atractivos y los mandamientos de su voluntad. En cuanto á él, imaginaos con qué gusto recibiría por mujer á la misma que no había querido por manceba. Mucho asco debía causarle, y no mucho amor, la esposa elegida y designada por los suyos. Pocas veces habránse visto en matrimonios desgraciados tantas mutuas repulsiones invencibles. Julia satisfacía un capricho, avasallaba un despegado y rebelde; mas para ella no tenía encantos el placer legítimo. No satisfacía el deseo sino claudicando ella y corrompiendo á los demás. En tal estado la vida matrimonial se tornaba insufrible de todo punto. Habitando bajo un solo techo, durmiendo en su nupcial tálamo, constreñidos por los mutuos deberes á tener una existencia común, hallábanse apartados por un combate, superior en odios y en crueldades á cuantos vemos en este nuestro desastrado universo, el combate feroz entre dos almas juntadas por la fuerza y discordes y reñidas por sus sendas propensiones. Treinta y siete años á lo sumo contaría Tiberio cuando atravesaba tal fase de su vida. En ella debió adquirir la misantropía, por cuyas criminales sugerencias oprimió la tierra, desangró la humanidad y deshonoró la historia. Hijo dócil de Livia, vasallo fiel de Augusto, hecho á servir en el ejército y en la corte, ni un reparo adujo contra su boda; pero allá en lo interior del pensamiento recatado, bajo las dobleces de una voluntad hipócrita, en el seno de un ánimo solitario, aunque lo rodeara todo el mundo, los propósitos de resistencia se arraigaron hasta un extremo tal, que nunca fué, nunca, esposo de Julia. Esta, por su parte, aprovechaba el influjo omnipotente sobre su padre para tenerlo alejado y casi proscrito de la corte. Por consecuencia, todo indicaba el desenlace fatal de semejantes discordias matrimoniales, todo indicaba un divorcio. Tiberio lo quería con su imperiosa voluntad y lo preparaba con su natural astucia. Conociéndolo Julia, procuraba divorciarse, no legal, materialmente. Cooperaban á esto con ella los innumerables copartícipes de su amor y de sus favores, pregonando á una la deshonra de Tiberio, sin pensar que pregonaban también los vicios de Julia. Plumas como la de Séneca el filósofo y Plinio el joven, además de las plumas como tantos verdaderos puñales por los his-

toriadores de primer orden esgrimidas, han trasladado á la posteridad este divorcio enmascarado con careta de político destierro. Tiberio se fué á Rodas, pero se fué con la resolución irrevocable de resarcirse y de vengarse.

El destierro de Tiberio produjo, como no podía menos, bandos y partidos en la familia imperial. Las guerras civiles ahogadas en la ciudad renacieron feroces en la corte. Así resulta por ley natural con todos los imperios. Matan la oposición franca en los comicios, y brota la oposición artera en los harenes. Tiberio no perdonó á su mujer Julia que, para desasirse de su incómoda compañía, le designara en los consejos de Augusto general contra los parthos. A tal cargo impuesto por la perfidia, prefirió un destierro voluntario, en la seguridad y certeza de que resultaría por fin y á la postre destierro definitivo. Augusto y Livia le rogaron de común acuerdo que ofreciera el recibido mando en Asia y renunciase al escandaloso apartamiento en Rodas. Tiberio, en su complexión tenaz, rehusó todo género de concesiones á los deseos paternos, con el fin de ver cómo Augusto se las componía sin él y Livia lo echaba de menos. Cuanto se prometía de su ausencia resultó en seguida. Livia se halló sola, y en su triste soledad circuida por las asechanzas de su nuera y de los hijos de su nuera. Ésta, en el primer parto sufrido bajo la nominal advocación de Tiberio, tuvo un aborto, y el aborto aumentó el horror de su marido á ella y las maniobras de Livia contra la herencia y el influjo de sus hijos. Había, pues, dentro de la corte un partido personalísimo del emperador, otro de la emperatriz, otro de los nietos del emperador, otro de la princesa Julia. Presidía Sempronio Graco el de la princesa. Tal joven, acostumbrado á los combates políticos del antiguo tiempo, combatía en la casa del emperador como si estuviera en la casa del Senado. Así, á fuerza de maniobras políticas, logró, porfiando tres ó cuatro años, convertir el destierro voluntario y temporal de Tiberio en destierro definitivo y forzoso. Semejante victoria nueva, conseguida por la influencia de Julia sobre la influencia de Livia, hirió el corazón de ésta última, corazón de madrastra, con herida mortal. Desde aquel minuto propúsose con propósito firme revelar al esposo las maldades increíbles de su hija. Estaba cierta de romper y despedazar su corazón, mas prefería con mucho tamaña extremidad á un odio pla-

tónico y secreto, incapaz de pública y ruidosa venganza. En el apoyo de su marido á renovar las virtudes republicanas, cual si no fuese toda corrupción natural y propia de los imperios, nada podía herirle como un conocimiento claro de lo que su hija era en el mundo. Teníala por ejemplo de castidad y pureza. Cuando algún rumor á sus oídos iba, lo desechaba, tomando su Julia por una especie de Claudia. Fué tal Claudia una buena y casta mujer en tiempo de la República. Perseguida por infames calumniadores á causa de su horror al vicio, supo confundirlos pública y solemnemente. Como colosal nave portadora de la estatua de Juno al ingreso de Ostia naufragara, y los adivinos anunciasen que solamente la pondría en flote sacándola del abismo una mujer honesta, Claudia se avanza, y con religioso conjuro, pidiendo á la divinidad un mentís de las calumnias que desopinaron su persona, obró el milagro y vino á la superficie del mar la máquina sepultada en lo profundo. Llevaba el emperador su imperial celo por la virtud y pureza de Julia tan allá, que le combatía sus propensiones al excesivo lujo. Ésta, cuando se adornaba con exceso, decía que se adornaba para su esposo, y cuando se adornaba con sobriedad y sencillez decía que se adornaba para su padre. Augusto aprovechaba todas las ocasiones propicias para darle algún advertimiento práctico. Cierta vez que notó en el circo clarísima diferencia entre la recepción dispensada por el pueblo á Livia, que iba en compañía de gentes tan maduras como graves, y la recepción dispensada por el pueblo á Julia, que iba en compañía de gentes tan jóvenes como ligeras, hízole notar la hija que la juventud resulta siempre un mal corregible á cada minuto. Otro día, como Augusto viera la peinadora de su hija despojándola de algunos cabellos blancos, llamóle su atención sobre cuánto deben preferirse las canas á la calvicie. Julia defendía sus lujos y ostentaciones con estas frases felicísimas: «Si mi padre olvida con frecuencia ser César, yo nunca olvidaré que soy la hija de César.» No convencían tales razones al emperador. Empeñado en guardar de la República todas cuantas ventajas la República tuvo, si no mantenía las instituciones libres y parlamentarias, mantenía las viejas y austerísimas costumbres. En el habla usual de los republicanos surgía continuamente, como un tópico indispensable, la rueca y el huso de Lucrecia. Camilo, Cincinato, Cur-

cio vistieron trajes hilados y urdidos por sus mujeres. Augusto se ufanaba de lo mismo, de que sus vestiduras en todo tiempo salieran de los telares caseros, tejidas por femeniles manos. En tal empeño se advertía toda la característica propia de su política. Nunca se habló tanto de libertad, nunca de Senado, nunca de instituciones republicanas como á la fundación del Imperio. Todo lo tristemente nuevo se revestía y enmascaraba con las apariencias de lo antiguo. No acabó la grandiosa Cámara senatorial en su tiempo; renovóse y purificóse á sus leyes. El tribunado y el consulado no desaparecieron, desempeñáronlos estadistas integérrimos como él y como Agripa. La censura, tan gloriosamente fundada en los antiguos tiempos y esclarecida por el celo republicano, cayó en su poder á fin de que recobrara los antiguos esplendores. En la tribuna ociosa no se oyeron los discursos de Marco Julio, pero se promulgaron las leyes Julia y Papia Popea, santificadoras de las costumbres, pretendiendo así el innovador que restauraba y no hería la República. De igual suerte organizó la corte. No busquéis en ella los libertos de más tarde, aquellos favoritos griegos, que después de haber pasado por la ergástula, coparticipaban del trono, y con la cadena en el pie ceñíanse la diadema de Roma en las envilecidas sienes; el tren de Augusto, el ajuar, el esplendor se diferenciaban muy poco de los usuales en las primeras familias romanas. Redomadamente político, sabía, con saber profundo y perfecto, cómo se cambian las instituciones con facilidad cuando se finge respetar las costumbres con celo. Su arte y destreza en convertir la casa particular en palacio demuestran cuán taimado y doloso era. Un príncipe de la república no había menester palacio por alta consideración y autoridad que tomase; pero un príncipe de la monarquía, un verdadero emperador como Augusto, necesitábalo de toda necesidad. Pero ¿cómo conservar la sencillez republicana en palacio grandioso, ni ejercer la majestad imperial en casa reducida? Taimadísimo Augusto, escogió un expediente que prueba su perfidia natural. Había vivido en el foro de simple ciudadano. Mas emperador ó monarca, debía vivir en el Palatino, sacra montaña de las viejas tradiciones realistas, consagrada por la sombra de todos los reyes, donde abrió Rómulo con la punta de su arado el surco para sembrar las ideas latinas y donde surgió la Roma cuadrata, base y fundamento ciclópeo de la eterna Roma. Como el

monte Sacro y el Aventino resultan á una las montañas de los tribunos, el Palatino resulta la montaña de los reyes. Por consecuencia, el César debía vivir en el Palatino á la manera que Júpiter tronaba en el Capitolio. Nada más fácil que apropiárselo á voluntad. Los viles senadores, dados á legalizar todas sus usurpaciones, bien podían legalizar aquella indebida ocupación. Al cederle toda la tierra, no había para qué regatearle una colina. Augusto, escondiendo bajo apariencias engañosas los hondos cambios consumados en la Ciudad Eterna, compró una casa, la casa de un orador antiguo, la casa de Hortensio. Habitación de familia preclara, no tenía las dimensiones indispensables á la vivienda propia de una familia imperial. Precisaba ensancharla, extenderla, prestar á sus salones el espacio necesario para que dentro de sus paredes cupieran todas las magistraturas, todas las dignidades, todas las prerrogativas, todas las grandezas, todas las glorias acumuladas en su persona, que al fin habían hecho del cielo su dosel, de la tierra su peana, de la humanidad su rebaño. Para el alojamiento de un poder como su poder necesitábase palacio semejante al palacio de Baltasar y Sardanápalo.

¿Cómo hacerlo? Una de las mayores curiosidades que os provocan á largo estudio en aquella tan estudiada Roma, es la excavación emprendida tras el palacio de los Césares. La historia y la naturaleza de consuno con sus voracidades, el tiempo con sus desgastes, la sociedad y los hombres con sus guerras lo han destruído todo en términos y han puesto sobre tal destrucción tantas moles y terrenos tantos, que hallaréis con mayor facilidad los restos de una tribu prehistórica ó la capa plutoniana perteneciente á las bases fundamentales y á los terrenos primitivos del planeta, que las habitaciones de personajes tan cercanos y tan históricos. Pero, excavada la colina donde tuvo Augusto la mansión, luego adscrita y vinculada en su familia y herederos, aparecen laberintos de piedras; muchas salas, ya circulares, ya cuadradas, ya octógonas; varios pavimentos de mosaicos; mármoles de rarísimas canteras; alabastros, pórfidos, ágatas, materias todas semejantes á pedrería; estatuas trazadas por el cincel griego; frescos en los cuales campean, ya calles de Roma, ya escenas del teatro antiguo, ya personajes de la mitología, como Ceres en su carreta, como Iolibertada por el divi-

no Hermes, como Galatea perseguida por los cíclopes; excesos de magnificencias correspondientes con el exceso de autoridad y de poder. ¿Cómo, pues, todo esto se ha hecho? De un modo muy sencillo. Sucedió primero un voraz incendio, muy oportuno para la reedificación de aquel hogar modestísimo. Luego se construyeron los templos de Vesta y de Apolo, ambos espaciosos, abiertos á la multitud que los veía deslumbrada, completados por anejos múltiples; y así, en las dependencias del templo, en las edificaciones indispensables á sus respectivos cleros, penetraban las galerías, las despensas, los archivos, las bibliotecas, las salas; en una palabra, las habitaciones de Augusto, sin que nadie lo notase; quedando en apariencia la modesta casa de Octavio, cual aparentemente quedaban también las instituciones republicanas, dentro del Imperio. Un hombre que procedía por tal manera y suerte respecto de objetos tan externos y tangibles, imaginaos cómo procedería respecto de las costumbres. No ya conservar las que habían por tanto extremo enaltecido la forma republicana, mejorarlas: he ahí su capital intento. A este fin había promulgado en la tribuna de los Rostros las leyes Julia y Papia Popea, con ánimo de fomentar el matrimonio al modo antiguo y traer á Roma nuevamente la sacra y vieja virtud republicana. Para modelo de vida no podía ofrecer cosa mejor que su vivienda, y para ejemplos de mujeres castas no podía presentar tipos más propiamente suyos que su Livia y su Julia. Ufano de ambas, especialmente de la hija, más joven y más hermosa, ignoraba que allí, á la misma tribuna donde promulgó él sus códigos morales, iba Julia sigilosamente por las noches á entregar su cuerpo, en compañía de locos mancebos y en guisa de las mercenarias prostitutas, al vino y al placer. El orgullo de la familia imperial se concentraba en la matrona. Las criaturas habidas todas en matrimonio legítimo por ella identificábanse con sus legítimos padres en semejanza y parecido. Alguna vez excedíase Julia de lo prevenido por su padre y monarca en materia de lujo; mas así que le dirigían cualquier advertencia, entraba en orden y regularidad, coadyuvando á los designios del emperador y á la gloria del Imperio. Su distinción le había captado muchos partidarios á la nueva forma de gobierno. La robustez y la hermosura, universalmente reconocidas y admiradas, en honor de la familia

cedía. Muy fundadamente se imaginara César descendiente de Venus; la resobrina, engendrada por el sobrino suyo Augusto, resplandecía con todas las gracias naturales á la divinidad incomparable del amor y del placer. Su frente ancha, su nariz helénica, sus ojos grandes, sus labios desdeñosos le daban cierta dureza indispensable á quienes habían de compartir la imperial autoridad y ocupar un trono tan alto. Cuando aparecía vestida para una festividad, calzada con sandalias rojas, envuelta en las atenienses túnicas, la diadema de oro cincelada primorosamente alrededor de las sienes y en la nuca el cabello negro anudado en un moño cubierto por tres hilos de perlas indias, el rumor de admiración provocado por su presencia se asemejaba mucho al rumor producido en los templos por los rezos y oraciones de un pueblo fiel y devoto.

Pero ¡cuántas y cuáles tentaciones increíbles no rodeaban á la mujer entonces! La esclavitud se imposibilitara, no obstante la inspiración de César y la increíble habilidad de Augusto, si la mujer en Roma no generara siervos. Los engendró sin remedio, los engendró en su corrupción. ¿Qué modo era ese de renovar las costumbres, presentando y ofreciendo tales divorcios en la misma familia imperial? Tenían por tradición los romanos el adornar de ramas verdes los pórticos y puertas de las cámaras nupciales. Pues bien: mucho antes de que tales ramas se hubieran secado, despedían las matronas su marido y tomaban otro. Mujer hubo de ocho maridos en cinco años. Recorred las letras republicanas, y no encontraréis un libro comparable al *Arte de amar*, escrito en sus ocios sensuales por un poeta cortesano. Escribir y publicar semejantes libros á ciencia y paciencia del censor severo é imperial, que promulgaba leyes sobre leyes y disponía prevenciones sobre prevenciones en corrección y mejoramiento de las costumbres, indicaba cómo éstas se corrompieran por irremediable modo en el régimen imperial. Julia leía y releía los pornográficos hexámetros de tan asquerosa literatura, procediendo con arreglo á sus consejos elevados. Y á estas perversiones de las letras acompañaban perversiones análogas de los instintos domésticos más fundamentales y sacros. La esclavitud se recrudeció de tal modo en la Roma cesárea, que no parecía una ciudad ilustre de hombres libres, parecía una vil ergástula de misérrimos siervos. Como la naturaleza humana se resarce

á la continua de todo lo dispuesto y de todo lo hecho en su men-
gua, el amor igualaba, saltando sobre los abismos insondables,
aquellas criaturas desigualadas por la sociedad y por las leyes.
Grecia daba esclavos más bellos, más inteligentes, más artistas que
todos los ciudadanos del viejo Lacio. Y el Africa y el Danubio
daban esclavos más robustos y más fuertes que los conquistadores
y déspotas del planeta. ¡Cuán fácilmente aquellos hombres, trata-
dos, ya como inertes objetos, ya como animales domésticos, mien-
tras los amos iban, bien á la corte, bien á la curia, se prevallían de
la confianza en ellos puesta, y con salto de tigre subían desde sus
abismos al tálamo nupcial de las patricias! Julia llevaba consigo
una legión de siervos, electos entre los más hermosos que los con-
quistadores cazaban por las orillas de lejanos ríos. Especialmente
un griego, que recordaba las melodiosas estatuas antiguas, y un
fuerte nubio de facciones correctísimas muy compatibles con su tez
negra y su atlética fuerza, la seguían por todas partes. Cuando un
exceso de vigilancia ó un resto de rubor no le permitían salir á la
carrera por las noches en busca de fáciles placeres y advenedizos
amantes, desquitábase de su forzoso ayuno con estos animales do-
mésticos, á quienes la vileza de su condición social no les quitaba
por modo alguno la condición y la fuerza de hombres. El envileci-
miento de los caracteres proviene de la profunda corrupción social,
generadora también del envilecimiento en las instituciones. La his-
toria enseña que las formas de gobierno resultan del estado social
y no lo causan ciertamente ni originan. Augusto aprendía, bien á
su costa y dentro de la propia familia, por qué nacieran su dicta-
dura y su imperio.

Sustituir el Senado con el circo; levantar estatuas, no á los Gra-
cos, á los cocheros; clasificar los partidos por los colores de las ves-
timentas titerescas y no por las ideas y por los principios del
humano espíritu; hacer de las cuadras comicios y de los caballos
dioses; todas estas necesarias acciones de un despotismo corruptor,
empeñado en satisfacer con el trigo y el juego las hambres del alma
romana, secularmente adscrita por una tradición gloriosísima y por
un derecho consuetudinario al bien incomparable de la libertad,
habían de traer por fuerza una corrupción al mundo entero, de la que
nadie podía exentarse y menos la cabeza del mundo, la infame

dinastía cesárea. Ya no había oposición sino en los teatros y en los anfiteatros. Aquel pueblo mudo podía desatar su lengua, tirando lejos de sí la mordaza tradicional, con sólo reunirse alrededor de un tirano en las fiestas del circo. La menor observación pasaba por crimen de lesa majestad y traía consigo aparejada la muerte fuera de allí; pero allí dentro, las imprecaciones y los insultos al César pasaban por populares gracias. La plebe romana, desacostumbrada ya de los comicios por tribus donde había gobernado al mundo y ejercido la sanción soberana, convertía los espectáculos públicos á lo mejor en manifestaciones políticas. Durante un triunvirato de Augusto, cuando éste se llamaba Octavio á secas, deseando el pueblo imponerle pronta paz con el último de los Pompeyos, ilustre marino, al pasar en las procesiones predecesoras de la festividad la imagen de Neptuno, dios protector del héroe apostado á la sazón en Sicilia, el pueblo lo aclamó con tales hurras y vivas, que hubo de comprender el dictador con evidencia incontestable los votos y aspiraciones de la pública opinión. Conforme iba en aumento la obra de rebajar y encadenar á los plebeyos, iban en aumento á su vez los dispendios empleados en divertirlos. Durante un año se consagraron en aquel entonces diez millones de reales, contados por nuestra moneda corriente, á festejos públicos. Augusto y Livia enviaron á Herodes, rey de Judea, once millones de reales para los gastos de una festividad proyectada en honor de los emperadores y del Imperio. Y todo esto tenía un objeto exclusivo: divertir el pensamiento público de la libertad. Un pueblo completamente ocioso había de estar por fuerza siempre de diversiones, y un pueblo siempre de diversiones había de concluir por envilecerse y por pudrirse. La tercera parte del año se pasaba en jolgorios. Juegos augustales, plebeyos, de Ceres, de Apolo, de Cibeles, de Flora, de triunfos, de aniversarios, de Venus genítrix, de los hijos de ésta, llenaban por tal modo el año, que llegaron á contarse ¡parece imposible! ciento setenta días feriados. La variedad infinita de juegos no sufre ninguna clasificación y no puede numerarse. Procesiones religiosas encaminadas más á entretener los sentidos que á provocar la devoción, coros con toda suerte de cantores y sinfonías con toda suerte de instrumentos, ejercicios de cuerda y equitación, cuadros vivos, acróbatas diestros en saltar, atletas más diestros todavía en

combatir, animales domesticados y dispuestos á toda suerte de pruebas, flautistas del Asia y de la Grecia, mimos y pantomimos, cazadores, juglares, pajareros, sin excluir á los retóricos ni olvidar á los gladiadores, formaban una población regocijada y gozosa, enteramente para el placer y el delirio en aquella inmensa mancebía que se llamaba la Roma imperial. Antes de amanecer, trompetas y clarines dirigían saludos al sol próximo, y después de media noche la fiesta duraba todavía. En estos tiempos de Augusto y Tiberio, por la velada primera de una festividad floral, cinco mil esclavos con linternas y antorchas acompañaron al pueblo en calles y por plazas. Daba grima ver tantos siervos de la casa imperial como ciudadanos de la misma Roma en aquellos circos repletos de gentes, donde se corrompía el cuerpo y se degradaba el espíritu de un pueblo inmortal.

El Imperio, en su arte de corromper y esclavizar, no perdonaba medio ninguno. Podía llamarse la vida romana en aquel tiempo saturnal inextinguible. A tantas y tantas diversiones uníanse los banquetes públicos, donde se juntaban y se confundían todas las clases. Cuentan y no acaban Suetonio en sus *Biografías* y Estacio en sus *Silvas* de los manjares allí regalados, como quesos, dátiles, pasteles, gallinas y hasta faisanes. A lo mejor echábanse al pueblo billetes de lotería, conteniendo premios con toda clase de objetos, unos artísticos, otros útiles y de valor cuantioso. La gente se arrojaba con tal precipitación y tumulto á recogerlos, que muchos espectadores morían aplastados en el empeño. Guerreros de Tracia, labradores del Epiro, sármatas alimentados con leche de yeguas, negros de la Nubia, colorados y rojos de la Dalmacia, árabes del desierto parecidos por sus majestuosas figuras á sacerdotales castas, sicambros con sus trenzas sirios diestros en tañer y danzar, negros hotentotes y blancos polares, traídos unos y otros por acaso de regiones aún inexploradas y desconocidas como tipos y ejemplos verdaderamente raros, pugnaban todos á una en combates y porfía de indescriptible confusión para coger aquellos viles dones, y después de haberse unos á otros insultado con los dicharachos y juramentos propios de sus respectivas lenguas, concluído el tumulto, aclamaban todos sin excepción en unas mismas palabras el nombre y el poder de su tirano César. Los partidos en tiempo de Coriolano,

en tiempo de Camilo, en tiempo de Tiberio y Cayo Graco, en tiempo de Sila y Mario mismo, designados y conocidos por sus ideas, designábanse y conocíanse ahora por sus colores. Primero hubo los blancos y los rojos; añadiéronse luego los verdes con los azules, y tras los verdes con los azules ¡ay! los purpúreos con los áureos. Juvenal, en lamentaciones donde la conciencia humana estalla de horror al ver cómo el oro, jamás empleado en los tiempos republicanos ni siquiera para las estatuas de los dioses, pende ahora del cuello de las prostitutas en joyas riquísimas, nos describe la pasión de Roma, no por las leyes y por las instituciones puestas á discusión pública en sus Rostros, por los combatientes verdes del circo máximo, cuya victoria sobre los blancos y los azules y los rojos le importa más que todas las victorias sobre los getas y los parthos. Para encarecer hasta dónde llegaba la general corrupción entonces, baste decir que Marcial mismo, un poeta eximio nacido en Aragón, cuna de la gravedad natural, se apasionaba y enardecía por los verdes. Dióse un caso entonces que prueba dónde llegan las demencias consiguientes á toda profunda perversión social. Murió por estos días de César y de Augusto un habilísimo cochero denominado Félix. El número de sus admiradores, número incalculable, le consagró magníficas honras fúnebres. Y cuando su cuerpo ardía en la pira, un aficionado á su especial manera de dirigir cuadriga y carroza experimentó dolor tan fuerte, que no quiso vivir más y se lanzó para desaparecer con él en la hoguera donde se consumía su cuerpo. Cuando á tal extremo llegaba la perversión universal, ¿cómo Augusto podía pretender una excepción singularísima en su Julia, necesitada por su cargo de presidir todas estas fiestas y de contagiarse con todas estas corrupciones? Elevado el circo á base fundamental de la gobernación pública; distinguidos los gladiadores combatientes en las férvidas arenas cual antes pudiera distinguirse á los varones públicos y á los tribunos verdaderos por su virtud ó por su elocuencia; reemplazados aquellos partidos que registraran en sus competencias nombres como los de Catón y los de Bruto, por esos partidos compuestos de atletas y cocheros que sólo se distinguían en el color de sus trajes y en el esfuerzo de sus miembros; excitados y aun sobrecitados los apetitos por aquellas orgías colectivas al aire libre donde se mez-

claban gulas y lascivias sin freno y sin tasa, el vapor de la corrupción debía subir hasta las frentes coronadas por las diademas cesáreas, porque toda el alma humana y todo el aire vital eran podredumbre.

En barrio apartadísimo de Roma, lo que nosotros llamamos hoy barrio bajo, estaba entonces la escuela de gladiadores. Por las noches, al resplandor de las antorchas, ensayaban todos ellos los combates usuales y las actitudes que debían guardar hasta en la hora de su muerte. La sensualidad se acrecienta si tiende sus lechos de placer sobre las misteriosas tierras del sepulcro. Como hay una correspondencia entre la electricidad positiva y la electricidad negativa, como hay una correspondencia entre las repulsiones y las atracciones naturales, hay una correspondencia entre la muerte y el amor. Los antiguos casaron al exterminio con la generación, á la guerra que mata con el amor que vivifica. El matrimonio de Venus con Marte no quiere decir otra cosa. Lo cierto es que aquellas damas de Roma, tan experimentadas en los goces y en los placeres, preferían á todos los hombres un joven gladiador, en cuyos brazos transportábanse hasta el enloquecimiento, pensando cómo en la tarde subsiguiente á noche tan llena de vida caería yerto en la muerte. Tal importancia daba la Roma imperial á los ensayos de aquellos juegos cruentísimos, que los celebraba en el templo consagrado á Hércules. Cierto que tal templo, cuya fundación atribuyera el vulgo romano á Numa en persona, desdecía mucho del nombre de su fundador rey; pues mientras las demás instituciones dejadas por él guardaban cierto venerable aspecto, ésta se distinguía por su pésimo renombre. Y sin embargo, era de una magnificencia increíble. Pavimento de jaspes multicolores, marmóreas columnas dobles de chapiteles jonios, inmensa rotonda con verdadero atrevimiento, galerías arriba y abajo de aquel círculo donde se contaban alcobas para el placer y nichos para el descanso, piscinas de aguas claras abiertas en oscuros pórfidos egipcios, estatuas de Fidias como su Hércules domando la hidra, relieves preciosos trazados por escultores helenos; he ahí el sitio donde se preparaban las horribles carnicerías que iban á ensangrentar en loor de César y en obsequio de Roma las arenas del circo. Á este mal famoso templo y á sus terribles ensayos asistía en las altas horas de la

noche Julia. Recatada litera la conducía. Su negro esclavo nubio la acompañaba. Un velo tupidísimo la envolvía. Una máscara le ocultaba el rostro. Parecíase así á una Hecate ó una parca infernal. Augusto, que creía componerlo todo con leyes, recabó de la curia patricia una ordenanza prohibiendo en absoluto la presencia de mujeres en aquel infame sitio. Tal prohibición aumentaba sus atractivos y nunca se vieron tantas allí como después de la ordenanza. Una escalera secreta la conducía sigilosamente á palco encubierto por espesas y misteriosísimas celosías, tras las cuales contemplaba los ensayos, holgándose con la satisfacción de ver á su sabor y á mansalva, sin ser ella por nadie absolutamente vista. El comienzo de todos aquellos ejercicios consistía en fresco baño. Julia, en pos siempre de nuevas emociones, donde sacudir un poco el hastío consiguiente al exceso, acudía con frecuencia y empeño al sitio aquel para excitar apetitos acallados muchas veces por los excesos del abuso extremo tan adormecedores y tan opuestos á toda sensibilidad. Así llegaba exhausta, desesperando de volver al deseo y al goce, como si la capacidad íntima de sentir se le hubiese concluído; y á la vista de aquellos cuerpos tan fuertes, á la contemplación de aquellas actitudes tan voluptuosas, la sangre le reardía en las venas heladas, el deseo en los ojos extintos, cierto calor daba indeliberado movimiento á los nervios fatigadísimos, reabriéndose por tal manera y perpetuándose las horrorosas orgías. El gladiador, ya nadaba en la piscina, ya despedía de sus miradas el terror con que los asaltos de las fieras contrastaba, ya se ponía con actitud y gesto en disposición de aguardar á un compañero émulo y enemigo, ya imitaba las esculturas más bellas del mundo griego y se apercibía en representaciones varias y varios ensayos á repetir en carne y hueso con vida verdadera y sangre caliente los Ganimedes y los Efebos tallados en pentélico mármol y considerados por los pueblos en sus idolatrías verdaderos dioses. Byron ha dejado en sus versos indeleble muestra de la emoción que le causaban estas efigies de gladiadores, perpetuadas no sólo por la estatuaria, por las pinturas y por los mosaicos. El Capitolio, donde campea desnuda la casta y robusta Venus, que parece como ejemplar de las hercúleas sabinas robadas por el heroico Rómulo, guarda una estatua del gladiador moribundo, que sobresale y brilla en-

tre los prodigios del arte clásico. Herido mortalmente, acostado sobre su escudo enorme, agonizando en la postrer agonía, crispada por el dolor y puesta sobre la tierra la mano derecha, de donde la espada se ha caído; aquel mirar concentrado en el misterio de la eternidad que se acerca, y aquella frente arrugada por los fruncimientos de las postreras crispaciones; aquella cabeza, que se inclina como al desmayo de las fuerzas y al abandono de toda esperanza; el cuidado solícito de no aparecer ni feo ni cobarde al expirar, los labios entreabiertos, el rubor de morir ante tales gentes y la pena hondísima por su patria, por sus penates, por su esposa é hijos á un tiempo; la suma de todos estos dolores físicos y morales, por tal modo allí quedan expresados, que sentís el terror trágico, cual si oyerais un coro del Edipo de Sófocles lamentando la fatalidad ó un hexámetro del Promoteo de Esquilo maldiciendo al cielo. Pero estos gladiadores, recién salidos unos del baño, escultóricamente plantados otros, voluptuosísimos todos á una, despertaban los deseos, ¿qué digo deseos?, los apetitos de Julia. El arte antiguo nos ha dejado en sus sátiras descripción fiel de los desórdenes engendrados en las damas de Roma por tan lascivos espectáculos. Leed á Juvenal, leed á Séneca, leed á Tácito, leed todos estos gigantes vengadores de la conciencia humana, todos estos representantes de la moral pública, y seguidamente advertiréis el horror de las almas honradas á esta perversión increíble. Si el sensual Batilo representa la pantomima de Leda, los ayuntamientos del cisne divino con tan hermosa mujer, ¡ah! Tuccia se agita como fuera de sí mientras Appula se transporta y suspira, cual en los brazos de su amante, y Timilec se vuelve rígida, cual muerta de gozo y de placer; si Urbico parodia en el exodo ridículo de una brutal atelana los gestos de Antonoe, desea ella conquistarlo; si el histrión más infame representa bien una farsa ó el gladiador más magullado sostiene bien un combate, no importa su parecido con los lobos de puro feos, Ipias, esposa de patricio y senador, le seguirá por tierras y por mares á la continua, sin rendirse ni marearse, mantenida por su deseo y satisfecha con el hartazgo de sus apetitos.

El estudio somero de los tiempos imperiales basta para convencerse del influjo ejercido por las escuelas de gladiadores en la perversión imperial. No podemos negar que durante la república

hubo juegos de tal clase, pero en verdad rarísimos, y consagrados á honras fúnebres. Tuvieronlos de antiguo las edades republicanas, pero á larguísimos intervalos. Por lo cual no puede, no, asegurarse que llegaran á constituir una verdadera costumbre.



Gladiador de la clase de los mirmilones

La introducción de tales fiestas en la vida regular y ordinaria romana, débese á César y á su heredero Augusto. Hoy sabemos que este último sacrificó hasta diez mil hombres en aquellos holocaustos del circo. Los herederos suyos no le iban en zaga. Algunos combates duraron hasta cuatro meses y se vieron hasta mil gladiadores en ellos. Exigiáseles á éstos terribles juramentos, en los cuales debían execrarse á sí mismos con horribles execraciones para el caso de no aceptar la batalla y la muerte. Consignados á la

pelea, empezaban por marcarles con hierro candente la piel y abrasarles del todo las carnes para que tuvieran de su iniciación vergonzosa en aquella especie de orden maldita indeleble recuerdo. Luego les hacían correr lo que llamamos en lengua militar carrera de baquetas, golpeándolos con palos é hiriéndolos con armas

á fin de probar y conocer su fortaleza. Después no solamente los curtían y adobaban para el combate, sustentábanlos con alimentos á propósito para que tuviesen mucha sangre por sus venas y la derramaran á torrentes sobre la tierra, enrojeciendo el polvo, que se volvía purpúreo y humeante. El extravío llegó tan lejos, que la Roma imperial vestía con trajes empapados en substancias combustibles á los infelices destinados para su diversión, y pegándoles fuego adrede, holgábase con ver los gestos y convulsiones producidos por aquella muerte horrible. Para matar á unos los disfrazaban de sacerdotes, para matar á otros repetían las torturas más horrosas mencionadas por las historias más antiguas. A este le rompían los huesos con las ruedas célebres de Yon; quemaban á los otros como las llamas del Oeta quemaron á Hércules; tal debía consumir su mano derecha en el brasero como Scévola; tal otro dejarse despedazar por las furias como el músico y poeta Orfeo. Fingíanse jardines con árboles floridos y rocas tapizadas por verde musgo, donde se oían los caramillos de las églogas y los gorjeos de las aves. Y de súbito, para interrumpir aquel idilio, osos enrabados venían de las hondas jaulas y trucidaban á los felices pastores. Muchas veces un león se comía delante del público el primer esclavo habido para sus garras, porque otro animal de su especie devorara en fábulas y consejas á Deda. Cubríanse las arenas de aguas clarísimas para que un hermoso Leandro y una hermosa Hero se buscasen y se ahogaran, como en las antiguas poesías, ante los ojos de aquel cruelísimo pueblo. A lo mejor nadaban por las aguas las diosas y los dioses marinos, el tritón coleteaba con sus ninfas, las nereidas iban como deslizándose su cuerpo entre las claras ondulaciones; aquí, al son de los remos, movidos por una especie de música, se despleaban las velas de seda sobre naves cortadas en materias olorosas, encima de cuyas cubiertas iban dióscoros coronados por estrellas deslumbrantes; y cuando el espectáculo parecía más armonioso y sereno, los actores en él ocupados más felices, la contemplación más regocijante, á una señal de los Césares, la muerte, aquella muerte reinante como una diosa implacable sobre la Ciudad Eterna esclavizada, surgía, inesperado relámpago por cielo sereno, y ahogaba en las rientes aguas hombres, mujeres, hasta niños, para corresponder á la barbarie universal impuesta por la infame servi-



dumbre, pues el Imperio lo había corrompido todo con su corrosiva gangrena. La tiranía exacerbaba las causas de universal corrupción, cual su historia y su naturaleza y todo el ser suyo lo pedían. El espectáculo, única reunión restante ya tras la muerte de los comicios y la prostitución del Senado, indicaba perfectamente dónde cayera, en cuál abismo, la vida romana. Huían aquellos esclavos de todo cuanto pudiera elevarles el espíritu, recelosos de hallar en esta elevación sus antiguas y constantes aspiraciones hacia la libertad. Los circos, los estadios, las arenas, los teatros y los anfiteatros eran como escuelas públicas de prostitución universal. Sus fiestas atizaban y mantenían el envilecimiento y las degradaciones. En realidad no había teatro allí. Desarrolladas con gloria y esplendor las humanas letras bajo todos sus aspectos, las letras dramáticas ó no surgían, ó surgían de la servil imitación que las hace pobres y entecas. Durante la república, en sus tiempos ilustres, dos poetas cómicos del fuste reconocido en Terencio y Plauto prometían lauros mayores á la romana escena. Pero la crítica propia de las obras dramáticas, transcendentales á toda la sociedad y por ende al ser político suyo, no concordaba con las bases propias de un imperio cuyo despotismo debía imponer forzoso y profundo silencio á toda manifestación de la humana libertad. Un género literario exclusivo de la poesía romana, el género satírico, iniciado por Cátulo al advenimiento de César, sustituyó la poesía dramática. Escrita en el hogar, destinada sólo á una publicidad estrecha, sin aspiraciones á entrar en el aire libre de las asambleas populares, la sátira individual, aislada, solitaria, podía desahogar el ánimo de un pueblo. Y, sin embargo, así como en el circo máximo quedó libertad para el insulto público, no regateado por sus siervos al César, en el teatro quedaron libres las alusiones políticas y no se perdieron jamás, á pesar de haber costado su maligno empleo á ciertos actores la libertad y á otros actores la vida. Pero así como en las carretas báquicas de los vendimiadores helenos el sublime teatro griego naciera, nació el pobre teatro latino en las fiestas atelanas, donde siempre se representaron ciertos pasillos y se dijeron en público ciertos diálogos. Fuera de todo esto, las fiestas escénicas en Roma contribuían al despotismo del emperador y al envilecimiento del ciudadano. Gustaban más que las tragedias el mecanismo brutal

de ciertas pantomimas, y más que la comedia una especie de representación lírica, en la cual entraban toda suerte de cánticos y la instrumentación y la orquestación posibles de suyo en aquellos tiempos. Nótese bien cómo el gladiador, el atleta, el mimo, el músico, el cantante y el bailarín triunfaban porque no había en sus respectivas artes ó industrias asomo alguno de palabra, elemento consubstancial de las ideas, tan funestas á todos los tiranos. Lo que principalmente degradó á Roma fué su afición á las fiestas donde luchaban y morían animales. Aquellas apoteosis de la fuerza y aquel derramamiento de sangre y los combates de la vida inferior y los fatales triunfos del organismo predisponían para todo menos para la libertad. El elefante merecía que se grabaran sus efigies en las monedas. Veinte habían luchado, según referencias de Cicerón y otros, en los decaimientos de la república. Pompeyo se holgaba unciendo á sus carros elefantes y Antonio leones. Dión Casio nos cuenta que había luchas de aquellos animales con los rinocerontes, y Marcial que había luchas de aquellos animales con los toros. El fundador de la tiranía romana, Sila, fué de los primeros en soltar leones á las arenas del circo. Julio César y Augusto, al celebrar la fundación del teatro de Marcelo y del templo de Marte vengador, arrojaron más de quinientos á la curiosidad pública. Veíanse en el Foro pajareras ocupadas por papagayos, en el teatro avestruces teñidos de rojo, en las naumaquias cocodrilos transportados del Egipto, en los jardines jirafas tan altas como árboles, en los combates públicos leones con las gueudejas doradas y águilas llenas de lazos y divisas; todo cuanto pudiera divertir y reparar el ánimo de tales irredentores pensamientos.

Pero en realidad el espectáculo por excelencia era la fiesta de los gladiadores. Inmenso el anfiteatro, elevado al aire libre; profundas las galerías subterráneas, donde se guardaban las fieras que debían soltarse, los combatientes que debían luchar, los cambios de tantas y tantas decoraciones como servían al espectáculo de ornato; en un lado el dios protector de la fiesta con sus altares, con sus aras, con sus sacerdotes, con sus odoríferos perfumes y sus sacrificios delante; del otro lado César con sus cortesanos y con sus eunucos detrás, cerca de los cuales gallardeaban los príncipes y embajadores de Orient cubiertos con sus trajes rozagantes y multi-

colores, coronados por sus áureas tiaras relucientes de pedrería; en las primeras gradas las curias de senadores, las órdenes de vestales, el esplendor de la corte vestida para divertir el gusto público



Retiario ó gladiador de red

y realzar la majestad imperial; en todas las escaleras, cuyos escalones de mármoles varios adornados con filetes de oro resplandecían por extraordinaria suerte, la plebe romana, sola pocas veces, acompañada generalmente de tipos allegados en todas las conquistas y representantes de todos los pueblos; en lo último, como una corona de flores, las damas envueltas en gasas que dejaban adivinar sus bellezas materiales y abanicándose con plumajes que parecían al desplegar todos los colores del iris bandadas rarísimas de aves extrañas; en las arenas polvos de oro y minio, esparcidos para disimular la sangre, y en las alturas velos de seda rosa tendidos para teñir con sus arreboles y agraciarse aún más la hermosura; por el estadio las compañías de combatientes, samnitas, griegos, tracios, dálmatas, nubios, en actitudes bien diversas como legiones de animadas estatuas,

desnudos los más, cubiertos los otros de brillantísimas armaduras, éstos en carros, aquéllos acompañados por animales, armados todos con tridentes, puñales, dagas, hachas, espadas, según las diversas horribles suertes, y á una señal se atisban, animados por el mutuo instinto de la conservación, se husmean como tigres, para preser-

vase y defenderse como náufragos, agarrados á la vida más de aquello que tal vida merece, se enrabian y mugen cual toros alanceados, y heridos se buscan al fin como leones para matarse sin malquererse, y se golpean y se machacan y se hieren y se asesinan unos á otros, cayendo en montón los cuerpos que despiden sangre á torrentes y ofrecen el espectáculo de sus convulsas agonías y de sus horrorosas muertes á un pueblo, á un Senado, á unos sacerdotes, á unas vestales, á un César, quienes los siguen con los ojos fuera de las órbitas, gozándose con sus penas, y los aplauden más á medida que se aumentan sus horribles actos de crueldad y de barbarie, agravados en la callada noche por la ferocidad atroz de los espoleadores, cuyos brazos los llevan al espoliario, sin que acaben de morir, merced á lo cual muchos expiran sobre las tripas y los cadáveres de sus hermanos maldiciendo á Roma y al Imperio, maldición que oirá la Providencia y cumplirán los siglos cuando se abran las tierras de los inhumanos viveros y de las inhumanas cárceles, vomitando los bárbaros, que movidos por una sed insaciable de venganza, con las teas arrancadas á sus viejas encinas en las manos, queman el cadáver de la Ciudad Eterna, cadáver tendido por los errores y por los vicios de la tiranía en el mundo, y que, de no haberlo devorado la irrupción vengadora, pudriera con sus ponzoñosos miasmas la tierra y la conciencia. Sustituíd al Senado los gladiadores, al comicio el circo, al tribuno el cortesano, al orador el pantomimo, á la libertad el despotismo, á la república el César; y cuando creáis vuestro poder más fuerte y vuestro imperio más cierto, sucederá lo que á la Roma imperial, abriránse las orillas del Rhin y del Danubio, expidiendo los apocalípticos ángeles exterminadores que Dios tiene apercebidos en el cielo para castigar toda tiranía.

Cuántas y cuán terribles tentaciones aquella sociedad ofrecía de suyo á la nativa perversión de una mujer sensual, aumentada por lo excelso y lo extraordinario de su dignidad y de su rango. La cortesanía en todo tiempo ha impuesto relaciones peligrosas entre los sexos opuestos. La turba de aduladores, que circuían el cubículo y el tálamo de Julia, estaban allí para servirla, y no era mucho que aprovecharan estos servicios naturales para tentarla y para perderla. Una manada de gladiadores, en la cual se mezclan

con todos los extremos de la fuerza todos los atractivos del vicio, todo el horror trágico de la muerte, ¡qué gran escuela para la prostitución! Así Julia iba por las noches de una encrucijada en otra encrucijada, circuida por esta nube de aduladores, en busca de cuantos centros infernales podían despertar y mantener las más horribles emociones. Su corte de vicios, para buscar una emoción más, habíase convertido en cohorte de conspiradores. No contentos con haber acompañado á Julia en sus correrías por los barrios de las mujeres públicas, en sus visiteos al infame templo de Hércules y al ensayo de las fiestas celebradas por los gladiadores, á la tribuna de los Rostros á fin de violar con adulterios innumerables el sitio mismo donde se habían promulgado contra tal delito las leyes Julia y Papia Popea; para gozarse con toda suerte de peligrosos daños, gozábanse con las conspiraciones políticas. El suplicio de Tiberio desterrado, el horror sentido por este príncipe á su adúltera esposa, las insinuaciones pertinaces de Livia deslizándose con arte y con gradación sospechosas, y más sospechosas contra Julia, concluyeron por definitivamente perder á esta desgraciada. Cierta noche contrajo responsabilidad merecedora de la pena capital. Castigaban con este supremo castigo las leyes á quien osare coronar la estatua de Marsias. Era éste un sátiro de Frigia que, habiendo por casualidad encontrado la flauta de sí por Minerva ó Atenea lanzada, porque tocarla con sus labios y con sus dedos obligábale á gestos feísimos, desafió con este instrumento al dios Apolo, retándole descaradamente. ¡Crimen indecible desafiar un hombre al dios de los músicos en música porfía! Tocaron los dos, aceptado el certamen, y las musas decernieron el premio al dios. Y como el premio era que debiese hacer aquello mandado por el vencedor al vencido, impúsole Apolo á Marsias la obligación de cederle aquella flauta, y luego en castigo á su presunción lo despellejó, atándolo á un árbol. Coronar al presuntuoso Marsias era ofender al divino Apolo, y ofender al divino Apolo era injuriar al divino Augusto, su nieto y su devoto. Una corona puesta sobre la cabeza de Marsias equivalía, pues, á un desacato religioso que castigaban las leyes con pena de muerte. Ya no le quedaba ningún otro crimen que perpetrar, ningún otro peligro que correr á la viciosa y temeraria Julia. Cierta noche salió ella con sus mancebos, y citando en el Foro á las

prostitutas más desenfrenadas y á los jóvenes más perdidos de la Ciudad Eterna, danzaron danzas lúbricas en torno del sátiro y le pusieron los prohibidos laureles. La policía romana olvidó quitarla en el amanecer, bien por descuido propio, bien por complicidad secreta con los criminales, y apareció la estatua con su guirnalda escandalizando á Roma entera. Todos quisieron saber los reos, todos los copartícipes del supremo poder, y una persona solamente los conocía. Esta persona era Livia, quien, desde la proscripción infligida por Augusto á Tiberio, perseguía tenazmente á Julia y enviaba espías y esbirros en seguimiento suyo, celándole todos los pasos. El espionaje se organizó muy sabiamente. Aquel escándalo debió presentar á la sagaz esposa de Augusto el medio de soltar sus odios y herir de muerte á su nuera. Comprendiendo la naturaleza de Augusto, mezcló con todas las revelaciones relativas á conspiración escandalosa contra las costumbres todas las revelaciones relativas á conspiración escandalosa contra el Imperio. La terrible acusación cayó sobre los reos como una especie de rayo, que vino á sorprenderlos, á herirlos, á matarlos, cuando se creían más en posesión de su poder y estaban más ciertos y seguros de su fuerza.

Augusto era un padre ciego; no veía cuanto delataban los menores actos de su hija. El hado le colmó de favores tan extraordinarios y numerosos, que no podía creer ni sospechar siquiera una desgracia. Muy clara debió la terrible acusación aparecer á su vista, cuando tan furioso llegó á revolverse contra la ingrata Julia, en cuyo seno encerraba todas sus esperanzas de sucesión y á cuya castidad libró todos los títulos de legitimidad y de pureza que debía invocar para un dominio perpetuo y para un trono hereditario su gloriosa dinastía. El Oriente con todos los prestigios que brillan en sus altares y en sus templos, el Occidente con todos sus jóvenes é indómitos pueblos, el Senado y sus prerrogativas, la nobleza y sus privilegios, la plebe y sus derechos habíansele dócilmente sometido, y se le sublevaban tan sólo en los comienzos de su vejez las desordenadas pasiones de su hija. Augusto creyó morir suicida ó volverse loco al conocimiento de su deshonor. En raptó de ciega demencia cogió un puñal para inmolar á la perversa. Pero temió enaltecerla y honrarla dándole muerte con su propia mano. El terror se dilató en la familia y domesticidad íntima de los césares

con fuerza y celeridad tan grandes al saber la cólera imperial, que Febea, esclava de Julia, se ahorcó, buscando en muerte anticipada un alivio á tormentos presentidos y previstos. «Febea, dijo Augusto, debió ser hija mía.» Penetrado el emperador de que sus actos de familia interesan á Roma como pudieran interesarle trascendentales actos de su política y de su gobernación, solemnemente da parte al Senado y al pueblo de todo lo acaecido. La carta de participación tiene detalles de los escándalos y de los crímenes en su verdad y en su desnudez desgarradoras. De todas las informaciones abiertas y de todas las reseñas aprendidas concluíase una confabulación para forzar á la muerte y heredarlo antes de tiempo. La juventud más brillante de Roma quedó comprometida en el funesto caso. Unos jóvenes salieron para las proscipciones, otros para el cadalso. Oíanse resonar en el proceso los nombres más litúrgicos de la más antigua y mejor aristocracia romana. Quintos, Crispinos, Appios, Claudios, Gracos, Escipiones quedaron heridos. El favorito Sempronio tuvo que desterrarse al Africa. Un hijo de Antonio y de Fulvia, honrado con toda suerte de distinciones y de cargos, tuvo que matarse. La plebe, á pesar de los crímenes y escándalos conocidos y divulgados, intercedió por Julia. «Cuando mal os quiera, les respondió el emperador, os desearé mujer é hijas como ella, con lo cual aprenderéis mi dolor y apreciaréis mi proceder.» Julia salió como una criminal de la casa donde había nacido como una diosa. En obscura noche, á sus altas horas, un grupo de soldados la conducía lejos de Roma en litera más triste que la mortaja de un mendigo. La esponjosa isla Pandataria, verdadero presidio, sin agua, sin vegetación, le sirvió de asilo. Las costas de Campania tan rientes, el hermosísimo golfo de Gaeta, las azules ondas tirrenas aumentaban la desnudez y tristeza de aquellas lavas frías y estériles donde la enterraron. Julia no sintió los arrebatos de Porcia por su república ni de Cleopatra por su imperio. La idea del suicidio no cruzó por su mente ni los propósitos por su voluntad. Pero el paso de su mansión imperial en el Palatino á la isla Pandataria en el Tirreno, la publicidad escandalosísima de su deshonor, el contraste horroroso entre aquellos lugares de su destierro y los espléndidos lugares de su fortuna, la privación de todo placer, la soledad tras aquellas voluptuosas compañías de alegres

epicúreos, el diálogo perpetuo con su madre la vieja Escribonia que no la dejó un punto, la falta y ausencia de toda libertad, la muerte de toda esperanza, el abandono sucediendo al poder omnímodo, la consideración de haber bajado desde primera en el mundo á última, torturáronla en términos que la prolongación de su vida resultó al fin y al cabo la prolongación de su castigo y de su infierno. Alguna vez pasaba un relámpago de ilusión por aquella espesísima noche. Antiguos devotos suyos conspiraban á una en su pro con tenacidad sin ejemplo. Pero estas devociones conocíanse tan sólo en lo mucho que aumentaban los torcedores de su prisión y las privaciones de su agonía. Quince largos años pasó así; toda una eternidad seguramente de torcedores y de penas. Murió su padre, y esta muerte acabó con todas sus esperanzas. El implacable César la mentaba en el testamento para decir tan sólo que prohibía el ingreso de la cenizas de Julia en su panteón. Trasladáronla desde su islote á Regio para mejor guardarla, recluyéndola en una fortaleza. Muerto su padre, queda por completo al arbitrio de su rencoroso marido y de su implacable suegra. Durante los años que pasan entre la exaltación de Tiberio y su muerte, Julia sólo recibe golpes mortales. A los pocos meses del nuevo reinado muere Lucio César, su segundogénito, en Marsella, de camino á España. A los dieciocho meses de muerto el segundogénito, muere allá en Licia el primogénito. Poco después acusan al postrero de sus hijos, al incontinente Agripa, de urdir con Julia su hermana y con Ovidio su poeta la fuga de su madre. Los tres fueron desterrados. Después el marido quita sin piedad la pobre pensión dada por Augusto á Julia, y ¡parece imposible! la hija y la esposa de dos césares muere á la miseria y al hambre. Julia transmitió á su nieta, la madre de Nerón, toda su sensibilidad.

Pero las ambiciones le fueron transmitidas por Livia, su abuela por el lado paterno, como Julia por el materno. Perteneía Livia de suyo á la familia preclara de los Claudios y estuvo en matrimonio unida con orgulloso patricio. El amor de Augusto fué tan impetuoso, que la tomó en arbitrario divorcio á su primer marido, y se unió con ella por solemne matrimonio, aunque embarazada y hasta en su embarazo adelantadísima. El padre recibió su hijo tres meses después de haberlo parido una mujer que ya no le pertenecía.

En cuanto Livia llegó á la casa imperial, constituyóse oráculo político del emperador. Así, copiaba las virtudes austeras de las primitivas matronas romanas para oprimir mejor á sus degenerados descendientes; odiaba el excesivo lujo de su tiempo, vistiendo, por consiguiente, siempre de lana, é hilando con sus propios dedos los vestidos de su esposo. Ni el lujo podía seducir ni el amor halagar á mujer embargada por el sentimiento de las más desapoderadas ambiciones. Todo cuanto se apartaba de mandar á los pueblos, dirigirlos, gobernarlos, parecíale indigno de su rango. Los placeres, las fiestas, los vicios, los amores, los desórdenes pasaban á sus pies sin tocar jamás en aquella su frente, coronada, como las alturas del planeta, por los hielos eternos. Fría é indiferente á todas las seducciones de los sentidos, inaccesible á todas las tempestades del amor, sin más mira que su propio engrandecimiento, sin más fin que mandar, no sólo cerraba los ojos á las infidelidades varias de su marido, sino que las facilitaba, encontrando en ellas medios é instrumentos de poder y de imperio. Los celos acompañaban al amor, y en su corazón empedernido, cerrado á todo fuego, sólo se deslizaban, como frías serpientes, los recelos de la ambición. Crecer en influencia, subir á las cimas de la tierra, ver desde las alturas vertiginosas el pueblo sometido y encorvado, dominar el planeta: he ahí el blanco de todos sus deseos. Perteneía tan sólo á su tierno sexo en lo flexible para componerse con las circunstancias y en lo paciente para esperar su hora. Escondía las garras en las preceas de mujer, como la tigre ó la gata en la aterciopelada finura de su piel, y las sacaba cuando podía sin riesgo alguno hundirlas en las entrañas de sus víctimas. Ulises con faldas la llamaba uno de sus nietos. Hábil y diestramente atravesó todos los bajíos y burló todos los escollos sembrados en su posición difícilísima, hasta completamente apoderarse de Augusto, y por Augusto, del mundo. Era ambiciosa con vehemencia, pero también disimulada con estudio, y astuta con perversidad, y artera con destreza, compitiendo en ella la audacia de los fines con la hipocresía de los medios y el súbito golpe de las resoluciones con la tortuosa y larguísima preparación empleada en todos sus atentados.

Por los museos de Roma, de Nápoles, de Viena, de París encontraréis medallas ó bustos ó estatuas que la representen; y en

todas esas efigies podéis admirar su cabellera ondulada y su peinado majestuoso; la fría impenetrabilidad de su frente serena; la robustez de su cuello, torneado á maravilla; las dos barbas que señalan con cierta crasitud agradable cierta madurez en las ideas y en los sentimientos; los ojos, aunque algo saltones, de prestigioso poder sobre cuantos los contemplan; la nariz mediana y un poco arremangada, única facción que manifiesta lo siniestro de sus afectos y lo duro de sus resoluciones; los narigales angostos y la boca cerrada firmemente, cual si la contrajera el propósito deliberado del disimulo y del silencio; la apostura gallarda é imperiosa como todos los habituales á ejercer de antiguo la dominación sobre la tierra; en fin, la mezcla de clarísima inteligencia con perversión irremediable: una euménide, roncando sordamente bajo la fría y mármorea majestad de una diosa. Campean, sobre todo, en aquel rostro facciones que patentizan la fuerza de su temperamento viril y la energía concentrada de su carácter implacable; los labios delgados y contraídos, antes dispuestos á callarse que á hablar; la nariz, algo semejante al hocico de las hienas abreviado; la barba muy ancha, cuya grande amplitud es una firme base para sustentar aquella espaciosa frente llena de firmeza. ¡Oh! La mujer está destinada de suyo á los afectos dulces y tiernos. Sus palabras deben ser una gota de miel en las amarguras de nuestra existencia; su sonrisa, un rosado crepúsculo brillando sobre las sinuosidades oscuras de la mente; su mirar, el casto rayo de luna sin mancha penetrando hasta los abismos de nuestro corazón y ciñendo de su aureola melancólica y santa todas nuestras febriles y exaltadas pasiones. Moderar los ímpetus demasiado fuertes del hombre; curar con afectos tiernos su corazón, despedazado por exaltadas pasiones; atraer la ambición sin límites al estrecho, pero venturoso nido del hogar; tal debe ser su angélico ministerio en la sociedad. Esas alas tan bellas se tronchan al viento que vibra por las alturas inaccesibles de las desapoderadas ambiciones y del omnipotente poder. Ese pecho jamás se abrirá fácilmente á la frialdad de la razón de Estado. Lo bello, lo tierno, lo gracioso forman otros tantos círculos, donde su natural se engarza como en su centro de gravedad. Mas, por lo mismo que la mujer es así, tan dulce, tan pura, tan delicada, cuando la triste ambición se desliza en su ánimo, tórnase esta pasión en sentimiento más ciego, más

impetuoso, más vehemente que la ambición de los hombres. El amor, para que ha nacido, se pierde, y toman los anhelos de poder y de dominación toda la fuerza creadora y toda la ceguera sublime del amor. Así el gran psicólogo de la literatura moderna pintó en lady Macbeth los excesos de la ambición desesperada y fría. Tal era Livia. Sin mandar no concebía la vida. Cuarenta años de gobierno ¡ah! no la habían hastiado de este peligroso ejercicio, que se presentaba á la vejez con todas las seducciones imaginables. Para ella, pues, vivir equivalía en el fondo á imperar, é imperar á vivir. Fuera del poder, sólo concebía el sepulcro. Mientras Augusto viviera, estaba segura de ejercer sobre Augusto su imperio y de asegurar, por tanto, la propia fortuna. Pero, muerto Augusto, los sucesores la condenarían al alejamiento del poder, al destierro de Roma, quizás á la muerte. Mientras esperó sucesión, esperó también que el hijo de la mujer más amada en el hogar sería el adoptado y preferido para el imperio, pues todos cuantos ejercen la tiranía de cerca ó de lejos saben muy bien cómo intentan los tiranos siempre amoldar el mundo y amoldar la humanidad á su propia imagen y semejanza en guisa de dioses. Pero cuando pasaron los años, vino la vejez y desvanecieron las esperanzas de sucesión directa, Livia sólo tuvo entonces un pensamiento: elevar al trono el hijo de su primer matrimonio, Tiberio; y para realizar este pensamiento, sólo tuvo un propósito: suprimir la familia del segundo marido, suprimir la familia de Augusto. ¡Cuántos crímenes en los santuarios del despotismo! Divinizad al hombre y lo veréis convertido en bestia.

Pero, no pudiendo tolerar Tiberio la tiranía de su madre, dejó abandonada la Ciudad Eterna y se fué presuroso á su isla. Desde tal resolución reinó Livia como emperatriz absoluta en Roma, sin necesidad de mirar ni á la cara de su esposo ya muerto, ni á la cara de su hijo ya por completo desterrado. El Imperio no tenía para ella secretos, como la conciencia no tenía en ella escrúpulos. Consagrada muy de antiguo á mandar, ningún otro pensamiento ocupaba su inteligencia, ninguna otra pasión su pecho. Creída de que ella era la salud del mundo, creía también justo cuanto á conservar la se dirigiera. El destierro á lejanas tierras, la reclusión perpetua en obscuras cárceles, la muerte ó por los esbirros oficiales ó por los asesinatos domésticos, el veneno en las entrañas y la calumnia en

las almas, todo contra sus enemigos le era igual, si conspiraba de cualquier modo al fin deseado, á la conservación y robustecimiento de su poder y de su fuerza. Lo que más tenía sobre el alma era la necesidad de divertir al pueblo de los graves pensamientos políticos para sumirlo en las alegres y continuas fiestas orgiásticas. Así lo apartaba de los ejercicios del alma y lo entregaba á las voluptuosidades del cuerpo. Con esto tenía á su arbitrio ánimos apocados y naturalezas pervertidas sin cuento, donde arraigar con más vigor su despotismo, fino en la apariencia como de astuta hembra, y en realidad cruellísimo é implacable, porque aquella hembra era fría como una horrible Parca. A los setenta años, la varonil mujer, sin que la pesadumbre de su edad le abrumase las espaldas, ni los remordimientos le abrumasen el alma, sosteníase muy entera y erguida, superior á todos los trabajos, como pendiente de una idea cuya fuerza de atracción era inmensa, como pendiente del convencimiento que tenía de presidir por su genio á la suprema dirección del mundo y de llevarlo con esta dirección inteligente á seguro puerto. Así, cuando su hijo le rogaba que volviese á la vida privada, que se recluyera en su palacio, mirábalo con la mirada de las aves rapaces ó de las bestias carniceras. Y reunía los magistrados, los poetas, los senadores, los patricios, los caballeros, á fin de lanzar agudos dardos á la persona de Tiberio en público y recordar indirectamente que Livia lo había engendrado, parido, criado, puesto en el trono, moviendo á su favor el ánimo de Augusto, siempre inclinado á detestarle, libertándole de sus innumerables competidores y rivales en la familia imperial, llamándolo á la cabecera de su antecesor en el instante supremo y único de recoger la herencia. El desacato llegó tan lejos, que se compusieron versos en la tertulia de Livia, diciendo á Tiberio que, general, se embriagaba de vino, y emperador, se embriagaba de sangre.

Cuando el emperador recibía los periódicos de Roma y echaba una ojeada sobre los contertulios de la emperatriz, pomposamente anunciados entre las más curiosas noticias, ya sabía que allí le reservaban una oposición implacable, parapetados sus enemigos tras la majestad de su madre. El senador se quejaba de que, siendo su dignidad más antigua que la dignidad de César, fuese también más despreciada; el tribuno se dolía de que, teniendo un veto para

defender al pueblo, después que Tiberio usurpaba sus facultades, no podía inquirir ni dónde acababan sus derechos ni dónde comenzaban sus deberes; los jurisconsultos se reían de que en Roma nadie supiera los hechos vedados ni los hechos permitidos; el satírico azotaba las malas costumbres alimentadas por los altos ejemplos, y el filósofo discurría sobre las virtudes perdidas con las instituciones antiguas, usando todos de unas libertades de lenguaje más latas ó restrictas, según que la madre estaba de buenas ó de malas con su opresor y opreso hijo. Pero si, en medio de estos atrevimientos de la palabra, excitados muchas veces por el vino, llegaban á creer que alguno de los presentes podía tener la alta honra de contarse entre los espías tiberianos, quedábanse todos helados y mudos de espanto. Cierta día que Tiberio dirigió algunas palabras duras al Senado, sucedió que un senador allí mismo, en su privilegiada silla, se murió del susto. Y, sin embargo, veíanse muchos que no se resignaban fácilmente á perder sus epigramas, aun corriendo seguro riesgo de perder sus cabezas. Lo cierto es que, alentadas las murmuraciones corrientes en casa de Livia, los ciudadanos se asentaban al aire libre en los bancos de piedra circulares erigidos por las encrucijadas, y allí, entre los juegos de titiriteros, los ejercicios de perros, monos y hasta cerdos sabios, las canciones propias de la calle, los versos recitados por los poetas ambulantes, los gritos de los vendedores, los pregones de los anuncios, discurrían de política, pasaban revista á las magistraturas, descomponían la geografía del Imperio, contaban anécdotas sobre la vida privada del emperador, y vertían las ideas más extrañas y las noticias más raras acerca de los diversos ejércitos diseminados por las fronteras y de sus continuas guerras. En esto, la gran señora pasaba en su litera conducida por esclavos, y á la portezuela iba, peinado como una mujer, es decir, con la raya partida por mitad de la frente, vestido de ricas pre-seas, oliendo á todos los perfumes de Arabia, mostrando los brazos desnudos y afeitados, el joven epicúreo, galanteador y murmurón y dicharachero, el cual, entre un cantar de Egipto y otro cantar de España, y entre dos cuentecillos verdes y algunas anécdotas escandalosas, después de haber dicho quién era la querida del vecino y cómo se llamaba la manceba del transeunte, solía soltar con miedo, pero con gracia, algunas palabras de oposición al emperador y al

Imperio. A lo mejor traían algo más, deslizaban furtivamente un libelo que no se leía sino cuando el lector estaba expuesto materialmente á la muerte. Durante algún tiempo Tiberio había resuelto no parar mientes en esta oposición, repitiendo ciertas fórmulas de Augusto, las cuales aconsejaban á los césares curarse poco del mal que pudieran personalmente hacerles. Pero luego se fué indignando á medida que fué creciendo en autoridad y en poder. Bien es verdad que le criticaban por mal hijo si reñía con Livia, y por mal emperador si la respetaba; por cruel si á los gladiadores iba, y por misántropo y sombrío si no iba; por vano si oía las adulaciones y aceptaba los honores, y por soberbio si lo desdeñaba todo; por tonto si prohibía la fundación de templos á su nombre, y por insensato si la toleraba; por irreverente con la naturaleza si encauzaba las aguas del Tíber, y por asesino de los romanos si las dejaba fluir á su antojo y diseminar las homicidas fiebres; por cobarde si no acudía al ejército, y por ambicioso si acudía; siempre asaetado de una oposición que le envenenaba hasta el alma. Así daba muestras muy expresivas de que aquella irreverencia no podía continuar, arrojando de lo alto del Capitolio abajo á un murmurador, ahorcando á otro en la cárcel; pero duraba el silencio lo que duraba el miedo, y el miedo, á su vez, lo que el siniestro recuerdo de estos crímenes. Donde la oposición se avivaba más era en el teatro. Toda tragedia tenía un personaje igual completamente al traidor de nuestros melodramas, y era el tirano. Pasaba la escena en Grecia, á las orillas del Egeo, entre los bosques de Tesalia, bajo los laureles del Pindo, ó al eco de los ruisseños de Colonna; pero lo cierto era que aquel hombre, superior á todos los hombres, calzado de coturno, vestido de púrpura, coronado de resplandeciente diadema, puesto en el trono, sobre cuya persona se condensaban todos los crímenes y todos los odios, ebrio de orgullo, largo en palabras resonantes, corto en acciones buenas, manchado de sangre, sordo á toda súplica, blando á toda lisonja, con la muerte por mensajera y la guadaña por cetro, señalado al puñal de un Bruto y de un Casio como la víctima en verdad más agradable á Júpiter, maldecido en versos que recordaban la antigua indignación de los tribunos... ¡ah! ni era ni podía ser otro que el emperador reinante sobre todos y de todos odiado. Llegábase hasta repetir en las tablas frases que Tiberio

había dicho, como éstas: «Solamente los césares demasiado benévolos matan de un golpe; en Roma los condenados concluirán por agradecerme como un favor la muerte.» Las injurias llegaban á tal extremo, que el emperador se veía obligado, por su tumulto y por su número, á ir en persona á Roma para refrenarlas. En cuanto el Senado quería apuntar su oposición al emperador, decretaba alguna nueva manera de honrar á Livia. Y en cuanto Livia aceptaba la honra decretada, el emperador prohibía su ejecución. Ordenada una estatua, Tiberio la impidió. Livia, en venganza, elevó por el mismo sitio designado á su efigie, cerca del teatro Marcelo, otra efigie de Augusto, inscribiendo su nombre y su dignidad de emperatriz antes que el nombre y la dignidad de su hijo. Luego, viendo que éste no iba resueltamente á verla, se entró en sus salones con la naturalidad y el imperio de siempre, á imponerle cualquier decreto repugnante para probar todo su poder. Tiberio, que muchas veces acariciaba en secreto la idea de sacrificar á su madre, caía rendido á sus pies, fascinado por el terror, en cuanto la veía aparecer altiva é imperiosa, como si ella fuese aún joven y él aún fuese niño. La primera vez que le habló después de sus últimos disgustos, herido Tiberio por las tertulias de Livia y herida Livia por las disposiciones contra su estatua, que sostuviera tan tenazmente Tiberio, empeñóse la emperatriz en que había de dar no sé cuál dignidad altísima á uno de sus libertos. El emperador se resistió tenazmente; pero más tenazmente todavía reclamó la emperatriz. Vencido al fin Tiberio por aquella mirada fascinadora, por aquellas palabras cortadas y breves, por aquel tono imperioso, por aquellos ademanes resueltos, convino en decretar la dignidad demandada, pero á condición de poner en el decreto que cedía á las obsesiones de Livia. Al oír esto la emperatriz se irguió como una serpiente anhelosa de clavar su aguijón y de verter su veneno. Relámpagos de ira cruzaron por sus ojos de gata. La voz salía de su garganta como el resuello de un volcán comprimido. Los recuerdos de cuanto Tiberio le debía á ella y de cuanto ella le debía á Tiberio brotaron de sus estrechos labios y se agarraron como las célebres culebras de Laoconte al cuerpo del emperador. Ya fuera de sí, como quien busca un puñal para dar un golpe de gracia, buscó en su pecho unos recuerdos de Augusto, unas cartas donde estaba escrito el juicio de

Tiberio trazado de mano maestra por su predecesor. Mientras Tiberio se revolvía en su silla, la emperatriz, de pie á su lado, cogiéndole por el brazo como para obligarle á recibir por fuerza los asesinos golpes, leía la sentencia póstuma, palabra por palabra, recalcando las más duras y las más acerbas, y uniéndolas á relámpagos de ira lanzados por aquellos ojos, teñidos en tal sazón del color verdoso de la muerte. A semejante lectura, en que salían las palabras de taimado, hipócrita, cruel, traidor, soberbio, vicioso, criminal, cobarde, el emperador, temblando con escalofríos homicidas que le cogían de los pies á la cabeza, se agarraba á su madre, como en súplica de misericordia y de perdón. Pero cuando no pudo ya más, cuando perdió la luz de los ojos, cuando sacudimientos epilépticos atravesaron todo su cuerpo y nubes obscurísimas cayeron sobre su alma, fué al oír que Livia leería, si era preciso, al Senado esta opinión de Augusto sobre su infame sucesor, opinión cuyos ecos redundarían en su eterna deshonor. Bajo tal amenaza firmó Tiberio el decreto con presteza, despidió á su madre con amor, llamó una litera con impaciencia, salió de Roma con miedo y se fué á la isla de Capri, anheloso por ocultar su vergüenza y decidido á ofrecer todos los días un sacrificio á los dioses para que lo libertaran prontamente de su imperiosa y vengativa madre.

Esta, cada vez más airada contra su hijo, presentábase al circo para complacer al pueblo y para contrastar con sus gracias y con sus larguezas la sombría avaricia y la prolongada ausencia de Tiberio. Desde el día en que los comicios se acabaron, crecieron los juegos. No pudiendo ir los pueblos á las asambleas, iban á los anfiteatros. No pudiendo apasionarse por la libertad y por el derecho, se apasionaban por el caballo de España ó por el atleta de Tracia. Los partidarios de Pompeyo, de Catón, de Marco Tulio ya no existían; pero existían los partidarios de los verdes, los azules, los blancos y los rojos. Mucha sangre se derramó por la dignidad de los tribunos, por los votos en curias ó en centurias; pero más sangre, mucha más se derramó por las carreras y por las luchas del circo. En una de estas sangrientas competencias murieron treinta mil ciudadanos. Y no había remedio: el alma del pueblo necesitaba alimento, su corazón emociones, su sensibilidad motivos de un febril ejercicio, y vinieron estos combates protervos á reemplazar las nobles

luchas del pensamiento y de la palabra. Jamás se dió una caída tan profunda desde altura tan eminente como la caída del pueblo romano desde las cimas de la libertad á los profundos abismos del imperio. El emperador no parecía por los juegos. Pero Livia los preside, sabiendo que la presencia en los juegos constituye una parte esencial en su política. Los años pasaban por esta mujer de hierro y no disminuían sus fuerzas. Diríase al verla que personificaba la Ciudad Eterna y que tenía como la misma Roma vinculadas en su persona la inmortalidad y la fuerza. Mas al cabo un día vino, como era natural y necesario, la muerte. En edad bien avanzada, bajo el consulado de los Genuínos, aparatosos apellidos republicanos irrisoriamente conservados á la cabeza del imperio, expiró la emperatriz, llamada Livia de nombre propio, Julia por su ingreso en la familia de los Césares, Augusta por su dignidad; descendiente de los Claudios, orgullosos patricios que desde los primeros tiempos de la República descollaron por su odio á la plebe; mujer un día del noble Nerón, madre del tirano Tiberio, genio é inspiración de Octavio; superior á los placeres y voluptuosidades de los sentidos como una matrona de la República; criminal y asesina como una furia del Imperio; dama imperiosa en su política; de un disimulo singular y de una maestría sin límites; tan dispuesta á sufrir las fatigas de los soldados como á ejercer las seducciones que la debilidad y la ternura prestan á su sexo; resuelta á todas las maldades necesarias para consolidar su imperio bajo la apariencia de una virtud austérrisima; genio verdadero de la dominación, implacable imagen del despotismo. En cuanto murió la madre, respiró el hijo. Así fué su entierro sin aparato y su testamento sin efecto, su apología obra de uno de sus nietos medio loco; pues ya no inspiraban miedo los restos de aquella majestuosísima é imperiosa madre. En su retiro estaba Tiberio al recibir la fausta noticia, y se excusó de asistir á los funerales, so pretexto de ocupación, y borró las honras decretadas por el Senado, y se opuso á la apoteosis, y escribió cartas lanzando finos acerados dardos á los idólatras de las mujeres metidas á pedantear en la política, dardos que iban emponzoñados con un sarcasmo aterrador, puesto que eran próximos é inmediatos mensajes de la muerte. Lo cierto es que desde este instante no tenía ya ningún freno el despotismo de Tiberio. César y cautivo, con la

sombra de su madre desaparecía la última sombra de su cautiverio. Era ya dueño y señor de la tierra. Su madre, cuando la luz de los ojos se apagaba, lejos de recogerse en su conciencia para examinar los hechos de su política y el juicio de la historia, se volvió hacia uno de sus libertos y le dijo que encargaba á Tiberio con resolución la muerte de sus últimos competidores todavía supervivientes á tantas emboscadas, traiciones y crímenes. Y aquellos competidores eran sus propios nietos. ¡Cuán desoladora es la tiranía!

Cuando estudiáis á Agripina inmediatamente veis los sendos factores á su complexión llevados por estas dos abuelas ilustres, por Julia y Livia. No hay que olvidar el parentesco fisiológico entre Agripina y cada cual de ambas. La madre de Nerón fué hija de la hija de Julia, llamada también Agripina. Julia fué, por tanto, abuela materna suya. Pues Livia fué su bisabuela paterna. Tuvo ésta en su primer matrimonio á Druso, hermano del emperador Tiberio. Druso tuvo á Germánico en Antonia, y Germánico tuvo en Agripina, hija de Agripa, durante sus campañas militares por las orillas del Rhin, á la madre de Nerón, á la esposa de Claudio. Estudiándolas á las dos, á Julia y Livia, estúdiase á la feroz Agripina en sus capitales aspectos. La razón de Estado juntaba en el tálamo á seres enemistados por odios verdaderamente seculares. En cumplimiento de ley tan particular, Agripina fué generada por vástagos de una proscrita como Julia y de una perseguidora de Julia como Livia. Víctimas y verdugos súmanse por extraordinarios ayuntamientos de seres, que llevaban en sus venas difusos sendos seculares odios. No sucede así en las especies combatientes de las escalas inferiores orgánicas, donde nunca se unen los milanos con las palomas y los corderos con los lobos. De Julia recibió Agripina la voluptuosidad inextinguible y la hermosura perfecta en el cuerpo. De Livia recibió Agripina las insaciables ambiciones del alma. Así este doble monstruo se arrastró en los lodazales del vicio como la una y se irguió como la otra en lo alto del trono. Lo que diferenciaba su persona de las otras dos personas era que Julia se había creído excluída por su voluptuosidad nativa del gobierno y Livia del placer por sus nativas ambiciones. Agripina imaginaba que podían compadecerse perfectamente los goces del sentido y los goces del mando. A Livia no se le conoció ningún

amador en la vida fuera de sus maridos; á Julia no se le conoció ninguna influencia fuera de la natural que le daban sus prerrogativas y sus categorías de princesa imperial y augusta; pero Agripina tuvo amantes como los libertos de Claudio, como los patricios que derogaran en su pro las incompatibilidades antiguas para el matrimonio entre parientes, como los cortesanos que cooperaron á su conspiración para señorearse del Imperio; y todas estas sensualidades, más ó menos ocultas bajo una hipócrita máscara, no se opusieron al asiduo empeño en acaparar el poder y en usarlo. Cuando leéis las tragedias antiguas observáis que las voces de los oráculos ó las profecías de los augures, desde los primeros hexámetros designan y anuncian la suerte y el destino de los héroes. Lo mismo hacen por aquel tiempo los historiadores que los poetas. No hay hecho capital en las biografías de sus héroes, no lo hay, sin su correspondiente correlación estrecha con algún presagio moral y físico. La filosofía en tal tiempo no había desconsolidado al hombre con la indiferencia del universo. Imaginábase creado todo para la especie humana y en los seres inanimados existente una secreta correlación, así con las desgracias como las venturas nuestras. De aquí los avisos, los augurios, los presagios encontrados en las conjunciones entre los astros por los cielos y en los aleteos del ave por las alturas. Pues, al evocar la imagen de Livia, os anticipáis las tragedias de Agripina. La bisabuela y la biznieta quisieron á sus respectivos engendros, Tiberio y Nerón, como quiere á sus hijuelos el águila y á sus cachorros la leona. Bisabuela y biznieta se desviaron por granjearles y conservarles un trono á fuerza de crímenes. Los dos emperadores se sintieron muy obligados con sus madres mientras éstas les allanaron las vías al poder, muy desobligados en cuanto al poder subieron y las encontraron, más que copartícipes naturales de sus ventajas, únicas usufructuarias con detrimento de uno y otro. Así, los afanes de Livia por Tiberio anticipan los afanes de Agripina por Nerón como los odios de Tiberio á su madre Livia por su parte anticipan los odios de Nerón á su madre Agripina. Pero no anticipemos nosotros la historia quitándole interés. Después de haber enseñado en toda su verdad fisiológica la complexión de dos abuelas como Livia y Julia, veamos el atavismo realizándose con siniestra fatalidad en Agripina.



Combate de gladiadores

CAPÍTULO XIV

LOS COMIENZOS DEL NUEVO REINADO

Habíase realizado el sueño de Agripina. Casada con un maniquí tal como su tío Claudio, gozaba del poder público en absoluto y sin coparticipación de persona ninguna. Esta satisfacción de un deseo tan vivo por su intensidad como tenaz por su duración, trascendía de suyo al rostro, dándole un viso como el que pudiera poner escultor griego de los primates y sobresalientes en la faz divina de sus Minervas y de sus Junos. La expresión se fija con facilidad en las estatuas clásicas por hallarse más cerca de labios y ojos y frentes el alma de los antiguos, equilibrada y tranquila, que se halla hoy el alma de los modernos, reconcentrada en sí por llena de los infinitos deseos que le han prestado los dogmas y la moral del Cristianismo. El remordimiento no mordía en un corazón antiguo, cual muerde ahora en los corazones nuestros, por no hallarse la idea de una responsabilidad personal eterna tan acreditada cual hoy, ni lucir la conciencia con el resplandor inextinguible que le han dado veinte siglos de progresos continuos. Livia, después de haber asesinado á los hijos y á los nietos de su esposo Augusto en el hercúleo trabajo de preparar el trono y las vías al trono conducentes para su hijo Ti-

berio, no llevaba en el rostro huella ninguna de remordimiento: su conciencia de madre y emperatriz estaba satisfecha. Ya hemos visto cómo le sobrecogió la muerte y qué gritos dió y qué recomendaciones hizo al hundirse para siempre allá en la eternidad. Una cristiana, con el confesor junto á sí, hubiera pedido perdón á sus víctimas aun las más recientes y dejado mandas en descargo de su conciencia y para el rescate de sus culpas. Livia solamente se creyó



Agripina y Claudio
(moneda de plata)

en la obligación de gritar, cuando huía su voz en alas del postrer suspiro, á Tiberio que acabase con los últimos émulos posibles, siquier todos á una vinieran de la misma sangre imperial y le tocaran muy de cerca. Pues Agripina, que continuaba la obra de Livia y condenaba implacable á muerte los hijos de los demás varios matrimonios del esposo Claudio, hacía todas estas monstruosas enormidades con una placidez en el rostro, una sonrisa en los labios, una luz en las miradas, cual pudiera cualquier santa de los cielos andando por la tierra practicar el más puro bien y las mayores obras de caridad. Fruncía las cejas, asombraba el rostro, sacudía y agitaba los nervios, contraía los labios, relampagueaba centelleos de furor en sus ojos airados, rugía como hiena cuando marraba cualquiera de sus golpes ó se desvanecía cualquiera de sus proyectos; pero, tras la perpetración de un crimen, se quedaba tan serena como el cazador que ha cogido en lazo una presa ó el matarife que ha degollado



Moneda de Claudio

en su carnicería una res. Ella tomaba todos los aspectos, como Proteo, porque sobresalía por una cualidad culminante; por el dominio ejercido sobre los nervios, sobre los afectos, sobre los apetitos, sobre las creencias por su firmísima voluntad. Si en ciertos períodos de su vida le convenía la castidad, ya le podían soltar galanes; encastillábase, como una vestal, en la pureza más inexpugnable. Tal hizo desde que Claudio enviudó de Mesalina, merced á Narciso, hasta que pudo cazar á Claudio en las mallas de su boda. Ni como Julia y Mesalina se dió exclusivamente al placer, ni como Livia y Octavia exclusivamente al gobierno. Comandó el

desarrollo de sus apetitos y el desarrollo de sus ambiciones en guisa de un general que mandara con idéntico imperio sobre dos ejércitos contrarios y en perpetua guerra. Desde la muerte de Mesalina únicamente pensó en su matrimonio con Claudio, y desde su matrimonio con Claudio únicamente pensó en la exaltación al trono del hijo de sus entrañas, del amado lobezno y cachorro producido por sus amores feroces, de Nerón. Para esto empleara las seducciones de sus gracias y los venenos de sus manjares. Muy cambiante, mucho; esta mujer singular, ya parece araña tejiendo su tela tendente á, como una mosca del aire, atrapar un príncipe del palacio; ya leona en celo y en cría, rugiendo por la satisfacción de sus apetitos sexuales ó de su horrible maternidad; ya caudal águila, invisible allá en los abismos de las alturas, que se desprende, como de otras esferas venida, y cae sobre su presa husmeada desde lo invisible y en cuatro segundos de furor la descuartiza con sus garras y se la engulle por el exterminador pico en las voraces profundas entrañas. La víctima husmeada por la emperatriz desde su matrimonio, la requerida para sus uñas, la continuamente atisbada por sus ojos de águila era Británico, el hijo de Mesalina y Claudio, á quien éste decerniera en su amor de padre la corona del mundo. Pues había que hacer con Británico lo hecho por Livia con todos los allegados más próximos de Augusto. Así como aquella Parca enterró á Julia viva en la isla Pandataria, envenenó por mano de su propio médico al joven Marcelo, segó en flor á Cayo César mediante las curas de Solio, exterminó á Póstumo, hasta, por sus crueles decretos, llegar á convertir las actas de nacimiento en sentencia de muerte para los nietos del emperador Augusto, que pudieran desvanecer ó por lo menos asombrar la imperial diadema de Tiberio. Más feliz Agripina, únicamente debía con Británico habérselas, víctima bajo su mano puesta por los privilegios de madrastra. En este fin supremo se concentró su voluntad y su pensamiento. Sigámosla en su vida, y veremos cómo ni un minuto la deja de sus garras tan enorme obsesión. En el momento que ahora vamos á evocar, Agripina esperaba, reclusa dentro de las habitaciones para su persona señaladas en el palacio á hora vespertina, la tertulia y la corte, comenzando por su propio marido, el, como diríamos en lengua corriente de nuestros días, hipnotizado

Claudio. Escuchemos, pues, el siguiente diálogo. En los primeros momentos (estaban solas Agripina, la emperatriz y Selia, la esclava, como acostumbraban en Roma, donde se unían la extrema soberbia de los señores con la extrema humildad de sus siervos en un comercio familiar y continuo.

— ¿Conque tal cosa dijo el astrólogo, Selia? — preguntó Agripina.

— Tal.

— No le creas.

— Para no creerle pareceríame preferible no consultarle. Y lo he consultado por tu orden.

— ¿Qué quieres? Impaciencias de anticipar lo venidero.

— Pues yo tengo desde mi niñez aprendido que lo porvenir se ha ocultado sabiamente á nuestros ojos por los dioses para que nunca sepamos las desgracias apercebidas y preparadas por el destino y el tiempo á nuestra misérrima flaqueza.

— ¿Te ha dicho el astrólogo que reinará Nerón?

— Hámelo asegurado cual me aseguró antes que llegarías tú á emperatriz.

— Sea en buen hora. Lo demás tráeme sin cuidado, y no me desvivo por conocerlo.

— Pero me desvivo yo por industriarte, cual es de mi deber, en ello — añadió.

— No digas lo añadido.

— Pues debo decírtelo para que te prepares.

— Déjame de tales preparativos.

— No te desmemories hasta olvidar cómo el destino cumple los decretos inscritos en sus tablas de bronce.

— Selia, te has empeñado en acibararme las alegrías propias de este próspero tiempo con hieles tuyas.

— ¿Mías?

— Tuyas.

— Mías no, del astrólogo, á quien me has mandado consultar,

— Te dije que le preguntaras únicamente si reinaría Nerón ó no.

— Pues hame respondido mucho más de aquello que yo le preguntara.

— Cállatelo, pues. Por lo movable de tu faz he averiguado lo

funesto de su anuncio. Y como, ya lo sepamos, ya lo ignoremos, el destino deberá cumplirse con todo rigor, me conviene ignorarlo. Escondieron á Paris en el monte Ida con objeto de que no fuese funesto á su patria, y lo mantuvieron las águilas para que robase á Helena y perdiese á Troya. Transpusieron á Edipo en la cuna desde su palacio á otros lejanísimos; lo transportaron á muy apartadas tierras con el fin de burlar al oráculo, cuyas profecías anunciaron cómo habría de matar el cuitado á su padre y manchar el tálamo nupcial de su propia madre. Nada consiguieron. Edipo mató sin querer á su padre Yago y sin querer se casó con su madre Yocasta.

—Pues el astrólogo ha dicho que Nerón reinará; pero en su reinado te asesinará sin piedad á ti.

—¡Selia!— exclamó Agripina lanzando un aullido espantoso.

—Perdona, perdona, excelente y nobilísima emperatriz; mas cree que no podría callarte un augurio tan siniestro como ese.

—Deploro, Selia, tanto más que hayas repetido lo presagiado, cuanto que lo creo. Mis presentimientos me habían mil veces anticipado lo mismo que ahora me anuncia el adivino. Mil veces, cuando en los transportes de amor maternal he besado á mi chicuelo, no querás creerlo, me ha mordido el seno. Pero lo callo. Harto me dan en rostro con la frase aquella de su padre que le llamó un monstruo, por creernos capaces de generar un monstruo únicamente á él y á mí. De divulgar las perversidades nativas encontradas por observación en su naturaleza, diránme que yo como víbora, he dado á luz un viborezno, el cual se goza en comerse á su propia madre.

—¡Agripina!— gritó Selia en su horror y repulsión á cuanto la emperatriz decía de su propio hijo.

—Por eso no quería oír lo que trasladabas á mi conocimiento, por no verme obligada, como madre, á confiarte bajo secreto esta mi apreciación.

—Piensa lo que son palacios, Agripina, tú criada en ellos. Pueden oírnos.

—Desecha tales temores. Desde mis nupcias, aquí nadie manda más que yo, y nadie puede celarnos ya ni oírnos. Los libertos, enemigos míos, ya saben que domino en la guardia pretoriana, y

quien esgrime tal instrumento, ya puede reirse de todo el mundo. Narciso y los cómplices suyos conocen la suerte que les deparo, y así les obligo con olvidarlos, pues bien saben cómo son en deberme cuantos días alcanzan de vida.

— Verdad.

— Déjame desahogar mi pecho en tu fidelidad. Yo amansaré á la fiera. Nerón será por mi cuidado muy otro de aquello que su naturaleza quiso. Sin él no podría reinar yo. Decrépito Claudio y gastado por los abusos del amor, pronto morirá. Si no procuro granjear á Nerón el imperio, ¿cuál nombre invocar y cuál apoyo conseguir para mi dominación sobre la tierra?

— Pero si el César, á quien das el poder, se trueca en tirano, como el hijo que te debe la vida en verdugo, ¿como afanarte así por tu servidumbre y por tu muerte?

— Me creerás demente ó suicida. Pero yo necesito reinar mucho tiempo; y no puedo reinar mucho tiempo sino sobre las espaldas del hijo de mi amor, en cuyo cuerpo late la sangre de Julio César y Octavio Augusto.

— Que los dioses te liberten y rediman de tu propia obra.

— Yo ayudo en el cumplimiento de este tu voto á los dioses. Para divertirlo de toda pretensión á César efectivo, cuando lo haya hecho yo César nominal, atiborraré de sentencias filosóficas abstractas su mente, con lo cual se le quedará como paralítica é incapaz la inteligencia para el gobierno. Luego excitaré á su imaginación al fin y objeto de que los deseos traspasen los límites á nuestras fuerzas por el destino señalados y deje á mi arbitrio el imperio, corriendo desalado en pos de las coronas y de las glorias artísticas. Le pondré á Séneca de maestro, encargándole que me lo abstraiga del mundo y de la realidad como puede abstraerse un sistema puramente metafísico. Luego haré que Lucano le tienta á la poesía y le sobresalte y estimule hacia las alturas poéticas. Amén de todo esto, los tañedores de cítaras y los cantantes de Grecia le trastornarán el seso incapacitado así para la suprema dirección por completo amortizada en mis manos. Los placeres harán todo lo demás, corrompiéndolo para someterlo más y más á mi voluntad, encadenándolo á mis pies. Y así podré impedir el único afecto, á cuyo empuje podría en sus desvaríos aborrecerme y hasta matarme, la

propensión al imperio y al gobierno de veras. Toda hermosura, las artes plásticas, la poesía, la música, la metafísica, la voluptuosidad, las pasiones exaltadas: he ahí su cortejo de ilusiones, las cuales arrastrarán en pos de sí, tanto la voluntad como la conciencia del joven César y no le dejarán punto de reposo ninguno para consagrarse al imperio. É imperaré yo en su lugar. Las naturalezas artísticas resultan siempre así más gustosas del aparato teatral que del goce íntimo en las alturas del trono. Yo le dejaré aquello dejado por los dioses á los poetas, la inmensidad azul del cielo esplendente á que llaman gloria; y me reservaré para mí la realidad áspera del gobierno. Mi Nerón será un músico, y un filósofo y un poeta de veras y un César de nombre.

— Ten, Agripina, con todo sumo cuidado y toma las mayores precauciones.

— Lo exaltará mi amor de mero patricio á sumo imperante, ¿y me desamará todavía?

— ¡Quién sabe!

— Ahora mismo he logrado su ingreso directo en el número de los hijos de Claudio.

— ¿Cómo?

— Por una promesa de casamiento.

— ¿Con quién?

— Pues ¿con quién ha de ser? Con la hija de Claudio.

— ¿Con Octavia?

— Ciertamente.

— ¿Pues no la prometiera el propio Claudio al joven patricio Silano?

— Estás en lo cierto.

— ¿Por qué deshacer ese noviazgo, cuando diz que se amaban cual tórtolos enamorados?

— ¡Ya lo creó! Mas para mí no hay amor que valga.

— ¿Persuadiste á tal rompimiento con facilidad el ánimo de Claudio?

— No. Con suma dificultad.

— Entonces no está él á tu imperio tan sometido como tú crees y dices.

— Tratándose de sus hijos, encuentro siempre cien mil difi-

cultades en su voluntad, pues el muy bobalicón cree suyos los hijos que le han endosado de otros sus mujeres legítimas.

— Y en efecto, enamoradísima del joven patricio estaba Octavia.

— Pero yo solté á los libertos para que difundieran un rumor, el cual obró maravillas bien pronto.

— ¿Cuál rumor?

— Pues el rumor de que Silano tenía con su hermana incestuosas relaciones.

— ¿De veras?

— Como te lo digo.

— ¡Si goza el pobre fama universal de bueno!...

— Pues hasta la fama se pierde cuando yo quiero.

— Lo reconozco.

— Y deshice contra la voluntad expresa de Claudio el matrimonio de su hija.

— ¿Qué resolución tomó á tal caso el rendido novio?

— La mejor que pudiera tomar. Se mató.

— ¡Dioses!

— ¡Qué aspaviento!

— La muerte siempre horroriza.

— Cualquiera diría que te has criado en colegio de vestales y no en cubículo de princesas.

— Tienes razón. Aquí reináis vosotras sobre la tierra, y la muerte reina sobre vosotras.

— Ya sabes que por los tiempos de mi tío Tiberio, el emperador, hermano de mi abuelo Druso, recogióse con extrañeza el recuerdo y el nombre de un patricio que muriera de muerte natural en su cama.

— Lo sé; y tenías razón al asegurar que todos cuantos aquí viven te deben la vida en último resultado.

— Yo he asido el reloj de arena que á sus pies guarda la muerte, y cuando quiero acelerar la precipitación de una vida cualquiera en el orco, no hago más que sacudirlo y cae. Créeme.

— Téngante así los dioses de su mano.

— Ahora no habrá necesidad ninguna de muchos y cruentos sacrificios. El suicidio de tal pretendiente ahorra sangre. Polión,

designado por mí para cónsul, hase ido á la curia y propuesto el matrimonio de Octavia con Nerón.

— Huélgome de veras en ello y te felicito.

— Tan sólo me resta decretar los festejos consiguientes á tal fausto suceso y darles un carácter de santidad pura, abriéndolos con un acto de olvido y de misericordia, con amplia y grande amnistía.

Cuando pronunciaba este nombre de amnistía la cruel Agripina, entrábase por el cubículo Claudio, quien, al recogerlo en sus oídos, exclamó:

— Amnistía para todo el mundo, sí; mas no para Séneca.

— He ahí el motivo singular de discordia existente hoy entre mi esposo y yo: él no quiere y quiero yo amnistía para Séneca — dijo Agripina volviéndose á su esclava.

— ¿Para Séneca el filósofo? — la esclava preguntó.

— Para Séneca el filósofo — repuso Agripina.

— Buen filósofo está él — dijo malhumorado Claudio.

— No hay otro que honre como el cordobés tu imperio.

— Pues renuncio á la honra.

— En todo reinado la copia de nombres ilustres vale y sirve al acrecentamiento de gloria perdurable y poder moral en quien reina. Eso no podrás tú nunca jamás dudararlo.

— Buena gloria la que traiga un moralista enfático, el cual deroga en sus actos aquello mismo que demuestra y enseña con sus palabras.

— Esto nos acontece á todos. Ponte ahora mismo en vena de teorizar y trazarás un imperio ideal á pedir de boca. Realiza lo mismo que has dicho y verás cuántos vicios aquejan tu obra práctica y cuántos enemigos la saltean y pierden.

— No conozco persona ninguna en quien tanto disten la idea y la vida.

— Le han calumniado mucho.

— ¡Sí, calumniado!

— Como les acontece á cuantos alzan su frente sobre los demás.

— No me hables de eso, Agripina.

— Tu propia mujer, tu Mesalina, le acusó de crimen tan absurdo como el trato ilícito con la princesa Julia, hermana preferida de Calígula.

— Y desde tal sazón estamos tranquilos, pues todas sus enseñanzas tiran á restaurar el gobierno republicano.

— Equivócaste de medio á medio, César. ¡Si esas enseñanzas tiran más bien á la indiferencia en todo lo terrestre y en todo lo humano que al interés por antiguas instituciones, cuya ruina irreparable observa con toda precisión la profunda vista y el profundo pensamiento de un filósofo!

— No me convences, no me convences, Agripina.

— Yo he visto pocos hombres tan señoreados como Séneca de sí mismo. Nueve años de su vida consumió en isla salvaje, de clima nocivo, de tierra estéril, de bárbaros pobladores, batida siempre por las olas y casi abandonada de los romanos.

— Pues tenía merecido el destierro — dijo Claudio.

— Solo — continuó Agripina como sin ver á su marido, — apenado, víctima de ingratitudes y olvidos, lejos de pedir consuelos á los demás, él á los demás ha consolado y acorrido. Lee su libro *De consolación*, y dime luego si persistes en tu desatinado juicio.

— Todo ello retórica, palabrerías, alharacas, vaciedades.

— ¡Qué digas tales cosas, Claudio!

— Gustárame Séneca si fuera un legislador, un jurisconsulto, un estadista; pero siendo un filósofo á secas, le creo un charlatán y le juzgo digno de proscripción perdurable.

— Pero, Claudio, nunca las leyes y las instituciones surgieran en el espacio sin haber antes en el pensamiento surgido las ideas, madres y generadoras suyas.

— Pero nunca tampoco los romanos tuvieran veleidades increíbles de volver atrás los ojos en busca de la república, si maestros como Séneca no mantuvieran con palabras de artificio é ideas de plagio las tristes aspiraciones republicanas.

— Casualmente su filosofía es todo lo contrario de cuanto supones tú, pues levanta el alma sobre todas las miserias y hace, así de nuestros dolores como de nuestras desgracias, una verdadera disciplina para el espíritu y una verdadera higiene para el cuerpo.

— ¡Buena está su filosofía! — murmuró Claudio ya casi asfixiado por la granizada de argumentos que la mujer le llovía sin tregua ni tasa en el rostro.

— La fuerza de su pensamiento ha llegado al extremo de con-

trastar la debilidad incontrastable casi de su cuerpo. Epiléptico, ha dominado estremecimientos y desórdenes de sus músculos bajo el imperio de una voluntad soberana. Con sólo verle se observa en él únicamente aquella cantidad necesaria de materia indispensable á mantener su cuerpo.

— Fíate de los amarillos y de los flacos — añadió Claudio por añadir algo.

— Decidido el desposorio de tu Octavia con mi Nerón, precisa de algún modo celebrarlo. Firma, pues, la orden de amnistía en que se halla comprendido Séneca, firmala.

Y le presentó con imperio el decreto donde se hallaba escrita su voluntad con precisión.

— Pero, Agripina, ¿quieres hacerme girar de pronto así al impulso de tu capricho cual si fuese yo rueda de molino que obedece al agua impulsora ciegamente?

— No hay escape. ¡Firma!

Y los ojos de Agripina centelleaban relámpagos tales de ira, que atemorizado Claudio firmó trémulo y ruboroso como un chiquillo.

— Hecha por tu sanción ley mi voluntad, te lo anuncio, apresuraré cuanto pueda el regreso de Séneca, pues lo destino á esclarecer la inteligencia y levantar el ánimo de mi Nerón, quien mucho lo ha menester; pues, en mi ausencia, cuando el demente de Calígula me proscribiera, puesto el infeliz hijo mío, de su madre privado, en poder de nuestra tía Lépida, ésta, pretextando quererlo mucho, no le corregía en propensión ninguna y le daba de maestros un bailarín y un peluquero. Tales profesores le industriaron en el arte de vestirse, peinarse, adobar mucho el cuerpo, correr, danzar, pero no en los altos principios de gobierno indispensables á quien goza categoría tan alta como su principado en Roma y proviene de origen tan excelso como la sangre de Julio César y Octavio Augusto.

— Bajo ese aspecto declárote que tienes razón. Las lecciones de hombres como Séneca por necesidad aventajarán á los adobos y afeites procurados por un peluquero y á las piruetas enseñadas por un bailarín. Y Nerón habrá de menester tanto más esto cuanto que debemos criarlo en el santo temor de los dioses con el fin

de que sea mañana el consejero áulico y el sostén robusto del hijo mío, su César futuro, de Británico.

— De Britá...

Agripina perdió un momento la luz en los ojos y la inteligencia en el cerebro, presa de un vértigo, al oír una proposición tan opuesta de todo en todo á sus planes y á sus proyectos como la dicha por Claudio. Pero bien pronto se reprimió con soberano esfuerzo y se dominó con absoluto imperio, penetradísima del riesgo que corrían sus manipulaciones, reveladas hasta el más obscuro fondo en raptó de ciega temeridad. Y tomando un aire de modestia y un aspecto de indiferencia estoica, dijo con mucha serenidad, después de haber superado el balbuceo de rabia sugerido por las ideas de Claudio referentes á los dos príncipes:

— Sí; de Británico, de Británico. Yo no destino á Nerón sino al servicio de su tío, el hijo de Mesalina, como no estoy destinada yo sino á su servicio también, mi amado tío y esposo. Habrá de hacerse lo que quiera Británico, pues lo veo yo escogido para el Imperio y designado á la curia como tu legítimo, natural, propio heredero, engendrado por ti solo en las entrañas de tu mujer Mesalina. ¿Qué otra cosa puede suceder sino que un hijo de tal mujer se asiente allá en la cumbre del mundo con un Nerón á sus plantas, un poco más abajo que él siempre? Y no te prometo estar yo misma en persona junto á tu hijo, cuando sea César, porque yo he resuelto no conocer emperador alguno más que á mi esposo Claudio. Yo no tengo ni planes ni proyectos ni cosa ninguna para la viudez, porque no creo vivir ni un solo día viuda, no creo sobrevivirte veinticuatro horas en el mundo. Yo, como suelen ciertas mujeres de Asia, me arrojaré á la pira que consume tus despojos mortales y moriré contigo.

— ¡Gracias, gracias, gracias! — dijo Claudio con cierta socarronería, que cuadraba mucho y bien á su estolidez aparente.

— Pues no faltaba más — continuaba diciendo Agripina como si hablase consigo á solas en largo monólogo. — Pues no faltaba más sino que alguien contrastase la voluntad imperial; se hará lo que tú quieras, Claudio, en sucesión, en testamento, en todo.

— Como se ha hecho en la vuelta de Séneca — pensó la esclava, pero no lo dijo.

Mas en esto se oye un estruendo enorme, armado por gritos y lloros de muchachos, interjecciones y palabrotas de libertos. Claudio, á quien le costara un gran esfuerzo contrariar á su esposa, no se dió por advertido en su exterior de algazara tan escandalosa y se quedó inmóvil é inerte, como si fuera paralítico de cuerpo cual de voluntad y de conciencia. En cambio Agripina, más nerviosa, más exaltada en la ebullición de sus ideas, en el empuje de su voluntad, en el remonte continuo de sus nervios, saltó como una tigre hacia la puerta, sin respeto ninguno al esposo presente, sin recuerdo tampoco de su dignidad propia, sin miramiento ni consideración á lo que pudiera decirse, al verla tan fuera de sí, en torno suyo. Le había llegado al oído la voz de su cachorro, y esto bastaba para que saltase cual pudiera una leona. En efecto: el tío Británico y su sobrino Nerón entraban agarrados de los pelos con tal furor que no había medio alguno de separarlos y desasir á cada cual de su contrario, pues cuando cedían mechales de pelo á los sendos tirones, agarrábanse á otras con una fuerza y una violencia extraordinarias, por más que Narciso y Palas pugnaban por su separación y aquietamiento. Habíanse mordido, habíanse arañado, habíanse puesto morados y rojos á sendos golpes mortales; y dejados á sí mismos por el respeto natural que á la servidumbre palaciega inspiraban emperatriz y emperador, los muchachuelos, confundidos y empelotados, rodaron hasta los pies de Agripina, fuera de sí ante tal escena. Pudo ésta lo que no habían podido los siervos, detener con su voz la encarnizada riña y levantar del suelo á los dos maltrechos con sus propias manos.

—¿Qué es esto?— preguntó Agripina.

—Juegos— murmuró maquinalmente Claudio.

—Juegos de fieras— añadió Narciso.

—No puede tolerarse lo que aquí pasa— exclamó por su parte Palas.

—¿Qué pasa?— preguntó Agripina recogiendo en el seno á su Nerón y rechazando á Británico.

—¡Ven!— dijo á este último entre dientes Claudio, compadecido de su sangre. Pero como quiera que Agripina lo mirase con extrañeza, no se atrevió á continuar y soltó al propio hijo, sin atreverse ni á un cuidado, ni á una caricia, ni á un consejo.

— Hame llamado por el apellido de mi padre con burla este pillo, decía entre sollozos y pucheros Nerón.

— Él me ha llamado hijo de mala madre — respondió Británico.

— Verdad, pero después que tú habíaste con soberbia envaneido por hijo de César y llamádome á mí patricio á secas, cuando soy príncipe de la sangre augustal y cesárea como tú.

— De todo Narciso tiene la culpa — exclamó con extraordinario furor Agripina.

— ¡Yo! — respondió Narciso, casi helado de miedo, sintiendo que aquellas palabras equivalían á fulminar una sentencia de muerte sobre su cabeza.

— No, no tiene la culpa Narciso, cuya intervención en todos estos asuntos de muchacho redúcense al cuidado de Británico huérfano — dijo Claudio.

— Buena orfandad la suya, mientras tenga tal padre como tú — dijo Agripina.

— La culpa de todo está en Palas — añadió el César.

— ¿En mí? — preguntó Palas, menos aterrado ciertamente que Narciso, pues mientras Claudio practicaba de fiscal y Agripina de juez, no había para qué tener por su amenazada cabeza cuidado alguno.

— Sí; tú sobresaltas á Nerón y abates á Británico cuando debierais hacer de uno y otro como dos gemelos, ya que, presididos por Agripina y Claudio deben brillar, como Cástor y Pólux, en el cielo de nuestras noches, eternamente sobre las cumbres y eminencias del Imperio.

— Los dos reinando — exclamó entre dientes Agripina; — y en tal caso, ¿qué hacéis de mí, qué hacéis de la emperatriz? No verán tal cosa tus ojos, no la verán, por Hércules.

Y se puso á jurar en sus adentros como cualquier soldado.

— Madre — dijo Nerón, volviéndose á la emperatriz con aire de chico mal criado, — quiere tener una voz de cantante superior á la mía, y tal pretensión jamás la toleraré.

— No quiere tenerla — dijo en voz baja Narciso á la esclava, — no quiere tenerla como asegura el cuitado, en realidad la tiene.

— Pues caso grave — murmuró la esclava, — porque Nerón lo

perdonará todo á su émulo menos una voz resonante y superior. Tenlo así entendido.

— ¿Qué me cuentas á mí? — en voz baja murmuró también el bueno de Narciso. — Como presagié que una catástrofe irreparable terminaría el matrimonio entre Claudio y Mesalina, presagio ahora que á los hijos del infeliz Edipo habrán de asemejarse sin remedio estos dos cuitados, heridos por la fatalidad ciega desde los vientres de sus respectivas madres. En todos estos jaspes, en todas estas ágatas, en todos estos bronces únicamente se retratan monstruos y únicamente se dibujan catástrofes.

— Calla, Narciso. No provoques á la muerte.

— Para lo que puede tardar, venga en buen hora. Desde su matrimonio con Agripina, el emperador ha convertido mi existencia en perdurable agonía. Córreme ya prisa de lanzar y despedir mi último aliento.

— Calla, Narciso, calla — le dijo la esclava. — Retírate; pues de hablar conmigo insistentemente, lo verá la emperatriz y recelará de mí cual te aborrece á ti.

— Estás en lo cierto. Mi sombra difunde por doquier la muerte que llevo ya en mis venas.

— ¡Padre, padre! — decía entretanto el joven Británico, guareciéndose trémulo en las rodillas de Claudio, — ese mi sobrino Domicio asegura que llegará muy pronto al imperio, siendo él nuestro César y yo su esclavo.

— Agripina — dijo el devoto Palas á la oreja de su señora, — si no inmolamos pronto ese muchacho, él dará cuenta de nosotros, él ambiciosísimo desde la cuna y alentado en sus ambiciones por las complacencias de Claudio.

— Déjame las manos libres — dijo Agripina con intención á Palas, — déjame las manos libres, y ten por cierto que llevaré todas nuestras constantes aspiraciones á satisfacción y logro. Calla, oye, sigue, obedece.

— Padre mío — repetía Británico, — yo no quiero separarme de ti.

— Dificil cosa estar á mi lado, cuando yo tengo sobre mis hombros la pesadumbre del Imperio y muchas veces necesito hallarme solo, y otras veces necesito estar con muchas gentes, entre las cuales no puedo á ti contarte.

— Pues yo lo quiero.

— También quiero yo que te lleves con mi Neron bien y no puedo conseguirlo. Te lo ruego unas veces, otras veces te lo mando, y nada.

— Porque lo malcrían tus libertos — dijo Agripina, — y muy de veras y muy de continuo.

— Justo, justo. Has dado en el hito — exclamó Palas.

— Los libertos — exclamó Narciso, arriesgándose á desafiar las furias de Agripina, como si le pesase la vida, — han hecho con el hijo de Claudio aquello que con Claudio mismo: defenderlo de innumerables asechanzas y preservarlo en el debido puerto contra todos los vientos y todos los oleajes desatados en torno suyo. El cielo presagia horrores; y contra estos horrores al príncipe no le queda más guardia que su servidumbre, la cual se ofrece devota en holocausto sobre sus altares y se interpone como una víctima entre las amenazas de poderosísimas cóleras y su tierna delicada juventud. Ha llovido sangre. Una mujer del Transtevere acaba de parir cierto muchacho con dos cabezas. Los enjambres de abejas han dejado en las campiñas los troncos de sus hayas para posarse sobre las alturas del Capitolio. Las Parcas han cogido en sus uñas á todos nuestros magistrados. Acaban de morir un cónsul, un pretor, un edil, un tribuno cuasi de repente. La muerte funesta invade con su triste sombra todo cuanto nos rodea. Y como estas señales observemos y nos veamos en deshecho naufragio acudimos en socorro del joven príncipe designado á la desgracia por tantos funestos signos, y queremos ó bien preservarlo incólume ó bien á sus pies morir y por su causa. Nadie nos hará desistir de tal empeño. Consagraremos á Británico la fidelidad que otros tiempos consagráramos á Claudio cuando la pedía él y la necesitaba.

— Para nada se necesita — exclamó la emperatriz furiosa — que se sustituyan con los artificios de una servidumbre, obligada por mil razones á callarse, los poderes múltiples delegados de la sociedad, de la Naturaleza en Claudio y en mí sobre nuestros hijos por leyes morales y escritas. Aquí están los padres de Nerón y de Británico. Nadie puede amar á éstos en el mundo, nadie cual nosotros dos los amamos. Imposible sustituir con tutela ninguna, y menos con tutelas serviles, aquella natural con que ha investido á los padres el

cielo mismo. Ya sabemos — y al decir esto, miraba la emperatriz á los ojos de Narciso, escudriñándole su alma, — ya sabemos nosotros lo que son ciertos ministros de los príncipes, dados á quererles y servirlos para mejor explotarlos. Además — añadió con pérfido retintín en alusiones mortales asestadas sobre la historia de Narciso — no quiero yo, no quiero entregar un hijo al verdugo de su madre. Quien mató á Mesalina mal puede curarse del hijo de Mesalina. Británico estará desde hoy en la parte del palacio adscrita por Claudio á mi vivienda. Allí estará bajo un pie igual á Nerón; y nadie será osado á sembrar entre los dos hermanos interesadísimas discordias.

— ¡Padre, padre mío, yo no quiero irme con esa mujer, yo no quiero estar bajo el mismo pie que Domicio!

— Llámame Nerón — le dijo éste con tono imperioso.

— ¡Domicio, Domicio, Domicio! — repitió el desdichado Británico en su pueril temperamento.

— Vendrás conmigo — exclamó Agripina, — ó no seré yo quien soy. ¡No faltaba otra cosa que dices á la servidumbre del palacio ejemplos de rebeldía! ¿Quién te querrá como una madre? ¿Quién podrá tratar mejor que yo de conservarte pura la sangre recibida por tus venas de nuestros comunes mayores? Pues qué, ¿no fué Druso tu abuelo y mi abuelo? ¿No fué Livia tu bisabuela y mi abuela? ¿No fueron Claudio tu padre y Germánico mi padre dos buenos hermanos?

— Pues por lo mismo que tu padre y el mío fueron dos hermanos, yo nada quiero contigo, casada contra las leyes de Roma — respondió Británico.

— ¡Deslenguado! — exclamó Agripina con tal ronco acento que creyósele muy próxima en su rabia y furor á engullirse con voracidad de tiburón ó cocodrilo al muchacho.

— ¡Británico! — exclamó Claudio, con suma paciencia. — ¿Quién te sugiere tales despropósitos?

— ¿Y tú se lo preguntas? — dijo Agripina, interrogando con sorna terrible al buen Claudio.

— Vamos, Británico, repórtate, hijo mío — exclamó Claudio casi lloroso y viendo cómo el relampagueo de las miradas siniestras despedidas como centellear de tempestad por los ojos de Agripina envolvían á su hijo y lo abrasaban sin remedio.

— Quien dice todas esas garrulidades infames á Británico no está lejos: es tu protegido, tu predilecto, tu ministro, aquel á quien sueles entregar la parte mejor del gobierno en detrimento de ti mismo y de todos los tuyos.

— ¡Claudio! — exclamó el pobre liberto amenazado por aquella furia, hincándose á los pies del emperador y asiéndole ambas rodillas. — Claudio, no prives á tu criado del último favor que te pedirá en la vida y del último consuelo que le resta en su desgracia, no le prives de la compañía de Británico.

— ¡Padre, padre! — decía Británico, de rodillas también. — No me cedas y entregues á esa mujer. Quítame antes la vida que me diste. Retira tus carnes de mis huesos, puesto que son tuyas. La muerte me parecerá piadosa y amable viniendo pronto de tus sacras manos. Pero, por la memoria de nuestros progenitores, por los manes de nuestros muertos, por el nombre de nuestros dioses, no me cedas y entregues á esa madrastra.

— ¡Guardias! — gritó Agripina, dirigiéndose á los pretorianos de centinela en el palacio. — Coged al príncipe Británico y encerradlo en el cuarto contiguo al del príncipe Nerón.

— ¡Que lo llevan á la muerte! — vociferaba fuera de sí Narciso, mientras los guardias se llevaban al joven á pesar de sus resistencias y de sus forcejeos.

— Ya sabrás, puesto que guerra quieres, Narciso, quién es Agripina — dijo la emperatriz, recogiendo de la mano y besando en la frente á su Nerón para irse con él y cerciorarse del cautiverio de Británico. Claudio se desmayó; mas la emperatriz no hizo caso al síncope del emperador.

ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO

	<u>Páginas</u>
CAPITULO PRIMERO. — Ambición y amores.	5
CAPITULO II. — Murmuraciones domésticas.	19
CAPITULO III. — El amor y la muerte.	29
CAPITULO IV. — Desapoderadas nupcias.	39
CAPITULO V. — Los adúlteros.	57
CAPITULO VI. — Las tempestades de Ostia.	69
CAPITULO VII. — Los esposos.	95
CAPITULO VIII. — El castigo.	113
CAPITULO IX. — Agripina.	149
CAPITULO X. — Biblioteca de Claudio.	175
CAPITULO XI. — La naturaleza y el arte de Nerón.	193
CAPITULO XII. — Intrigas y seducciones.	213
CAPITULO XIII. — Las abuelas de Agripina.	231
CAPITULO XIV. — Los comienzos del nuevo reinado.	287

ADVERTENCIA. — El cromo que representa una URNA CINERARIA DE CRISTAL AZUL CON BAJOS RELIEVES DE ESMALTE BLANCO debe colocarse enfrente de la portada.

